

La
BIBLIA
Popular

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Josué

Jueces

Rut

Mark J. Lenz

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General y Editor del Manuscrito

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

Levítico

Mark J. Lenz

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

1ª Impresión digital, 2011

Library of Congress Control Number: 2001135266
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284
© 2001 por Northwestern Publishing House
Publicado en 2001
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1371-1

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	<i>iv</i>
<i>Prefacio a la edición en español</i>	<i>v</i>
Introducción	1
Cómo se debía acercar Israel a Dios (capítulos 1-16).....	12
Cómo debía mostrar Israel su relación con Dios (capítulos 17-27)	151

ILUSTRACIONES

El sumo sacerdote.....	<i>portada</i>
El Tabernáculo	6
Los sacrificios de sangre del Antiguo Testamento	43
La muerte de Nadab y de Abiú.....	89
La víctima propiciatoria	147
Aarón	194
El Tabernáculo (esquema).....	250
Muebles y enseres del Tabernáculo.....	251
El año eclesiástico israelita	252

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: un comentario bíblico para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras usando la Versión *Reina-Valera 95*. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de *La Biblia Popular* son eruditos que tienen un discernimiento intelectual práctico, adquirido en años de experiencia en la enseñanza y la prédica ministeriales. Han intentado evitar el vocabulario técnico que ha hecho que otras series de comentarios sean material solamente útil para estudiosos profesionales de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que tienen como centro a Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo dijo: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de *La Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo quien es el centro de toda la Biblia, nuestro único Salvador.

Los comentarios cuentan con mapas, ilustraciones e incluso información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros disponen de encabezamientos en las páginas, que permiten que el lector encuentre fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión sobre Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la *Versión Reina-Valera 95*.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version* no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera 95, se cita a la *Nueva Versión Internacional* o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

En este volumen el traductor prefiere quedar en el anonimato. La Sra. Albina Teigen, natural de Lima Perú, esposa de un pastor que trabaja en Minnesota, hizo la revisión del libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Día de Pentecostés de 2001
Paul Hartman, coordinador
Ronald E. Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas, EE UU

Importancia

En tiempos antiguos, Levítico fue un libro de la Biblia que se leía con frecuencia; en efecto, era el primer libro que leían los niños judíos. Sin embargo, eso ya no es el caso. Actualmente, el libro de Levítico es tal vez uno de los libros de la Biblia menos leídos entre los cristianos, quizás porque muchos piensan que no tiene aplicación para ellos. Muchas personas que han comenzado a leer la Biblia con Génesis han desistido de continuar con la lectura al llegar a Levítico. Algunos, durante su lectura de la Biblia, han pasado por alto Levítico para seguir con otra parte de La Escritura que les pareció que era mas interesante. No pocos han concluído que la lectura de las leyes levíticas de santidad y sacrificios es infructuosa y hasta tediosa.

Es verdad que Levítico describe una sociedad muy lejana, con un estilo de vida y de adoración completamente diferente de la nuestra. No obstante, Levítico no carece de importancia ni de interés. En ese aspecto, no es diferente a ningún otro libro de la Biblia. Proclama la ley con toda su severidad y el evangelio en toda su dulzura.

Alguien podría preguntar: “¿Por qué me debo interesar en Levítico, si ya tengo el Nuevo Testamento? Estoy seguro de que es bueno tener un conocimiento general de las historias de la Biblia en el Antiguo Testamento, pero ¿por qué gastar el tiempo en un estudio detallado de las sombras cuando estamos caminando en la luz?” ¡Sencillamente porque las sombras nos ayudan a ver la luz más claramente!

Hay muchas razones para estudiar el libro de Levítico. En primer lugar, nos ayuda a tener una mejor percepción del pecado. Hace que nos demos cuenta de lo serio que es el pecado, de cuáles son las consecuencias del pecado, de cómo se siente Dios respecto a nuestro pecado, y qué castigo merecemos. El libro de Levítico

también nos ayuda a darnos cuenta de que Dios nunca cambia; él es el mismo ayer, hoy y por lo siglos. Hoy en día, Dios siente lo mismo que sentía en los días de Moisés respecto del pecado; su plan de salvación también permanece igual. En efecto la libertad que disfrutamos en el evangelio tiene su raíces en los sacrificios de sangre del Antiguo Testamento. Mediante el estudio cuidadoso de Levítico, llegamos a entender que “sin derramamiento de sangre, no hay remisión” (Hebreos 9:22), y que “la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Cuanto más tiempo invirtamos en tratar de entender el Antiguo Testamento, tanto mejor será nuestro entendimiento del Nuevo Testamento. Una vez alguien dijo respecto a los dos testamentos de la Biblia: “El Nuevo está escondido en el Antiguo y el Antiguo está revelado en el Nuevo”. El ver el Nuevo Testamento como prefigurado en el Antiguo Testamento y contemplar el claro cumplimiento del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento, verdaderamente fortalece la fe.

También es importante estudiar el libro de Levítico porque nos enseña cómo era la adoración del pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Cuando estudiamos los detalles de sus ritos de adoración, llegamos a entender y a apreciar mucho mejor nuestras propias formas de adoración. Desde luego, se han producido muchos cambios desde entonces. Por ejemplo, nosotros adoramos al Salvador que ya vino, sufrió, murió y resucitó. El pueblo que seguía el orden levítico de adoración esperaba al Salvador cuyo nacimiento aún estaba en el futuro. Sin embargo, ellos adoraron al mismo Dios que nosotros adoramos, y su plan de salvación siempre ha sido el mismo.

Al estudiar el libro de Levítico llegaremos a la conclusión de que es un libro emocionante y valioso. Emocionante, porque en él se encuentran todos los tipos y sombras de Cristo y de su obra redentora. Por ejemplo, la Pascua tipifica la crucifixión de Cristo. La fiesta de los Panes sin Levadura prefigura la resurrección de Cristo y su significado para nuestra vida. El sábado, el año sabático, y el año del jubileo, nos enseñan sobre el descanso, la

paz y la libertad que tenemos en Cristo actualmente y que disfrutaremos por siempre en el cielo.

El libro de Levítico es valioso porque hace énfasis en la vida de santidad a la que Dios nos ha llamado, y qué debe ser nuestra respuesta a la salvación que Cristo ganó para nosotros. Los rituales, las leyes y los reglamentos de Levítico fueron la manera como Dios le enseñó a su pueblo sobre la importancia de la santidad en su vida. Ellos aprendieron que el pecado era una barrera entre ellos y Dios que era necesario quitar esa barrera, y que era necesaria la expiación para que ellos pudieran estar delante de Dios y vivir en comunión con él. El sacrificio de animales y el derramamiento de su sangre prefiguraban simbólicamente el sacrificio del Mesías prometido y el derramamiento de su sangre como el precio del pago por los pecados de ellos y los pecados de todo el mundo. En respuesta, Dios esperaba que todos en su pueblo viviera en santidad.

Hoy Dios también espera santidad de parte de nosotros. Él quiere que sometamos todo lo que somos y todo lo que tenemos (todos los aspectos de la vida) a él. Nosotros no somos dueños de nosotros mismos, así como el apóstol Pedro lo dice con palabras que nos recuerdan el libro de Levítico: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Pedro dice de nuevo, teniendo presente los sacrificios de Levítico: “Pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18,19). “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5).

El escritor a los Hebreos dice, con palabras que obviamente se refieren al libro de Levítico: “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más

perfecto Tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los impuros, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:11-14).

Nombre

El nombre *Levítico* viene del nombre que se le dio a este libro en la traducción del Antiguo Testamento al griego, conocida como la Septuaginta. Posteriormente, también se utilizó ese nombre en la traducción de la Biblia al latín, conocida como la Vulgata. Es un nombre que resume el contenido del libro ya que se refiere a las responsabilidades religiosas que realizaban y supervisaban los levitas, los miembros de la tribu de Leví.

Una continuación de la historia

Tenemos la tendencia a pensar que los cinco libros de Moisés son libros independientes, pero en realidad todos ellos forman parte de una historia continua. El libro de Levítico continúa donde termina el libro de Éxodo; y a continuación de Levítico, el libro de Números continúa con la historia que cuenta Éxodo, respecto a la liberación del pueblo de Dios de la esclavitud en Egipto, y cómo en el camino hacia la tierra prometida, los israelitas llegaron al monte de Sinaí donde Dios les dio su Ley. En el libro de Éxodo nos enteramos de que, cuando la gloria de Jehová llenaba el Tabernáculo de reunión, ni aun Moisés, el gran líder, se podía acercar a él. ¿Entonces cómo podía tener el pueblo de Israel comunión con el santo Dios? ¿Cómo podían ellos cumplir las exigencias de la vida santa que Dios les exigía en los Diez

Mandamientos? El libro de Levítico contesta estas preguntas mediante la explicación de los sacrificios y los ritos que se requerían para establecer la relación correcta con Dios.

El escenario del libro de Levítico es el monte de Sinaí. Fue ahí donde Dios entregó los detalles para la adoración. En efecto, él le dijo a su pueblo: “Esta es la manera como yo quiero que me adoren. Esto es lo que los hace diferentes de las otras naciones. Esta es la manera como ustedes deben utilizar el Tabernáculo.” Después, el libro de Números continúa con la historia desde el monte de Sinaí hasta que los hijos de Israel llegaron al límite de la tierra prometida.

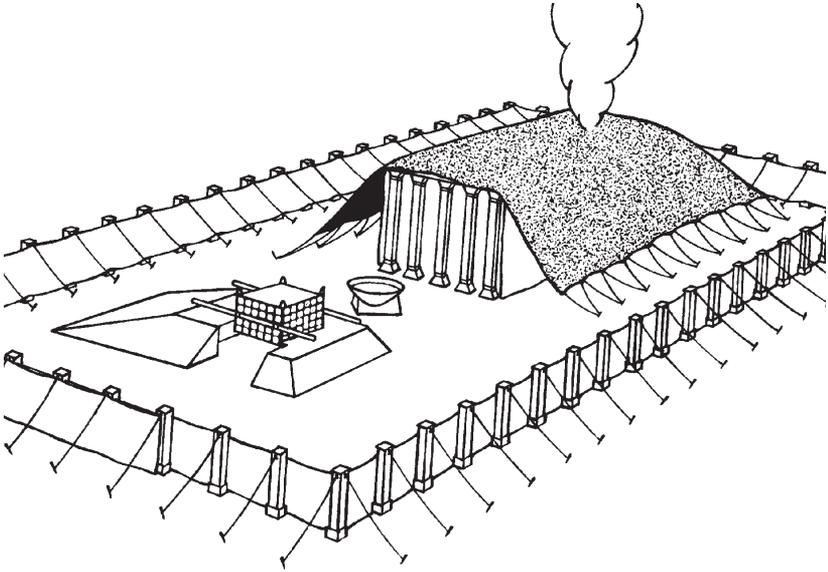
El Tabernáculo

El Tabernáculo es de suma importancia en el Levítico. Mientras las instrucciones para su construcción se dieron en Éxodo, Levítico se centra en su uso. Muchas veces se hace referencia al Tabernáculo como el “Tabernáculo de reunión”, porque este era el lugar del habitación del Señor entre su pueblo y el lugar donde él se reunía con sus líderes escogidos. Muchos detalles del Tabernáculo tenían el propósito de ser ayudas visuales para enseñar a los hijos de Israel el respecto a Dios y a su relación con él.

Autor

El libro de Levítico no dice en sí que Moisés es el autor. Sin embargo, reclama la autoría Mosaica consistentemente.

Ya en el primer versículo se nos dice que Jehová le habló a Moisés. Palabras similares a estas se repiten treinta y siete veces más a lo largo del libro. El hecho de que Jehová le habló a Moisés hace énfasis en la naturaleza divina de este libro. ¡En efecto, ningún otro libro de la Biblia afirma la doctrina de la inspiración tan frecuentemente como lo hace el Levítico!



El Tabernáculo

Como dijimos antes, el Levítico fluye de Éxodo y se dirige hacia Números. Esto, por sí mismo, nos dice quién es el autor, especialmente cuando consideramos el último capítulo de Éxodo y el primer capítulo de Números. En Éxodo 40:16 y 17, leemos las siguientes palabras: “Moisés hizo conforme a todo lo que Jehová le mandó; así lo hizo. *En el primer mes del año segundo, el día primero del mes, fue erigido el Tabernáculo*”. Después, en el primer versículo del capítulo uno de Números leemos: “Habló Jehová a Moisés en el desierto de Sinaí, en el Tabernáculo de reunión, *el primer día del segundo mes, el año segundo de su salida de la tierra de Egipto*”. Por lo tanto, los eventos que se narran en Números comienzan a tener lugar un mes después del día en que ocurrieron los hechos que se registran al final del Éxodo. Eso significa que lo que leemos en Levítico tuvo lugar durante ese mes y con seguridad fue escrito por Moisés, como lo fueron Éxodo y Números.

Los autores del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento siempre le atribuyen todos los primeros cinco libros de la Biblia a Moisés. Una y otra vez, se afirma que pasajes específicos del Pentateuco fueron dichos y escritos por Moisés. Por ejemplo, en el capítulo ocho de Josué se nos dice que Josué edificó un altar a Dios “como Moisés, siervo de Jehová, lo había mandado a los hijos de Israel, y como está escrito en el libro de la ley de Moisés: un altar de piedras enteras sin labrar. Ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová, y sacrificaron ofrendas de paz” (Josué 8:31; vea también Deuteronomio 27:2,3).

A través de las Escrituras, se refieren consistentemente a los primeros cinco libros de la Biblia como: “la Ley de Moisés”, o “los Libros de Moisés”, u otras expresiones similares.

Jesús dijo claramente que Moisés escribió los primeros cinco libros de la Biblia. Una vez Jesús les dijo a los judíos incrédulos: “Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza, es quien os acusa, porque si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?” (Juan 5:45-47). En una de sus apariciones a los

discípulos, el Señor resucitado les dijo: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés” (Lucas 24:44).

A pesar de esto, hoy muchos estudiosos de la Biblia atacan y niegan la autoridad mosaica de Levítico. No es difícil entender el por qué; si Moisés es el autor, entonces nosotros somos responsables de nuestros actos ante Dios, quien reveló su voluntad por medio de Moisés.

Contenido

Existe un número de temas básicos recurrentes a lo largo de Levítico. Por ejemplo, a los hijos de Israel se les recordaba repetidamente que ellos eran el pueblo especial de Dios, que debían estar apartados del mundo para Dios. Sus vidas tendrían que caracterizarse por una actitud de amor a Dios y al hombre. En sus ofrendas a Dios, no le podían llevar nada que estuviera contaminado o que fuera susceptible de corromperse.

Una y otra vez se le recordó al pueblo de Dios que el hombre no es santo por naturaleza ni puede llegar a ser santo por algo que haga. Para que el hombre tenga acceso a Dios, todos sus pecados se tienen que pagar. Por lo tanto, el Señor en su gracia les dio las únicas normas mediante las cuales su pueblo podía acercarse a él, y les enseñó que es necesario el derramamiento de sangre inocente para la expiación de los pecados de los culpables.

La palabra “santo” se presenta noventa veces en Levítico. En efecto, tal vez el versículo que mejor sirve como tema para todo el libro es: “Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (19:2).

Pero, ¿cómo podría ser santo el pueblo de Israel? ¿Cómo podrían ellos estar delante del Dios santo? El medio para obtener la santidad es “la expiación”, una expresión que aparece cuarenta veces en Levítico y que significa “satisfacción por el pecado”. La expiación se debía obtener mediante los muchos sacrificios que

Dios exigía de su pueblo. Se debía tomar la vida inocente de un animal a cambio de la vida del pueblo culpable de Israel. Se derramaba la sangre inocente de un animal para que el pueblo pudiera ser santo delante de Dios. Por ejemplo, en el día anual de la expiación, el sumo sacerdote debía poner las manos sobre la cabeza del animal que se iba a sacrificar, indicando así que los pecados del pueblo le eran transferidos a ese animal. Después se mataba al animal para mostrar que el castigo del pecado es la muerte, pero que Dios aceptó que otro fuera sustituto en la muerte por los pecados del pueblo.

Podríamos pensar que los laicos tendrían poco interés en todas estas leyes que rigen los sacrificios. Después de todo, eso era básicamente la responsabilidad de los sacerdotes y de los levitas, ¿verdad? Sí, pero Levítico es más que un manual para los sacerdotes; está igualmente, si no más, relacionado con el papel que los laicos deberían desempeñar en la adoración. Las leyes explican qué era lo que el pueblo debía sacrificar, cuándo tenían que ir al Tabernáculo, y qué debían esperar que hicieran los sacerdotes en el Tabernáculo. Dios quería que los rituales de adoración le enseñaran al pueblo que, dado que ellos habían sido redimidos por el Dios misericordioso, debían consagrarle toda su vida a él. Aquí hay una lección para los que hoy piensan que el servicio de adoración debe ser de interés sólo para los clérigos, pero la verdad es que el servicio de adoración debe ser un punto primordial en la vida de todos nosotros.

En número 7 se encuentra muchas veces en Levítico. Cada séptimo día se tenía que guardar como el día sábado. Cada séptimo año era un año sabático, en el que la tierra descansaba. Después de cada siete veces siete años era el año del jubileo, en el que la tierra volvía a sus propietarios originales y los esclavos eran liberados. El séptimo mes tenía una importancia particular, durante ese mes se realizaban tres fiestas importantes (la fiesta de las trompetas, el Día de la Expiación, y la fiesta de los tabernáculos). La fiesta de los tabernáculos duraba siete días, la fiesta de los panes sin levadura se celebraba durante los siete días posteriores

a la Pascua, y la fiesta de pentecostés se celebraba siete veces siete días después de la ofrenda mecida. Se ha sugerido que el número siete es tan importante porque simboliza la obra perfecta de Dios a favor de su pueblo.

Bosquejo

I. Cómo se debía acercar Israel a Dios (Levítico 1-16)

A. Mediante el sacrificio de sangre (1-7)

1. Dos sacrificios que expresaban la relación del pacto entre Dios y su pueblo (1-3)
2. Dos sacrificios que restauraban la relación del pacto entre Dios y su pueblo (4-7)

B. Mediante el sacerdocio

1. La ordenación de Aarón y de sus hijos (8)
2. Los primeros sacrificios de Aarón (9)
3. El juicio de Dios sobre Nadab y Abiú (10)

C. Evitando la impureza

1. En asuntos de alimentos (11)
2. Después del parto (12)
3. Por enfermedades de la piel (13-14)
4. Por flujos del cuerpo (15)
5. Mediante el gran Día de la Expiación

II. Cómo debía mostrar Israel su relación con Dios (Levítico 17-27)

A. Santidad personal (17)

B. Santidad respecto al comportamiento sexual (18)

C. Santidad en la sociedad (19-20)

D. Santidad para los sacerdotes (21-22)

E. Fiestas santas (23-24)

F. Santidad de la tierra (25)

G. Recompensa por la obediencia y castigo por la desobediencia (26)

H. Redimiendo lo que es de Jehová (27)

Al examinar el bosquejo, nos damos cuenta de que la primera parte de Levítico, los capítulos 1-16, tiene que ver con la manera como Israel se debía acercar a Dios. La última parte, los capítulos 17-27, revelan cómo Israel debía responder a la gracia de Dios.

Hay solamente tres secciones narrativas en todo el libro: la consagración de los sacerdotes (capítulos 8 y 9), el incidente relacionado con Nadab y Abiú (capítulo 10), y el asunto relacionado con el blasfemo no israelita (capítulo 24). Sin embargo, todo el libro tiene una estructura narrativa. El lugar es el monte de Sinaí; el evento es la revelación de la voluntad de Jehová a su pueblo por medio de su siervo Moisés.

En el libro de Éxodo aprendemos que el pueblo de Israel estaba aterrorizado por los hechos que acompañaron a la entrega de la ley. Los truenos y los rayos, la nube espesa sobre el monte y el sonido muy fuerte de la trompeta, habían hecho estremecer a todos en el campamento. Mientras ellos estaban al pie del monte, Jehová descendió sobre él en fuego y humo. El humo subía como el humo de un horno, todo el monte se estremecía en gran manera, y el sonido de la trompeta aumentaba más y más.

No nos sorprende escuchar lo que le dice el pueblo a Moisés: “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Éxodo 20:19). El poder de Dios es aterrador; su voluntad para con ellos gobernaba todo en la vida y era inflexible. Su ira era terrible. ¿Cómo podrían ellos acercarse alguna vez a ese Dios santo y poderoso? ¿Cómo podrían ellos tener la esperanza de estar en su presencia?

Los capítulos uno a siete de Levítico nos dicen cómo.

PARTE I

CÓMO SE DEBÍA ACERCAR ISRAEL A DIOS LEVÍTICO 1-16

Israel se podía acercarse a Dios sólo mediante los sacrificios de sangre. En el monte de Sinaí, Dios le dio instrucciones a su pueblo para que ofreciera cuatro clases de sacrificios de sangre. Dos de esos sacrificios tenían el propósito de expresar el pacto entre Dios y su pueblo, y dos tenían el propósito de restaurar el pacto quebrantado por el pecado. Antes de examinar en detalle esos sacrificios, necesitamos considerar todo el tema de los sacrificios de sangre, su significado y su propósito.

Los sacrificios de sangre del Antiguo Testamento

¿Por qué toda esa matanza de animales? ¿Por qué todo ese derramamiento de sangre? Necesitamos respuestas a esas preguntas, no sea que veamos el lugar de adoración de Israel como un matadero y no como un sitio para adorar a Dios.

Dios le había dicho a su pueblo, por medio de Moisés: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (Éxodo 20:2). Jehová rescató misericordiosamente a su pueblo y después lo llevó a la tierra prometida, donde se iban a cumplir todas las promesas del Salvador del pecado. Dios no escogió a Israel por algún mérito o dignidad que hubiera en ellos. Al contrario, los israelitas demostraron repetidas veces que eran un pueblo rebelde, murmurando y quejándose de la manera como Dios los estaba guiando. Ellos no habían hecho nada para merecer el favor de Dios; el lugar que tuvieron en la familia de Dios fue por completo un don de la gracia divina. Los sacrificios de sangre tenían el propósito de subrayar esa verdad.

El pueblo de Dios había ofrecido sacrificios de animales mucho antes de que Dios les hubiera revelado su voluntad respecto

de ellos en el monte de Sinaí. Abel, el hijo de Adán y Eva, ofreció sacrificios de su rebaño. Noé, después del diluvio, edificó un altar a Jehová y ofreció sacrificios. Sin embargo, en el Sinaí, Dios reglamentó la adoración de su pueblo, de acuerdo con la verdad de su gracia divina.

Por naturaleza, cada persona sabe que existe Dios y está interesada en adorarlo. Eso explica por qué las naciones que había alrededor de Israel adoraban ídolos paganos y trataban de aplacarlos con sacrificios. Por ejemplo, los profetas de Baal le sacrificaron un toro a su dios cuando Elías los enfrentó en el monte Carmelo (1 Reyes 18:16-46). Los paganos ofrecían con regularidad sacrificios de animales en sus altares. Ellos derramaban la sangre de los animales, y les dirigían oraciones a sus dioses paganos.

Aunque había algunas semejanzas externas, los sacrificios de sangre del pueblo de Dios eran totalmente diferentes, en su propósito y en su esencia, de los sacrificios paganos. Los paganos ofrecían sacrificios con el propósito de ganar el favor de sus ídolos; en ocasiones pensaban que los animales que ofrecían eran el alimento que necesitaban los dioses, que no disponían de su sustento celestial cuando venían a la tierra. Las juergas sexuales y la inmoralidad eran las características de la adoración de muchos paganos, especialmente en Canaán. Se pensaba que los sacerdotes paganos poseían algún conocimiento místico que los hacía especialmente capaces de ganar el favor de los dioses ofreciendo sacrificios de animales.

Para el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, no existía forma de ganar el favor de Dios mediante sacrificios de sangre. El acto del sacrificio en sí no tenía ningún poder de expiación. Más bien, los sacrificios de sangre que ofrecía Israel hacían énfasis en que la humanidad es pecadora y que no puede hacer nada para reconciliarse con Dios. Los sacrificios revelaban a Dios como un Dios justo y santo, que exige obediencia y perfección antes de que alguien pueda estar en su presencia. El derramamiento de sangre

y la muerte de animales revelaban que el pecado es algo que le disgusta a Dios, que merece su ira y que lleva a la muerte y la condenación.

Dios le dijo muy claramente a su pueblo del Antiguo Testamento, que para expiar el pecado también era necesario el derramamiento de sangre. Dios le dijo a Moisés: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas, pues la misma sangre es la que hace expiación por la persona” (Levítico 17:11).

Eso no quiere decir que la sangre de los animales era capaz de quitar los pecados de los israelitas. La epístola a los Hebreos dice: “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados... Todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados” (Hebreos 10:4,11). Los sacrificios de animales le enseñaron a los hijos de Israel que todos son culpables bajo la ley de Dios, que sin derramamiento de sangre no puede haber perdón de los pecados, que Dios ha señalado los sacrificios como la forma de expiar el pecado, y que él acepta el sacrificio de la víctima en lugar de la muerte del pecador. No obstante, ningún sacrificio de animal puede expiar el pecado; sólo Dios puede hacerlo.

Mediante los sacrificios de sangre del Antiguo Testamento, Dios le enseñó a su pueblo el principio de la sustitución. Por lo tanto, los sacrificios cumplían el papel de ser sombras de la obra del Hijo de Dios, quien se hizo hombre para poder sufrir y morir como sustituto nuestro en la cruz del Calvario. Incluso los detalles específicos de la adoración del Antiguo Testamento señalaban a Cristo. El animal que se iba a sacrificar tenía que ser perfecto y sin mancha; su sangre era derramada por los pecados. Pero debemos recordar que los sacrificios de sangre les ofrecían el perdón a los israelitas sólo mediante la fe en la promesa que les hizo Dios del Salvador cuya sangre iba a ser derramada por los pecados de todo el mundo, una vez y para siempre.

La adoración del pueblo de Dios del Antiguo Testamento probablemente nos puede parecer muy extraña desde el aventajado punto de vista del siglo actual, pero los creyentes de ese tiempo hallaban significado y fortaleza en las leyes de adoración prescritas por el Señor. La adoración en el templo, que implicaba sacrificios de sangre, movió al salmista a decir: “¡Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová! ¡Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo!” (Salmo 84:2).

Eso no quiere decir que en Israel todos hacían uso apropiado de los sacrificios de sangre. El Señor le dijo una vez a su pueblo, por medio del profeta Isaías: “No quiero sangre de bueyes, ni de ovejas ni de machos cabríos... No me traigáis más vana ofrenda” (Isaías 1:11,13). Para muchos en Israel, la adoración había degenerado en una repetición de sacrificios sin valor. Los que rechazaban la palabra del Señor comenzaron a sentir que Dios estaba complacido con ellos simplemente por los rituales que realizaban. No es difícil ver que el mismo peligro amenaza a nuestra adoración hoy. Es muy fácil usar nuestra liturgia de adoración descuidadamente o aun con la idea que estamos ganando el favor de Dios al realizar un ritual de adoración.

LEVÍTICO 1

Los holocaustos

1 Llamó Jehová a Moisés y habló con él desde el Tabernáculo de reunión, diciendo:

El primer versículo de Levítico deja claramente establecido que ese libro es la continuación del libro de Éxodo. El segundo libro de Moisés termina con la construcción del Tabernáculo por Moisés y la aparición de la nube de la presencia de Jehová sobre él. En el mismo comienzo de Levítico, Jehová llama a Moisés desde el Tabernáculo de reunión, es decir, la tienda en la gran instalación del Tabernáculo, donde tenía su lugar el Arca del Pacto.

La solemnidad y la importancia de lo que estaba por ocurrir se revelan por la palabra “llamó”. Cuando Dios se reveló a sí mismo en el Antiguo Testamento, lo que con mayor frecuencia hizo es que “habló” y “dijo”, en lugar de “llamó”. Aquí Jehová, el Dios del pacto, *llamó* a Moisés. Esto hace alusión al significado de lo que está por venir. Las leyes sobre los sacrificios que estaban a punto de ser anunciadas fueron el enfoque de la adoración de Israel.

En Juan 1:14 se nos dice: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. La expresión griega que se traduce como “habitó entre nosotros” emplea las imágenes que se dan aquí, porque literalmente significa: “estableció su tienda entre nosotros”. Así como el Dios Salvador le hizo conocer su presencia a Israel en el Tabernáculo de reunión, así también el Hijo de Dios “estableció su tienda” entre la humanidad cuando se encarnó y vivió en la tierra.

2 «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguno de entre vosotros presente una ofrenda a Jehová, podrá hacerla de ganado vacuno u ovejuno.

La palabra que se traduce como “ofrenda” significa cualquier cosa que le sea llevada al Señor. En los siguientes capítulos, se distinguen cinco clases de ofrendas.

Moisés les iba a declarar a los hombres la voluntad de Dios, funcionando como el mediador entre Dios y el pueblo de Dios, una función en la que el libro de Éxodo hace énfasis. En ese oficio, Moisés sirvió como un tipo de Jesús, de quien habla en Deuteronomio 18:15: “Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis”. Moisés estaba por hablar a los hijos de Israel respecto a las ofrendas personales que ellos debían presentar a Jehová para expresar acción de gracias, o para hacer conocer su deseo de la paz renovada con Dios, o para indicar su necesidad de perdón por el pecado.

Ofrenda “de ganado vacuno u ovejuno” quiere decir toros, ovejas o machos cabríos, animales domésticos, no animales salvajes. Los animales domésticos eran costosos, y la carne era un lujo escaso en los tiempos del Antiguo Testamento, así que la ofrenda de todo un animal de lo mejor del rebaño implicaba un costo importante para un israelita.

³»Si su ofrenda es un holocausto vacuno, ofrecerá un macho sin defecto; lo ofrecerá a la puerta del Tabernáculo de reunión, para que sea aceptado por Jehová. ⁴ Pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y le será aceptado como expiación. ⁵ Entonces degollará el becerro en la presencia de Jehová; los hijos de Aarón, los sacerdotes, ofrecerán la sangre y la rociarán sobre los lados del altar, el cual está a la puerta del Tabernáculo de reunión. ⁶ Desollará después el holocausto y lo dividirá en sus piezas. ⁷ Los hijos del sacerdote Aarón pondrán fuego sobre el altar y compondrán la leña sobre el fuego. ⁸ Luego los hijos de Aarón, los sacerdotes, acomodarán las piezas, la cabeza y la grasa de los intestinos sobre la leña que está sobre el fuego

que habrá encima del altar. ⁹ Él lavará con agua los intestinos y las piernas, y el sacerdote lo quemará todo sobre el altar. Es un holocausto: ofrenda quemada de olor grato para Jehová.

La palabra hebrea para la primera clase de ofrenda, el “holocausto”, significa literalmente “ascendiendo completamente en llamas y humo”. Es por esa razón que a veces se menciona esta ofrenda como una ofrenda quemada por “completo”.

Esta ofrenda vacuna particular debía ser un macho sin defecto. En el mercado, un animal como ese tenía un precio extremadamente alto, pero Dios consideraría apropiado sólo un animal de ese tipo. En este aspecto, la ofrenda de holocausto prefiguraba a Cristo y su sacrificio. En el Calvario, el perfecto Hijo de Dios, sin defecto ni mancha, pagó el más alto precio posible cuando dio su vida por los pecados del mundo.

La persona que llevaba la ofrenda, la presentaba a la entrada del Tabernáculo de reunión (vea la ilustración 1 en la página 244). Esa presentación era el primero de los cinco pasos que tenía cada uno de los sacrificios del Antiguo Testamento:

- 1 Presentación formal a la entrada del Tabernáculo, incluyendo la inspección al animal
- 2 Imposición de manos
- 3 Degollamiento de la víctima
- 4 Uso de la sangre
- 5 Uso de la carne

Note que el adorador era un participante activo: él ponía su mano sobre la cabeza del animal para indicar que este era su sustituto. Después, él mismo degollaba al animal.

El cuarto paso, en cada uno de los sacrificios de sangre, el uso de la sangre, era el punto culminante del sacrificio. Los hijos de Aarón, los sacerdotes, ofrecían la sangre y la rociaban alrededor del altar (vea la ilustración 1).

Después, la persona que llevaba el holocausto desollaba el animal y lo dividía en sus piezas, tal vez porque así se podía quemar más fácilmente en el fuego. Mientras que se hacía eso, los hijos de Aarón encendían un fuego en el altar, que fuera lo suficientemente caliente como para quemar por completo la ofrenda. En los diez tazones portátiles, que se podían transportar a donde se necesitara, el adorador lavaba la parte interna y las patas del animal para que quedaran limpias de cualquier suciedad, y después se quemaba todo el animal en el altar. No hay duda de que en el proceso de quema ayudaba la presencia de la gordura que se ponía encima de las partes del animal porque, al derretirse, alimentaba las llamas. El holocausto era el único de los cuatro sacrificios de sangre en el que todo el animal era completamente consumido por el fuego. Eso era muy significativo, como vamos a ver después.

El olor de la ofenda encendida era agradable al Señor, es decir, él se deleitaba con esos sacrificios ofrecidos en fe.

¹⁰»Si su ofrenda para el holocausto es del rebaño, de las ovejas o de las cabras, ofrecerá un macho sin defecto. ¹¹ Lo degollará al lado norte del altar, delante de Jehová, y los hijos de Aarón, los sacerdotes, rociarán su sangre en el altar, por todos sus lados. ¹² Luego lo dividirá en sus piezas, con su cabeza y la grasa de los intestinos, y el sacerdote las acomodará sobre la leña que está sobre el fuego que habrá encima del altar. ¹³ Él lavará las entrañas y las piernas con agua, y el sacerdote lo ofrecerá todo y lo hará arder sobre el altar. Es un holocausto: ofrenda quemada de olor grato para Jehová.

Si el adorador era muy pobre para sacrificar un becerro, podía llevar un cordero o un macho cabrío. Los procedimientos eran los mismos que se hacían con el animal de ganado vacuno.

14 »Si la ofrenda para Jehová es un holocausto de aves, presentará su ofrenda de tórtolas o de palominos. 15 El sacerdote la ofrecerá sobre el altar, le quitará la cabeza y hará que arda en el altar; su sangre será exprimida a un lado del altar. 16 Le quitará entonces el buche y las plumas, lo cual echará junto al altar, hacia el oriente, en el lugar de las cenizas. 17 La abrirá por sus alas, sin llegar a dividirla en dos, y el sacerdote la hará arder sobre el altar, sobre la leña que estará en el fuego. Es un holocausto: ofrenda quemada de olor grato para Jehová.

El Dios misericordioso adaptó sus leyes de adoración a la condición económica del adorador. Al pobre no se le iba negar el privilegio de llevar ofrendas a Dios. En el caso de gente muy pobre, Dios aceptaría una tórtola o un palomino como ofrenda, en lugar de otro animal. En este caso se consideraba apropiada hasta una especie salvaje. El ave tampoco tenía que ser macho y sin mancha.

El sacerdote hacía la mayor parte del rito del sacrificio de aves. Él le quitaba la cabeza al ave, quemaba el cuerpo del ave en el altar, y rociaba la sangre al lado del altar. El adorador le quitaba al ave el buche y su contenido, los ponía en el lugar de las cenizas (vea la ilustración 1 en la página 244) y abría el ave por la mitad, probablemente para ayudarla a quemar. Quitar el buche es el equivalente de lavar los intestinos y las patas traseras de los animales más grandes. Como el sacerdote debía estar limpio de toda contaminación, el mismo adorador tenía que hacer las tareas más sucias.

Cuando José y María, fueron al templo de Jerusalén para la purificación, ofrecieron un sacrificio de esta clase, debido a su extrema pobreza.

El holocausto era el más común de los sacrificios que se hacían en el Tabernáculo y más tarde en el templo de Jerusalén. En efecto, era el centro de los sacrificios diarios de la mañana y la tarde. Por

medio de esos solemnes sacrificios, al iniciar y al finalizar la adoración de cada día, toda la nación de Israel adoraba a Dios.

No obstante, holocausto también podía servir como una expresión de la devoción personal. Como tal, debió haber sido una experiencia muy emocionante. El adorador no era un observador pasivo, sino que participaba activamente. Él escogía un animal sin mancha, lo llevaba al santuario, lo mataba, lo desmembraba con sus propias manos, y lo veía ascender en humo con sus propios ojos.

Aunque esos aspectos del holocausto pueden ofender la sensibilidad de algunos creyentes del siglo actual, el adorador del Antiguo Testamento entendía que el derramamiento de sangre era básico, porque sin él no había acercamiento a Dios.

Ya hemos mencionado que el hecho de que el holocausto se consumiera totalmente, estaba lleno de significado; de ese modo, el adorador expresaba su dedicación y su devoción total al Dios del pacto. Nosotros, los que hemos experimentado la misericordia de Dios en Cristo, también queremos dedicarnos completamente a él. San Pablo escribe; “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (Romanos 12:1). Después, el apóstol explica que eso significa no conformarse más al mundo pecador sino transformarse “por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2). Ya no se requiere hacer holocaustos; sin embargo, sí queremos ofrecer nuestras mentes y cuerpos completamente a Dios.

Eso significa que con corazones y vidas transformadas por el evangelio, queremos entender cada vez mejor la voluntad del Señor para nuestra vida, y vivir para agradecerle a él. El apóstol dice, al escribir a los corintios: “pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:20). Eso significa, en el contexto de este versículo, evitar la inmoralidad sexual, sabiendo

que nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo. Sin embargo, también significa esforzarse por vivir de acuerdo con la voluntad de Dios en todos los aspectos. Además significa ser humildemente consciente de que todo lo que somos y todo lo que tenemos es de Dios, y su propósito es para el bienestar de los demás. Significa que a cada uno de nosotros se nos han dado dones espirituales y que por lo tanto los debemos utilizar para servir a los demás. Aunque hoy no nos es necesario hacer holocaustos, sí expresamos nuestra dedicación y devoción al Señor mediante vidas de fe, amor y esperanza.

Claramente, las ofrendas quemadas, los holocaustos, no tenían el propósito de aplacar la ira del Dios vengativo o de ganar su favor de alguna manera. En este aspecto, todos los sacrificios de sangre difieren de los sacrificios de los paganos. Las ofrendas de grano que se describen en el segundo capítulo, también eran notablemente diferentes de las ofrendas de grano de los paganos.

Nos podemos preguntar qué hacen las ofrendas de grano en la mitad de la discusión sobre los sacrificios de sangre. ¿No era necesario el derramamiento de sangre para la expiación? ¿No estaba centrada la adoración de Israel en los sacrificios de animales? Sí, pero las ofrendas de grano tenían también un propósito y un significado especiales, como vamos a ver en este capítulo.

Las ofrendas de grano

2 »Cuando alguna persona ofrezca una oblación a Jehová, su ofrenda será flor de harina, sobre la que echará aceite y pondrá incienso. ²La llevará luego a los hijos de Aarón, a los sacerdotes; de ello tomará el sacerdote un puñado de la flor de harina con aceite, junto con todo el incienso, y lo hará arder sobre el altar, como memorial. Ofrenda quemada es, de olor grato a Jehová. ³Lo que resta de la ofrenda, cosa santísima de las ofrendas que se queman para Jehová, será de Aarón y de sus hijos.

La palabra que se usaba en hebreo para indicar la segunda clase de sacrificios significa simplemente “ofrenda”. La Reina-Valera aquí usa la palabra “oblación” y los traductores de la Nueva Versión Internacional la traducen como “ofrenda de cereal” para diferenciarla de las ofrendas de animales. Las ofrendas de grano o de cereal, compuestas primordialmente por flor de harina, se consideran como una ofrenda aparte, aunque siempre se hacía junto con la ofrenda quemada.

Mientras que los holocaustos representaban la importancia de la total dedicación personal al Señor, las ofrendas de grano simbolizaban que también todo el fruto del trabajo del hombre debe ser consagrado al Señor. Con las ofrendas de grano, el

adorador también expresaba su gratitud a Dios, el Dador de todo, y demostraba visiblemente su sometimiento a Dios. ¡Qué gran diferencia con las ofrendas de grano de los paganos, que tenían el propósito de ser la comida para sus dioses!

La harina que se ofrecía en la ofrenda de grano era hecha de cebada o de trigo molidos, y el adorador le agregaba a la harina aceite de oliva. En los tiempos bíblicos, la gente utilizaba comúnmente el aceite de oliva para cocinar, como agente grasoso, y como medio para cohesionar la harina. Así como el grano, el aceite era un producto del trabajo humano y simbolizaba la dedicación del trabajo del hombre a Dios.

El adorador también le agregaba incienso a su ofrenda de grano. El incienso era una resina que se obtenía de ciertos arbustos; simbolizaba la adoración y la devoción, como se ve claramente en las palabras de David en el Salmo 141:2: “Suba mi oración delante de ti como el incienso”.

El adorador le presentaba su ofrenda de grano al sacerdote, asegurándose de que el incienso estuviera incluido. Después, el sacerdote tomaba un puñado de harina y aceite, junto con todo el incienso, y lo quemaba sobre el altar como memorial, para recordarle a Dios la promesa de su pacto.

El resto de la ofrenda de grano pasaba a ser propiedad del sacerdote. Se la consideraba como una parte santísima de las ofrendas, debido a que era dedicada al santo Dios, y porque la comían los sacerdotes ceremonialmente limpios en el santo santuario.

Debido al trabajo especial de los sacerdotes, era de gran importancia su carácter, su vestido y el lugar de su servicio. La pureza ritual era esencial porque su trabajo era santo. La santidad también tenía que ser evidente en su vida. Los creyentes de hoy deben recordar siempre que Dios los ha constituido en un “real sacerdocio” (1 Pedro 2:9) y que por lo tanto se deben esforzar por ser santos. Dios nos exhorta: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16).

⁴»Cuando presentes una ofrenda cocida al horno, será de tortas de flor de harina sin levadura, amasadas con aceite, y de hojaldres sin levadura, untadas con aceite.

⁵»Pero si presentas una ofrenda de sartén, será de flor de harina sin levadura, amasada con aceite. ⁶La partirás en trozos y echarás aceite sobre ella. Es una ofrenda.

⁷»Si presentas una ofrenda cocida en cazuela, se hará de flor de harina con aceite. ⁸La ofrenda preparada con estas cosas se la llevarás a Jehová y la presentarás al sacerdote, el cual la llevará hasta el altar. ⁹El sacerdote tomará de aquella ofrenda lo que sea para memorial y lo hará arder sobre el altar, como ofrenda quemada de olor grato a Jehová. ¹⁰Y lo que resta de la ofrenda, cosa santísima de las ofrendas que se queman para Jehová, será de Aarón y de sus hijos.

La sección anterior se ocupó de las ofrendas de grano sin cocer. Estos versículos nos dicen que también eran posibles otros tipos de ofrendas de grano. Por ejemplo, se podría hacer una pasta de harina, la cual se aplanaba después con la mano y se adhería a la pared interna de un horno caliente. El pan resultante, si se puede llamar “pan”, era una comida común entre la gente de los tiempos bíblicos. No se utilizaba levadura; por eso el pan era plano, un poco grueso y dorado.

La ofrenda de grano también se podía preparar en un sartén, hecho generalmente de cerámica, aunque gran cantidad de hebreos podía tener sartenes de cobre o hasta de hierro. El adorador desmoronaba el pan o lo partía en trozos pequeños, así como haría si iba a comerlo. Recuerde que cuando Jesús instituyó la Santa Cena, partió el pan antes de darlo a los discípulos.

La ofrenda de grano también se podía cocer en una cazuela o en una olla utilizada como freidora. Se ha sugerido que de alguna manera la ofrenda de grano cocido se podía parecer a una dona de hoy. (De hecho, esas “donas” se venden actualmente en las calles de la antigua ciudad de Jerusalén.) Como en el caso de la ofrenda

de flor de harina, el sacerdote la llevaba al altar donde hacía arder la parte para memorial. Lo que quedara le pertenecía únicamente a los sacerdotes. Dios no sólo mandó que una parte de la ofrenda de grano, sino que también la carne de las ofrendas por el pecado y por la culpa (capítulos 5 y 7), sirvieran como comida únicamente para los sacerdotes, como una forma de mantener el sacerdocio. Los adoradores tenían libertad para participar en la comida de otras ofrendas.

¹¹»Ninguna ofrenda que presentéis a Jehová será preparada con levadura, pues ninguna cosa leudada, ni ninguna de miel, se ha de quemar como ofrenda para Jehová. ¹²Como ofrenda de primicias las ofreceréis a Jehová, pero no subirán al altar como ofrenda de olor grato.

¹³»Sazonarás con sal toda ofrenda que presentes, y no permitirás que falte jamás en tu ofrenda la sal del pacto de tu Dios. En todas tus ofrendas ofrecerás sal.

No se podía utilizar levadura o miel en ninguna de las ofrendas quemadas al Señor, porque esa comida se podía echar a perder más fácilmente, y por lo tanto sería inapropiada en el altar del Señor como parte de las ofrendas encendidas. Sin embargo, la levadura y la miel no eran en sí impuras o símbolo del mal, ya que ambas formaban parte de las ofrendas de primicias, sobre las cuales se tratará más adelante en el capítulo 23.

Todas las ofrendas de grano se debían sazonar con sal. La sal servía para preservar la comida, a diferencia de la levadura y de la miel que la podían corromper. Se llamaba “la sal del pacto”. Por lo tanto, agregar sal a la ofrenda era una manera de recordarle al adorador que estaba en una condición de conservación, es decir, en una relación eterna con Dios. Dios nunca lo iba a desamparar y, recíprocamente el adorador tenía la obligación permanente de vivir de acuerdo con la voluntad del Señor. Es interesante notar que, en los tiempos bíblicos, el hecho de comer sal juntos establecía un vínculo de amistad.

Jesús dice en el Sermón de Monte que los creyentes son “la sal de la tierra” (Mateo 5:13). La fe y la vida de un creyente ayudarán a preservar el bien en el mundo. El cristiano que está de acuerdo con los caminos pecaminosos del mundo es como la sal que ha perdido su salinidad. Jesús dice sobre esto: “No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres” (Mateo 5:13).

¹⁴»Si presentas a Jehová una ofrenda de primicias, tostarás al fuego las espigas verdes y ofrecerás el grano desmenuzado como ofrenda de tus primicias. ¹⁵Pondrás sobre ella aceite, y le echarás además incienso. Es una ofrenda. ¹⁶Como memorial, el sacerdote hará arder parte del grano desmenuzado y del aceite, junto con todo el incienso. Es una ofrenda quemada para Jehová.

Para una ofrenda de primicias, se tostaba grano de espigas verdes, se molía como una comida ordinaria, y se presentaba junto con aceite de oliva e incienso. Esta ofrenda, junto con el vertimiento de vino (que no se menciona en este capítulo), representaba que la comida diaria del hombre viene del Señor. El grano, el aceite, y el vino eran los tres ingredientes básicos de la dieta de una persona en los tiempos bíblicos. El adorador le estaba devolviendo a Dios algo de lo que él le había dado para su vida diaria, reconociendo de esta manera la bondad de Dios para con él.

La ofrenda de grano se ofrecía junto con el holocausto. De igual manera que las ofrendas quemadas, era un acto de dedicación y consagración al Señor, en el cual el adorador expresaba su gratitud a Dios, el Dador de todo. También expresaba el deseo y la voluntad del adorador de vivir de acuerdo con la santa voluntad de Dios. La ofrenda de grano se repetía muchas veces en la vida del adorador, así como se repetían las ofrendas quemadas. La dedicación del hombre a Dios necesita ser renovada repetidamente, debido a que la naturaleza humana es pecaminosa.

La dedicación de la vida y del trabajo del creyente al Señor, es una actitud del creyente del Nuevo Testamento. Pablo exhorta así a los cristianos de Roma: “Por tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:1,2). El escritor a los Hebreos dice: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre. Y de hacer el bien y de la ayuda mutua no os olvidéis, porque de tales sacrificios se agrada Dios” (Hebreos 13:15,16). Así como las ofrendas de grano se presentaban todas las mañanas y todas las tardes, también los cristianos están llamados a dedicarse nuevamente al servicio a Cristo, regular y diligentemente.

Las ofrendas de grano eran una fuente principal de ingresos para los sacerdotes y levitas. Ellos no tenían tierra propia y dependían completamente de las ofrendas del pueblo de Dios. Asimismo los cristianos de hoy quieren proveer para quienes les sirven con el evangelio. En efecto, Pablo justifica el pago a los ministros del evangelio apelando a las costumbres del Antiguo Testamento: “¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del Templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Corintios 9:13,14).

Solamente los sacerdotes y los levitas podían comer la mayor parte de las ofrendas de grano. Sin embargo, había otra ofrenda especial de la cual hasta los adoradores podían comer en el santuario, la cual nos trae a la mente la Santa Cena, y con buena razón. Aprenderemos de ella en el capítulo 3.

Los sacrificios de paz, así como las ofrendas quemadas, expresaban la relación del pacto con Dios, pero en algunos aspectos había una gran diferencia.

Las ofrendas de paz

3 »Si su ofrenda es un sacrificio de paz, y lo que ha de ofrecer es de ganado vacuno, ofrecerá delante de Jehová un macho y una hembra sin defecto. ² Pondrá su mano sobre la cabeza de su ofrenda, la degollará a la puerta del Tabernáculo de reunión, y después los hijos de Aarón, los sacerdotes, rociarán su sangre en el altar, por todos sus lados.

³ »Luego ofrecerá del sacrificio de paz, como ofrenda quemada a Jehová, la grasa que cubre los intestinos, y toda la que está sobre las entrañas, ⁴ y los dos riñones y la grasa que está sobre ellos y sobre los ijares; con los riñones quitará la grasa de los intestinos que está sobre el hígado. ⁵ Los hijos de Aarón harán arder todo esto en el altar, sobre el holocausto que estará sobre la leña que habrá encima del fuego. Es una ofrenda de olor grato para Jehová.

Los sacrificios de paz también comprendían el sacrificio de animales. El significado básico de la palabra hebrea que se traduce como “paz” significa “ser completo o unido”. Por lo tanto, los sacrificios de paz, eran la demostración de que habían sido sanadas las relaciones rotas entre el santo Dios y el Israel pecador. El procedimiento le recordaba a los adoradores, primero, que el pecado, la causa de la relación rota, había sido quitada al transferirlo al animal. Después se les permitía a los adoradores celebrar con una comida su paz con Dios. El Señor participaba en la comida aceptando la ofrenda quemada de olor grato. Los

sacerdotes, como representantes de Dios, participaban en la comida. Las partes comestibles de la ofrenda que no eran propiedad de Dios, eran la parte que comían los sacerdotes y los adoradores de Israel en el banquete.

Primero se describen los sacrificios de paz consistentes en ganado. El adorador mataba el animal sin defecto a la entrada del Tabernáculo de reunión. Después, el sacerdote rociaba la sangre del animal sobre el altar. Después de esto, se cortaba el animal en sus piezas, algunas de las cuales se ofrecían sobre el altar. Los sacrificios de paz diferían de las ofrendas quemadas en este aspecto, ya que las ofrendas quemadas se consumían por completo sobre el altar.

La gordura que cubría las entrañas del animal no se comía, porque se la consideraba como una porción escogida, reservada solamente para Dios. Se quitaban también los riñones y la gordura del hígado. En el Antiguo Testamento se hace referencia a los riñones y a otros órganos internos como la sede de las emociones. Es posible que al ofrecer los riñones y la gordura que cubre el hígado, se simbolizara la dedicación a Dios de las más profundas emociones.

⁶»Pero si su ofrenda para el sacrificio de paz a Jehová es de ovejas, ofrecerá un macho y una hembra sin defecto. ⁷Si presenta un cordero como su ofrenda, lo presentará delante de Jehová. ⁸Pondrá la mano sobre la cabeza de su ofrenda, y después la degollará delante del Tabernáculo de reunión. Luego los hijos de Aarón rociarán su sangre en el altar, por todos sus lados.

⁹»Del sacrificio de paz presentará como ofrenda quemada a Jehová la grasa, la cola entera, que cortará desde la raíz del espinazo, la grasa que cubre todos los intestinos, y toda la que está sobre las entrañas. ¹⁰ Asimismo los dos riñones y la grasa que está sobre ellos y sobre los ijares; con los riñones quitará la grasa que cubre el hígado. ¹¹ El sacerdote hará

arder todo esto sobre el altar. Es manjar de ofrenda quemada para Jehová.

El adorador también podía llevar un sacrificio de paz tomada de las ovejas. También en este caso, se quitaba la gordura y se quemaba, como la parte del Señor. Toda la cola del cordero se quitaba y se quemaba. Recientemente se ha comprendido con claridad la justificación para esto último; los estudiosos han descubierto que los corderos que se criaban en Palestina en los tiempos bíblicos almacenaban gordura en la cola.

¹²»Si es una cabra su ofrenda, la presentará delante de Jehová. ¹³Pondrá la mano sobre su cabeza y la degollará delante del Tabernáculo de reunión. Los hijos de Aarón rociarán su sangre en el altar, por todos sus lados.

¹⁴»Después presentará de ella, como su ofrenda quemada a Jehová, la grasa que cubre los intestinos y toda la que está sobre las entrañas, ¹⁵los dos riñones, la grasa que está sobre ellos y sobre los ijares; con los riñones quitará la grasa que cubre el hígado. ¹⁶Luego el sacerdote hará arder todo esto sobre el altar. Es manjar de ofrenda de olor grato que se quema a Jehová. Toda la grasa es de Jehová.

Aquí se describen los sacrificios de paz consistentes en cabras. Los procedimientos eran los mismos que se hacían con los corderos y las ovejas, y la fórmula se repetía de la misma manera.

El sacerdote quemaba las partes del animal sobre el altar como comida, pero con toda seguridad no para dar sustento a Dios. Los paganos vecinos de Israel ofrecían sacrificios con la idea de que estaban alimentando o nutriendo a sus dioses. Esos pensamientos estaban lejos de las mentes de los hebreos. Por el contrario, el pueblo de Dios entendía que esas ofrendas expresaban la comunión y la paz que ellos tenían con Dios, en términos de una comida compartida. Mediante la expiación que Dios había hecho, no había barrera entre ellos y Dios.

¹⁷»Estatuto perpetuo será para vuestros descendientes, dondequiera que habitéis: ninguna grasa ni ninguna sangre comeréis».

La expresión “estatuto perpetuo será para vuestros descendientes” se presenta diecisiete veces en Levítico. Esas palabras se presentan aquí para hacer hincapié en que la prohibición que hace Dios de comer la gordura y la sangre tenía el propósito de cumplirse mientras estuviera vigente el sistema de los sacrificios. Toda gordura estaba prohibida porque le pertenecía al Señor, y la sangre estaba prohibida porque era el medio de la expiación.

Al examinar las ocasiones que se registran en la Escritura, en las que se celebraron los sacrificios de paz, notamos que invariablemente había un ambiente festivo. Las bendiciones que daba el Señor, la ayuda que se experimentaba para cumplir un voto o para terminar alguna tarea grande, invitaban a un sacrificio de paz con la alegría que la acompañaba. La mayoría de las ofrendas que llevaron y presentaron Salomón y el pueblo en la jubilosa ocasión de la dedicación del Templo, fueron sacrificios de paz. Algunas veces se ofrecían sacrificios de paz en relación con peticiones de la ayuda de Dios; había alegría en tener presente que por causa del pacto de Dios, él los iba a ayudar. En ocasiones, el sacrificio de paz era un acto espontáneo de acción de gracias a Dios, que hacía el adorador en el tiempo de la cosecha o cuando reconocía otras bendiciones de Dios. Ana, cuando nació su hijo Samuel, llevó un sacrificio de paz para expresar su gratitud al Señor. Los sacrificios de paz también se relacionan frecuentemente con las felices ocasiones en las que se realizaba el pacto con Dios.

Sabemos, por lo que dice Levítico 7, que los sacrificios de paz concluían con la reunión del adorador con sus amigos y su familia, en una comida para consumir la carne que no había sido ofrecida en sacrificio. Todos los participantes en la comida tenían que estar en un estado de pureza ritual, y la comida tenía que ser consumida

el mismo día en que había sido ofrecida como sacrificio de confesión, o el día siguiente, si había sido ofrecida con otros propósitos. Al sacerdote se le daba el pecho y la espaldilla derecha como parte de su salario, y el adorador y sus amigos comían el resto. De esta manera se experimentaba la paz con Dios, cuando los invitados disfrutaban las bendiciones en su misericordiosa presencia. Al celebrar esta comida, los adoradores también estaban mostrando que habían sido apartados de las naciones paganas solamente para Dios. El apóstol Pablo escribe: “Mirad a Israel según la carne: los que comen de los sacrificios, ¿no son partícipes del altar?” (1 Corintios 10:18). Los creyentes del Antiguo Testamento, al comer del sacrificio, compartían todo aquello para lo cual estaba el altar, la salvación lograda mediante el perfecto sacrificio prefigurado por los sacrificios de paz.

Los creyentes del Nuevo Testamento participan de una comida para expresar su paz con Dios y con los demás. Algunas veces la llamamos Santa Comunión para hacer énfasis en ese aspecto de la comida. Es fascinante ver cómo los sacrificios de paz del Antiguo Testamento eran una bella prefiguración de esta comida santa. Cuando Jesús instituyó su cena, dijo que el vino que había en la copa era “el nuevo pacto en mi sangre” (1 Corintios 11:25). Por lo tanto, él hizo alusión a la sangre del antiguo pacto, la sangre de las ofrendas quemadas y de los sacrificios de paz, que fueron la figura del derramamiento de su sangre en la cruz. Pero junto con el pan y el vino, Cristo también nos ofrece, en el sacramento, su verdadero cuerpo y su verdadera sangre para darnos la seguridad del perdón.

El adorador de los tiempos del Antiguo Testamento, en el momento del sacrificio de paz alababa a Dios, hacía votos y hacía peticiones. Hoy en día, la celebración de la comunión les da a los cristianos la oportunidad para volverse a dedicar al servicio de Dios y para presentar sus oraciones y sus alabanzas a su Señor.

Se ve un fuerte contraste entre los sacrificios de paz y la Santa Cena, respecto a beber la sangre. Bajo el antiguo pacto, estaba

prohibido consumir la sangre sacrificial, debido a que era el medio de la expiación. Sin embargo, en la Santa Cena recibimos la verdadera sangre derramada en la cruz del Calvario, junto con el vino, para darnos la seguridad de nuestra salvación, comprada con sangre.

Las contrapartes de los sacrificios de paz en el Nuevo Testamento se pueden considerar como los servicios de adoración en general. Al escuchar la Palabra de Dios, estamos participando del Pan de Vida. Al experimentar sus bendiciones, nos alegramos al saber que otros comparten esas bendiciones con nosotros. La fe se fortalece al adorar junto con hermanos creyentes.

Seguramente no está fuera de lugar pensar también que las cenas de Navidad, las fiestas de bodas cristianas, las comidas que se ofrecen en los bautismos y otras más son contrapartes adecuadas de los sacrificios de paz del Antiguo Testamento. Por ejemplo, después de asistir a un servicio de adoración de Navidad, en el que hemos hecho memoria del más grande don de Dios al hombre, y lo hemos alabado por la venida de su Hijo, es apropiado participar en una comida festiva en la que nos regocijamos por su presencia en nuestra vida y disfrutamos de la paz con él y con los demás.

Es maravilloso disfrutar de la relación que tenemos con Dios en Cristo. Sin embargo, seamos realistas; no siempre hacemos eso. Hay ocasiones en las que la consciencia de nuestra pecaminosidad nos hace sentir lejos de Dios. En el Antiguo Testamento, había sacrificios de sangre que estaban destinados exactamente para esos momentos de la vida.

Imagine que usted está en el monte de Sinaí. Los relámpagos, el humo, el fuego, los sonidos aterradores, el piso debajo de sus pies temblando, la impresionante voz de Dios retumbando sus exigencias. ¿Lo asusta a usted el solo pensamiento? ¡Los hijos de Israel estuvieron aterrorizados cuando experimentaron personalmente esas cosas! Dolorosamente conscientes de sus pecados y de la ira de Dios, tenían necesidad de un poderoso consuelo; y eso es exactamente lo que la ofrenda por el pecado estaba destinada a darles.

Mientras que el holocausto y el sacrificio de paz expresaban la relación del pacto del pueblo de Dios con el Señor, la ofrenda por el pecado era uno de los dos sacrificios de sangre que Dios destinó para restaurar la relación del pacto. Esa ofrenda le presentaba el evangelio en su forma más concentrada al creyente del Antiguo Testamento.

Vemos ciertas similitudes con los otros sacrificios de sangre, pero el uso ceremonial de la sangre juega un papel más importante en la ofrenda por el pecado que en las otras ofrendas. La sangre del animal sacrificado se rociaba siete veces frente del velo que separaba el lugar santo del lugar santísimo en el Tabernáculo, y más tarde en el templo, y también en el lugar santo se untaba la sangre en los cuernos del altar del incienso (vea las ilustraciones 1 y 2 en las páginas 244 y 245).

El énfasis especial de la ofrenda por el pecado era la restauración de la relación entre el pecador y su Dios, una relación que había sido rota por el pecado, particularmente por los pecados de debilidad. Aquí no se dice nada sobre el desafío deliberado a la voluntad de Dios. Esos pecados eran tratados individualmente (vea 2 Samuel 12), o mediante las ofrendas en el Día de la Expiación. En el Día de la Expiación se añadía al simbolismo de la ofrenda por el pecado, el confesar y transferir simbólicamente los pecados a la víctima propiciatoria. El macho cabrío se enviaba lejos al desierto. Aprenderemos más acerca de esto en el capítulo 16.

Las ocasiones para la ofrenda por el pecado eran muchas, desde un deseo individual de confesar el pecado hasta ocasiones especiales, tales como la consagración de los sacerdotes o la fiesta que señalaba el comienzo de cada nuevo mes, cuando se consideraba necesaria la purificación de pecados anteriores.

Ofrendas por el pecado

4 **Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguna persona peque involuntariamente contra alguno de los mandamientos de Jehová sobre cosas que no se han de hacer, y hace alguna de ellas:**

El pecado era una violación del pacto que Dios había establecido. La palabra hebrea que se traduce aquí como “peque” significa básicamente “cuando uno tira al blanco y falla”. Cuando una persona peca, falla en cumplir con el propósito de su existencia, es decir, vivir en perfecta obediencia a los mandamientos de Dios y ser santo como Dios es santo. Las ofrendas por el pecado se establecieron especialmente para expiar los pecados cometidos sin intención, es decir, no por desafiar a Dios sino por debilidad y sin premeditación.

³»**Si el que peca es el sacerdote ungido, haciendo así culpable al pueblo, ofrecerá a Jehová, por el pecado que ha cometido, un becerro sin defecto, como expiación. ⁴Llevará el becerro a la puerta del Tabernáculo de reunión delante de Jehová, pondrá su mano sobre la cabeza del becerro y lo degollará delante de Jehová. ⁵Después el sacerdote ungido tomará parte de la sangre del becerro y la traerá al Tabernáculo de reunión. ⁶Mojará el sacerdote su dedo en la sangre, y rociará con aquella sangre siete veces delante de Jehová frente al velo del santuario. ⁷El sacerdote pondrá de**

esa sangre sobre los cuernos del altar del incienso aromático, que está en el Tabernáculo de reunión delante de Jehová, y echará el resto de la sangre del becerro al pie del altar del holocausto, que está a la puerta del Tabernáculo de reunión. ⁸ Luego tomará del becerro de la expiación toda su grasa, la que cubre los intestinos y la que está sobre las entrañas, ⁹ los dos riñones y la grasa que está sobre ellos y sobre los ijares; con los riñones le quitará la grasa que cubre el hígado, ¹⁰ de la manera que se le quita al buey del sacrificio de paz, y el sacerdote la hará arder sobre el altar del holocausto. ¹¹ Pero la piel del becerro, toda su carne, con su cabeza, sus piernas, sus intestinos y su estiércol, ¹² en fin, todo el becerro, lo sacará fuera del campamento a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña. Será quemado donde se echan las cenizas.

Este es el único lugar en el Antiguo Testamento donde al sacerdote se le llama “ungido”. Esta palabra se refiere al hecho de que el sumo sacerdote era consagrado especialmente para realizar los santos ritos de la adoración. Esa era una gran responsabilidad. Si el sacerdote no cumplía todos los requisitos de su oficio, cometía una ofensa muy seria que lo descalificaba como representante de Dios, y también hacía caer culpa sobre el pueblo a quien él representaba.

Los ritos, por medio de los cuales eran expiados los pecados del sacerdote ungido, eran diferentes del holocausto y del sacrificio de paz en dos sentidos. En primer lugar, no se quemaba todo el animal sobre el altar, como se hacía en el caso del holocausto. En segundo lugar, no se comía la carne del animal, como se hacía en el sacrificio de paz.

La seriedad del pecado del sumo sacerdote estaba subrayada por el valioso animal que tenía que llevar para el sacrificio. El becerro era el animal más grande ordenado para el sacrificio en cualquier tiempo. El hecho de rociar la sangre dentro del lugar

santo también muestra que el pecado del sacerdote era considerado más grave que el pecado de la persona corriente. El sacerdote debía rociar la sangre en dirección al velo del santuario, es decir, el velo que separaba el lugar santo del lugar santísimo.

La ofrenda de sangre era la característica principal de la ofrenda por el pecado, así como el hecho de que el animal fuera completamente consumido por el fuego, era el aspecto principal en el holocausto. En el holocausto y en el sacrificio de paz, la sangre se ponía una vez sobre el altar del holocausto. Sin embargo, en la ofrenda por el pecado, se rociaba en pequeñas cantidades, pero se hacía siete veces, siendo el número siete símbolo de ser completo. El sacerdote también untaba una parte de la sangre en los cuernos del altar del incienso aromático, en el lugar santo del Tabernáculo de reunión (vea las ilustraciones 1 y 2 en las páginas 244 y 245). Eso también indicaba que la contaminación que causaba el pecado del sacerdote era un asunto más grave que el pecado de un laico. El resto de la sangre se derramaba al pie del altar del holocausto, donde se iba a hundir dentro de la tierra.

Una vez que se había dispuesto de la sangre, se reunía toda la gordura y se quemaba en el altar del holocausto. Se le quitaba la piel al becerro y, junto con las partes del becerro no ofrecidas en sacrificio, se quemaban fuera del campamento, en un lugar ceremonialmente limpio. La quema del animal fuera del campamento tipificaba la remoción y la destrucción de todo lo pecaminoso.

El escritor a los Hebreos se refiere al procedimiento anterior, en el que Jesús es asemejado a los animales cuya sangre lleva al lugar santo el sumo sacerdote, como un sacrificio por el pecado. Las partes del animal sacrificado se quemaban fuera de la puerta del campamento así como el Salvador sufrió en el Calvario, fuera de la puerta de Jerusalén, para santificar al pueblo mediante su sangre. El escritor a los Hebreos insta al creyente diciendo: “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento” (Hebreos 13:13) y por medio de él ofrecer siempre a Dios “sacrificio de alabanza” (Hebreos 13:15).

¹³»Si ha sido toda la congregación de Israel la que ha errado involuntariamente, aunque la falta haya quedado oculta a los ojos del pueblo, son culpables de haber hecho algo contra alguno de los mandamientos de Jehová en cosas que no se han de hacer, ¹⁴ y en cuanto llegue a ser conocido el pecado que han cometido, la congregación ofrecerá un becerro, como expiación. Lo llevarán delante del Tabernáculo de reunión, ¹⁵ los ancianos de la congregación pondrán sus manos sobre la cabeza del becerro delante de Jehová, y en presencia de Jehová degollarán aquel becerro. ¹⁶ Luego el sacerdote ungido llevará parte de la sangre del becerro al Tabernáculo de reunión, ¹⁷ el sacerdote mojará su dedo en la sangre, y con ella rociará siete veces delante de Jehová frente al velo. ¹⁸ De aquella sangre pondrá sobre los cuernos del altar que está delante de Jehová en el Tabernáculo de reunión, y derramará el resto de la sangre al pie del altar del holocausto, que está a la puerta del Tabernáculo de reunión. ¹⁹ Le quitará toda la grasa y la hará arder sobre el altar, ²⁰ haciendo con aquel becerro como hizo con el becerro de la expiación. Lo mismo hará con él. Así hará el sacerdote expiación por ellos, y obtendrán perdón. ²¹ Sacará luego el becerro fuera del campamento y lo quemará como quemó el primer becerro. Es un sacrificio de expiación por la congregación.

Un pecado cometido por toda la congregación, requería el mismo rito de purificación que un pecado cometido por el sumo sacerdote. Sin embargo, en esta instancia, eran los ancianos del pueblo quienes llevaban el becerro, en lugar del sumo sacerdote. Como resultado de esta ofrenda, la congregación tenía la seguridad del perdón, y la relación del pacto era restablecida.

Podríamos preguntarnos cómo es posible que toda la comunidad israelita pudiera pecar, es decir, errar inadvertidamente. Se encuentra un ejemplo en Malaquías, capítulo 3, en el que Dios, por medio de su profeta, acusa a su pueblo de haberle robado a él.

Sin embargo, el pueblo pregunta: “¿En qué te hemos robado?”; y el Señor responde: “En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robando” (Malaquías 3:8,9). Y luego el Señor los acusa de haber dicho cosas violentas contra él, y el pueblo preguntó: “¿Qué hemos hablado contra ti?”; el Señor responde: “Habéis dicho: ‘Por demás es servir a Dios’” (Malaquías 3:13,14).

Hoy, un grupo de creyentes, que no da sus ofrendas para la obra del Señor, o es perezoso para servir a Dios, puede ser acusado de los mismos pecados que los hijos de Israel. Aunque, por supuesto, esos pecados pueden ser cometidos sin la intención, exigen el arrepentimiento de la comunidad, así como se exigía en la época de Moisés.

²²»Si el que peca involuntariamente es un jefe, cometiendo una falta contra alguno de todos los mandamientos de Jehová, su Dios, sobre cosas que no se han de hacer, es culpable. ²³ Luego que se le dé a conocer el pecado que cometió, presentará como su ofrenda un macho cabrío sin defecto. ²⁴ Pondrá su mano sobre la cabeza del macho cabrío y lo degollará en el lugar donde se degüella el holocausto, delante de Jehová. Es un sacrificio de expiación. ²⁵ El sacerdote tomará con su dedo de la sangre de la expiación, la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto y derramará el resto de la sangre al pie del altar del holocausto. ²⁶ Luego quemará toda su grasa sobre el altar, como la grasa del sacrificio de paz. Así hará el sacerdote expiación por él, por su pecado, y obtendrá perdón.

A un jefe del pueblo que pecara sin intención, se le exigía ofrecer un macho cabrío como expiación. La sangre del macho cabrío se rociaba sobre el altar del holocausto en lugar de rociarla sobre el altar del incienso. Eso simbolizaba que el pecado del jefe no había profanado el santuario interior, como sí lo hizo el pecado del sumo sacerdote.

Un “jefe” podía ser la cabeza de una tribu o la cabeza de un grupo de clanes dentro de una tribu, que conoció su pecado por medio del sumo sacerdote o alguno de sus compañeros gobernantes. Por medio de la ofrenda por el pecado, el sacerdote hacía expiación por el pecado del jefe.

La palabra expiación, como se utiliza en la Escritura, significa “cubrir”. Por causa de la obra expiatoria de Cristo, el pecado de toda la humanidad ha sido cubierto, es decir, borrado de la vista de Dios.

²⁷»Si alguna persona del pueblo peca involuntariamente, cometiendo una falta contra alguno de los mandamientos de Jehová en cosas que no se han de hacer, es culpable. ²⁸Luego que se le dé a conocer el pecado cometido, presentará como ofrenda una cabra, una cabra sin defecto, por el pecado que cometió. ²⁹Pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda de expiación y la degollará en el lugar del holocausto. ³⁰Luego el sacerdote tomará con su dedo de la sangre, la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto y derramará el resto de la sangre al pie del altar. ³¹Después le quitará toda su grasa, de la manera que le fue quitada la grasa al sacrificio de paz, y el sacerdote la hará arder sobre el altar en olor grato a Jehová. Así hará el sacerdote expiación por él, y será perdonado.

³²»Si trae un cordero como su ofrenda por el pecado, deberá ser una hembra sin defecto. ³³Pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda de expiación y la degollará como expiación en el lugar donde se degüella el holocausto. ³⁴Después tomará el sacerdote con su dedo de la sangre de la expiación, la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto y derramará el resto de la sangre al pie del altar. ³⁵Le quitará toda su grasa, como le fue quitada la grasa al sacrificio de paz, y el sacerdote la hará arder en el altar sobre la ofrenda quemada a Jehová. Así hará el sacerdote expiación por el pecado que haya cometido, y será perdonado.

Si una persona de la comunidad pecaba sin intención, debía presentar como ofrenda por el pecado una cabra o un cordero hembra. Ninguno de esos animales estaba fuera de las posibilidades de la familia promedio. La sangre del animal sacrificial se untaba (no se rociaba, como sí se hacía en el caso de la ofrenda por el pecado por toda la congregación) sobre el altar del holocausto. Se quitaba la gordura y se quemaba sobre el altar, como se hacía en el caso del sacrificio de paz. Aunque toda la congregación necesitaba el perdón por el pecado no intencional cometido por uno de sus miembros, la persona también tenía que hacer expiación.

El Nuevo Testamento enseña que la ofrenda por el pecado tiene su cumplimiento en el sacrificio de Cristo en la cruz. Jesús dijo que él vino “a dar su vida en rescate por todos” (Marcos 10:45). El apóstol Pablo dice, con palabras tomadas de Levítico: “Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2). Hebreos 7:27 habla de los sacrificios que hacían los sacerdotes del Antiguo Testamento, y después dice que Cristo ofreció un sacrificio “una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”. Juan el Bautista dijo que Jesús es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

¡Es muy consolador saber que, con la muerte de Cristo en la cruz, se ofreció una vez para siempre la única expiación suficiente! Con mucha frecuencia somos culpables de los pecados de debilidad e ignorancia. No nos disponemos deliberadamente a pecar; no vamos intencionalmente en contra de la voluntad de Dios. Sin embargo, diariamente pecamos mucho, de muchas maneras diferentes. Pero ahora ya no tenemos que presentar ofrendas por el pecado, ya que la sangre de Cristo fue el precio perfecto de rescate. Él sufrió la ira del Padre por todos los pecados, de tal manera que podemos disfrutar de la presencia de Dios por siempre.

Los sacrificios de sangre del Antiguo Testamento

<p>Holocaustos Levítico 1</p> <p>Ganado, ovejas, machos cabríos, o palomas.</p> <p>Macho sin defecto.</p> <p>Todo el animal se quemaba</p> <p>Mañana y tarde. También por devoción personal.</p> <p>Para adoración y oración.</p>	<p>Ofrenda de paz Levítico 3</p> <p>Del rebaño. Macho o hembra, sin defecto.</p> <p>La gordura y la carne seleccionadas se quemaban. Parte para los sacerdotes, el resto para los adoradores.</p> <p>Por bendiciones recibidas. Al tomar o completar un voto. Voluntaria. Por acción de gracias, alabanza, peticiones, compartir bendiciones.</p>	<p>Ofrenda por el pecado Levítico 4</p> <p>Beceros, machos cabríos, ovejas, palomas, u ofrendas de grano</p> <p>Las partes seleccionadas se quemaban. El resto para los sacerdotes o se quemaba.</p> <p>Por los pecados del sumo sacerdote, la congregación, los gobernantes. Expiación por el pecado.</p>	<p>Ofrenda por la culpa Levítico 5-6:7</p> <p>Carnero o cordero.</p> <p>Las partes seleccionadas se quemaban. El resto consumido por los sacerdotes.</p> <p>Por pecados específicos.</p> <p>Frutos de arrepentimiento, para compensar.</p>
<p>Expresión de la relación del pacto</p>	<p>Restauración de la relación del pacto</p>		<p>Restauración de la relación del pacto</p>

LEVÍTICO 5

Las anteriores ofrendas por el pecado se hacían por pecados no específicos y no intencionales. Ahora se mencionan tres ofensas específicas, que se pueden caracterizar como pecados de omisión.

5 »Si alguien es llamado a testificar por ser testigo de algo que vio o supo, y no lo denuncia, comete pecado y cargará con la culpa.

²»Asimismo la persona que haya tocado cualquier cosa inmunda, sea cadáver de bestia inmunda, o cadáver de animal inmundo, o cadáver de reptil inmundo, aunque no lo sepa, será impura y habrá pecado.

³»Si alguien toca cualquiera de las inmundicias humanas que lo pueden hacer impuro, sin darse cuenta, y después llega a saberlo, será culpable.

⁴»Si alguien jura a la ligera con sus labios hacer mal o hacer bien, en cualquier cosa que el hombre acostumbra a jurar, y él no lo entiende, si después lo entiende, será culpable por cualquiera de estas cosas.

⁵»Cuando peque en alguna de estas cosas, confesará aquello en que pecó, ⁶y para su expiación presentará a Jehová, como ofrenda de expiación por el pecado que cometió, una hembra de los rebaños, una cordera o una cabra. Así le hará el sacerdote expiación por su pecado.

El primer pecado de omisión que se describe es el de un testigo que no se hace presente para testificar. En la época de Moisés era de gran importancia poder tener testigos veraces y fieles para hacer justicia en la comunidad, y todavía lo es.

Sin embargo, ¿cuántas veces no hemos dado fiel testimonio de la verdad? Es muy consolador saber que Jesús fue el testigo perfecto en nuestro lugar. Cuando Jesús estaba en el juicio ante el sanedrín, permaneció en silencio hasta que fue puesto bajo

juramento y el sumo sacerdote le ordenó que les dijera si él era el Cristo, el Hijo de Dios. Entonces él contestó: “Tú lo has dicho” (Mateo 26:64).

La segunda ofensa tenía que ver con tener contacto no intencional con animales o personas impuras. Ese contacto hacía que la persona israelita quedara ceremonialmente impura. No obstante, ya que no estaba consciente de su condición, la persona no había realizado los ritos de purificación. Se nos recuerda lo difícil que es algunas veces para los cristianos, en la sociedad de hoy, mantenerse sin mancha del mundo.

Una tercera clase de ofensa que requería una ofrenda por el pecado era hacer un juramento a la ligera. La frase “hacer mal o hacer bien” es una expresión que denota totalidad y se puede traducir como “cualquier cosa”. Tal vez una persona estaba bajo la influencia de bebidas alcohólicas y no estaba plenamente consciente de lo que había prometido. Tal vez una persona puso a Dios como su testigo en algo necio o frívolo.

Para ese tipo de pecados inadvertidos, la ofrenda apropiada por el pecado era una cordera o una cabra, y antes de que se pudiera hacer la expiación, era necesario hacer la confesión.

⁷»Y si no tiene lo suficiente para un cordero, presentará a Jehová, como expiación por el pecado que cometió, dos tórtolas o dos palominos, uno para la expiación y el otro para un holocausto. ⁸ Los llevará al sacerdote, el cual ofrecerá primero el destinado a la expiación; le arrancará de su cuello la cabeza, pero no la separará por completo. ⁹ Luego rociará de la sangre de la expiación sobre un lado del altar, y lo que sobre de la sangre lo exprimirá al pie del altar. Es un sacrificio de expiación. ¹⁰ Con el otro hará un holocausto conforme al rito. Así hará el sacerdote expiación por el pecado en favor de aquel que lo cometió, y será perdonado.

El hecho de ser pobre no eximía a una persona de llevar la ofrenda por el pecado. El pobre podía presentar dos tórtolas o dos palominos, uno para expiación y el otro para holocausto. Al ave que se mataba para la expiación se le quebraba el cuello, pero no se le arrancaba la cabeza, como sí se hacía en el sacrificio de paz. Una parte de la sangre se rociaba sobre el lado del altar del holocausto; el resto se derramaba al pie del altar. Era necesario que se hiciera primero la expiación antes del holocausto, debido a que se tenía que hacer la expiación antes de que el holocausto fuera aceptable. (El procedimiento para el holocausto se describe en Levítico 1:14-17.)

¹¹»Pero si no tiene lo suficiente para dos tórtolas o dos palominos, el que pecó presentará como ofrenda por el pecado la décima parte de un efa de flor de harina. No pondrá sobre ella aceite, ni sobre ella pondrá incienso, pues es un sacrificio de expiación. ¹²La llevará entonces al sacerdote, el cual tomará de ella un puñado como memorial, y la hará arder en el altar sobre las ofrendas quemadas a Jehová. Es un sacrificio de expiación. ¹³El sacerdote hará expiación por él, a causa del pecado que cometió en alguna de estas cosas, y será perdonado. Lo que sobre será del sacerdote, como en la ofrenda de oblación».

Cuando también las tórtolas o los palominos estaban más allá de las posibilidades de una persona, se podía presentar como expiación la décima parte de una efa de flor de harina (aproximadamente 2,2 litros). Los detalles recuerdan la ofrenda de grano que se describe en el capítulo 2, aunque como la harina se ofrecía como una expiación, no se ofrecía con aceite ni incienso. El hecho de hacer arder una parte como memorial, le daba a la ofrenda la condición de un sacrificio de sangre, porque de esa manera se mezclaba con la sangre de los otros holocaustos sobre el altar. Vemos nuevamente que no había excepción a la regla de

que sin derramamiento de sangre no hay remisión del pecado. El resto de la harina se convertía en propiedad de los sacerdotes.

El significado de la ofrenda por el pecado

La epístola a los Hebreos describe la expiación que Cristo ofreció principalmente en términos de la ofrenda por el pecado. Se muestra a Cristo como el perfecto Sumo Sacerdote que ofreció la ofrenda perfecta por el pecado de todo el pueblo (Hebreos 7:22 en adelante). Como el Sumo Sacerdote, él entró en el lugar santo una vez para obtener eterna redención para todos nosotros (Hebreos 9:12). Como tal, él entró en el mismo cielo para presentarse ante la presencia de Dios (Hebreos 9:24). Como tal, se sentó a la diestra de Dios (Hebreos 10:12 en adelante) y gobernará con Dios hasta que aparezca en el Día del Juicio (Hebreos 9:28).

Jesús no solamente presentó la ofrenda, sino que él fue la ofrenda. No obstante, a diferencia de las ofrendas por el pecado del Antiguo Testamento, el sacrificio de Cristo fue completo. Hoy no se tiene que repetir, porque su sacrificio tiene valor eterno (Hebreos 9:25-28).

Hemos visto cómo la sangre de la ofrenda por el pecado se utilizaba para purificar el Tabernáculo de la contaminación del pecado. La sangre se rociaba delante del Señor en frente del velo del santuario. Se untaba sangre, en los cuernos del altar de incienso fragante y en el altar de la ofrenda quemada. Hebreos 9:22 dice: “Y según la ley, casi todo es purificado con sangre”. El propósito principal de esto era hacer posible la presencia continua de Dios en medio de su pueblo.

Todo esto señalaba a la sangre de Cristo, que nos limpia de todo pecado. Pedro describe a los cristianos como los “elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y *ser rociados con la sangre* de Jesucristo” (1 Pedro 1:2). Los santos en el cielo se describen como aquellos

que “han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:14). El escritor a los Hebreos dice que Jesús es el verdadero Sumo Sacerdote que “entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los impuros, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (Hebreos 9:12-14)

Por lo tanto, el Nuevo Testamento enseña que la venida de Cristo ha hecho obsoleta la expiación. El derramamiento de la sangre de Cristo nos ha redimido completa y absolutamente del pecado. No es necesario más derramamiento de sangre.

Pero todavía hay algo que nosotros necesitamos aprender de la expiación respecto al pecado y su efecto. Aunque Israel era el pueblo escogido de Dios, cuando pecó dejó de disfrutar los beneficios de la presencia de Dios. De manera similar se le advierte al cristiano “no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios” (Efesios 4:30) con el pecado. El pecado puede hacer que el Espíritu Santo abandone el corazón del creyente, de la manera como en el Antiguo Testamento Dios abandonó el Tabernáculo, su lugar de habitación terrenal. A los cristiano se les dice que eviten el pecado y “sed llenos del Espíritu” (Efesios 5:18).

Los pecados de los jefes de Israel eran considerados más graves debido al efecto que podían producir sus actos en el pueblo. Se tenían que ofrecer por ellos animales más valiosos. Así que hoy las exigencias que se les hacen a los cristianos son proporcionales a sus responsabilidades, “porque a todo aquel a quien se ha dado mucho, mucho se le demandará” (Lucas 12:48). Santiago dice: “Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación” (Santiago 3:1). Aquellos que tienen puestos principales en la iglesia tienen una responsabilidad mayor debido a que ellos cuidan las almas de

otros. Aunque los requisitos para ellos (1 Timoteo 3:1-7; Tito 1:6-9) no van más allá de lo que se espera de todo cristiano, todas estas cualidades seguramente deben estar presentes en un grado notable y se deben demostrar consistentemente en su vida.

Todavía podemos aprender más respecto al pecado y al perdón a partir de la ofrenda por el pecado. Por ejemplo, los detalles de la ofrenda revelan que los pecados no intencionales son igualmente aborrecibles a los ojos de Dios que las ofensas deliberadas. Es muy fácil perder la visión de esto. Decimos que sólo fue una “mentira piadosa”. Una canción dice abiertamente: “Usted no puede ir a la cárcel por lo que piensa”. Pero a los ojos de Dios no hay cosas tales como pecados grandes y pecados pequeños. El pecado, no importa cómo lo clasifiquemos, es rebelión contra Dios y ocasiona su ira.

La ofrenda por el pecado también nos enseña lo que necesitamos hacer cuando la consciencia nos condena. “Si confesamos nuestros pecados, [Dios] es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

La ofrenda por el pecado era de uso personal. Estaba disponible para todos los israelitas, para tener la seguridad del perdón. Nosotros recibimos esa seguridad cuando escuchamos la predicación del evangelio, y es algo que es nuestro en la confesión y absolución privadas y especialmente cuando recibimos la Santa Cena.

El hecho de que la ofrenda por el pecado estuviera destinada a los pecados cometidos en ignorancia, no quiere decir que no había perdón para los pecados cometidos en desafío a Dios. El perdón que Natán le anunció al penitente rey David es un ejemplo. También Isaías 1:18 les ofreció una promesa general y maravillosa de perdón a los creyentes del Antiguo Testamento: “Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. En el Antiguo Testamento existen muchos otros pasajes en los que se dice claramente que el pecador

arrepentido recibirá el perdón gratuito de Dios, sin que importe cuáles hayan sido sus pecados.

La ofrenda por el pecado consolaba al pueblo con la seguridad de que Dios les había perdonado sus pecados. Pero, ¿qué pasaba si alguien cometía un pecado que le atormentara la consciencia con un sentimiento de culpa? ¿Qué pasaba si esa persona se arrepentía y ahora quería hacer de nuevo las cosas correctamente, tal vez devolviendo la propiedad que había robado? También había un sacrificio de sangre especial para esa persona.

La ofrenda por la culpa

Como ocurría con la ofrenda por el pecado, la ofrenda por la culpa tenía la intención de restaurar la relación del pacto con Dios, pero difería de la ofrenda por el pecado, en que hacía énfasis en la culpa relacionada con el pecado de despojar a alguien de algo, y también con la responsabilidad de restablecer los derechos o la propiedad de otro. En efecto, la característica primordial de esta ofrenda era hacer enmiendas por los errores cometidos, mientras que en la ofrenda por el pecado el énfasis primordial estaba en el perdón. Además, la ofrenda por el pecado era por la pecaminosidad general de uno; la ofrenda por la culpa era por pecados personales específicos.

¹⁴ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ¹⁵ «Si alguna persona comete una falta y peca involuntariamente en las cosas santas de Jehová, presentará por su culpa a Jehová un carnero de los rebaños, sin defecto, valorado en siclos de plata, según el siclo del santuario, como ofrenda por el pecado. ¹⁶ Restituirá lo que haya defraudado de las cosas santas, añadirá a ello la quinta parte, y lo dará al sacerdote. Luego el sacerdote hará expiación por él con el carnero del sacrificio por el pecado, y será perdonado.

Tres clases de pecados requerían la presentación de las ofrendas por la culpa. Primero, se requería una ofrenda por la culpa si una persona había pecado contra “las cosas santas de Jehová”. Tal vez sus ofrendas al Señor habían sido inferiores o aun habían sido retenidas por olvido o desatención. De la misma manera, una falla en el seguimiento de las leyes para la adoración requería una ofrenda por la culpa.

Solamente se podía ofrecer un carnero como ofrenda por la culpa. La ofrenda por la culpa era atípica en este aspecto. Los carneros se podían ofrecer como holocaustos o como ofrendas de paz, pero también se podían utilizar otros animales.

Por otra parte, nunca se permitió presentar carneros para las ofrendas por el pecado. Por lo tanto, había una clara diferencia en la escogencia de animales entre la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa.

En la ofrenda por la culpa, el valor del animal era más importante que el procedimiento para el sacrificio. Adicionalmente, el sacerdote tenía que determinar el costo de lo que fuera que el adorador hubiera dejado de hacer, y después el adorador tenía que agregar veinte por ciento a eso y darlo todo al sacerdote, junto con el cordero para la ofrenda por la culpa.

¹⁷»Finalmente, si una persona peca, o hace alguna de todas aquellas cosas que por mandamiento de Jehová no se han de hacer, aun sin hacerlo a sabiendas, es culpable y llevará su pecado. ¹⁸Llevará, pues, al sacerdote para la expiación, según tú lo estimes, un carnero sin defecto de los rebaños; y el sacerdote le hará expiación por el pecado que cometió por ignorancia, y será perdonado. ¹⁹Es una infracción, y ciertamente pecó contra Jehová».

Una segunda ofensa que exigía una ofrenda por la culpa era cuando una persona no estaba segura de si era culpable de haber pecado contra los mandamientos del Señor o no. En este caso, se

debía llevar como sacrificio un carnero sin defecto, valorado de acuerdo con el valor monetario del santuario, pero no se agregaba ningún porcentaje adicional y no se exigía restitución. Desde luego que aquí había una oportunidad especial para que las personas que tenían la consciencia adolorida pudieran recibir la seguridad del perdón de Dios.

6 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ² «Si alguien peca y comete fraude contra Jehová, por haber negado a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien por haber robado o despojado a su prójimo, ³ o por haber hallado lo perdido y negarlo después, o por jurar en falso en alguna de aquellas cosas en que suele pecar el hombre; ⁴ entonces, si ha pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño del despojo, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, ⁵ o todo aquello sobre lo que hubiera jurado falsamente; lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá a ello la quinta parte en el día de su expiación. ⁶ Para la expiación de su culpa llevará a Jehová un carnero sin defecto de los rebaños, conforme a tu estimación, y lo dará al sacerdote para la expiación. ⁷ El sacerdote hará expiación por él delante de Jehová, y obtendrá el perdón de cualquiera de aquellas cosas en que suele ofender».

La tercera situación que exigía una ofrenda por el pecado era bastante diferente de las dos primeras. Se describe nuevamente como pecado contra el Señor, pero aquí el pecado no era sólo el de robarle los bienes a otra persona, fuera por robo específico, o por extorsión, o por no devolver las propiedades que se le confiaron para que las cuidara, sino que cuando se le requirió respecto a estos asuntos juró que era completamente inocente. El juramento delante de Dios era un medio común de dirimir las disputas legales cuando faltaban otras evidencias, pero una persona tomaba el nombre de Jehová en vano al abusar de ese juramento.

En ese caso, la persona culpable, antes de presentar la ofrenda por la culpa, tenía que devolver lo que hubiera robado o tomado mediante extorsión, y además tenía que pagar el veinte por ciento de su valor a la persona a quien había pertenecido. Solamente

después de que la propiedad había sido devuelta, el transgresor podía llevar al sacerdote su carnero sin defecto como una ofrenda por la culpa.

Como en todas las ofrendas, se le aseguraba al adorador que estaba perdonado.

El significado de la ofrenda por la culpa

Como es el caso con todos los sacrificios de sangre, Cristo es el cumplimiento de la ofrenda por la culpa. Hablando sobre el Mesías que vendría, el profeta Isaías dice: “Él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados [culpa]... Jehová cargó en él [la culpa] de todos nosotros... [puso] su vida en expiación por el pecado” (Isaías 53:5,6,10). El sacrificio de Cristo fue la perfecta ofrenda por la culpa por todos los pecados de todos los tiempos. En efecto, fue solamente por causa de la muerte de Cristo en la cruz que las ofrendas por la culpa del Antiguo Testamento tuvieron valor. Todas las personas a lo largo de la historia del mundo son culpables delante de Dios, pero Cristo tomó sobre él las culpas de todos y sufrió la ira de Dios en lugar de ellos. La relación con Dios, quebrantada por el pecado del hombre, ha sido restablecida por el sacrificio de Cristo, la perfecta ofrenda por la culpa.

Así como la ofrenda por el pecado nos enseñó algo respecto al pecado y sus efectos, también lo hace la ofrenda por la culpa. Si una persona devolvía lo que había robado, más el veinte por ciento, nos podemos preguntar por qué se le exigía llevar además una ofrenda por la culpa. La razón es que todo pecado es primera y principalmente un pecado contra Dios. Los pecados de asesinato y adulterio que cometió David fueron cometidos contra personas, pero él le dice al Señor: “Contra ti, contra ti solo he pecado; he hecho lo que es malo delante de tus ojos” (Salmo 51:4).

La restitución a la persona ofendida, que era un aspecto de la ley ceremonial, también es con seguridad un fruto de la fe que

todos los que han sido perdonados van a querer hacer. Cuando Jesús fue a la casa de Zaqueo, Zaqueo anunció: “Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado” (Lucas 19:8).

Siempre es esencial la reconciliación con la persona ofendida. En el Sermón del Monte, Jesús les dijo a sus discípulos: “Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda” (Mateo 5:23,24).

A una persona que no le hubiera dado al Señor lo que debía, se le exigía hacer restitución y añadir el veinte por ciento. No era que Dios necesitara su ofrenda, ni tampoco que presentarle una ofrenda al Señor compensara el pecado. Más bien era para entrenar y disciplinar al pecador. Una aplicación de esto bien se puede dar cuando un cristiano, debido a su carne pecaminosa, toma lo mejor para él y deja de llevarle sus ofrendas regulares al Señor. La amonestación fraternal también puede ser una oportunidad para animarlo a enmendar negligencias pasadas, no para expiar pecados pasados, ni para enriquecer la tesorería de la iglesia, sino más bien para entrenar y desarrollar a la persona, para ayudarle a ver que el apoyo a la iglesia es una expresión de amor y gratitud a su Señor, y debe ser siempre algo sagrado.

Cuando miramos los sacrificios de sangre, no podemos evitar la impresión que produce la magnitud de las ofrendas que Dios exigía de su pueblo y la severidad con que los trató cuando pecaron. Además notamos la gran misericordia que mostró al disponer las cosas para cubrir los pecados de ellos. ¡Que nosotros, los que estamos en la era del cumplimiento, nos esforcemos por dar generosamente ofrendas de acción de gracias al Dios de nuestra salvación!

Instrucciones a los sacerdotes

Si usted hubiera sido un laico en los tiempos del Antiguo Testamento, hubiera estado interesado en saber cuándo debía ofrecer una ofrenda por el pecado o una ofrenda por la culpa. Usted también hubiera querido saber qué clase de animales tenía que llevar para los diferentes sacrificios y qué se requería que usted hiciera cuando el animal se llevaba al sacrificio. Estos han sido los temas que se han tratado hasta este punto en Levítico.

Si, por otro lado, usted hubiera sido un sacerdote, entonces hubiera estado interesado en cómo sacrificar el animal que el adorador llevó exactamente de la manera que Dios mandó. Usted hubiera querido saber qué partes del animal se tenían que quemar y qué partes se podían comer. También hubiera estado interesado en saber qué partes del animal le pertenecían a usted para compartir con otros sacerdotes y con los miembros de la familia. Estos son los temas que se tratan en el resto del capítulo seis y todo el capítulo siete.

Cuando se compara el orden de los sacrificios que aparece en Levítico 1-5 con el orden que aparece en Levítico 6-7, se nota inmediatamente una diferencia. En estos últimos capítulos se mencionan primero los sacrificios diarios regulares, los holocaustos y las ofrendas de grano que los acompañan. Después de estas sigue la ofrenda por el pecado, que se exigía solamente en ciertas fiestas o después de que alguien había pecado. Luego se menciona la ofrenda por la culpa, que no se ofrecía de manera regular, sino que era necesaria después de ciertos pecados. Finalmente se menciona el sacrificio de paz, que generalmente era un sacrificio opcional. Por lo tanto, parece que en Levítico 6 y 7, los sacrificios están organizados en el orden de la frecuencia con que se ofrecían.

El tema principal de esta sección es el de comer la carne de los sacrificios, es decir, quién la podía comer y dónde se podía comer. La sección termina con un breve resumen de los principales temas tratados.

El holocausto

⁸ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ⁹ «Diles a Aarón y a sus hijos que éstas son las instrucciones en cuanto al holocausto: el holocausto estará sobre el fuego encendido sobre el altar, toda la noche y hasta la mañana, consumiéndose en el fuego del altar. ¹⁰ El sacerdote se pondrá su vestidura de lino y cubrirá su cuerpo con calzoncillos de lino. Cuando el fuego haya consumido el holocausto, recogerá las cenizas de encima del altar y las pondrá junto al altar. ¹¹ Después se quitará sus vestiduras, se pondrá otras ropas y sacará las cenizas fuera del campamento a un lugar limpio.

¹² »El fuego encendido sobre el altar no se apagará, sino que el sacerdote pondrá leña en él cada mañana, acomodará el holocausto sobre él y quemará sobre él las grasas de los sacrificios de paz. ¹³ El fuego arderá continuamente en el altar: no se apagará.

El pensamiento principal de este párrafo es que nunca se debía apagar el fuego del altar del holocausto. ¡El punto se menciona siete veces! Se hacía un holocausto cada mañana y cada tarde. En la mayor parte de la semana había otras ofrendas durante el curso del día, pero, después del holocausto de la tarde, no se debía ofrecer nada hasta el día siguiente. Sin vigilancia cuidadosa, el fuego se podía apagar, pero el sacerdote no podía permitir que eso ocurriera.

Se han dado diferentes explicaciones sobre el significado del fuego perpetuo en el altar del holocausto. Un comentarista sugiere que, como los primeros holocaustos en el Tabernáculo fueron encendidos con fuego del cielo, el sacerdote tenía que mantener el fuego encendido para que las ofrendas siempre fueran quemadas con fuego celestial. Otro comentarista sugiere que el fuego constante era una señal visible de la adoración ininterrumpida al Señor. Otro dice que el fuego perpetuo representaba la consagración continua del pueblo a su Dios. Puede haber algo de

cierto en cada una de estas interpretaciones, pero cuando recordamos que el holocausto expresaba la relación del pacto, podemos ver un significado especial en el fuego perpetuo. Por ese fuego, los creyentes del Antiguo Testamento recordaban constantemente que estaban en un estado de gracia, que Dios les había perdonado todos sus pecados por causa del Mesías prometido. El escritor a los Hebreos dice: “Por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. Por eso puede también salvar completamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:24,25). Es muy consolador saber que Dios nos ve constantemente a la luz del sacrificio que hizo Cristo por nuestros pecados.

Podría parecer que la remoción de las cenizas del altar era una tarea particularmente baja, que podría haber hecho algún sirviente, pero siempre fue el sacerdote oficiante quien lo hizo. El sacerdote también tenía que estar ataviado con los vestidos apropiados, aun cuando sólo estaba quitando las cenizas. Aquí hay lecciones para nosotros. Los trabajos poco atractivos, tales como lavar los baños de la iglesia, barrer los pisos o llenar sobres, cuando se hacen para el Señor, nunca son triviales o degradantes. Cuando los sacerdotes realizaban una tarea como sacar las cenizas, era inaceptable la indiferencia y el comportamiento descuidado. Lo mismo es cierto hoy en día.

La ofrenda de grano

¹⁴»Esta es la ley de la ofrenda: La ofrecerán los hijos de Aarón delante de Jehová ante el altar. ¹⁵Uno de ellos tomará un puñado de la flor de harina de la ofrenda, con su aceite y todo el incienso que está sobre la ofrenda, y lo hará arder sobre el altar como un memorial de olor grato a Jehová.

¹⁶Aarón y sus hijos comerán lo que sobre de ella. Sin levadura se comerá en lugar santo; en el atrio del Tabernáculo de reunión lo comerán. ¹⁷No se cocerá con levadura: la he dado a ellos como su porción de mis ofrendas

quemadas; es cosa santísima, lo mismo que el sacrificio por el pecado y el sacrificio por la culpa. ¹⁸ Todos los hombres entre los hijos de Aarón comerán de ella. Estatuto perpetuo será para vuestras generaciones en lo tocante a las ofrendas quemadas para Jehová. Toda cosa que las toque quedará santificada».

Estas leyes complementan las que se dan en Levítico 2. Después de que se ofrecía la parte memorial de la ofrenda de grano, los sacerdotes podían comer el sobrante. Lo debían comer en el atrio del Tabernáculo de reunión, a diferencia de otras ofrendas, que podía consumir el sacerdote en su casa con la familia. Además, sólo lo podían comer los varones de la familia del sacerdote. Cualquiera que tocara esa ofrenda era “santificado”, es decir, una persona que no estuviera autorizada era, por lo tanto, objeto de castigo por la contaminación que resultaba por el contacto con cosas las consagradas completamente a Dios.

¹⁹ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²⁰ «Esta es la ofrenda que Aarón y sus hijos ofrecerán a Jehová el día que sean ungidos: la décima parte de un efa de flor de harina, la mitad por la mañana y la otra mitad por la tarde, como ofrenda perpetua. ²¹ En una sartén se preparará con aceite; frita la presentarás, y ofrecerás los pedazos cocidos como ofrenda de olor grato a Jehová. ²² Igual ofrenda hará el sacerdote que sea ungido en lugar de Aarón de entre sus hijos. Es estatuto perpetuo de Jehová: toda ella será quemada. ²³ Toda ofrenda de sacerdote será enteramente quemada: no se comerá».

El sumo sacerdote le debía presentar a Dios una ofrenda diaria de grano por él y por el sacerdocio. Cuando un laico llevaba una ofrenda de grano, se les permitía a los sacerdotes comer de ella, pero no se les permitía comer de los sacrificios que ofrecían a nombre de ellos. Por lo tanto, esas ofrendas se tenían que quemar

completamente.

Los sacerdotes no estaban por encima de la ley, ya que también se tenía que hacer sacrificios por ellos mismos. Eso nos recuerda que el servicio en la iglesia de Dios no exime a una persona de vivir de acuerdo con la voluntad de Dios.

El libro de Hebreos, se refiere a los sacrificios diarios que presentaban los sacerdotes del Antiguo Testamento. Dice que el sacerdocio de Cristo es superior porque él no tiene que repetir su sacrificio. “No tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Hebreos 7:27). Aunque no se requiere otro sacrificio por el pecado y aunque tenemos a nuestra disposición el perdón completo para nosotros, ciertamente necesitamos pedir el perdón cada día, porque cada día pecamos.

La ofrenda por el pecado

²⁴ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²⁵ «Diles a Aarón y a sus hijos que esta es la ley del sacrificio expiatorio: En el lugar donde se degüella el holocausto, será degollada la ofrenda por el pecado delante de Jehová. Es cosa santísima. ²⁶ La comerá el sacerdote que la ofrezca por el pecado; en lugar santo será comida, en el atrio del Tabernáculo de reunión. ²⁷ Todo lo que toque su carne quedará santificado, y si su sangre salpica sobre el vestido, lavarás aquello sobre lo cual caiga en lugar santo. ²⁸ La vasija de barro en que sea cocida, será quebrada, y si es cocida en vasija de bronce, esta será fregada y lavada con agua.

²⁹ »Todo hombre de entre los sacerdotes la comerá: es cosa santísima. ³⁰ Pero no se comerá ninguna ofrenda cuya sangre se haya llevado al Tabernáculo de reunión para hacer la expiación en el santuario: deberá consumirse en el fuego.

Aquí se hace énfasis en el carácter santísimo de la ofrenda por el pecado. La contaminación accidental de las ropas con la sangre del sacrificio, exigía lavar el vestido en un lugar santo. Todo animal sacrificado le pertenecía a Dios; ni siquiera una gota de su sangre se podía llevar fuera del santuario en las ropas del adorador. La misma preocupación se mostraba para con las vasijas en las que se cocía la carne del sacrificio. Si la carne se cocía en una vasija de barro, se debía quebrar la vasija, porque la sangre y los jugos de la carne podían ser absorbidos por el material no vidrioso. Si la vasija era de bronce, tenía que ser fregada y lavada cuidadosamente para que ninguna partícula del sacrificio pudiera quedar en ella.

Cuando se hacía una ofrenda por el pecado, por parte del sacerdote o por parte de toda la congregación, la sangre se llevaba al Tabernáculo de reunión para hacer expiación en el lugar santo. Eso sucedía, por ejemplo, el Día de la Expiación. Cuando se presentaba esa ofrenda, la carne del animal sacrificial no se podía comer, sino que se tenía que quemar completamente fuera de la puerta.

LEVÍTICO 7

La ofrenda por la culpa

7»Asimismo esta es la ley del sacrificio por la culpa: **1**»Es cosa muy santa. **2** En el lugar donde se degüella el holocausto, degollarán la víctima por la culpa, y rociará su sangre en el altar, por todos sus lados. **3** De ella se ofrecerá toda la grasa, la cola y la grasa que cubre los intestinos, **4** los dos riñones y la grasa que está sobre ellos y sobre los ijares; junto con los riñones se quitará la grasa que cubre el hígado. **5** Luego el sacerdote lo hará arder sobre el altar como ofrenda quemada a Jehová. Es un sacrificio de expiación. **6** Todo varón de entre los sacerdotes la comerá. Será comida en lugar santo: es cosa muy santa. **7**»Como el sacrificio por el pecado, así es el sacrificio por la culpa: una misma ley tendrán. Será del sacerdote que haga la expiación con ella. **8** El sacerdote que ofrezca el holocausto de alguien, se quedará con la piel del holocausto que ofreció. **9** Asimismo toda ofrenda cocida al horno y toda la preparada en sartén o cazuela, será del sacerdote que la ofrece. **10** Pero toda ofrenda amasada con aceite, o seca, será, por igual, para todos los hijos de Aarón.

Cuando se describió la ofrenda por la culpa en el capítulo 5, no se dieron indicaciones respecto a qué hacer con la parte del Señor; ahora se indica el procedimiento. La gordura, la cola, los riñones y la cubierta del hígado se debían quemar sobre el altar como una ofrenda al Señor. El resto de la ofrenda quedaba como propiedad de los sacerdotes, así como en el caso de la ofrenda por el pecado. Además de estas partes de las ofrendas por pecado y por la culpa, se le permitía al sacerdote oficiante tomar para él la piel del animal que se ofreció como holocausto, y a todos los sacerdotes se les permitía compartir las ofrendas de grano.

Los sacerdotes y los levitas tenían suficientes provisiones. Se destaca repetidamente en esta sección que, a quienes servían en el santuario, se les permitía tener parte de las ofrendas sacrificiales. Eso significaba que no tenían que preocuparse por ganarse la vida con alguna profesión secular y por lo tanto podían dedicar completamente todo su tiempo y energía a la obra del Señor.

En todo tiempo es responsabilidad del pueblo del Señor darles a los obreros llamados suficiente apoyo, de tal manera que las consideraciones puramente materiales nunca los distraigan de su trabajo primordial, que es predicar y enseñar al Señor crucificado y resucitado. “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar, pues la Escritura dice: «No pondrás bozal al buey que trilla» y «Digno es el obrero de su salario»” (1 Timoteo 5:17,18).

El sacrificio de paz

¹¹»Esta es la ley del sacrificio de paz que se ofrecerá a Jehová: ¹²Si se ofrece en acción de gracias, se ofrecerá, además del sacrificio de acción de gracias, tortas sin levadura amasadas con aceite, hojaldres sin levadura untadas con aceite, y flor de harina frita en tortas amasadas con aceite. ¹³Con tortas de pan leudado presentará su ofrenda en el sacrificio de acción de gracias y de paz. ¹⁴De toda la ofrenda se tomará una parte como ofrenda reservada a Jehová, la cual será del sacerdote que haya rociado la sangre de los sacrificios de paz.

¹⁵»La carne del sacrificio de paz en acción de gracias se comerá el mismo día en que sea ofrecida; no dejarán de ella nada para el día siguiente. ¹⁶Pero si el sacrificio de la ofrenda es debido a un voto o es una ofrenda voluntaria, será comido el mismo día en que se ofrezca el sacrificio, y lo que de él quede lo comerán al día siguiente. ¹⁷Pero lo que quede de la carne del sacrificio será quemado el tercer día en el

fuego. ¹⁸ Si se come de la carne del sacrificio de paz al tercer día, el que lo ofrezca no será aceptado ni su ofrenda será tenida en cuenta: abominación será, y la persona que de él coma cargará con su pecado.

¹⁹ »La carne que toque alguna cosa inmunda no se comerá; al fuego será quemada.

»Toda persona limpia podrá comer la carne.

²⁰ »La persona que, estando impura, coma la carne del sacrificio de paz, el cual es de Jehová, será eliminada de su pueblo.

²¹ »Además, la persona que toque alguna cosa inmunda, ya sea inmundicia de hombre, o animal inmundo o cualquier abominación inmunda, y coma la carne del sacrificio de paz, el cual es de Jehová, esa persona será eliminada de su pueblo».

Usted recordará que los sacrificios de paz se presentaban como acciones de gracias a Dios por las bendiciones recibidas o al hacer un voto. Aquí se hace distinción entre tres clases de ofrendas de paz: (1) las que se presentaban para expresar acción de gracias por una bendición especial, (2) las que se relacionaban con un voto, y (3) las que se presentaban simplemente por un sentimiento general de acción de gracias y consagración al Señor.

La carne de los sacrificios de paz era la única que se le permitía comer al pueblo. Algunas partes del animal sacrificial se les daban a los sacerdotes, pero la mayor parte les era devuelta a los adoradores. Para muchos israelitas, el sacrificio de paz era la única oportunidad que tenían de comer carne en relación con una ofrenda presentada al Señor.

Si el sacrificio de paz del adorador era un sacrificio de acción de gracias, la ofrenda tenía que ir acompañada de algún tipo de ofrenda de grano, una parte hecha con levadura y otra parte hecha sin levadura. Una parte de cada clase se le debía dar al sacerdote oficiante.

La ofrenda de acción de gracias por una bendición especial se tenía que comer el mismo día del sacrificio. Si quedaban algunos sobrantes, se tenían que quemar. La carne del sacrificio de paz que se presentaba en relación con un voto o la carne sobrante de una ofrenda general de acción de gracias, se podían comer el día siguiente, aunque lo que quedara hasta el tercer día tenía que ser quemado completamente. El Señor ya no lo aceptaba. Pudo haber una simple razón para ello: esa carne se podía haber echado a perder y por lo tanto podía ser inapropiada para comer. Dios tampoco aceptaría esa carne dañada porque él insistió en que solamente los animales y los miembros del pueblo que eran perfectos podían participar en la adoración a él. Por esa razón, también cualquier carne que hubiera estado en contacto con cualquier cosa ceremonialmente impura tenía que ser quemada.

Se imponía un castigo muy severo a los que eran impuros y aun así pretendían comer del sacrificio de paz. Esas personas debían ser cortadas del pueblo de Dios.

El sacrificio de paz era una ofrenda voluntaria que el adorador podía presentar cuando quería expresar su gratitud a Dios. Por supuesto, la gratitud a Dios debe ser una parte normal de la vida del creyente. El apóstol Pablo dice: “Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de *gracias*” (Filipenses 4:6). “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de *gracias*” (Colosenses 4:2). “Dando siempre *gracias* por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efesios 5:20). Las ofrendas del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, representaban una respuesta tangible a las bendiciones de Dios. De manera similar se instruye a los creyentes del Nuevo Testamento: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18).

Prohibición de comer gordura y sangre

22 Habló Jehová a Moisés y le dijo: **23** «Di a los hijos de Israel: Ninguna grasa de buey ni de cordero ni de cabra comeréis. **24** La grasa de un animal muerto, y la grasa del que fue despedazado por fieras, se dispondrá para cualquier otro uso, pero no la comeréis.

25 »Cualquiera que coma grasa de animal del que se ofrece a Jehová ofrenda quemada, la persona que la coma será eliminada de su pueblo.

26 »Además, no comeréis nada de sangre en ningún lugar donde habitéis, ni de aves ni de bestias. **27** La persona que coma cualquier clase de sangre, será eliminada de su pueblo».

La gordura de los animales sacrificiales le pertenecía a Dios y por lo tanto se tenía que quemar y no se podía comer. Sin embargo, las personas podían utilizar la gordura de los animales que morían por causas naturales. Desde luego, esos animales no se podían ofrecer en sacrificio porque para Dios solamente eran apropiados los animales perfectos, sin defecto. Pero la gordura de esos animales no se debía desperdiciar. Presumiblemente se podía utilizar para lámparas de aceite, para brillar o para otros propósitos en el hogar. Por ejemplo, los pastores en los tiempos bíblicos quemaban gordura de animales alrededor del borde de los huecos en los que vivían reptiles, para que se alejaran y no molestaran a las ovejas.

Bajo ninguna circunstancia se podía comer sangre. (Comer sangre significaba comer carne a la que no se le había sacado la sangre.) La razón de esto es que la sangre era el medio de expiación en todos los sacrificios de animales. Ese era un asunto muy serio, cualquiera que comiera gordura o sangre debía ser cortado del pueblo de Dios.

La parte del sacerdote

²⁸ Habló más Jehová a Moisés y le dijo: ²⁹ «Di a los hijos de Israel: El que ofrezca un sacrificio de paz a Jehová, llevará la ofrenda del sacrificio de paz ante Jehová. ³⁰ Con sus manos presentará las ofrendas que se han de quemar ante Jehová; ofrecerá la grasa con el pecho; el pecho para que sea mecido como sacrificio mecido delante de Jehová. ³¹ El sacerdote hará arder la grasa sobre el altar, pero el pecho será para Aarón y sus hijos. ³² Al sacerdote daréis, como ofrenda reservada, la pierna derecha de vuestros sacrificios de paz. ³³ Aquel de los hijos de Aarón que ofrezca la sangre de los sacrificios de paz, y la grasa, recibirá la pierna derecha como su porción. ³⁴ Yo he tomado de los sacrificios de paz de los hijos de Israel el pecho que se mece y la pierna reservada como ofrenda, y se los he dado a Aarón, el sacerdote, y a sus hijos. Este es un estatuto perpetuo para los hijos de Israel.» ³⁵ Esta es la porción de Aarón y la porción de sus hijos, de las ofrendas que se queman a Jehová, desde el día en que él los consagró para ser sacerdotes de Jehová; ³⁶ esto mandó Jehová que los hijos de Israel les dieran, como estatuto perpetuo para sus generaciones, desde el día que él los ungió.

Estos versículos son como un apéndice a las leyes que regían los sacrificios de paz. El aspecto principal aquí es que los sacerdotes recibían su parte de la carne de los sacrificios.

La gordura del sacrificio de paz se quemaba en el altar, porque le pertenecía a Jehová. El adorador movía el pecho del sacrificio de paz de un lado al otro ante Jehová para indicar que era una ofrenda verdaderamente sacrificada a Jehová. Después se la daba a los sacerdotes como su parte. La espadilla derecha se reservaba para el sacerdote oficiante como una de las mejores partes del animal. De acuerdo con la interpretación judía tradicional, la contribución de la espadilla derecha se hacía con un movimiento

vertical, mientras que el pecho se ofrecía delante de Dios con un movimiento horizontal. Algunos intérpretes han sugerido que esos movimientos a los que se agregaba la señal de la cruz, presagiaban dramáticamente la muerte de Cristo en la cruz del Calvario, que expió los pecados para siempre. Sin embargo, el Nuevo Testamento no dice nada respecto de eso y por lo tanto, aunque es interesante, no nos atrevemos a tomarlo como algo muy importante.

Fue la voluntad de Dios que la comunidad de adoradores sostuviera a los sacerdotes durante el tiempo que duró el sacerdocio del Antiguo Testamento. A lo largo del Nuevo Testamento sigue siendo la voluntad del Señor que el pueblo sostenga a los que les sirven con el evangelio. Jesús dijo: “Porque el obrero es digno de su salario” (Lucas 10:7).

³⁷ Esta es la ley del holocausto, de la ofrenda, del sacrificio por el pecado, del sacrificio por la culpa, de las consagraciones y del sacrificio de paz, ³⁸ que Jehová dio a Moisés en el monte de Sinaí, el día en que mandó a los hijos de Israel que presentaran sus ofrendas a Jehová en el desierto de Sinaí.

Estos versículos son como la conclusión de toda la sección de las leyes que rigen los sacrificios de sangre. La ofrenda “de las consagraciones” se refiere a la ofrenda de grano del sacerdote que se describe en Levítico 6:19-23.

Las leyes que regían el trabajo de los jefes de la adoración muestran que Dios exigía atención escrupulosa al detalle. Aunque en el Nuevo Testamento Dios no ha prescrito de forma específica las maneras mediante las cuales debemos adorarlo, la cuidadosa atención a los procedimientos convenidos de adoración puede ser una manera por la cual demostramos reverencia y amor a Dios. El escritor a los Hebreos dice: “Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y *reverencia*” (Hebreos

12:28). A una congregación culpable de adorar de manera descuidada e irreflexiva, el apóstol Pablo escribió: “Dios no es Dios de confusión, sino de paz... hágase todo *decentemente y con orden*” (1 Corintios 14:33,40). Los capítulos 6 y 7 de Levítico, tienen un mensaje especial para los jefes de la adoración. La dirección cuidadosa de un ministro bien instruido es esencial para que la congregación adore a Dios de manera digna.

Hemos aprendido que Israel debía acercarse a Dios mediante sacrificios de sangre ofrecidos por sacerdotes en su nombre. ¿Pero quienes iban a ser los sacerdotes? ¿Quién los iba a escoger? ¿Cómo deberían ser ordenados para su trabajo? ¿Exactamente qué responsabilidades y cuáles privilegios debían tener? Pronto vienen las respuestas.

LEVÍTICO 8

Tenemos la tendencia a pensar que Levítico es un libro de leyes, no un libro de historia. Sin embargo, Levítico, junto con los otros libros de Moisés, presenta la historia del pueblo del pacto de Dios. Estos libros hablan de cómo Dios sacó a su pueblo de Egipto, cómo los condujo por el desierto, cómo hizo el pacto con ellos, y cómo estableció y reglamentó la adoración. Las leyes que se encuentran en Levítico son una parte de esta historia.

Quizás tengamos también la tendencia a pensar que los cinco libros de Moisés son libros separados e individuales. No obstante, esos libros originalmente constituían un solo documento extenso. Los que vivieron en los años siguientes a Moisés y leían lo que ahora corresponde a los capítulos 8 a 10 de Levítico, entendían esa sección en el contexto de todo lo que lo precedía. Por ejemplo, en el libro de Éxodo aprendieron que el Señor le había ordenado a Moisés que consagrara a los sacerdotes para servir como mediadores con el Señor. También leían en el libro de Éxodo la descripción de los vestidos oficiales de los sacerdotes y se familiarizaron con las instrucciones que Dios dio para la construcción del Tabernáculo y el diseño de sus enseres. También supieron cuál era el propósito del Tabernáculo y de todo el ministerio de los sacerdotes. Además oyeron las palabras del Señor, que le dijo a Moisés: “Allí (en el Tabernáculo de reunión) me reuniré con los hijos de Israel, y el lugar será santificado con mi gloria. Santificaré el Tabernáculo de reunión y el altar. También santificaré a Aarón y a sus hijos, para que sean mis sacerdotes. Yo habitaré entre los hijos de Israel y seré su Dios. Así conocerán que yo soy Jehová, su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, para habitar en medio de ellos. Yo, Jehová, su Dios” (Éxodo 29:43-46). En la primera parte de Levítico, los hijos de Israel leían con respecto al trabajo de los sacerdotes y sobre las varias clases de sacrificios y su significado. Tenían presente todo eso mientras leían la parte de Levítico que leeremos a continuación, así como nosotros debemos tenerlo presente también.

Los capítulos 8 a 10 de Levítico forman una sección narrativa que se presenta en tres escenas. En el capítulo 8, vemos la ordenación de Aarón y sus hijos como sacerdotes. Por medio de esto, Dios revela que él no es solamente el Dios que exige perfección de la gente, sino que también es el Dios que trata a su pueblo con misericordia y piedad. Al principio, Moisés actúa como el sacerdote al tomar todas las responsabilidades sacerdotales que se especifican en los capítulos 1 a 7. Aarón y sus hijos, tomaron parte del trabajo que normalmente se le asignaba al pueblo, tal como poner las manos sobre los animales para el sacrificio y matarlos. Sin embargo, hasta la ceremonia de ordenación, Moisés tuvo que actuar como el sacerdote.

En el capítulo 9, vemos los primeros sacrificios de Aarón que fueron aceptados por Jehová. Ahora Aarón ocupa el centro de la escena, ofreciendo sacrificios primero por sí mismo y después por el pueblo. Como él ya ha sido ordenado apropiadamente como sumo sacerdote, ahora puede tomar esas responsabilidades.

En el capítulo 10 vemos a Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomando la iniciativa y ofreciendo sacrificios que no eran aceptables para el Señor. El castigo por negarse a obedecer los mandamientos de Jehová es la muerte súbita.

La ordenación de Aarón y de sus hijos

8 **Habló Jehová a Moisés y le dijo:** ²«Toma a Aarón y a sus hijos con él, también las vestiduras, el aceite de la unción, el becerro de la expiación, los dos carneros y el canastillo de los panes sin levadura,³ y congrega a toda la comunidad a la puerta del Tabernáculo de reunión».

⁴Hizo, pues, Moisés como Jehová le mandó, y se reunió la congregación a la puerta del Tabernáculo de reunión. ⁵**Y dijo Moisés a la comunidad:** «Esto es lo que Jehová ha mandado hacer».

La expresión “habló Jehová a Moisés” o una frase similar aparece con notable frecuencia en los capítulos 8 a 10. Es un fuerte recordatorio de que todas las instrucciones específicas son dadas directamente por el Señor.

Los planes para construir el Tabernáculo y para instalar a Aarón como sumo sacerdote en el libro de Éxodo fueron interrumpidos por el incidente del becerro de oro en el que Aarón había participado voluntariamente. ¿Se le iba a permitir a Aarón llegar a ser el sumo sacerdote después de ese terrible pecado? ¡Sí, la gracia y el perdón de Dios, son tan grandes que aun un pecador como Aarón fue nombrado en el puesto religioso más alto sobre la tierra! Eso nos recuerda a Pedro, quien a pesar de que negó tres veces a Jesús, fue reintegrado por el Señor después de su resurrección.

Las vestiduras de Aarón y de sus hijos fueron descritas en Éxodo 28:4 (vea la ilustración en la carátula). Estaban compuestas por un pectoral, un efod, un manto, una túnica tejida, una mitra y un cinto. El efod era un vestido de material ricamente bordado sostenido por los hombros por medio de dos tiras. Sobre las tiras de los hombros había piedras de ónix grabadas con los nombres de las doce tribus. En la parte frontal superior del efod había una pechera o bolsa que contenía el Urim y el Tumim, que eran objetos utilizados para determinar la voluntad del Señor. El pectoral era un pedazo de tela cuadrada cuidadosamente bordada junto con doce piedras, una por cada una de las doce tribus de Israel. El manto era de color violeta y se usaba debajo del efod; estaba decorado con granadas bordadas y tenía alrededor de la parte inferior unas campanas pequeñas. El cinto era una especie de cinturón que se ponía alrededor del pecho. La mitra consistía de una larga tela azul que se enrollaba alrededor de la cabeza con una pequeña lámina sólida de oro en el frente con la inscripción “Santo a Jehová”.

El aceite de la unción era para la consagración como sacerdotes de Aarón y de sus descendientes.

Los animales para el sacrificio fueron un becerro para la ofrenda por el pecado, un carnero para el holocausto y otro carnero para el sacrificio especial de la ordenación.

Toda la congregación fue reunida para el rito de la ordenación, debido a que el sacerdocio iba a servir a todos en Israel. Moisés llamó al pueblo y le anunció que lo que estaba por hacerse era algo que había sido mandado por Jehová. También ellos debían entender que el escogido de Dios era Aarón y no Moisés, y que debían darle su lealtad y apoyo absolutos a él y a sus hijos.

⁶Entonces Moisés hizo acercarse a Aarón y a sus hijos, y los lavó con agua. ⁷Puso sobre él la túnica y se la ciñó con el cinto; lo vistió después con el manto y, poniéndole encima el efod, se lo ciñó con el cinto del efod y se lo ajustó con él. ⁸Luego le impuso el pectoral, y dentro de él depositó los Urim y Tumim. ⁹También puso la mitra sobre su cabeza, y encima de la mitra, en la frente, puso la lámina de oro, la diadema santa, como Jehová había mandado a Moisés.

Moisés llevó a Aarón y a sus hijos hasta la entrada del Tabernáculo, al oriente del cual estaba el gran lavatorio o pila (vea la ilustración 1 en la página 244) donde ellos se lavaban y de ese modo se purificaban simbólicamente del pecado. De acuerdo con Éxodo 30, sólo se lavaban las manos y los pies, antes de entrar en el Tabernáculo.

Después, Moisés vistió a Aarón con las vestiduras que se describieron anteriormente. Aunque esas vestiduras eran muy impresionantes, no se debían convertir en una fuente de orgullo, sino que debían servir para recordarles a Aarón y al pueblo, que su puesto era el de servidor sacerdotal de Israel. Esas bellas vestiduras ciertamente atraían la atención hacía el sumo sacerdote, pero eso era apropiado sólo porque él era el mediador entre Dios y los hombres, era quien garantizaba la expiación por los pecados del pueblo de Dios. Hoy en día, las vestiduras de los jefes de la

adoración no deben ser un pretexto para hacer alarde, sino que más bien deben expresar el papel del ministro en el servicio de adoración.

Las palabras “Urim” y “Tumim” son palabras del idioma hebreo que permanecen sin traducir porque no tenemos certeza de su significado exacto. Sin embargo, sí sabemos que esos elementos se utilizaban para conocer la voluntad de Dios. Algunos intérpretes han especulado diciendo que el Urim y el Tumim eran como dados o pequeñas varas de madera marcadas que, cuando se lanzaban al piso, revelaban la voluntad de Dios de alguna manera. Otros han sugerido que sólo eran símbolos de la autoridad que tenía el sumo sacerdote para buscar la voluntad de Dios en ciertos asuntos, y que mediante ellos, Dios daba una simple respuesta de sí o no. Lo que sí se sabe definitivamente es que el Urim y el Tumim se dejaron de usar al comienzo del período de los reyes de Israel.

La lámina de oro que se puso sobre el frente de la mitra probablemente era una cinta de oro que iba alrededor de la tiara al nivel de la frente, y era un recordatorio visible de que el sumo sacerdote había sido apartado para hacer la voluntad de Dios.

¹⁰ Después tomó Moisés el aceite de la unción, ungió el Tabernáculo y todas las cosas que estaban en él, y las santificó. ¹¹ Roció con él sobre el altar siete veces, y ungió el altar con todos sus utensilios, así como la fuente con su base, para santificarlos.

¹² Derramó el aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón, y lo ungió para santificarlo. ¹³ Después Moisés hizo acercarse a los hijos de Aarón, los vistió con las túnicas, los ciñó con cintos y les ajustó las tiaras, tal como Jehová lo había mandado a Moisés.

Como preludeo a la unción de Aarón, Moisés ungió el Tabernáculo y todo lo que había en él, para así dedicar todas estas cosas al servicio a Dios. El aceite de la unción no era ordinario, sino que, mezclado de acuerdo con una fórmula especial (Éxodo

30:22-33), estaba compuesto por las más finas especias mezcladas con aceite de oliva, y era considerado como un aceite santo reservado exclusivamente para ungir. El unguimiento de Aarón fue el anuncio público de que él había sido seleccionado por Dios para desempeñar ciertas funciones sagradas.

Mientras que el sumo sacerdote utilizaba una mitra, los hijos de Aarón utilizaban simples diademas. Todas las vestiduras de los hijos de Aarón eran versiones más sencillas de las vestiduras del sumo sacerdote. No se mencionan efod, pectoral ni lámina de oro.

En los tiempos del Antiguo Testamento se ungía a los profetas y a los reyes cuando comenzaban sus funciones, y se hacía de la misma manera que a los sacerdotes. Es interesante notar que esos tres cargos ungidos se reunieron en la persona del Mesías, un término del idioma hebreo que significa “el ungido”, y ese es el significado del nombre Cristo en el idioma griego. Cuando decimos que Jesús es el “Cristo”, queremos decir que lo reconocemos como el Mesías prometido por largo tiempo, a quien Dios ungió no con aceite, sino con el Espíritu Santo, para llevar a cabo la obra de salvarnos del pecado.

¹⁴ Luego hizo traer el becerro de la expiación. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del becerro de la expiación, ¹⁵ y Moisés lo degolló. Tomó entonces la sangre y la untó con sus dedos sobre los cuernos y alrededor del altar, para purificarlo, y derramó el resto de la sangre al pie del altar. Así lo santificó para reconciliar sobre él.

¹⁶ Tomó Moisés toda la grasa que estaba sobre los intestinos, la grasa del hígado y los dos riñones con su grasa, y lo hizo arder todo sobre el altar. ¹⁷ Pero el becerro, su piel, su carne y su estiércol los quemó al fuego fuera del campamento, tal como Jehová lo había mandado a Moisés.

El orden de los sacrificios es significativo. Primero, ofrecieron una ofrenda por el pecado para purificar del pecado a Aarón y a sus hijos. Después seguía un holocausto para indicar que ellos

estaban completamente dedicados a Dios. Finalmente, ofrecieron un sacrificio de paz, en la cual después de estar adecuadamente preparados, ellos podían disfrutar de una comida para celebrar su gozoso compañerismo con Dios.

Para la ofrenda por el pecado, Aarón y sus hijos debían poner las manos sobre el becerro. De esta manera se identificaban con el animal que se iba a matar en lugar de ellos. Después Moisés, que ofició en lugar de los sacerdotes que todavía no habían sido ordenados, siguió los procedimientos exigidos para la ofrenda por el pecado. Moisés ungió las esquinas del altar del holocausto con sangre que tomó del animal sacrificial, para purificarlo en preparación para las otras ofrendas que estaban próximas a ser ofrecidas en él. Después hizo lo ordenado con la gordura y con las partes restantes del animal, de acuerdo con las leyes que regían la ofrenda por el pecado.

¹⁸ Después hizo que trajeran el carnero del holocausto. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero. ¹⁹ Moisés lo degolló y roció la sangre en el altar, por todos sus lados. ²⁰ Cortó Moisés el carnero en trozos e hizo arder la cabeza, los trozos y la grasa. ²¹ Luego de lavar con agua los intestinos y las piernas, Moisés quemó todo el carnero sobre el altar, como un holocausto de olor grato, una ofrenda que se quema para Jehová, tal como Jehová lo había mandado a Moisés.

Las instrucciones que se dan aquí para el holocausto son las mismas que se encuentran en Levítico 1:3-13. Los sacerdotes recién consagrados, pronto iban a estar ofreciendo ese mismo sacrificio por el pueblo. Con el holocausto por ellos mismos, los sacerdotes expresaron la relación del pacto que ellos tenían con Dios, demostraron su completa obediencia a la voluntad de Dios y declararon su determinación de renovar su paz con Dios.

²² Después hizo que trajeran el otro carnero, el carnero de las consagraciones. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero, ²³ y Moisés lo degolló. Entonces tomó de su sangre, y la puso sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el dedo pulgar de su mano derecha y sobre el dedo pulgar de su pie derecho. ²⁴ Moisés hizo acercarse luego a los hijos de Aarón, les puso de la sangre sobre el lóbulo de sus orejas derechas, sobre los pulgares de sus manos derechas y sobre los pulgares de sus pies derechos, y roció la sangre en el altar, por todos sus lados.

²⁵ Luego tomó la grasa, la cola, toda la grasa que estaba sobre los intestinos, la grasa del hígado, los dos riñones con su grasa y la pierna derecha. ²⁶ Del canastillo de los panes sin levadura, que estaba delante de Jehová, tomó una torta sin levadura, y una torta de pan de aceite y una hojaldre, y las puso con la grasa y la pierna derecha. ²⁷ Lo puso todo en manos de Aarón y en manos de sus hijos, e hizo mecerlo como ofrenda mecida delante de Jehová. ²⁸ Moisés tomó de nuevo aquellas cosas de sus manos, y las hizo arder en el altar sobre el holocausto. Eran las consagraciones de olor grato, una ofrenda quemada a Jehová.

²⁹ Moisés tomó entonces el pecho, y lo meció como ofrenda mecida delante de Jehová; aquélla era la parte del carnero de las consagraciones que pertenecía a Moisés, tal como Jehová lo había mandado a Moisés.

³⁰ Tomó luego Moisés del aceite de la unción y de la sangre que estaba sobre el altar, roció sobre Aarón y sobre sus vestiduras, sobre sus hijos y también sobre las vestiduras de sus hijos. Así santificó a Aarón y sus vestiduras, a sus hijos, y también las vestiduras de sus hijos.

El término “consagración” proviene de una palabra que significa “llenar la mano”. Estos hombres como sacerdotes consagrados iban a recibir de Dios, en sus manos, el derecho de

ofrecer sacrificios por el pueblo y también el privilegio de recibir en sus manos parte de ciertos sacrificios. El rito de la consagración que se describe aquí, no se menciona en los primeros siete capítulos de Levítico.

La acción de untar de sangre ciertas partes de los cuerpos de Aarón y de sus hijos simbolizó que ellos estaban consagrados para el servicio a Jehová. Por ejemplo, la sangre que se untó en la oreja derecha le recordaba al sacerdote que debía escuchar cuidadosamente la palabra de Dios de tal manera que la pudiera anunciar al pueblo. La sangre que se untó en el pulgar de la mano derecha le recordaba al sacerdote que debería utilizar sus manos enteramente para la obra de Dios, no para malas acciones. La sangre que se derramó sobre el dedo pulgar del pie derecho le enseñaba al sacerdote siempre debía andar en los caminos de Jehová. Solamente los miembros derechos del cuerpo fueron ungidos con sangre, tal vez debido a que el lado derecho era considerado el lado favorecido y consecuentemente el lado más importante. Recuerde que la mano derecha de Jacob puesta sobre Efraín el hijo de José, significó una mayor bendición para él (Génesis 48:17 en adelante). Este procedimiento de unguir con sangre tiene un rico significado para los cristianos hoy en día que han sido purificados con la sangre de Jesús para escuchar la Palabra de Dios con sus oídos, para realizar obras de misericordia con sus manos y para andar con sus pies en los caminos de Jehová.

Fue exclusivo de la ofrenda de consagración que Moisés tomara toda la gordura junto con la espaldilla derecha del carnero, y la pusiera en las manos de Aarón y de sus hijos. Esa fue la consagración formal, es decir, la “llenada de manos”. Normalmente esas partes le pertenecían exclusivamente a Jehová; el ponerlas en las manos de los sacerdotes mostró la santidad del oficio en el que ellos habían sido puestos. Encima de estos elementos estaban las ofrendas del canastillo de los panes sin levadura. Los sacerdotes mecieron esos elementos en dirección al altar antes de devolvérselos a Moisés, quien los quemó en el altar

como una ofrenda de consagración. Debido a que Moisés estaba actuando provisionalmente como sustituto del sumo sacerdote también tenía que presentar una ofrenda a Dios en su nombre.

Aunque Moisés ya había consagrado a Aarón y a sus hijos como sacerdotes cuando les untó la sangre, roció otra vez sobre ellos aceite y parte de la sangre del altar, como un acto adicional de consagración, dando a entender que estaban espiritualmente seguros en su oficio.

³¹ Moisés dijo a Aarón y a sus hijos: «Hervid la carne a la puerta del Tabernáculo de reunión, y comedla allí con el pan que está en el canastillo de las consagraciones, según yo lo he mandado diciendo: Aarón y sus hijos la comerán.

³² Quemaréis al fuego lo que sobre de la carne y del pan. ³³ De la puerta del Tabernáculo de reunión no saldréis en siete días, hasta el día en que se cumplan los días de vuestras consagraciones, porque durante siete días seréis consagrados. ³⁴ De la manera que hoy se ha hecho, mandó hacer Jehová para hacer expiación por vosotros. ³⁵ A la puerta, pues, del Tabernáculo de reunión estaréis día y noche durante siete días, y guardaréis la ordenanza delante de Jehová, para que no muráis, pues así me ha sido mandado».

³⁶ Aarón y sus hijos hicieron todas las cosas que mandó Jehová por medio de Moisés.

Aarón y sus hijos deberían cocer la carne y comerla juntos con el pan, a la entrada del Tabernáculo de reunión. Esto simbolizó que ellos, como sacerdotes, se debían dedicar completamente al servicio de Jehová en representación de la nación de Israel.

La separación de los sacerdotes de las actividades seculares y su consagración al trabajo en la casa de Dios fue adicionalmente simbolizada con el requisito de que durante los siete días siguientes no podían salir de la puerta del Tabernáculo de reunión. Los

sacrificios de consagración y los ritos que los acompañaron se repitieron cada día durante los siete días. Solamente después de transcurrido ese tiempo se podía considerar que estaban verdaderamente consagrados.

A los sacerdotes se les exigió la observación meticulosa de todo lo que Jehová había mandado, porque su oficio podía influir en la nación israelita para bien o para mal, como llegó a ser evidente en la historia posterior. A los sacerdotes se les advirtió repetidamente que era necesaria la obediencia total y constante. En efecto, el castigo por la desobediencia era la muerte.

Uno de los temas principales del libro de Hebreos en el Nuevo Testamento es que debido a la pecaminosidad de los sacerdotes del Antiguo Testamento y a la incapacidad de sus sacrificios para quitar el pecado, era necesario un mejor sacrificio por el pecado. Cristo no sólo ofreció ese sacrificio, sino que él mismo fue el sacrificio. Él “no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Hebreos 7:27). Como los sacerdotes del Antiguo Testamento, nosotros los cristianos de hoy todavía necesitamos el perdón diario de nuestros pecados, y lo tenemos en la sangre de Jesús que nos purifica de todo pecado (1 Juan 1:7).

Si alguna vez usted ha presenciado la ordenación de un pastor, se acordará de que la primera parte del servicio fue dirigida por el pastor oficiante. Sólo después de que el nuevo pastor fue debidamente ordenado, él pudo dirigir el resto del servicio. Somos testigos de algo similar en esta sección de Levítico. Durante las ceremonias de consagración, Moisés ofreció los sacrificios y realizó los otros ritos. Ahora Aarón, después de haber sido consagrado oficialmente como sacerdote, pudo ofrecer los sacrificios.

Si hoy un servicio de ordenación dura unos pocos minutos más que un servicio ordinario, algunas personas pueden considerar que es muy largo. Aunque la consagración de Aarón y sus hijos tomó siete días, no se dice nada respecto a que alguien se hubiera molestado por su duración.

Los sacerdotes comienzan su ministerio

9 Al octavo día, Moisés llamó a Aarón, a sus hijos y a los ancianos de Israel, ² y dijo a Aarón: «Toma de la vacada un becerro para la expiación y un carnero para el holocausto, ambos sin defecto, y ofrécelos delante de Jehová. ³ Luego hablarás a los hijos de Israel y les dirás: «Tomad un macho cabrío para la expiación, y un becerro y un cordero de un año, ambos sin defecto, para el holocausto. ⁴ Asimismo un buey y un carnero para el sacrificio de paz, los cuales inmolaréis delante de Jehová, y una ofrenda amasada con aceite, porque Jehová se manifestará hoy a vosotros»».

⁵ Ellos llevaron delante del Tabernáculo de reunión lo que mandó Moisés; vino toda la congregación y se puso delante de Jehová. ⁶ Entonces Moisés dijo: «Esto es lo que mandó Jehová; hacedlo, y la gloria de Jehová se os manifestará».

⁷ Después dijo Moisés a Aarón: «Acércate al altar, ofrece tu sacrificio de expiación y tu holocausto, y haz la reconciliación por ti y por el pueblo; presenta también la ofrenda del pueblo, y haz la reconciliación por ellos, como ha mandado Jehová».

Los servicios de consagración de Aarón tomaron siete días. El octavo día, Aarón llegó a ser oficialmente el sumo sacerdote y ya no necesitó depender más de Moisés para ofrecer sacrificios en su nombre. Este capítulo nos cuenta sobre los primeros servicios que

dirigió Aarón. Aunque es muy parecido al capítulo anterior, en el capítulo 8, Dios le mandó a Moisés que llevara a Aarón delante de la congregación reunida. En este capítulo, Moisés les da mandamientos a Aarón y a la congregación. En el capítulo 8, Moisés obedeció las instrucciones específicas y detalladas del Señor. En este capítulo, la congregación obedece los mandatos de Moisés. El capítulo 8, terminó con los mandatos de Moisés a Aarón y la obediencia de Aarón; vemos una terminación similar en el capítulo 9.

Los ancianos eran los jefes de las tribus de Israel que tal vez estuvieron en el lugar del Tabernáculo durante el tiempo de la consagración.

Observamos con interés el primer mandato que Moisés le dio a Aarón. Él tenía que ofrecer un *becerro* como ofrenda por su propio pecado. ¿Era esto para expiar el pecado que cometió cuando hizo becerro de oro? El carnero para el holocausto recuerda al carnero que ofreció Abraham en lugar de su hijo Isaac.

Durante siete días se ofrecieron sacrificios por Aarón. ¡No obstante, en los primeros servicios que dirigió, Aarón tuvo que ofrecer de nuevo sacrificios por su propio pecado! Es una forma de recordar que aun el cristiano más dedicado y consagrado está lejos de alcanzar la gloria de Dios, es completamente pecador, y puede estar delante de Dios sólo porque ha sido perdonado por causa del sacrificio de Cristo.

Observe que ahora el pueblo llevó las ofrendas necesarias para los diversos sacrificios. Fue en este momento que el pueblo de Israel comenzó a participar en el sistema de ofrendas.

La “gloria Jehová” se refiere a la presencia visible de Dios en medio de su pueblo en fuego, humo, nube o una combinación de estos elementos. En el monte de Sinaí, la gloria de Jehová fue como un fuego devorador sobre el monte. En el desierto, se hizo referencia a la columna de nube y fuego, que acompañó a Israel como la gloria de Jehová.

La gloria de Dios no siempre había estado presente en el Tabernáculo. El regreso de Dios y de su gloria era algo que

esperaban con ansia, y estos sacrificios tenían el propósito de hacer posible nuevamente la paz entre Dios y el hombre.

Todo el pueblo de Israel permaneció delante del Tabernáculo de reunión antes de que apareciera Jehová. El tiempo gramatical de la palabra hebrea que se traduce como “manifestará” implica que ya había sucedido. En otras palabras, en la mente de Moisés no había duda de que iba a ocurrir. Cuando todo estuvo listo, Moisés le dijo a Aarón que comenzara sus tareas sacerdotales, primero ofreciendo sacrificios por sí mismo y después por el pueblo.

⁸ Entonces se acercó Aarón al altar y degolló el becerro de su sacrificio de expiación. ⁹ Los hijos de Aarón le trajeron la sangre, y él, mojado su dedo en la sangre, untó con ella los cuernos del altar y derramó el resto de la sangre al pie del altar. ¹⁰ Luego hizo arder sobre el altar la grasa, los riñones y la grasa del hígado de la víctima de la expiación, como Jehová lo había mandado a Moisés. ¹¹ Pero la carne y la piel las quemó al fuego fuera del campamento.

¹² Degolló asimismo el holocausto, y los hijos de Aarón le presentaron la sangre, la cual él roció en el altar, por todos sus lados. ¹³ Después le presentaron el holocausto pieza por pieza, junto con la cabeza, y lo hizo quemar todo sobre el altar. ¹⁴ Luego de haber lavado los intestinos y las piernas, los quemó en el altar sobre el holocausto.

¹⁵ Presentó también la ofrenda del pueblo: Tomó el macho cabrío que era para la expiación del pueblo, lo degolló y lo ofreció por el pecado, como el primero. ¹⁶ Ofreció el holocausto, y lo hizo según el rito. ¹⁷ Presentó asimismo la oblación, de la que tomó un puñado y la hizo quemar sobre el altar, además del holocausto de la mañana.

¹⁸ Degolló también el buey y el carnero en sacrificio de paz por el pueblo. Los hijos de Aarón le presentaron la sangre, la cual él roció en el altar, por todos sus lados. ¹⁹ También le presentaron las grasas del buey y del carnero, la cola, la

grasa que cubre los intestinos, los riñones y la grasa del hígado,²⁰ y pusieron las grasas sobre los pechos. Entonces quemó las grasas sobre el altar,²¹ pero los pechos, junto con la pierna derecha, los meció Aarón, como ofrenda mecida delante de Jehová, tal como Jehová lo había mandado a Moisés.

Primero, Aarón tuvo que ofrecer una ofrenda por el pecado y un holocausto por sí mismo. Eso sirvió como un reconocimiento público de su propia pecaminosidad y de su necesidad de perdón. El procedimiento es el que se describe en los capítulos 1 y 4, excepto que aquí la sangre de la ofrenda por el pecado se untó en las esquinas del altar del holocausto en lugar de ser untada en el altar del incienso. La razón de esta diferencia puede ser que el altar del incienso todavía no necesitaba purificación, porque los sacerdotes no habían entrado en el Tabernáculo. Los hijos de Aarón ayudaron dándole las partes del animal sacrificial pieza por pieza. Esta parte que se agregó a la ceremonia, también indicó que todo el sacerdocio estaba representado por el sumo sacerdote oficiante.

Aarón presentó cuatro sacrificios a nombre del pueblo: un macho cabrío para la expiación, un becerro y un cordero como holocausto, una ofrenda de grano, un buey y un carnero como ofrenda de paz. El orden de las ofrendas por el pueblo es significativo. Después de que se hizo la apropiada expiación por el pueblo mediante la ofrenda por el pecado, ellos ya podían dedicar su vida y su trabajo a Dios por medio del holocausto y la ofrenda de grano. Finalmente, el sacrificio de paz le dio al pueblo la oportunidad de disfrutar la paz con Dios mediante una comida compartida. Aquí difieren los procedimientos para el sacrificio de paz de los que se encuentran en el capítulo 3; la diferencia está en que el pecho, que era normalmente de propiedad de los sacerdotes, y la espaldilla derecha, que era normalmente de propiedad del sacerdote oficiante, en este momento se presentaban como ofrenda mecida a Dios.

²² Aarón alzó sus manos hacia el pueblo, y lo bendijo; y después de hacer la expiación, el holocausto y el sacrificio de paz, descendió. ²³ Luego entraron Moisés y Aarón en el Tabernáculo de reunión. Cuando salieron, bendijeron al pueblo, y la gloria de Jehová se manifestó a todo el pueblo. ²⁴ Salió fuego de la presencia de Jehová y consumió el holocausto con las grasas que estaban sobre el altar. Al ver esto, todos los del pueblo alabaron y se postraron sobre sus rostros.

Aarón dio la vuelta para bendecir al pueblo desde la plataforma elevada del altar del holocausto. Tal vez utilizó las palabras de bendición que se encuentran en el libro de Números. “Jehová te bendiga y te guarde. Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia. Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz” (Números 6:24-26). Después, Moisés y Aarón entraron en el Tabernáculo de reunión. En este momento, Moisés, además de comunicarse con Dios, pudo haber instruido a Aarón respecto de las tareas que él iba a tener en el santuario.

Cuando Moisés y Aarón, salieron al atrio del Tabernáculo, oraron para que Dios bendijera al pueblo de Israel. Súbitamente la gloria de Jehová se hizo visible delante del pueblo; salió fuego de la nube y consumió las partes sacrificiales que le pertenecían a Dios. Las ofrendas ya se estaban quemando sobre el altar como lo indica el capítulo, pero Dios demostró dramáticamente que las aceptaba al consumirlas súbita y completamente. Se nos recuerda la ocasión en que Dios envió fuego del cielo para consumir la ofrenda cuando Elías desafió a los profetas de Baal en el monte Carmelo.

La gloria de Jehová revelada por fuego es normalmente en la Escritura un símbolo visible de la presencia y de las actividades misericordiosas del Señor a favor de su pueblo. Moisés la observó en la zarza ardiente, y los hijos de Israel en la columna de fuego que los guiaba en el desierto. En el día de Pentecostés, la presencia

del Espíritu Santo se describe como lenguas de fuego que se posaron sobre los apóstoles.

Algunas veces el fuego *no* es parte de una aparición de la gloria de Jehová. Cuando un ángel del Señor les anunció el nacimiento del Salvador a los pastores cerca de Belén, la gloria de Jehová resplandeció alrededor de ellos y les causó terror. Jesús apareció con toda su gloria en el monte de la Transfiguración donde su rostro cambió y sus vestidos se volvieron brillantes como un relámpago. La gloria de Jehová se verá nuevamente el último día cuando Jesús vuelva con todos sus santos ángeles. ¿Mientras tanto, se nos presenta todavía la gloria de Jehová? Sí, en un sentido, siempre que se proclama su Palabra y siempre que dos o tres están reunidos en su nombre. Jesús dice: “Allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20).

La dramática aparición de la gloria de Jehová, que se describe en este capítulo de Levítico, hizo que el pueblo gritara de alegría mientras que alababa a Dios por lo que había hecho. Además, la grandeza y la santidad de Dios también hacían que ellos se postraran sobre sus rostros en humilde adoración.

La reacción del pueblo tiene un mensaje para nosotros. Nuestra adoración también se debe caracterizar por pensamientos de alegría y humilde adoración. Debemos compartir el sentimiento del rey David, quien dijo: “Yo me alegré cuando me dijeron: ¡A la casa de Jehová iremos!” (Salmo 122:1). También necesitamos la misma forma de pensar como la que describe el escritor a los Hebreos cuando dice: “Así que recibiendo nosotros un Reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es un fuego consumidor” (Hebreos 12:28,29).

La aparición de la gloria de Jehová hizo que los hijos de Israel fueran reverentes y estuvieran alegres. Sin embargo, su alegría iba a ser de corta duración; la tragedia estaba a punto de golpear.

Dios no iba a tolerar la desobediencia o el descuido. Los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, estaban por descubrirlo de una manera súbita y terrible.

La muerte de Nadab y Abiú

10 Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, pusieron en ellos fuego, le echaron incienso encima, y ofrecieron delante de Jehová un fuego extraño, que él nunca les había mandado. ² Entonces salió de la presencia de Jehová un fuego que los quemó, y murieron delante de Jehová.

³ Luego dijo Moisés a Aarón:

«Esto es lo que Jehová afirmó cuando dijo:

“En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado”».

Y Aarón calló.

Nadab y Abiú eran los dos mayores de los cuatro hijos de Aarón. Ellos habían subido al monte de Sinaí junto con su padre, su tío Moisés y los setenta ancianos, en respuesta al mandato del Señor. En el capítulo 8, supimos que ellos habían sido ordenados como sacerdotes junto con su padre y sus hermanos. Por lo tanto, tenían el derecho de ofrecer incienso, es decir, de mezclar ciertas especias aromáticas y colocarlas en un incensario que contenía trozos de carbón de palo encendidos, para que las brasas hicieran que el incienso se evaporara exhalando un humo aromático.

Sin embargo, Nadab y Abiú, ofrecieron “fuego extraño” al Señor. Los carbones para los incensarios se debían tomar del altar del holocausto. ¿Los tomaron Nadab y Abiú de algún otro lugar? ¿Ofrecieron incienso en un momento inapropiado del día? ¿Hicieron algo que sólo su padre Aarón estaba autorizado para

hacer? ¿Se intoxicaron cuando llevaron el incienso? (Vea el versículo 9.) ¿Fue orgullo, ambición, celos o impaciencia lo que motivó sus acciones? Sea lo que fuere la razón, el punto es que ellos desobedecieron al Señor. Su castigo fue inmediato y terrible. ¡Salió de la presencia de Jehová un fuego que los quemó! Las mismas palabras acerca del fuego se encuentran al final del capítulo 9, pero allá el fuego fue una prueba de la bendición del Señor cuando consumió los sacrificios. En respuesta, el pueblo gritó de alegría. Ahora Aarón quedó en silencio cuando el fuego consumió a sus hijos.

Sin embargo, Moisés tenía algo que decir. Le recordó a Aarón que no se debía burlar del Señor con desobediencia, que él no iba a tolerar una adoración que fuera hecha desafiando su santa voluntad. El pueblo de Dios estaba ligado a él por el pacto que él había hecho con ellos en el monte de Sinaí. Ese pacto procedía del amor de Dios; la respuesta del pueblo debería ser de obediencia decidida y absoluta.

Hoy tampoco Dios le tolera a su pueblo el descuido ni la indiferencia. La respuesta al perdón de Dios en Cristo requiere santidad de vida. Pablo les dijo a los cristianos de Roma: “Os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12:1).

⁴ Después Moisés llamó a Misael y a Elzafán, hijos de Uziel, tío de Aarón, y les dijo:

«Acercaos y sacad a vuestros hermanos de delante del santuario, fuera del campamento».

⁵ Ellos se acercaron y los sacaron en sus túnicas fuera del campamento, como dijo Moisés.

⁶ Entonces Moisés dijo a Aarón y a sus hijos Eleazar e Itamar:

«No descubráis vuestras cabezas ni rasguéis vuestros vestidos en señal de duelo, para que no muráis, ni se levante



La muerte de Nadab y Abiú

la ira sobre toda la congregación; pero vuestros hermanos, toda la casa de Israel, sí se lamentarán por el fuego que ha encendido Jehová. ⁷No os alejéis de la puerta del Tabernáculo de reunión, porque moriréis, pues el aceite de la unción de Jehová está sobre vosotros».

Y ellos hicieron conforme al dicho de Moisés.

A los sacerdotes les estaba prohibido acercarse a los muertos porque la contaminación les impedía officiar en el Tabernáculo. Por eso Moisés les dijo a los primos de Aarón, los cuales no eran sacerdotes, que sacaran los cadáveres de Nadab y Abiú. Los cuerpos, aún con las vestiduras sacerdotales de lino, fueron sepultados fuera del campamento, de nuevo para impedir la contaminación ceremonial.

Aarón y sus hijos no debían tomar parte en los ritos acostumbrados de duelo. En los tiempos bíblicos era común expresar el dolor dejando que el cabello quedara suelto y rasgando los propios vestidos. Los otros podían expresar su duelo, pero si los sacerdotes hacían eso, quería decir que no le estaban dando la prioridad a sus responsabilidades sacerdotales, y que eso les iba a traer el mismo castigo que Nadab y Abiú acababan de sufrir. Si los hermanos se hubieran reunido en duelo por los muertos, hubieran podido ser tentados a culpar a Dios por lo que había sucedido. Es seguro que para los hermanos tuvo que haber sido un gran esfuerzo emocional continuar con su trabajo como si nada hubiera pasado, pero cualesquiera que hubieran sido sus sentimientos, nada iba a interferir con su trabajo para el Señor. De esa manera, ellos debían mostrar que el juicio de Dios, aunque fue muy severo, fue merecido, y le dio gloria a su nombre. Se nos recuerda la manera como nuestro Salvador cumplió la voluntad de su Padre al no permitir que consideraciones personales impidieran su obra de redención.

⁸ Entonces Jehová habló a Aarón y le dijo: ⁹ «Ni tú ni tus hijos debéis beber vino ni sidra cuando entréis en el Tabernáculo de reunión, para que no muráis. Estatuto perpetuo será para vuestras generaciones, ¹⁰ para poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio, ¹¹ y enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha dado por medio de Moisés».

Este es el único lugar en Levítico, donde el Señor le habla directamente a Aarón. Eso no sólo muestra la importancia de lo que estaba por seguir, sino que le asegura a Aarón que sigue siendo el sumo sacerdote a pesar de los delitos de sus hijos.

Se ha sugerido que la razón para prohibir aquí el consumo de bebidas alcohólicas es que Nadab y Abiú pudieron haber actuado imprudentemente bajo la influencia de una bebida embriagante. Tal vez. Los sacerdotes debían distinguir entre animales limpios e inmundos, y ellos también debían instruir al pueblo. Eso tenía que ver con la enseñanza de la ley revelada y la toma de decisiones sobre asuntos no considerados explícitamente en la ley. Los errores en esos asuntos podrían provocar el juicio de Dios. Para llevar a cabo sus responsabilidades de enseñar, y para evitar la comisión de errores, se requería una cabeza libre de alcohol.

Por razones similares, hoy los jefes en la iglesia de Cristo deben ser sobrios. “Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; *que no sea dado al vino*” (1 Timoteo 3:2,3).

Todo este incidente de Nadab y Abiú nos enseña que quienes están en el ministerio público son responsables de todos sus actos. Jesús dijo: “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará, y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12:48). La epístola de Santiago dice: “No os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación” (Santiago 3:1).

¹² Moisés dijo a Aarón y a Eleazar e Itamar, los hijos que le habían quedado:

«Tomad la ofrenda que queda de las ofrendas encendidas a Jehová, y comedla sin levadura junto al altar, porque es cosa muy santa. ¹³ La comeréis, pues, en lugar santo, porque esto es lo reservado a ti y a tus hijos de las ofrendas quemadas a Jehová, pues así me ha sido mandado. ¹⁴ Comeréis asimismo en lugar limpio, tú y contigo tus hijos y tus hijas, el pecho mecido y la pierna reservada, porque por derecho son tuyos y de tus hijos, dados de los sacrificios de paz de los hijos de Israel. ¹⁵ Con las ofrendas de las grasas que se han de quemar, traerán la pierna que se ha de reservar y el pecho que será mecido como ofrenda mecida delante de Jehová; serán para ti y tus hijos derecho perpetuo, como Jehová lo ha mandado».

A pesar de la desobediencia de Nadab y Abiú y su muerte subsecuente, Aarón y sus hijos no perdieron el derecho a los privilegios sacerdotales. Moisés los instruyó inmediatamente acerca del consumo de los sacrificios. La ofrenda de grano se había mezclado con aceite y se había presentado en el momento del holocausto; tenía que comerse en un lugar santo porque había sido ofrecida al Señor a nombre del pueblo. Por otro lado, el pecho y la espadilla del sacrificio de paz, se podían compartir con miembros de las familias de los sacerdotes, y se podían comer en cualquier lugar ceremonialmente limpio.

¹⁶ Entonces Moisés preguntó por el macho cabrío de la expiación, pero se encontró con que ya había sido quemado. Enojado contra Eleazar e Itamar, los hijos que habían quedado de Aarón, dijo:

¹⁷ —¿Por qué no comisteis la expiación en lugar santo? Pues es muy santa, y él os la dio para llevar el pecado de la comunidad, para que sean reconciliados delante de Jehová.

18 Ved que la sangre no fue llevada dentro del santuario, por lo que vosotros debíais comer la ofrenda en el lugar santo, como yo mandé.

19 Aarón respondió a Moisés:

—Mira, hoy han ofrecido su expiación y su holocausto delante de Jehová, pero a mí me han sucedido estas cosas. Si yo hubiera comido hoy del sacrificio de expiación, ¿sería esto grato a Jehová?

20 Cuando Moisés oyó esto, se dio por satisfecho.

“El macho cabrío de la expiación” se refiere al sacrificio que se presentó al final de las ceremonias de consagración. Debido a la tragedia que había ocurrido tan inmediatamente después de las ceremonias de consagración, los hijos sobrevivientes de Aarón, Eleazar e Itamar, en un estado comprensible de postración nerviosa y de dolor, pudieron haber sentido que no podían comer. Tal vez también sintieron que estaban contaminados de alguna manera por los pecados que se acaban de cometer y también podrían ser destruidos por la ira de Dios. Tal vez los hijos tenían esa idea por el hecho de que su padre no comió la carne. De todas maneras, el error de no comer de esta carne fue aparentemente algo involuntario. Aarón dijo: “A mí me han sucedido estas cosas”, respecto al fuego divino de juicio que había venido sobre sus hijos Nadab y Abiú. Moisés pudo entender por qué había ocurrido la omisión y por lo tanto aceptó la intercesión de Aarón en nombre de sus hijos.

Los capítulos 8 a 10 nos recalcan los requisitos especiales y las restricciones a los sacerdotes. Aquí hay lecciones para los que hoy sirven en el ministerio público. Dios exige obediencia, convicción, sinceridad y fidelidad de sus obreros llamados. Y no es sorprendente que el Nuevo Testamento utilice el concepto de sacerdocio para describir a *todos* los creyentes en Cristo, ya que es un concepto que habla de la importancia del compromiso, la dedicación, la santidad y el compañerismo cercano con el Señor de parte de todos los cristianos.

Hasta aquí hemos aprendido que Israel se iba a acercar a Dios mediante los sacrificios de sangre ofrecidos por los sacerdotes. Sin embargo, había muchas maneras por las cuales la adoración podría llegar a ser inaceptable, como lo revelan los siguientes capítulos.

Si los estados del sur hubieran ganado la guerra civil en los Estados Unidos, los Artículos de la Confederación hubieran anulado y revocado la Constitución original del país. No obstante, los Artículos de la Confederación y la Constitución hubieran tenido unos puntos en común. Lo mismo es cierto en cuanto a los Nuevo y Antiguo Testamentos. Por ejemplo, la ley moral que se resume en los Diez Mandamientos todavía se aplica a nosotros, pero las leyes ceremoniales tuvieron sentido sólo hasta cuando vino Cristo. Es importante tener eso presente al estudiar el libro de Levítico, especialmente mientras examinamos los capítulos siguientes.

En los capítulos 1 a 7, aprendimos que Israel se iba a acercar a Dios por medio de sacrificios de sangre. Los capítulos 8 a 10 revelaron que Israel se iba a acercar a Dios por medio del sacerdocio. El tema de los capítulos 11 a 16 es el acercamiento a Dios evitando la contaminación, una sección a la que a veces se hace referencia como el código de purificación. Aquí vamos a aprender cuáles animales se consideraban limpios, aceptables como alimento y para el sacrificio, y cuáles no. Estos capítulos también tienen que ver con las leyes de la purificación después del parto y los reglamentos relacionados con enfermedades de la piel y los flujos del cuerpo. Todo eso sirve para preparar el camino para una discusión del gran Día de la Expiación en el capítulo 16.

Las leyes y restricciones de estos capítulos, fueron dadas para mantener a Israel apartado de las naciones, como el pueblo del cual iba a venir el Salvador del mundo. Estos reglamentos no tenían la intención de aplicarse por siempre; hoy no son aplicables a nosotros. No obstante, hay buenas razones para que los estudiemos cuidadosamente.

Comida limpia e inmunda

11 **Habló Jehová a Moisés y a Aarón, y les dijo: ²«Hablad a los hijos de Israel y decidles: “Éstos son los animales que comeréis de entre todos los animales que hay sobre la tierra. ³De entre los animales, comeréis todo el que tiene pezuña hendida y que rumia.**

Es interesante observar que Jehová se dirige tanto a Moisés como a Aarón. Tal vez la razón para incluir ahora a Aarón es que lo que sigue tiene que ver con asuntos referentes a la inmundicia, sobre la cual los sacerdotes debían instruir a los israelitas.

En este capítulo, las criaturas se consideran en tres grupos: las que viven en la tierra, las que viven en el agua y las que viven en el aire. Las criaturas terrestres limpias son las que cumplen dos condiciones: las que tienen pezuña hendida y las que rumian. Los animales con pezuña hendida, tales como el buey, la oveja y las cabras, tienen en efecto en cada pata dos dedos como pezuñas. Los animales que rumian incluyen no sólo a los verdaderos rumiantes como las vacas y las ovejas, sino a los que mastican la comida completamente como el camello y la liebre.

⁴Pero de los que rumian o que tienen pezuña, no comeréis: El camello, porque rumia pero no tiene pezuña hendida, lo tendréis por inmundo. ⁵También el conejo, porque rumia pero no tiene pezuña, lo tendréis por inmundo. ⁶Asimismo la liebre, porque rumia pero no tiene pezuña, la tendréis por inmunda. ⁷También el cerdo, porque tiene pezuñas, y es de pezuñas hendidas pero no rumia, lo tendréis por inmundo. ⁸De su carne no comeréis, ni tocaréis su cuerpo muerto: los tendréis por inmundos.

Los animales limpios eran los que rumiaban y tenían pezuña hendida. Una condición sin la otra hacía que el animal fuera inmundo. El camello, el conejo y la liebre rumian, pero no tienen

pezuña hendida; por lo tanto eran animales inmundos. El cerdo, aunque tiene pezuña hendida no rumia, y por lo tanto era inmundo.

Para evitar la inmundicia, el pueblo de Dios no debía comer la carne ni tocar los cuerpos muertos de animales inmundos, aunque, por ejemplo, uno podía montar en un camello sin llegar a ser inmundo.

Desde tiempos antiguos se han dado varias explicaciones de por qué ciertos animales fueron declarados inmundos por el Señor. Algunos han sugerido que esas leyes fueron arbitrarias, que Dios no reveló sus razones sino que simplemente esperó que los hombres obedecieran. Otros han concluido que las leyes sobre animales inmundos tenían el propósito de mantener a Israel apartado de sus vecinos paganos; vecinos que, por ejemplo, ofrecían cerdos como sacrificios a sus dioses paganos. Sin embargo, esa explicación no tiene en cuenta que los paganos también sacrificaban ovejas, toros y otros animales de una manera muy similar a como lo hacían los israelitas. Varios intérpretes de la Biblia sugieren que esas leyes fueron dadas con propósitos de higiene. Es cierto que la triquinosis y muchas bacterias peligrosas se pueden adquirir más fácilmente a través de los animales clasificados como inmundos, pero entonces ¿por qué suprimió Jesús las leyes sobre los animales inmundos? Aun otra hipótesis establece que las leyes tenían solamente el propósito de simbolizar la diferencia entre los judíos y los gentiles. La Biblia no nos dice por qué razón ciertos animales fueron considerados inmundos.

⁹»“De todos los animales que viven en las aguas comeréis estos: todos los que tienen aletas y escamas, ya sean de mar o de río, los podréis comer. ¹⁰ Pero tendréis como cosa abominable todos los que no tienen aletas ni escamas, ya sean de mar o de río, entre todo lo que se mueve y entre toda cosa viviente que está en las aguas. ¹¹ Os serán, pues, abominación: de su carne no comeréis, y abominaréis sus cuerpos muertos. ¹² Tendréis por abominable todo lo que en las aguas no tiene aletas y escamas.

Las criaturas limpias que viven en el agua, salada o dulce, eran las que tienen aletas y escamas. Por lo tanto, las criaturas inmundas incluían anguilas, ostras y crustáceos como la langosta, el cangrejo y el camarón. Se dice que esas criaturas eran “abominación”. Esta es una palabra más fuerte que inmundo, sin embargo se aplican las mismas restricciones en ambos casos.

¹³»“Entre las aves tendréis por abominables, y no se comerán por ser abominación, las siguientes: el águila, el quebrantahuesos, el azor, ¹⁴el gallinazo, el milano según su especie; ¹⁵toda clase de cuervos; ¹⁶el avestruz, la lechuza, la gaviota, el gavilán según su especie; ¹⁷el búho, el somormujo, el ibis, ¹⁸el calamón, el pelicano, el buitre, ¹⁹la cigüeña, la garza según su especie, la abubilla y el murciélago.

No todas las aves que se mencionan aquí han sido plenamente identificadas. Sin embargo, parecen predominar las aves de rapiña y las aves de carroña. Se ha sugerido que esos animales fueron declarados inmundos debido a que sus hábitos de alimentación quebrantan el principio de no comer carne que contuviera sangre. De nuevo es bueno recordar que la Biblia no establece específicamente la razón por la que ciertas criaturas se consideraban inmundas.

²⁰»“Tendréis por abominable todo insecto alado que anda sobre cuatro patas. ²¹Pero de todo insecto alado que anda sobre cuatro patas comeréis el que, además de sus patas, tiene zancas para saltar con ellas sobre la tierra. ²²De ellos comeréis estos: toda clase de langosta, de langostín, de grillo y saltamontes. ²³Cualquier otro insecto alado que tenga cuatro patas, os será abominación.

La palabra hebrea traducida aquí como “insecto” da la idea de enjambre, es decir, criaturas que, como las abejas, se desplazan en conjunto y de manera impredecible.

“Que anda sobre cuatro patas” no se refiere al número de patas, ya que los insectos normalmente tienen seis patas, sino a sus movimientos, que se parecen a los de los cuadrúpedos. Sin embargo, les fue permitido comer de los insectos alados que tuvieran las patas traseras más largas para saltar, como las langostas o los grillos. Entre los pueblos antiguos del Cercano Oriente, las langostas eran consideradas algunas veces como una exquisitez. En una escena de un banquete real en el palacio de Asurbanipal (669-627 a.C.), el último de los grandes reyes asirios, se muestra a los sirvientes llevando langostas en varas para que los invitados las comieran. Juan el Bautista tuvo una dieta razonablemente balanceada en el desierto comiendo langostas y miel.

²⁴»“Por estas cosas quedaréis impuros:

»“Cualquiera que toque los cuerpos muertos de estos animales, quedará impuro hasta la noche.

²⁵»“Cualquiera que levante el cadáver de alguno de ellos, lavará sus vestidos, y quedará impuro hasta la noche.

²⁶»“Tendréis por inmundo todo animal de pezuña, pero que no tiene pezuña hendida ni rumia; cualquiera que los toque quedará impuro.

²⁷»“De todos los animales que andan en cuatro patas, tendréis por inmundo a cualquiera que se apoye sobre sus garras; todo el que toque sus cadáveres quedará impuro hasta la noche. ²⁸Y el que levante sus cadáveres lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la noche: los tendréis por inmundos.

El resto del capítulo tiene que ver con aspectos relacionados con tocar animales inmundos, muertos o vivos, y comer accidentalmente carne inmunda. Los cuerpos de los animales limpios se consideraban inmundos aunque murieran naturalmente. Sin embargo, la inmundicia causada por animales muertos era

temporal; solamente duraba hasta la noche del día en el cual había sido adquirida.

Esas leyes se aplicaban a las criaturas inmundas que se mencionaron anteriormente: los insectos voladores, los animales sin pezuña hendida y los animales que no rumian. Es interesante notar que los animales que caminan sobre sus garras, como los gatos y los perros, también estaban incluidos entre las criaturas inmundas. Esos animales fueron domesticados en un período temprano, especialmente en Egipto, aunque los perros eran generalmente despreciados en los tiempos bíblicos. De acuerdo con las reglas aquí establecidas, esos animales no se podían tocar cuando estaban muertos.

²⁹ » «Y tendréis por inmundos a los siguientes animales que se mueven sobre la tierra: la comadreja, el ratón, las distintas especies de rana, ³⁰ el erizo, el cocodrilo, el lagarto, la lagartija y el camaleón.

³¹ » «Estos tendréis por inmundos de entre los animales que se mueven, y cualquiera que los toque cuando estén muertos quedará impuro hasta la noche.

³² » «También será inmundo todo aquello sobre lo que caiga algo de ellos después de muertos; sea objeto de madera, vestido, piel, saco, sea cualquier instrumento con el que se trabaja. Será metido en agua y quedará inmundo hasta la noche: entonces quedará limpio.

³³ » «Toda vasija de barro dentro de la cual caiga alguno de ellos será inmunda, así como todo lo que esté dentro de ella; y la vasija deberá quebrarse. ³⁴ Toda cosa comestible sobre la cual caiga el agua de tales vasijas será inmunda, y toda bebida que haya en esas vasijas será inmunda. ³⁵ Todo aquello sobre lo que caiga alguno de esos cadáveres será inmundo: el horno u hornillos se derribarán; son inmundos, y por inmundos los tendréis.

³⁶ » «Sin embargo, la fuente y la cisterna donde se recogen

las aguas permanecerán limpias, pero lo que haya tocado los cadáveres será inmundo.

³⁷»«Y si cae uno de esos cadáveres sobre alguna semilla que se haya de sembrar, será limpia. ³⁸ Pero si se ha puesto agua en la semilla, y cae uno de los cadáveres sobre ella, la tendréis por inmunda.

Como antes sucedió con los insectos, aquí hay problemas para identificar estos animales. Parece que todos ellos son pequeños reptiles o roedores. Un erizo es cualquier animal de un grupo de lagartos con cuerpo corto y fuerte, cabeza larga, y con ventosas en las patas. Una lagartija es cualquier animal de un grupo de lagartos que tienen cuerpo grueso brillante, escamas fuertes y patas cortas.

Al estar muerto, cualquiera de estos animales contaminaba cualquier cosa con la que tuviera contacto. Los artículos u objetos así contaminados, se tenían que lavar en agua y se consideraban inmundos hasta la noche. Si una vasija de barro se contaminaba por el contacto con un animal muerto, se tenía que quebrar. Aun los utensilios de cocina, tales como hornos u hornillos, se contaminaron por el contacto con esos cadáveres, y también se tenían que destruir. Las únicas excepciones eran las fuentes y las cisternas. Sin embargo, cualquiera que sacara de ellas los cadáveres quedaba inmundo. La semilla lista para sembrar no se contaminaba cuando se ponía en contacto con el cadáver de una especie inmunda, siempre que estuviera seca. Sin embargo, si se humedecía se volvía inmunda, debido a que entonces sería un vehículo para la infección.

³⁹»«Si muere algún animal que tienes para comer, el que toque su cadáver quedará impuro hasta la noche. ⁴⁰ El que coma del cuerpo muerto lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la noche; también el que saque el cuerpo muerto lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la noche.

También estaba prohibido el contacto con cuerpos muertos de animales limpios que hubieran muerto por causas naturales, aunque se les permitía a los extraños y a los extranjeros comprar y consumir esa carne, si ellos querían (vea Deuteronomio 14:21).

Aunque la Biblia no lo dice de manera explícita, esta ley pudo tener un significado simbólico. Los animales muertos tal vez eran inmundos debido a que la muerte es algo extraño al plan de Dios. Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

⁴¹»“Todo reptil que se arrastra sobre la tierra es abominación: no se comerá.

⁴²»“No comeréis ningún animal que anda sobre el vientre, que anda sobre cuatro o más patas, o se arrastra sobre la tierra, porque es abominación. ⁴³No hagáis abominables vuestras personas con ningún animal que se arrastra, ni os contaminéis con ellos, ni seáis impuros por ellos. ⁴⁴Yo soy Jehová, vuestro Dios. Vosotros por tanto os santificaréis y seréis santos, porque yo soy santo. Así que no contaminéis vuestras personas con ningún animal que se arrastre sobre la tierra. ⁴⁵Yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo”.

Todo animal que anda sobre su vientre, todos los insectos, las culebras, los lagartos, las lombrices, las orugas y similares, se consideraban inmundos. Ignorar eso o cualquiera de las leyes de la comida hacía a la persona detestable, contaminada e inmunda, algo incompatible con el especial pueblo de Dios. Debido a que Dios es santo, su pueblo iba a ser simbólicamente santo, no teniendo nada que ver con las criaturas que Dios había dicho que eran inmundas.

Jehová dice dos veces en esta sección que él es santo en el sentido absoluto, separado y distinto del hombre, que por naturaleza es impío. Como Dios es santo, le es imposible tolerar

el pecado del hombre. Sin embargo, Dios, en su amor, concibió desde la eternidad un plan para permitirle al hombre volver a ser santo y vivir en su presencia. Tan pronto el hombre cayó en pecado, Dios le reveló su plan de salvación. A lo largo de todos los siglos, Dios dijo que el perdón y la salvación de toda la humanidad se iba a lograr por medio del Mesías prometido. Por su misericordia, él sacó una nación de esclavos de la tierra de Egipto, y le dio a ella procedimientos de adoración que le aseguraron la remoción de sus pecados por causa de aquel que había de venir. Después, cuando la vida perfecta de Jesús fue entregada a la muerte en la cruz por los pecados del mundo, ya no fueron necesarios esos símbolos externos de santidad. San Pablo dice al respecto: “Todo esto es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:17).

46»Esta es la ley acerca de las bestias, de las aves, de todo ser viviente que se mueve en las aguas y de todo animal que se arrastra sobre la tierra, 47 para que hagáis distinción entre lo inmundo y lo limpio, y entre los animales que se pueden comer y los animales que no se pueden comer».

Estos versículos resumen las leyes de este capítulo, y declaran una vez más cuál es su propósito: mostrar la diferencia entre las criaturas que son limpias y que se pueden comer, y las que son inmundas y que no se pueden comer.

En la época de Jesús, la observancia de esas leyes se había convertido en la marca distintiva de los judíos fieles. En efecto, esas leyes fueron las que hicieron de los judíos un pueblo distinto en el mundo mediterráneo antiguo. Sin embargo, Jesús enseñó que con su venida esas leyes ya no se aplicaban más. Él dijo: “No lo que entra por la boca lo que contamina al hombre; pero lo que sale de la boca, esto contamina al hombre” (Mateo 15:11).

Un tiempo después de la ascensión de Jesús al cielo, el apóstol Pedro tuvo una visión en la que vio un gran lienzo que bajaba del cielo, en el que había toda clase de animales, reptiles y aves del

cielo. Y oyó una voz que le dijo que matara y comiera. Cuando Pedro se opuso porque esas criaturas eran inmundas, se le dijo: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común” (Hechos 10:15).

El asunto de la comida limpia e inmundas fue el tema de una de las grandes controversias en la iglesia cristiana primitiva. En el concilio de Jerusalén, que se describe en Hechos 15, tuvieron un debate acerca de si era o no necesario que los gentiles guardaran la ley de Moisés para llegar a ser cristianos. Con base en lo que el Señor había revelado, se entendió que estaban abolidos los requisitos de la circuncisión y la distinción entre animales limpios e inmundos.

Toda la vida de los israelitas, es decir, lo que no se podía comer y lo que no se podía tocar, estaba regido por leyes estrictas relacionadas con la limpieza. Ni siquiera el nacimiento de un hijo estaba exento de las leyes de purificación dadas por Dios. Si usted es un progenitor, o espera serlo algún día, se podrá asombrar por lo que sigue.

Dios quiso enseñarle a su pueblo que la causa del pecado no sólo es el medio ambiente en el que uno vive, sino que también es el resultado de la contaminación interna. El capítulo 11 habló de la inmundicia por el contacto externo con ciertas criaturas; ahora los capítulos 12 a 15, tratarán de la impureza del hombre que resulta de fuentes internas. El capítulo 12 trata de la impureza que sigue al parto, los capítulos 13 y 14 tratan de la impureza causada por enfermedades de la piel, y el capítulo 15 trata de la impureza asociada a la reproducción.

Purificación después del parto

12 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ² «Habla a los hijos de Israel y diles: La mujer, cuando conciba y dé a luz un hijo varón, quedará impura durante siete días; como en los días de su menstruación será impura. ³ Al octavo día se circuncidará al niño. ⁴ Pero ella permanecerá treinta y tres días purificándose de su sangre. Ninguna cosa santa tocará, ni vendrá al santuario hasta que se cumplan los días de su purificación. ⁵ Si da a luz una hija, quedará impura durante dos semanas, conforme a su separación, y sesenta y seis días estará purificándose de su sangre.

Cuando nacía un bebé, la madre quedaba ceremonialmente impura, tal como lo era durante el período menstrual. Cualquier persona o cosa que ella tocara quedaba impura. El bebé varón era circuncidado el octavo día. Durante los treinta y tres días después de esto, la madre permanecía impura, aunque ya no les traspasaba la impureza a otras personas cuando las tocaba. Durante el período de purificación, ella no podía tocar ninguna cosa santa, por ejemplo carne de un sacrificio de paz o las partes de la comida a las que ella tenía derecho, si era esposa de un sacerdote. A ella tampoco se le permitía entrar en el santuario. Note que el período

de impureza y purificación era el doble si la mujer había dado a luz a una niña. Más sobre esto en un momento.

Primero, surge la pregunta de por qué se debía considerar ceremonialmente impura a una mujer por dar a luz. No era porque la procreación en sí misma sea pecaminosa. Dios le dijo a Adán y Eva: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sometedla” (Génesis 1:28). El salmista inspirado dice: “Herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre” (Salmo 127:3), y “Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos, como plantas de olivo alrededor de tu mesa. Así será bendecido el hombre que teme a Jehová” (Salmo 128:3,4). Los israelitas seguramente pensaban que los hijos eran una bendición de Dios. En efecto, en el antiguo Israel la falta de hijos era considerada como la máxima desgracia y hasta un juicio de Dios.

No era el nacimiento mismo lo que hacía impura a una mujer, lo que la hacía impura era lo que se descargaba después del nacimiento. Se han sugerido varias razones para que esto fuera así. Un intérprete sugiere que toda descarga corporal es un recuerdo del pecado y de la muerte, porque los cadáveres en descomposición tienen emisiones. Otro dice que la pérdida de sangre puede conducir a la muerte, y cualquiera que pierde sangre está por lo menos en peligro de debilitarse y perder la salud. La Palabra de Dios no da una respuesta definitiva a la pregunta.

Otras preguntas que surgen de la lectura de estos versículos tienen que ver con la duración del período de purificación y la diferencia de esa duración dependiendo de si el bebé era un niño o una niña. La primera descarga después de un nacimiento se asemeja al flujo menstrual y dura alrededor de una semana, pero la descarga postnatal, aunque cambia de color y de cantidad, sí demora más de una semana.

Por esa razón se consideraba impura a una nueva madre durante un período de tiempo más largo. El por qué el período de purificación tenía que ser el doble después del nacimiento de una niña, no se responde específicamente en la Escritura. Tal vez tenía

algo que ver con el hecho de que los bebés varones comenzaban una relación formal con Dios cuando eran circuncidados al octavo día.

6»Cuando los días de su purificación se cumplan, ya sea por un hijo o una hija, llevará al sacerdote un cordero de un año para holocausto, y un palomino o una tórtola para expiación, a la puerta del Tabernáculo de reunión. 7 El sacerdote los ofrecerá delante de Jehová y hará expiación por ella. Así quedará limpia del flujo de su sangre.»

Esta es la ley para la que da a luz un hijo o una hija. 8 Y si no tiene lo suficiente para un cordero, tomará entonces dos tórtolas o dos palominos, uno para holocausto y otro para expiación. El sacerdote hará expiación por ella, y quedará limpia.

Después de terminado el período de purificación (un total de cuarenta días para un varón y ochenta días para una niña), la madre tenía que llevar al santuario una ofrenda para expiación y un holocausto. La ofrenda para expiación se daba para purificar el santuario; su sola presencia en el campamento había contaminado el altar. El holocausto se traía para expresar gratitud por el nacimiento del niño y como muestra de una renovada dedicación a Dios. Como en otras partes, aquí también se estableció que el pobre podía llevar un ave, una criatura menos costosa que un cordero. Al pobre no se le negaban los privilegios que tienen los miembros de la familia de Dios.

A la luz de lo anterior, es interesante leer lo que hicieron José y María después del nacimiento de Jesús. “Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos conforme a la ley de Moisés, lo trajeron a Jerusalén para presentarlo al Señor (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abra la matriz será llamado santo al Señor), y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor: Un par de tórtolas, o dos palominos” (Lucas 2:22-24). Obviamente María y José eran bastante pobres.

Además del parto, había otras condiciones que podían ser causa de contaminación. Eran condiciones que podían afectar a cualquier persona, porque tenían que ver con la piel. Si usted ha tenido alguna vez cualquier clase de problema de la piel, o si conoce a alguien que lo haya tenido, encontrará particularmente interesante saber cómo lo hubieran tratado teniendo esa condición bajo las leyes levíticas, que se describen en los dos capítulos siguientes.

Muchas versiones en español traducen las condiciones que se describen en los capítulos 13 y 14 como “lepra”. Sin embargo, el examen cuidadoso revela que no todos estos casos pueden ser casos de lepra, es decir, de la enfermedad de Hansen como se la conoce hoy en día. La palabra del hebreo que se utiliza a lo largo de estos dos capítulos se refiere a una amplia variedad de imperfecciones que pueden aparecer en la piel de las personas así como también en la ropa o en la casa. Sin embargo, las condiciones sí tenían varias cosas en común: se presentaban como resultado la decoloración de la superficie exterior, afectaban sólo parte de un objeto, eran más que superficiales, y se esparcían activamente. Como todas esas condiciones eran anormales en el sentido de que desfiguraban a la persona, a sus vestidos o a su habitación, destruyendo la integridad que exigía Dios, esas condiciones simbolizaban el pecado, y por lo tanto se consideraban impuras.

La integridad simbolizaba la santidad dentro del pueblo de Dios. Los animales que se utilizaban en los sacrificios tenían que ser perfectos; los sacerdotes que ofrecían los sacrificios a Dios no podían tener ningún defecto físico. Por lo tanto, el pueblo también tenía que expresar integridad en su apariencia externa.

El capítulo 13 se divide en dos secciones: la primera, que trata de las enfermedades de la piel; y la segunda, que trata de la contaminación de la ropa y elementos similares. En la primera sección se describen veintiún casos de enfermedades de la piel, y en la segunda sección se describen tres casos de elementos contaminados. En cada caso normalmente se exigía seguir los siguientes pasos: (1) la declaración de los síntomas generales, (2) la inspección por el sacerdote, (3) la declaración de los síntomas específicos sobre la cual el sacerdote basaba su conclusión, (4) el diagnóstico formal, y (5) el tratamiento prescrito.

Leyes sobre enfermedades infecciosas de la piel

13 **Habló Jehová a Moisés y a Aarón, y les dijo:**
2 «Cuando el hombre tenga en la piel de su cuerpo una hinchazón o una erupción o una mancha blanca, y haya en la piel de su cuerpo como una llaga de lepra, será llevado a Aarón, el sacerdote, o a uno de sus hijos, los sacerdotes. **3** El sacerdote mirará la llaga en la piel del cuerpo; si el vello en la llaga se ha vuelto blanco y se ve la llaga más profunda que la piel de la carne, llaga de lepra es. El sacerdote lo reconocerá y lo declarará impuro.

4 »Si en la piel de su cuerpo hay una mancha blanca, pero no se ve más profunda que la piel ni el vello se ha vuelto blanco, entonces el sacerdote encerrará al llagado durante siete días. **5** Al séptimo día el sacerdote lo examinará, y si la llaga conserva el mismo aspecto y no se ha extendido en la piel, entonces el sacerdote lo volverá a encerrar por otros siete días. **6** Al séptimo día el sacerdote lo reconocerá de nuevo; si ve que se ha oscurecido la llaga, y que no se ha extendido en la piel, entonces el sacerdote lo declarará limpio: era una erupción. Lavará sus vestidos y quedará limpio.

7 »Pero si se extiende la erupción en la piel después que él se mostró al sacerdote para ser limpio, deberá mostrarse otra vez al sacerdote. **8** El sacerdote lo reconocerá, y si ve que la erupción se ha extendido en la piel, lo declarará impuro: es lepra.

Estas palabras le fueron dichas tanto a Aarón como a Moisés, porque los sumos sacerdotes iban a ser los jueces de las enfermedades de la piel.

El primer conjunto de pruebas para determinar enfermedades de la piel da principios generales para distinguir entre enfermedades graves de la piel y padecimientos menos graves. Si una persona notaba una condición anormal en la superficie de la

piel, tenía que ser diagnosticada por el sacerdote. El primer ejemplo (versículos 2,3) es el de una persona que era evidentemente impura por causa de su enfermedad. El vello de la llaga se ha vuelto blanco y el daño era más profundo que la piel de la carne. En ese caso, el individuo tenía que abandonar el campamento y vivir solo, con la cabeza descubierta y los vestidos rasgados. Esa persona también tenía que advertir sobre su impureza a toda persona que se acercara. El segundo ejemplo (versículos 4-6) es el de una persona en la que no era evidente si era limpia o impura. Se requería un período de examen antes de que se pudiera tomar una decisión. El período de cuarentena tenía el propósito de determinar si se trataba de una enfermedad aguda o no. Si la persona sufría una recaída después de que había sido declarada limpia entonces se consideraba impura.

⁹»Cuando haya llaga de lepra en el hombre, será llevado al sacerdote. ¹⁰Si al examinarlo el sacerdote observa un tumor blanco en la piel, el cual ha hecho que el vello mude de color, y también se descubre la carne viva, ¹¹es lepra crónica en la piel de su cuerpo. El sacerdote lo declarará impuro, aunque no lo encerrará, porque ya es impuro.

¹²»Pero si la lepra brota y se extiende por la piel, de modo que cubre toda la piel del llagado desde la cabeza hasta los pies, hasta donde pueda ver el sacerdote, ¹³entonces este lo reconocerá. Si la lepra ha cubierto todo su cuerpo, declarará limpio al llagado; toda ella se ha vuelto blanca, y él es limpio. ¹⁴Pero el día que aparezca en él la carne viva, quedará impuro. ¹⁵El sacerdote examinará la carne viva y lo declarará impuro, pues la carne viva es impura: es lepra.

¹⁶»Pero cuando la carne viva cambie y se vuelva blanca, entonces irá al sacerdote, ¹⁷y el sacerdote lo examinará. Si la llaga se ha vuelto blanca, el sacerdote declarará limpio al que tenía la llaga, y quedará limpio.

Este segundo conjunto de pruebas se relaciona con enfermedades de la piel donde aparecía claramente la carne viva en el área afectada. El primer ejemplo es el de una persona que era claramente impura (versículos 12,13). El vello cambiado de color y la carne viva eran evidencia de una grave enfermedad de la piel. Se ha sugerido que aquí se refiere a una enfermedad como la psoriasis. El segundo ejemplo es el de una persona que después de un examen inicial fue declarada limpia. Sin embargo, si en un examen posterior se veía carne viva, entonces se declaraba impura. Si un examen final mostraba que la carne viva se había vuelto blanca, entonces la persona nuevamente se declaraba limpia.

¹⁸»Cuando una persona tenga en su piel una llaga, que luego sana, ¹⁹pero en el lugar de la llaga aparece una hinchazón o una mancha blanca rojiza, será mostrado al sacerdote. ²⁰El sacerdote lo examinará; si ve que está más profunda que la piel, y que su vello se ha vuelto blanco, el sacerdote lo declarará impuro: es lepra que brota de la llaga. ²¹Pero si el sacerdote la examina y no ve en ella vello blanco, ni que es más profunda que la piel, sino oscura, entonces el sacerdote lo encerrará por siete días. ²²Si se ha extendido por la piel, entonces el sacerdote lo declarará impuro: es una llaga. ²³Pero si la mancha blanca permanece en su lugar y no se ha extendido, es la cicatriz de la llaga, y el sacerdote lo declarará limpio.

El tercer conjunto de pruebas está relacionado con enfermedades de la piel en cicatrices causadas por úlceras. Se citan tres ejemplos. El primero es el de una persona que claramente era impura. Vello blanco e infección profunda revelaban que la enfermedad era grave. El segundo es el de un individuo cuya condición al principio no era clara y después de un período de estar aislado se descubría que era impuro. El tercero es el de una persona cuyo examen inicial no era definitivo pero que más tarde era declarada limpia.

²⁴»Asimismo cuando haya en la piel del cuerpo una quemadura de fuego, y aparezca en la parte quemada una mancha blanquecina, rojiza o blanca, ²⁵ el sacerdote la examinará. Si el vello se ha vuelto blanco en la mancha, y esta es más profunda que la piel, es lepra que salió en la quemadura. El sacerdote lo declarará impuro por ser llaga de lepra. ²⁶ Pero si el sacerdote la examina y no hay en la mancha vello blanco, ni es más profunda que la piel, sino que es oscura, lo encerrará el sacerdote por siete días. ²⁷ Al séptimo día el sacerdote la reconocerá; y si se ha ido extendiendo por la piel, el sacerdote lo declarará impuro: es llaga de lepra. ²⁸ Pero si la mancha permanece en su lugar y no se ha extendido en la piel, sino que es oscura, se trata de la cicatriz de la quemadura. El sacerdote lo declarará limpio, porque señal de la quemadura es.

El cuarto conjunto de pruebas es para enfermedades de la piel por quemaduras. Los ejemplos son similares a los que se mencionan en el tercer conjunto de pruebas.

²⁹»Cuando a un hombre o a una mujer le salga una llaga en la cabeza, o en la barba, ³⁰ el sacerdote examinará la llaga. Si ve que es más profunda que la piel y que el pelo en ella es amarillento y delgado, entonces el sacerdote lo declarará impuro: es tiña, lepra de la cabeza o de la barba. ³¹ Pero si, al examinar la llaga de la tiña, el sacerdote ve que no es más profunda que la piel ni hay en ella pelo negro, encerrará por siete días al llagado de la tiña. ³² Al séptimo día el sacerdote examinará la llaga, y si la tiña no se ha extendido ni hay en ella pelo amarillento, ni se ve la tiña más profunda que la piel, ³³ entonces hará que se rasure, salvo en el lugar afectado, y el sacerdote encerrará por otros siete días al que tiene la tiña. ³⁴ Al séptimo día el sacerdote examinará la tiña, y si la tiña no se ha extendido en la piel ni es más profunda que la piel, el sacerdote lo declarará limpio; lavará sus

vestidos y quedará limpio. ³⁵ Pero si la tiña se ha ido extendiendo en la piel después de su purificación, ³⁶ entonces el sacerdote la examinará, y si la tiña se ha extendido en la piel, no busque el sacerdote el pelo amarillento: es impuro. ³⁷ Pero si le parece que la tiña está detenida y que ha salido en ella el pelo negro, la tiña está sanada; la persona está limpia, y limpia la declarará el sacerdote.

El quinto conjunto de pruebas de enfermedades de la piel se relaciona con las del cuero cabelludo que, en el caso de los hombres, se pueden extender hasta la barba. El primer ejemplo es el de una persona cuya condición la hizo claramente impura. El pelo delgado y amarillento, es síntoma de una grave enfermedad de la piel conocida como *favus*, o *tiña*, que se presenta en el cuero cabelludo, que ocasiona la caída permanente del cabello y es infecciosa. El segundo ejemplo es el de una persona cuyo examen inicial no conducía a una decisión respecto a su condición. Dos períodos de siete días de aislamiento conducían finalmente a la conclusión de que la persona estaba limpia. Si la persona tenía una recaída se la declaraba nuevamente impura. Sin embargo, si el sacerdote concluía que la enfermedad había desaparecido, la persona nuevamente era considerada limpia.

³⁸»Asimismo cuando un hombre o una mujer tenga en la piel de su cuerpo manchas, manchas blancas, ³⁹ el sacerdote lo examinará, y si en la piel de su cuerpo aparecen manchas blancas algo oscurecidas, es una erupción que brotó en la piel: la persona está limpia.

Le enfermedad de la piel que se describe aquí era una erupción que no causaba daño alguno y no era más profunda que la piel, y en consecuencia no hacía impuro al individuo.

⁴⁰»Si a un hombre se le cae el cabello, se queda calvo, pero limpio. ⁴¹Si se le cae el cabello de la frente, se queda calvo por delante, pero es limpio. ⁴²Pero cuando en la calva o en las entradas haya una llaga blanca rojiza, lepra es que brota en su calva o en sus entradas. ⁴³Entonces el sacerdote lo examinará, y si la hinchazón de la llaga blanca rojiza en su calva o en sus entradas se parece a la de la lepra de la piel del cuerpo, ⁴⁴leproso es, es impuro. El sacerdote lo declarará luego impuro; en su cabeza tiene la llaga.

La calvicie total o parcial, una condición que puede ocurrir en el transcurso natural de la vida de una persona, era una condición que se consideraba limpia. Sin embargo, la calvicie causada por una enfermedad de la piel convertía al individuo en impuro.

⁴⁵»El leproso que tenga llagas llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y con el rostro semicubierto gritará: “¡Impuro! ¡Impuro!” ⁴⁶Todo el tiempo que tenga las llagas, será impuro. Estará impuro y habitará solo; fuera del campamento vivirá.

Los que habían sido diagnosticados como impuros, por presentar alguna de las condiciones que se describen aquí, debían seguir los procedimientos anteriores, todos asociados con aflicción. Y para el israelita, por supuesto, había razón para estar afligido. Un diagnóstico de impureza, podía ser tanto como una sentencia de muerte para el antiguo israelita, así como el diagnóstico de un tumor maligno avanzado lo puede ser para un paciente moderno.

La frase “el rostro semicubierto” en hebreo es una palabra que significa “cubrir los labios”. El individuo que había sido declarado inmundo tenía que gritar: “¡Impuro! ¡Impuro!”, para impedir que otros lo tocaran y quedaran contaminados. Además, tenía que apartarse del campamento y vivir solo.

Aunque hoy la gente muchas veces quiere “apartarse de todo”, los hijos de Israel sabían que vivir en sociedad significaba ser miembro del pueblo de Dios. Por lo tanto, vivir fuera del campamento era una condición muy penosa; significaba ser cortado de las bendiciones del pacto. Cualquiera podía contraer en cualquier momento una enfermedad de la piel que lo podría hacer impuro, y lo obligaría por el resto de su vida a separarse de su familia y de sus amigos. Sin embargo, no se podía permitir que el sufrimiento y el dolor de un individuo amenazaran el bienestar de la nación entera.

Leyes sobre el moho

⁴⁷»Cuando en un vestido aparezca una mancha de lepra, ya sea vestido de lana o de lino, ⁴⁸ o en urdimbre o en trama de lino o de lana, o en cuero, o en cualquier objeto de cuero, ⁴⁹ y si la mancha es verdosa o rojiza, en vestido o en cuero, en urdimbre o en trama, o en cualquier objeto de cuero, es mancha de lepra y se ha de mostrar al sacerdote. ⁵⁰ El sacerdote examinará la mancha, y encerrará la cosa manchada durante siete días. ⁵¹ Al séptimo día examinará la mancha, y si se ha extendido en el vestido, en la urdimbre o en la trama, en el cuero o en cualquier objeto hecho de cuero, la mancha es lepra maligna: el objeto será inmundo. ⁵² Será quemado el vestido, la urdimbre o trama de lana o de lino, o cualquier objeto de cuero en que haya tal mancha, porque lepra maligna es: al fuego será quemado. ⁵³ Pero si el sacerdote, al examinarlo, ve que la mancha no se ha extendido en el vestido, en la urdimbre o en la trama, o en cualquier objeto de cuero, ⁵⁴ entonces el sacerdote mandará que laven donde está la mancha, y lo encerrará otra vez por siete días.

⁵⁵»Después que la mancha haya sido lavada, el sacerdote la examinará, y si ve que la mancha no ha cambiado de aspecto, aunque no se haya extendido, el objeto es inmundo y

lo quemarás al fuego: es corrosión penetrante, esté lo raído en el derecho o en el revés de aquella cosa. ⁵⁶ Pero si el sacerdote la ve, y parece que la mancha se ha oscurecido después que fue lavada, la cortará del vestido, del cuero, de la urdimbre o de la trama. ⁵⁷ Si aparece de nuevo en el vestido, la urdimbre o la trama, o en cualquier cosa de cuero, extendiéndose en ellos, quemarás al fuego aquello en que esté la mancha. ⁵⁸ Pero el vestido, la urdimbre o la trama, o cualquier cosa de cuero que laves, y que se le quite la mancha, se lavará por segunda vez, y entonces quedará limpia».

⁵⁹ Esta es la ley para la mancha de la lepra en los vestidos de lana o de lino, de urdimbre o de trama, o de cualquier objeto de cuero, para que sean declarados limpios o inmundos.

Los israelitas utilizaban la misma palabra para describir las enfermedades de la piel y para describir los mohos que afectan las ropas y los objetos de la casa. Eso nos puede parecer extraño, pero, desde el punto de vista de la apariencia, había similitudes para los israelitas. Ambas son condiciones anormales de la superficie que desfiguran el exterior y hacen que la superficie se pele o se vuelva escamosa. Ambas condiciones producen decoloración.

Después de examinar el objeto infectado, el sacerdote tenía que aislarlo durante una semana. Si el moho se extendía durante esa semana, el objeto era inmundo y tenía que ser quemado. Si el moho no se había extendido, el objeto se lavaba y se aislaba durante otra semana. Si no había cambio, el objeto era inmundo y tenía que ser quemado. Si el área afectada se había oscurecido durante la semana, sólo tenía que quitarse la parte afectada.

Las enfermedades de la piel y el moho eran símbolos del pecado y de su influencia sobre el pueblo y el mundo en el que vive el pueblo. La purificación de esas condiciones, la cual se va a discutir en el siguiente capítulo, simboliza la purificación que tenemos en Cristo.

LEVÍTICO 14

Este capítulo está íntimamente ligado con el anterior. La primera mitad se relaciona con el ritual de purificación de una persona cuya enfermedad de la piel había desaparecido, y la segunda mitad se relaciona con el tratamiento a las casas afectadas por moho. Recuerde que la primera mitad del capítulo 13 también tiene que ver con las leyes sobre enfermedades infecciosas de la piel, y la segunda mitad con las leyes sobre el moho.

Purificación de enfermedades infecciosas de la piel

14 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Esta será la ley para el leproso cuando se limpie: Será presentado al sacerdote, ³ el cual saldrá fuera del campamento y lo examinará. Si ve que está sana la llaga de la lepra del leproso, ⁴ el sacerdote mandará traer para el que se purifica dos avecillas vivas, limpias, y madera de cedro, grana e hisopo. ⁵ Luego el sacerdote mandará matar una avecilla en un vaso de barro sobre aguas corrientes. ⁶ Después tomará la avecilla viva, el cedro, la grana y el hisopo, y los mojará con la avecilla viva en la sangre de la avecilla muerta sobre las aguas corrientes. ⁷ Rociará siete veces sobre el que se purifica de la lepra y, tras declararlo limpio, soltará la avecilla viva en el campo.

⁸»El que se purifica lavará sus vestidos, afeitará todo su pelo y se lavará con agua, y quedará limpio. Después entrará en el campamento, pero permanecerá fuera de su tienda siete días. ⁹ Al séptimo día se afeitará todo el pelo de su cabeza, la barba, las cejas de sus ojos, o sea, todo su pelo; lavará sus vestidos y bañará su cuerpo en agua, y quedará limpio.

En el antiguo Israel, el sacerdote no hacía nada para curar a una persona enferma. Su responsabilidad era más bien determinar

si la persona era limpia o impura. Podemos decir que él era más como un inspector de salud pública que un médico.

Después de que una persona había sido sanada de una enfermedad de la piel, se tenían que seguir ciertos rituales. Estos ritos eran largos y complicados. No es difícil entender por qué. Cuando la persona fue declarada impura había sido excluida de la comunidad y se la consideraba como muerta. Estos versículos tratan sobre los rituales que se tenían que realizar durante la primera semana.

La persona que sentía que se había recuperado de una enfermedad de la piel era examinada por el sacerdote fuera del campamento. Si el sacerdote estaba de acuerdo que la persona se había recuperado, se llevaban dos avecillas ceremonialmente limpias. Mataron una de las avecillas, y mezclaron su sangre en un recipiente de barro con aguas corrientes. Parte de la sangre se rociaba sobre la persona. Después se sumergía la avecilla viva en la sangre y luego se la dejaba volar libremente.

Los ritos con avecillas se parecen en algunos aspectos a los rituales que se hacían en el Día de la Expiación con machos cabríos. Ese día se ofrecía uno de los machos cabríos como sacrificio, y el otro, la víctima propiciatoria, se enviaba al desierto, llevando simbólicamente los pecados del pueblo. La sangre del macho cabrío sacrificado se rociaba siete veces sobre el propiciatorio que estaba sobre el arca del pacto. De la misma manera, se rociaba la sangre de la avecilla siete veces sobre el individuo que iba a ser limpio. La sangre rociada sobre el individuo lo identificaba de nuevo como un miembro de la comunidad del pueblo de Dios y simbolizaba su restauración al compañerismo. De la misma manera, la sangre de Cristo derramada en la cruz ha reconciliado al hombre con Dios y le ha hecho posible estar en la familia de la fe. El ave que se dejaba libre tal vez simbolizaba que la enfermedad de la piel, junto con la contaminación que había traído, estaba siendo quitada.

Es difícil determinar cuál era el significado exacto del cedro, la grana y el hisopo. El hisopo era una planta que aparentemente se podía atar en manojos para absorber líquidos y rociarlos cuando se sacudía. Cuando Jesús estaba muriendo en la cruz, calmaron su sed mediante un hisopo empapado en vinagre (Mateo 27:48). No hay duda de que el hisopo que se menciona aquí se utilizaba para rociar a la persona con el fin de purificarla.

La persona, después de haberse sometido a estos procedimientos, tenía que afeitarse todo el pelo de su cuerpo, bañarse y lavar sus ropas. Aunque ya era ceremonialmente limpia, todavía no podía regresar a casa. Al séptimo día tenía que afeitarse de nuevo todo el cuerpo, bañarse y lavar sus ropas. El lavamiento y la afeitada, simbolizaban la purificación de la contaminación que causó la enfermedad de la piel. Los siete días adicionales tal vez servían como salvaguardia para estar seguros de que la enfermedad de la piel no volvería a aparecer.

¹⁰ El día octavo tomará dos corderos sin defecto, una cordera de un año sin tacha, tres décimas de efa de flor de harina para ofrenda amasada con aceite, y un log de aceite. ¹¹ Y el sacerdote que lo purifica presentará delante de Jehová al que se ha de limpiar con aquellas cosas a la puerta del Tabernáculo de reunión. ¹² El sacerdote tomará un cordero y lo ofrecerá por la culpa, con el log de aceite, y lo mecera como ofrenda mecida delante de Jehová. ¹³ Degollará el cordero en el lugar donde se degüella el sacrificio por el pecado y el holocausto, en el lugar del santuario, pues como la víctima por el pecado, así también la víctima por la culpa pertenece al sacerdote: es cosa muy sagrada.

¹⁴ »Después el sacerdote tomará de la sangre de la víctima por la culpa, la pondrá sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho. ¹⁵ Asimismo el sacerdote tomará del log de aceite, lo echará sobre la palma de su

mano izquierda, ¹⁶ mojará su dedo derecho en el aceite que tiene en su mano izquierda, y esparcirá del aceite con su dedo siete veces delante de Jehová. ¹⁷ Y de lo que quede del aceite que tiene en su mano, pondrá el sacerdote sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho, encima de la sangre del sacrificio por la culpa. ¹⁸ Lo que quede del aceite que tiene en su mano, lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica. Así hará el sacerdote expiación por él delante de Jehová. ¹⁹ Ofrecerá luego el sacerdote el sacrificio por el pecado y hará expiación por el que se ha de purificar de su inmundicia; después degollará el holocausto ²⁰ y hará subir el holocausto y la ofrenda sobre el altar. Así hará el sacerdote expiación por él, y quedará limpio.

La persona afligida que había sido recibida de nuevo en la comunidad ahora era reintegrada en la relación del pacto mediante los sacrificios apropiados. El holocausto expresaba su total dedicación al Señor. La ofrenda de grano era también un acto de consagración que mostraba gratitud por la liberación física de la enfermedad. La expiación tenía el propósito de restablecer la relación entre la persona y Dios (vea la ilustración 2 en la página 245).

Pero, ¿por qué se requería una ofrenda por la culpa? La ofrenda por la culpa se hacía por pecados específicos. ¿Por qué se requería una ofrenda de este tipo por una enfermedad sobre la cual la persona no tenía control? Hay varias respuestas posibles. La enfermedad de la piel del hombre que había sanado pudo en efecto haber sido causada por algún pecado; las enfermedades de la piel algunas veces sí aparecían después de ciertos pecados. Por ejemplo, cuando María, la hermana de Moisés, fue culpable de comportamiento sacrílego, contrajo una enfermedad de la piel como castigo (Números 12:9,10). Como la enfermedad de la piel pudo haber sido causada por una razón semejante, entonces era

apropiado que la persona que había sido sanada ofreciera una ofrenda por la culpa. Sin embargo, también es cierto que las enfermedades de la piel se consideraban símbolos del pecado y de sus consecuencias, porque desfiguraban a la persona y así destruían la integridad y la perfección que deben caracterizar a la creación de Dios. Por esa sola razón era apropiada una ofrenda por la culpa. Más aun, la persona que tenía una enfermedad de la piel (aunque no por culpa propia) había dejado de adorar a Dios. Esa persona se había quedado atrás en su adoración y tenía que hacer restitución. He ahí la necesidad de la ofrenda por la culpa, que enfatizaba restitución y enmiendas por el pecado.

Aunque siete días antes se había utilizado la sangre del ave en la purificación inicial, ahora se utilizaba la sangre del cordero para completar el proceso de purificación. La sangre de la ofrenda por la culpa que se rociaba sobre el altar también se ponía sobre la persona para indicar que había sido restaurada en su comunión con Dios.

Entonces el sacerdote debía tomar del log de aceite para ungir a la persona que iba a ser purificada. “Log” es una palabra del idioma hebreo que representa una unidad de volumen que es equivalente a .25 litros. El ungimiento con aceite mostraba que se había restaurado la unión entre Dios, el sacerdote y el adorador purificado. Ahora la persona podía presentarse de nuevo en el Tabernáculo de reunión para adorar.

²¹»Pero si es pobre, y no tiene para tanto, entonces tomará un cordero para ser ofrecido como ofrenda medida por la culpa, para reconciliarse, y una décima de efa de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda, un log de aceite

²²y dos tórtolas o dos palominos, según pueda; uno será para la expiación por el pecado y el otro para el holocausto. ²³Al octavo día de su purificación traerá estas cosas al sacerdote, a la puerta del Tabernáculo de reunión, delante de Jehová.

²⁴El sacerdote tomará el cordero de la expiación por la culpa

y el log de aceite, y los mecerá como ofrenda mecida delante de Jehová. ²⁵ Luego degollará el cordero de la culpa, y el sacerdote tomará de la sangre de la víctima y la pondrá sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho. ²⁶ Y el sacerdote echará del aceite sobre la palma de su mano izquierda, ²⁷ y con su dedo derecho rociará del aceite que tiene en su mano izquierda, siete veces delante de Jehová. ²⁸ También el sacerdote pondrá del aceite que tiene en su mano sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho, en el lugar donde puso la sangre de la víctima. ²⁹ Y lo que sobre del aceite que el sacerdote tiene en su mano, lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica, para reconciliarlo delante de Jehová. ³⁰ Asimismo ofrecerá una de las tórtolas o uno de los palominos, según lo que pueda; ³¹ uno como sacrificio de expiación por el pecado y el otro como holocausto, además de la ofrenda. Así hará el sacerdote expiación por el que se ha de purificar, delante de Jehová».

³² Esta es la ley para el que haya tenido llaga de lepra, y no tenga más para su purificación.

Como en el caso de todos los sacrificios, se les daban opciones a los pobres. Los corderos se podían sustituir por tórtolas, excepto en el caso de la ofrenda por la culpa para la cual sólo se podía usar un cordero.

Purificación del moho

³³ Habló también Jehová a Moisés y a Aarón, y les dijo:
³⁴ «Cuando hayáis entrado en la tierra de Canaán, la cual yo os doy en posesión, si yo mando una plaga de lepra sobre alguna casa de la tierra de vuestra posesión, ³⁵ aquel a quien

pertenezca la casa irá a dar aviso al sacerdote, y le dirá:

“Algo como plaga ha aparecido en mi casa.”

³⁶»Entonces el sacerdote mandará desocupar la casa antes de entrar a examinar la plaga, para que no sea contaminado todo lo que esté en la casa. Después el sacerdote entrará a examinarla.

³⁷»Examinará la plaga, y si se ven manchas en las paredes de la casa, manchas verdosas o rojizas, las cuales son más profundas que la superficie de la pared, ³⁸ el sacerdote saldrá a la puerta de la casa y cerrará la casa por siete días. ³⁹ Al séptimo día volverá el sacerdote y la examinará; si la plaga se ha extendido en las paredes de la casa, ⁴⁰ entonces el sacerdote mandará arrancar las piedras en que esté la plaga, y las echarán en un lugar inmundo fuera de la ciudad.

⁴¹ Después hará raspar todo el interior de la casa, y echarán fuera de la ciudad, en lugar inmundo, el barro que raspen.

⁴² Entonces tomarán otras piedras y las pondrán en lugar de las piedras quitadas, y tomarán otro barro y recubrirán la casa.

A lo largo de toda la Escritura, se nos enseña que hay una estrecha relación entre el hombre y su ambiente, y que el pecado del hombre ha afectado e infectado toda la creación. Por ejemplo, San Pablo escribe: “La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza” (Romanos 8:20). Por lo tanto, es comprensible que se utilizaran pruebas similares a las que se hacían para las enfermedades de la piel de humanos con el fin de determinar la gravedad de “la plaga”, es decir, del moho en las casas de los israelitas.

El color y la profundidad del moho eran significativos. Si mediante ellos se consideraba que el problema era suficientemente grave, se dejaba la casa vacía durante siete días. Al final de este tiempo el sacerdote determinaba la acción que se debía tomar a continuación. Si el moho se había extendido, todavía era posible

resolver el problema reemplazando las piedras contaminadas o raspando el recubrimiento de las paredes.

⁴³»Si la plaga vuelve a brotar en aquella casa después que hizo arrancar las piedras y raspar la casa, y después que fue recubierta, ⁴⁴ entonces el sacerdote entrará y la examinará; y si parece haberse extendido la plaga en la casa, se trata de lepra maligna en la casa, y esta es inmunda. ⁴⁵ Derribará, por tanto, la tal casa, sus piedras, sus maderos y toda la mezcla de la casa, y sacarán todo a un lugar inmundo fuera de la ciudad. ⁴⁶ Cualquiera que entre en aquella casa durante los días en que la mandó cerrar, quedará impuro hasta la noche. ⁴⁷ El que duerma en aquella casa lavará sus vestidos; también el que coma en la casa lavará sus vestidos.

Si el tratamiento inicial para el moho fallaba, era necesario tomar medidas drásticas. La casa se tenía que derribar, y todos los escombros se debían amontonar en un lugar inmundo.

⁴⁸»Pero si entra el sacerdote y la examina, y ve que la plaga no se ha extendido en la casa después que fue recubierta, el sacerdote declarará limpia la casa, porque la plaga ha desaparecido. ⁴⁹ Entonces tomará para limpiar la casa dos avecillas, y madera de cedro, grana e hisopo; ⁵⁰ degollará una avecilla en una vasija de barro sobre aguas corrientes. ⁵¹ Tomará el cedro, el hisopo, la grana y la avecilla viva, los mojará en la sangre de la avecilla muerta y en las aguas corrientes, y rociará la casa siete veces. ⁵² Así purificará la casa con la sangre de la avecilla, con las aguas corrientes, con la avecilla viva, la madera de cedro, el hisopo y la grana. ⁵³ Luego soltará la avecilla viva fuera de la ciudad, sobre la faz del campo. Así hará expiación por la casa, y quedará limpia».

Si el moho no se había extendido, el sacerdote debía realizar el ritual con las dos avecillas (descrito anteriormente), y así la casa se podía considerar nuevamente limpia y habitable. No se requerían sacrificios especiales, ya que los edificios no necesitaban restaurar la comunión con Dios.

⁵⁴Esta es la ley acerca de toda plaga de lepra y de tiña, ⁵⁵de la lepra del vestido y de la casa, ⁵⁶y acerca de la hinchazón, de la erupción y de la mancha blanca, ⁵⁷para enseñar cuándo se es impuro y cuándo limpio. Esta es la ley tocante a la lepra.

Este es el resumen de las leyes que se encuentran en los capítulos 13 y 14, todas esas leyes le dejan al lector la impresión de que la santidad se simboliza por la integridad. Las enfermedades de la piel y el moho eran asuntos graves que destruían la integridad, y por lo tanto, la santidad simbólica del pueblo y de las cosas. Debido a que solamente los ceremonialmente santos podían estar en la presencia del santo Dios, los impuros tenían que ser expulsados del campamento y los objetos afectados tenían que ser purificados. La readmisión en el campamento y a la comunión con Dios era posible solamente después de que el problema había desaparecido y se habían llevado a cabo las purificaciones ceremoniales.

Entre los que fueron sanados por Jesús en el curso de su ministerio, hubo personas con enfermedades de la piel. El evangelista Marcos registra uno de esos casos: “Vino a él un leproso que, de rodillas, le dijo: ‘Si quieres, puedes limpiarme’. Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano, lo tocó y le dijo: ‘Quiero, sé limpio’. Tan pronto terminó de hablar, la lepra desapareció del hombre, y quedó limpio” (Marcos 1:40-42). Note que Jesús le permitió a ese hombre “impuro” acercarse a él y arrodillarse. Cuando Jesús vio a ese hombre enfermo, no se alejó con repugnancia, sino que lo miró con muy grande misericordia y

estuvo dispuesto a ayudarlo. Y Jesús, con preocupación amorosa extendió su mano, *tocó* al hombre y lo sanó.

Una parte de las instrucciones que Jesús les dio a sus doce discípulos cuando los envió en su primera misión fue “limpiad leprosos” (Mateo 10:8). Con la venida de Jesús, la ley del amor obviamente iba a reemplazar a las leyes levíticas. Todas las leyes que tienen que ver con la inmundicia, los sacrificios de sangre, el sacerdocio, etc., se iban a suprimir porque Jesús había venido para cumplir la Ley y los Profetas.

Hoy en día a veces todavía puede haber, como en el Antiguo Testamento, un tipo de aversión hacia las personas que tienen enfermedades de la piel, incluso hacia los que sufren algo tan común y tan pasajero como el acné de los adolescentes. El amor y el interés de Jesús deben caracterizar nuestras relaciones con esas personas.

Las enfermedades de la piel son asuntos muy personales; el siguiente capítulo trata de asuntos aun más personales, relacionados con la sexualidad.

LEVÍTICO 15

Hay quienes pueden encontrar el tema del capítulo 15 de Levítico algo embarazoso u ofensivo; otros pueden llegar a encontrarlo excitante. Ese tipo de reacciones son equivocadas; la Palabra de Dios habla abiertamente y sin ambages respecto a los asuntos sexuales, pero al mismo tiempo condena los pecados sexuales.

Israel solamente podía acercarse a Dios mediante el cumplimiento de ciertas leyes de limpieza. Ya hemos aprendido que ellos tenían que evitar la impureza asociada con varios animales, con el parto y con las enfermedades de la piel. En el presente capítulo también vamos a conocer la manera cómo debían evitar también la impureza en asuntos relacionados con la reproducción humana.

Se mencionan cuatro casos de impureza: los primeros dos tienen que ver con flujos genitales masculinos, y los dos finales tratan sobre flujos genitales femeninos. Note la simetría de la disposición. Primero se tratan los flujos masculinos de larga duración, y después los flujos masculinos de corta duración. La sección sobre las mujeres se trata en orden inverso, las descargas de corta duración seguidas por las de larga duración. Por lo tanto, las dos mitades del capítulo se complementan una a otra bellamente, de la manera como el hombre y la mujer fueron creados por Dios para complementarse el uno al otro.

Flujos masculinos que causan impureza

15 Habló Jehová a Moisés y a Aarón, y les dijo: **2** «Hablad a los hijos de Israel y decidles: **Cualquier hombre, cuando tenga flujo de semen, será impuro.** **3** Esta será la impureza ocasionada por su flujo: sea que su cuerpo destiló a causa de su flujo o que haya dejado de destilar a causa de su flujo, él será impuro. **4** Toda cama en que se

acueste el que tenga flujo, será inmunda. Toda cosa sobre que se siente, inmunda será. ⁵ Cualquiera que toque su cama lavará sus vestidos, y se lavará también a sí mismo con agua, y quedará impuro hasta la noche. ⁶ El que se siente sobre aquello en que se haya sentado el que tiene flujo, lavará sus vestidos, se lavará también a sí mismo con agua, y quedará impuro hasta la noche. ⁷ Asimismo el que toque el cuerpo del que tiene flujo lavará sus vestidos, y a sí mismo se lavará con agua, y quedará impuro hasta la noche. ⁸ Si el que tiene flujo escupe sobre el limpio, este lavará sus vestidos y, después de haberse lavado con agua, quedará impuro hasta la noche. ⁹ Toda montura sobre la que cabalgue el que tenga flujo, será inmunda. ¹⁰ Cualquiera que toque cualquier cosa que haya estado debajo de él, quedará impuro hasta la noche. El que la lleve, lavará sus vestidos y, después de lavarse con agua, quedará impuro hasta la noche. ¹¹ Todo aquel a quien toque el que tiene flujo, sin haberse lavado con agua las manos, lavará sus vestidos, a sí mismo se lavará con agua, y quedará impuro hasta la noche. ¹² La vasija de barro que toque el que tiene flujo será quebrada, y toda vasija de madera será lavada con agua.

¹³ »Cuando se haya limpiado de su flujo el que tiene flujo, contará siete días desde su purificación. Entonces lavará sus vestidos y lavará su cuerpo en aguas corrientes, y quedará limpio. ¹⁴ Al octavo día, tomará dos tórtolas o dos palominos, vendrá delante de Jehová a la puerta del Tabernáculo de reunión y los dará al sacerdote. ¹⁵ El sacerdote ofrecerá uno como ofrenda por el pecado y el otro como holocausto. Así el sacerdote lo purificará de su flujo delante de Jehová.

En estos versículos, se habla de los flujos anormales del órgano sexual masculino. Muchos comentaristas han sugerido que los síntomas que se describen pueden ser los de la gonorrea. Los que sufren de esa enfermedad de transmisión sexual tienen un flujo que

puede ser supurante o que se puede coagular y obstruir la uretra, produciendo así una condición muy grave. Sin embargo, los flujos que se describen aquí pueden ser también el resultado de una afección maligna.

La contaminación del hombre y sus consecuencias son el tema principal de estos versículos. Esta impureza es mucho más “infecciosa” que la que se relaciona con animales inmundos o con las enfermedades de la piel. En esos casos, sólo la persona que entraba en contacto con la fuente de la impureza se consideraba impura. Aquí, las personas y los objetos que entraban en contacto con la persona afectada, podían a su vez convertirse en fuentes secundarias de impureza. Por ejemplo, cualquier cama, asiento o silla de montar (objetos que naturalmente llegaban a estar en estrecho contacto con el órgano afectado) que fueran tocados por un hombre afectado se convertían en fuentes de impureza para cualquiera que llegara a tener contacto con ellos. La persona que los tocara tenía que lavarse y lavar sus ropas, y se consideraba impura hasta la noche.

El contacto directo con una persona impura también causaba contaminación. Si eso sucedía, la persona contaminada tenía que lavar sus vestidos, bañarse, y era considerada impura hasta la noche. Si no se lavaba las manos antes de tocar a alguna otra persona (ver versículo 11) le transmitía la impureza. Aun la saliva de una persona impura volvía impura a otra persona. Los recipientes que tocara también se convertían en impuros.

Aunque podría parecer que estas leyes hacían la vida muy difícil, la persona impura al menos podía permanecer en la casa. A diferencia de los afectados por graves enfermedades de la piel, no tenía que vivir fuera del campamento, ni tenía que pasar por un complicado proceso de purificación. Cuando se sanaba, sencillamente tenía que esperar siete días, lavar sus vestidos, bañarse con agua fresca, y después, el día siguiente, ofrecer un sacrificio relativamente barato.

16»Cuando el hombre tenga emisión de semen, lavará en agua todo su cuerpo, y quedará impuro hasta la noche.

17 Toda vestidura, o toda piel sobre la cual caiga la emisión del semen, se lavará con agua, y quedará inmundada hasta la noche.

18»Cuando un hombre duerma con una mujer y tenga emisión de semen, ambos se lavarán con agua, y quedarán impuros hasta la noche.

Un flujo masculino normal de corta duración también era causa de impureza. Una emisión de semen, durante una relación o involuntariamente durante el sueño, no requería purificación mediante un sacrificio especial. El hombre sólo tenía que bañarse todo el cuerpo y permanecía impuro hasta la noche. Lo mismo se aplicaba a cualquier prenda de vestir de tela o de cuero contaminado por la emisión. El efecto práctico de esta ley era que un hombre que estaba impuro por causa de un flujo semejante no podía participar en la adoración ni pelear en una batalla. Eso nos ayuda a entender un incidente que se registra en 1 Samuel 21. Los hombres de David tenían necesidad de comida, así que David le pidió comida a un sacerdote de nombre Ahimelec. El único pan disponible era el pan considerado sagrado porque había estado en el Tabernáculo. Se decidió que les estaba permitido a los hombres de David comer de ese pan porque para ir a la guerra, como ellos iban, se habían guardado de sus esposas. Por lo tanto, ellos estaban en una condición ceremonial limpia y podían comer el pan del Tabernáculo.

Flujos femeninos que causan impureza

19»Cuando la mujer tenga flujo de sangre y su flujo esté en su cuerpo, siete días permanecerá apartada. Cualquiera que la toque quedará impuro hasta la noche. 20 Todo aquello sobre lo que ella se acueste mientras permanezca separada,

será inmundo. También todo aquello sobre lo que se siente, será inmundo. ²¹ Cualquiera que toque su cama lavará sus vestidos y, después de lavarse con agua, quedará impuro hasta la noche. ²² También cualquiera que toque cualquier mueble sobre el que ella se haya sentado, lavará sus vestidos; se lavará luego a sí mismo con agua, y quedará impuro hasta la noche. ²³ El que toque lo que esté sobre la cama o sobre la silla en que ella se haya sentado, quedará impuro hasta la noche. ²⁴ Si alguno duerme con ella, y su menstruado cae sobre él, quedará impuro durante siete días; y toda cama sobre la que duerma, será inmundada.

Los flujos de corta duración de las mujeres se tratan antes que los flujos de larga duración, de tal manera que toda la sección forma un complemento perfecto de la discusión de los flujos masculinos.

Una mujer era impura durante los siete días de su período mensual tal como lo era un hombre que sufría de flujos de larga duración. Cualquiera que la tocara quedaba impuro y tenía que bañarse y lavar sus vestidos. Además, cualquier cosa sobre la cual la mujer se acostara o se sentara se convertía en una fuente de contaminación para cualquiera que tocara esos objetos.

Si una mujer comenzaba a tener su período mientras que tenía relaciones sexuales con su esposo, él quedaba impuro junto con ella. Su impureza duraba siete días, y cualquier cosa sobre la que ella se acostara se convertía en una segunda fuente de impureza. Algunos ven un conflicto entre estas leyes y las que se encuentran en otras partes en Levítico. En Levítico 18:19, se prohíbe expresamente la relación sexual durante el período de la mujer. En el capítulo 20:18, el hombre que estuvo con una mujer durante el tiempo de su flujo menstrual y la misma mujer tenían que ser cortados del pueblo de Dios, es decir, iban a sufrir el castigo divino. No hay contradicción. En este capítulo se están discutiendo las leyes que tienen que ver con la impureza; el capítulo 18 trata

de las relaciones sexuales ilegales, y el capítulo 20 del castigo por varios pecados. Por lo tanto, el mismo tema se trata desde tres ángulos diferentes.

El flujo menstrual se consideraba causa de contaminación exactamente como un flujo masculino de larga duración, y por tanto, no eran necesarios sacrificios para expiarlo. Todo lo que se requería era un período de espera y la purificación con agua. Note que los procesos sexuales hacían impuras a las personas, pero eso no es lo mismo que decir que estos procesos en sí son pecaminosos.

²⁵»Cuando una mujer tenga flujo de sangre por muchos días fuera del tiempo de su menstruación, o cuando tenga flujo de sangre más allá de su menstruación, todo el tiempo de su flujo quedará impura como en los días de su menstruación. ²⁶Toda cama en que duerma mientras dura su flujo será como la cama de su menstruación, y todo mueble sobre que se siente será inmundo como la impureza de su menstruación. ²⁷Cualquiera que toque esas cosas será impuro y lavará sus vestidos, se lavará a sí mismo con agua, y quedará impuro hasta la noche.

²⁸»Cuando quede libre de su flujo, contará siete días, y después quedará limpia. ²⁹Al octavo día tomará consigo dos tórtolas o dos palominos y los llevará al sacerdote, a la puerta del Tabernáculo de reunión. ³⁰El sacerdote los ofrecerá, uno como sacrificio por el pecado y el otro como holocausto. Así el sacerdote la purificará delante de Jehová del flujo de su impureza.

Aquí se tratan los flujos femeninos de larga duración. Esos eran flujos diferentes del período normal de menstruación, como los que sufría la mujer que se acercó a Jesús por detrás y tocó el borde de su manto. Esa mujer había sufrido de hemorragia durante doce años, pero cuando tocó el manto de Jesús, la hemorragia se detuvo de inmediato (Lucas 8:43,44).

Puede haber muchas razones para la existencia de los flujos femeninos de larga duración. Tal vez el flujo menstrual se prolongó excesivamente; tal vez hubo un problema relacionado con el sistema de reproducción que resultó en un flujo de sangre no asociado con la menstruación. Cualquiera que fuera el problema, se consideraba como un flujo irregular y por lo tanto era tratado de forma similar a como se trataban los flujos de larga duración en los hombres. La mujer era impura durante el tiempo que duraba el flujo. Cualquier cosa que ella tocara, sobre la que se sentara, o sobre la que se acostara, también quedaba inmunda. Cuando cesaba el problema, ella tenía que esperar siete días y entonces ofrecía el menos costoso de los sacrificios, un ave para un holocausto y un ave para una ofrenda por el pecado.

³¹»Apartaréis de sus impurezas a los hijos de Israel, a fin de que no mueran a causa de sus impurezas, por haber contaminado mi Tabernáculo, que está en medio de ellos».

³²Esta es la ley para el que tiene flujo, para el que tiene emisión de semen y se vuelve impuro a causa de ello; ³³para la que padece su flujo menstrual, para el que tiene flujo, sea hombre o mujer, y para el hombre que duerma con una mujer impura.

Los que eran impuros no podían participar en la adoración a Dios en el Tabernáculo. Si lo hacían, podían sufrir la muerte por contaminar el lugar de habitación de Jehová. Eso no hubiera sorprendido a los israelitas. Cuando el Señor preparó al pueblo para su aparición en el monte de Sinaí, le dijo a Moisés que el pueblo se consagrara lavando sus vestidos y absteniéndose de relaciones sexuales. Dios dijo que, quienes dejaran de prepararse o quienes trataran de traspasar los límites establecidos al pie del monte, morirían (Éxodo 19). En Levítico 10, supimos lo que sucedió cuando los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, entraron en el Tabernáculo en una condición inadecuada.

Aunque algunas clases de impureza exigían sólo un tiempo de espera seguido por lavamiento, al pueblo de Dios se le advirtió muchas veces que no ignorara estos rituales. Quienes los ignoraran, “cargarían con su pecado” (17:16), serían “eliminados del pueblo” (19:8), y por causa de su pecado “morirían a causa de ello” (22:9). Todo esto nos ayuda a entender por qué la mujer a la que Jesús sanó de hemorragia “temiendo y temblando... vino y se postró delante de [Jesús]” (Marcos 5:33). Ella había estado en un estado de impureza. La ley le prohibía tocar a alguna persona o a alguna cosa, y las consecuencias por desobedecer esta ley eran severas.

Los comentaristas han sugerido varias razones por las cuales Jehová estableció leyes relacionadas con los procesos de reproducción. Algunas de las razones que se han sugerido son: la preocupación por la higiene; la idea de que el sexo estaba asociado con poderes demoníacos; para diferenciar a Israel de los cananeos; para demostrar que, desde la caída, la procreación da frutos que son por naturaleza pecaminosos y están sujetos a la maldición de la muerte. Levítico no responde la pregunta. Sin embargo, una cosa parece cierta: estas leyes con toda seguridad estimularon la moderación en el comportamiento sexual de la comunidad hebrea. Las relaciones sexuales hacían al pueblo impuro e inhábil para participar en la adoración. Por lo tanto, esas leyes excluían automáticamente la participación en los ritos cananeos de la fertilidad con su ritual de prostitución. Entre los cananeos, la prostitución y los ritos de la fertilidad estaban ligados estrechamente con la adoración. En contraste, entre los israelitas, cualquier cosa que sugiriera sexualidad o sensualidad estaba estrictamente prohibida en la adoración a Dios. Las leyes de Dios también servían para hacer que las prostitutas fueran socialmente proscritas en Israel.

Pudiera parecer que estas leyes le hacían muy difícil la vida a una mujer adulta en Israel. Durante una semana cada mes, durante el tiempo de su período, ella estaba en un estado de impureza. No

la podían tocar, tampoco ella podía tocar algo sin que esto se convirtiera en impuro. Sin embargo, en el antiguo Israel la menstruación era mucho más rara de lo que es hoy en día. Las razones eran que las mujeres normalmente se casaban poco después de la pubertad, y les daban seno a los bebés. Además, los hijos eran destetados cuando tenían dos o tres años, y las mujeres por lo general tenían una sucesión de embarazos por el deseo de tener familias grandes. Las mujeres que podrían ser más afectadas por las leyes respecto a la menstruación eran las jóvenes adolescentes solteras. Eso, sin duda, ayudó al propósito de hacer que cualquier joven temeroso de Dios fuera cauteloso del contacto físico con una muchacha, porque si iba a adorar en una condición impura, era objeto del juicio de Dios. Por lo tanto estas leyes pudieron haber sido el medio más efectivo de refrenar las pasiones juveniles.

El trato que Jesús le dio a la mujer que sufría de hemorragia es típico de su actitud hacia las leyes levíticas que regían la impureza en general. Después de que ella le confesó todo lo que había hecho, Jesús le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad” (Marcos 5:34). Jesús no la condenó por haberlo tocado. Él no dijo que ahora ella era objeto del juicio divino.

También vemos a Jesús tocando a otras personas cuya condición física las hacía impuras. Jesús “extendió la mano y lo tocó” a un hombre que sufría de lepra (Mateo 8:3). Él tomó de la mano a una niña que había muerto (Marcos 5:41). Él le permitió a una mujer pecadora no sólo que le secara los pies con su cabello sino que los besara cuando él se reclinó en la mesa (Lucas 6:38).

Los actos de Jesús inevitablemente lo ponían en conflicto con los fariseos, que aparentemente con base en Levítico 15:11, insistían en los lavamientos ceremoniales antes de cada comida. Jesús les dijo: “No lo que entra en la boca contamina al hombre; pero lo que sale de la boca, esto contamina al hombre” (Mateo 15:11). Con todo esto Jesús estaba demostrando que su venida

había dado el cumplimiento del Antiguo Testamento con sus ceremonias y rituales. Todos esos ritos eran sombras de las cosas que habían de venir.

Las leyes levíticas ayudaron a mantener la pureza sexual entre los israelitas. Una vida casta y decente es parte de la voluntad de Dios para su pueblo en cualquier momento de la historia del mundo. Nosotros, en el Nuevo Testamento, ya no tenemos que temer la contaminación y el juicio por quebrantar las leyes del Antiguo Testamento respecto a impureza en asuntos sexuales. Sin embargo, podemos aprender de estas leyes que se necesita mucho cuidado para evitar los pecados sexuales. Hasta un pensamiento lujurioso es un pecado grave. Jesús dijo: “Cualquiera que mira una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28). En un día y en una época en la que la sociedad defiende la libertad sexual, es necesario que escuchemos el repicar en nuestros oídos de las Palabras de Dios: “No cometerás adulterio” (Éxodo 20:14). Nuestros cuerpos, redimidos por la preciosa sangre de Cristo, nunca se deben utilizar para propósitos inmorales. El apóstol inspirado dice: “¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ninguna manera!” (1 Corintios 6:15) Además, debemos siempre atesorar, apreciar y mantener la institución divina del matrimonio, tan claramente salvaguardada por las leyes levíticas. El autor de la epístola a los Hebreos escribe: “Honroso sea en todos el matrimonio y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Hebreos 13:4).

A pesar de todos los medios para evitar la contaminación, todavía podían estar algunos que eran impuros sin saberlo. ¿Estaban esas personas automáticamente bajo el juicio de Dios? No, también se hicieron provisiones para ellos. Por lo que se hacía cada año en un día especial, todo Israel estaba completamente limpio ante Dios. Por esa y por otras razones, lo que viene a continuación prefigura hermosamente la salvación que tenemos en Cristo.

LEVÍTICO 16

El capítulo 16 es el punto culminante de Levítico. En el capítulo 10, aprendimos que los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, ofrecieron fuego extraño delante de Dios, y por eso salió fuego de la presencia del Señor y los consumió. El capítulo 16 trata de los diversos rituales que el sumo sacerdote tenía que realizar para evitar una suerte similar. Solamente el Día de la Expiación y solamente después de realizar ciertos ritos, podía el sumo sacerdote entrar en el lugar santísimo.

Los capítulos 11 a 15, se han concentrado en asuntos relacionados con la impureza causada por la comida, la muerte, los flujos corporales y por la enfermedad. Cualquier clase de impureza inhabilitaba a la persona para entrar en el Tabernáculo de reunión. Sin embargo, era posible que alguien fuera inmundo sin saberlo. Por lo tanto, el propósito del Día de la Expiación era purificar a los hijos de Israel de cualquiera y toda contaminación. Los rituales de rociar la sangre sobre el propiciatorio que estaba sobre el arca y de enviar la víctima expiatoria al desierto simbolizaban la única manera por la cual el pueblo se podía presentar ante la presencia de Dios. Sus pecados tenían que ser transferidos a otro. También era necesario el derramamiento de sangre para hacer expiación por sus pecados. La transferencia de los pecados a otro, el derramamiento de sangre para la expiación, ¡he aquí el meollo del evangelio!

16 Habló Jehová a Moisés después de la muerte de los dos hijos de Aarón, que murieron cuando se acercaron a la presencia de Jehová. ²Y Jehová dijo a Moisés: «Di a Aarón, tu hermano, que no entre en todo tiempo en el santuario detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el Arca, para que no muera, pues yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio.

Como en los capítulos 8 a 10, aquí las leyes relacionadas con los sacerdotes no les fueron reveladas directamente a los sacerdotes, ni tampoco a Aarón, sino a Moisés. Moisés fue el gran mediador entre Dios y el hombre. Como tal, él fue una prefiguración de nuestro Salvador.

Para que no le pasara a él lo que les había pasado a sus hijos, Aarón tenía que tener cuidado de no entrar en el Lugar Santísimo cuando a él le pareciera. Eso era un asunto muy grave. El arca del pacto (vea la ilustración 1 en la página 244) se mantenía detrás del velo que separaba el lugar santo del lugar santísimo, y Dios aparecía en una nube sobre el propiciatorio del arca del pacto.

Antes de que el Tabernáculo fuera construido, Dios había venido a su pueblo en el monte de Sinaí acompañado de truenos y relámpagos, una espesa nube, y un muy poderoso sonido de trompeta (Éxodo 19). Cuando se construyó el Tabernáculo, Dios apareció en el corazón del Tabernáculo escondido en una nube (Éxodo 24). Ahora Dios vivía en medio de su pueblo en una nube sobre el propiciatorio del arca del pacto. Todavía era necesario tener las mismas precauciones que fueron necesarias anteriormente porque Dios es santo. Ningún pecador puede estar en su presencia a menos que sus pecados estén cubiertos.

El propiciatorio se llamaba así porque era el lugar donde se hacía la propiciación (expiación) por el pueblo. La palabra que se utiliza en hebreo se refiere más bien a *cubrir* los pecados del pueblo. Vemos esto en la expresión hebrea *Yom Kipur* (Día de la Expiación) que es el nombre judío que se le da hoy en día a esa celebración.

³Aarón entrará en el santuario con esto: un becerro para la expiación y un carnero para el holocausto. ⁴Se vestirá con la túnica santa de lino, se pondrá los calzoncillos de lino, se ceñirá el cinto de lino y con la mitra de lino se cubrirá. Éstas son las santas vestiduras; con ellas se ha de vestir después de lavar su cuerpo con agua.

⁵ »De la congregación de los hijos de Israel tomará dos machos cabríos para la expiación y un carnero para el holocausto.

Era necesario hacer muchos preparativos antes de que comenzaran las ceremonias del Día de la Expiación. Se tenían que preparar para el sacrificio a nombre del sumo sacerdote un becerro para la ofrenda por el pecado, y un carnero para el holocausto. Se tenían que preparar para el sacrificio a nombre del pueblo dos machos cabríos para la ofrenda por el pecado y un carnero para el holocausto. Los detalles relacionados con la selección de estos animales se describen en los capítulos 1 y 4.

Al comienzo del Día de la Expiación, el sumo sacerdote no utilizaba las ropas establecidas para su oficio (vea la ilustración 3 en la página 246), sino una túnica sencilla de lino, ropa interior, cinto y mitra. Normalmente, las ropas del sumo sacerdote lo hacían lucir como un rey, porque utilizaba vestidos de colores brillantes con bordado intrincado de oro y plata. En el Día de la Expiación, el sacerdote parecía más bien un esclavo; sus sencillas ropas de lino eran aun menos adornadas que las que utilizaban los sacerdotes corrientes. Eso se debía a que el Día de la Expiación era un día de humillación y de oración, en el que el sumo sacerdote entraba en la misma presencia de Dios, y tenía que vestirse para la ocasión. Entre sus conciudadanos, el sumo sacerdote tenía gran dignidad como el mediador entre Dios y su pueblo, pero cuando estaba ante la presencia de Dios tenía que despojarse de toda gloria. La sencillez del vestido reflejaba la indignidad y humildad de él y de todo el pueblo que él representaba. El sacerdote se podía poner de nuevo sus ropas normales solamente después de que se había hecho la expiación (vea los versículos 23 y 24).

⁶ Aarón hará traer su becerro de la expiación, y hará la reconciliación por sí y por su casa. ⁷ Después tomará los dos machos cabríos y los presentará delante de Jehová, a la

puerta del Tabernáculo de reunión. ⁸ Luego echará suertes Aarón sobre los dos machos cabríos, una suerte por Jehová y otra suerte por Azazel. ⁹ Y hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual caiga la suerte por Jehová, y lo ofrecerá como expiación. ¹⁰ Pero el macho cabrío sobre el cual caiga la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante de Jehová para hacer la reconciliación sobre él y enviarlo al desierto para Azazel.

Aquí se describe el orden de los eventos en el Día de la Expiación. Primero, Aarón ofrecía el becerro como una ofrenda por el pecado, por él y por su casa. Después, Aarón echaba suertes para determinar cuál de los dos machos cabríos se iba a sacrificar como ofrenda por el pecado por el pueblo y cuál se iba a enviar al desierto llevando simbólicamente los pecados del pueblo.

Los detalles para echar las suertes no están registrados aquí, pero tal vez el procedimiento era similar al que se encontró en una fuente extra bíblica muy poco después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. De acuerdo con ese documento, se colocaban los dos machos cabríos delante del sumo sacerdote, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Se colocaban dos suertes dentro de una vasija, una marcada como “para Jehová” y la otra “para Azazel” (una palabra hebrea que vamos a considerar más adelante). El sumo sacerdote metía la mano en la vasija, tomaba una suerte en cada mano y las colocaba sobre las cabezas de los machos cabríos. De esa manera, quedaba claro para todos cuál macho cabrío se iba a utilizar para la ofrenda por el pecado y cuál como la víctima propiciatoria.

¹¹ »Hará traer Aarón el becerro destinado a su propia expiación, hará la reconciliación por sí y por su casa, y lo degollará como sacrificio de expiación. ¹² Después tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar que está delante de Jehová, y dos puñados del perfume aromático molido, y lo

llevará detrás del velo. ¹³ Pondrá el perfume sobre el fuego delante de Jehová, y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio que está sobre el Testimonio, para que no muera. ¹⁴ Tomará luego de la sangre del becerro y la rociará con su dedo en el lado oriental del propiciatorio, y delante del propiciatorio esparcirá con su dedo siete veces de aquella sangre. ¹⁵ Después degollará el macho cabrío como expiación por el pecado del pueblo, llevará la sangre detrás del velo adentro y hará con su sangre como hizo con la sangre del becerro: la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio. ¹⁶ Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados. De la misma manera hará también con el Tabernáculo de reunión, que está entre ellos en medio de sus impurezas.

¹⁷»Ningún hombre estará en el Tabernáculo de reunión cuando él entre a hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga. Cuando haya hecho expiación por sí mismo, por su casa y por toda la comunidad de Israel ¹⁸ saldrá hacia el altar que está delante de Jehová, y lo exiará: tomará de la sangre del becerro y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos alrededor del altar. ¹⁹ Esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces. Así lo limpiará y lo santificará de las impurezas de los hijos de Israel.

La ofrenda por el pecado del sumo sacerdote en el Día de la Expiación se asemeja a la ofrenda por el pecado que se describe en el capítulo 4. En ambos casos se sacrificaba un becerro, su sangre se rociaba siete veces (el número siete indica el ser completo), y las partes no utilizadas se quemaban fuera del campamento. Se diferencian en el lugar donde se rociaba la sangre. En la ofrenda por el pecado para la purificación sacerdotal que se describe en el capítulo cuatro, la sangre se rociaba fuera del velo, a la entrada del lugar santísimo, y sobre el altar del incienso fuera

del velo. Sin embargo, en el Día de la Expiación la sangre se llevaba dentro del lugar santísimo y se rociaba sobre el propiciatorio del arca del pacto (vea la ilustración 1 en la página 244).

Como ningún pecador puede estar en la presencia de Dios y vivir, el sumo sacerdote tenía que tomar ciertas precauciones. Tenía que tomar el incensario lleno de brasas de fuego del altar del holocausto en el atrio exterior, y colocar en el incensario un poco de incienso aromático mientras que estaba delante de Jehová en el lugar santísimo. El humo del incienso creaba como un tipo de pantalla para evitar que el sumo sacerdote mirara la presencia de Jehová. Tal vez esta era la ceremonia que David tenía en mente cuando escribió: “Suba mi oración delante de ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde” (Salmo 141:2).

El macho cabrío para la ofrenda por el pecado se sacrificaba por el pueblo y, como en el caso del becerro, su sangre se rociaba siete veces sobre y enfrente del propiciatorio. Al hacer esto, Aarón presumiblemente necesitaba volver a llevar incienso con él.

¿Por qué tenía el sumo sacerdote que hacer expiación por el lugar santísimo, por el Tabernáculo de reunión y por el altar? El versículo 19 da la respuesta: “Lo limpiará, y lo santificará de las impurezas de los hijos de Israel”. Durante todo el año, el Tabernáculo y el altar habían sido contaminados por los pecados traídos y confesados. Hasta los lugares y los instrumentos que se utilizaban para la expiación tenían que ser purificados de la impureza que se adhería a ellos debido a la presencia de pecadores. Después de la purificación, ya era posible que el santo Dios habitara en medio de un pueblo pecador.

La comunión con Dios se hace posible sólo cuando el hombre ha sido limpiado del pecado. Isaías era un hombre de labios inmundos, pero uno de los serafines voló hacia él con un carbón encendido en la mano y con él le tocó la boca diciendo: “He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado” (Isaías 6:7). David fue consciente de que necesitaba la purificación

antes de que pudiera estar en la presencia de Jehová. En el Salmo 24, él exclama: “¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón” (Salmo 24:3,4).

El sumo sacerdote era el único que podía entrar en el lugar santísimo. ¡Qué bella representación de Cristo, nuestro único Mediador con el Padre! En efecto, el escritor de la epístola a los Hebreos utiliza toda esta escena para describir la obra de Cristo en favor de nosotros: “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto Tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:11,12).

La sangre del becerro y del macho cabrío se utilizaba para purificar el altar del holocausto rociándola siete veces. Al utilizar la sangre de los dos animales, se mostraba que el altar tenía que ser purificado de la contaminación causada por los sacerdotes y por el pueblo.

²⁰»Cuando haya acabado de expiar el santuario, el Tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo. ²¹Pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados. Así los pondrá sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por medio de un hombre destinado para esto. ²²Aquel macho cabrío llevará sobre sí todas sus iniquidades a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto.

Tal vez el evento más dramático del Día de la Expiación ocurría a continuación. Aarón llevaba el macho cabrío escogido por suerte para ser la víctima propiciatoria. Ponía las dos manos

(no sólo una, como en el sacrificio corriente) sobre la cabeza del macho cabrío y confesaba los pecados de Israel, de esta manera los transfería simbólicamente al macho cabrío. Después, el macho cabrío fue llevado al desierto por el hombre asignado. No se menciona qué pasaba con el macho cabrío. Tal vez simplemente se llevaba a un lugar tan distante que nunca podía encontrar el camino de regreso al campamento; tal vez caía como presa de un animal salvaje. La Mishná (la primera parte de una obra judía que data de comienzos del siglo tercero d.C. y que contiene interpretaciones tradicionales orales de leyes de la Escritura) registra que el macho cabrío se mataba empujándolo hacia atrás sobre una colina escarpada.

Como se mencionó anteriormente, ese macho cabrío fue destinado para *Azazel*. Los comentaristas han sugerido muchos significados para esta rara palabra del hebreo. Algunos piensan que era el nombre del monte donde se mataba el macho cabrío; otros sugieren que la palabra se puede traducir como “destrucción completa”, queriendo decir que los pecados del Israel eran totalmente destruidos. Y otros suponen que es el nombre de un demonio, el origen del pecado del pueblo, que vivía en el desierto y a quien se le regresaban los pecados de Israel por medio de este macho cabrío. Independientemente de la definición exacta del término hebreo, no hay duda respecto al significado de la ceremonia. Los pecados de Israel se transferían simbólicamente al macho cabrío y después lo llevaban al desierto para nunca regresar.

²³ Después vendrá Aarón al Tabernáculo de reunión y se quitará las vestiduras de lino que había vestido para entrar en el santuario, y las pondrá allí. ²⁴ Lavará luego su cuerpo con agua allí mismo en el santuario y, después de ponerse sus vestidos, saldrá a ofrecer su holocausto y el holocausto del pueblo; hará la expiación por sí mismo y por el pueblo, ²⁵ y quemará en el altar la grasa del sacrificio por el pecado. ²⁶ El que haya llevado el macho cabrío a Azazel, lavará sus

vestidos, lavará también con agua su cuerpo y después entrará en el campamento.

²⁷»Después sacarán fuera del campamento el becerro y el macho cabrío inmolados por el pecado, cuya sangre fue llevada al santuario para hacer la expiación, y quemarán en el fuego su piel, su carne y su estiércol. ²⁸El que los queme lavará sus vestidos y lavará también su cuerpo con agua, y después podrá entrar en el campamento.

Para que el campamento y el Tabernáculo de reunión no fueran inmediatamente contaminados de nuevo, los participantes en las ceremonias del Día de la Expiación tenían que bañarse antes de reasumir sus actividades normales. Aarón, como sumo sacerdote, también tenía que quitarse las ropas especiales de lino que había utilizado para las ceremonias del día y ponerse los vestidos normales de sumo sacerdote. Después ofrecía un holocausto por él, y otro por el pueblo, y luego quemaba la gordura de la ofrenda por el pecado sobre el altar. De esta manera, los participantes en los rituales de este día, el más importante del calendario judío, daban evidencia de su total dedicación a Dios.

²⁹»Esto tendréis por estatuto perpetuo: En el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero que habita entre vosotros, ³⁰porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová. ³¹Día de reposo es para vosotros, y afligiréis vuestras almas. Es un estatuto perpetuo. ³²Hará la expiación el sacerdote que sea ungido y consagrado para ser sacerdote en lugar de su padre; se vestirá con las vestiduras de lino, las vestiduras sagradas, ³³y hará la expiación por el santuario santo y el Tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación.



La víctima propiciatoria

³⁴»Esto tendréis como estatuto perpetuo, para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel». Y Moisés lo hizo como Jehová le mandó.

Los servicios del sumo sacerdote en el Día de la Expiación no solamente eran por él mismo y por los otros sacerdotes y levitas, sino también por la nación en su totalidad (vea el versículo 17). Por eso se describen las responsabilidades del pueblo. Todos debían mostrar la autenticidad de su arrepentimiento por medio del ayuno, la oración, la meditación y el no trabajar ese día especial.

“En el mes séptimo, a los diez días del mes” corresponde aproximadamente al final de septiembre o al comienzo de octubre en nuestro calendario moderno.

Guardar el Día de la Expiación iba a ser un “estatuto perpetuo”. Esta expresión se repite tres veces (vea los versículos 29,31,34) para subrayar la importancia de la fiesta. La misma expresión se presenta en relación con la fiesta de la Pascua en Éxodo 12:14. Aun cuando no hay otras menciones sobre la celebración del Día de la Expiación en el Antiguo Testamento, se celebraba en los tiempos del Nuevo Testamento, como lo revela la epístola a los Hebreos.

Por ejemplo, Hebreos 9 relata que los sacerdotes entraban regularmente en el cuarto exterior del Tabernáculo para llevar a cabo su ministerio, pero que en el lugar santísimo “entra solo el sumo sacerdote una vez al año, llevando la sangre que ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo” (Hebreos 9:7). Este era el procedimiento que se exigía hasta la venida de Cristo. Todos los sacrificios y las ceremonias eran “ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas” (Hebreos 9:10).

Cristo, por su muerte en la cruz, cumplió lo que el Día de la Expiación prefiguraba. Cristo no entró en el lugar santísimo mediante la sangre de machos cabríos ni de becerros, sino que

entró una sola vez por todas mediante su propia sangre. La sangre de los machos cabríos y de los becerros hacía a los adoradores en el Día de la Expiación ceremonialmente limpios, pero la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado. Cristo no entró en un santuario hecho por manos de hombres, sino que entró al cielo para estar en la presencia de Dios por nosotros.

El libro de Hebreos muestra lo superior que es Cristo con respecto al sumo sacerdote del Antiguo Testamento. El sumo sacerdote, debido a que era un pecador, necesitaba ofrecer sacrificios por él mismo antes de que pudiera hacer expiación por el pueblo. Cristo es nuestro Sumo Sacerdote “Que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Hebreos 7:27).

En el momento de la muerte de Cristo, el velo del templo que separaba el lugar santo del lugar santísimo se rasgó en dos, indicando así que mediante Cristo todos los creyentes tienen el derecho de entrar en la misma presencia de Dios en cualquier momento. El escritor a los Hebreos dice: “Hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él abrió para nosotros a través del velo, esto es, de su carne. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10:19-22). Por lo tanto, para nosotros, los del Nuevo Testamento, ya no hay razón para guardar el Día de la Expiación. El Viernes Santo, Cristo, con su muerte, hizo la expiación por los pecados de todos los pueblos de todos los tiempos.

Un jefe de la iglesia post apostólica de nombre Bernabé (alrededor del año 200 d.C.) dio mucha importancia a la víctima propiciatoria como un tipo de Cristo, pero no hay nada en el Nuevo Testamento sobre el significado de la víctima propiciatoria.

Tenemos que ser cuidadosos de no decir más de lo que la Escritura dice.

Algunos cristianos consideran el Viernes Santo como el equivalente del Día de la Expiación, e insisten en aplicar lo que se exigía en ese día (que debía ser un día de reposo y aflicción) al Viernes Santo. De nuevo tenemos que ser cuidadosos en no ir más allá de lo que dicen las Escrituras. Hacer una ley de algo que Dios no ha mandado es lo que se conoce como legalismo.

Hasta este punto en nuestro estudio de Levítico, hemos aprendido cómo Israel debía acercarse a Dios. Los sacrificios de sangre expresaban y restablecían la relación del pacto entre Dios y su pueblo. Israel se acercaba a Dios mediante el sacerdocio y evitando contaminación. Finalmente, el gran Día de la Expiación purificaba al pueblo y al Tabernáculo de cualquier contaminación, de tal manera que el pueblo de Dios pudiera adorarlo rectamente.

La segunda mitad de Levítico va a explicar cómo el pueblo de Dios iba a demostrar su relación con Dios. Esto se iba a efectuar primero guardando ciertas leyes respecto a los animales para el sacrificio y la clase de alimentos que se podían comer.

PARTE II

CÓMO DEBÍA MOSTRAR ISRAEL SU RELACIÓN CON DIOS LEVÍTICO 17-27

Hay dos engaños que al diablo le gusta utilizar para descarriar a la gente. Una es que no importa lo que usted crea mientras que actúe correctamente. La otra es que no importa la manera como usted actúe, mientras que crea correctamente. ¡Ambas están equivocadas! La fe y las obras van juntas. “Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:26). Esta era una lección que el Señor quería que los hijos de Israel aprendieran bien.

Solamente las personas cuya impureza había sido quitada podían estar en comunión con Dios. El Día de la Expiación era el clímax de los ritos de expiación. Sin embargo, aunque la gente había sido asegurada de la expiación, también era necesario encontrar en su vida diaria evidencia de su compañerismo con Dios. El resto de Levítico, los capítulos 17 a 27, hace énfasis en la santidad de la vida, y por esa razón ha sido llamado el Código de Santidad.

Para el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, cada parte de la vida se debía considerar a la luz del pacto que él había hecho con ellos. De importancia primordial era la santidad personal. Esto se iba a ver claramente primero al no matar los animales domésticos fuera del Tabernáculo de reunión. Segundo, que no se debían ofrecer sacrificios fuera del Tabernáculo de reunión. Tercero, que no se debían a comer sangre. El capítulo 17 termina con las leyes sobre la caza de animales. Todas estas debían ser maneras como ellos exhibirían el estado de gracia en que vivían.

En este capítulo se dice poco sobre el papel de los sacerdotes, el cual fue tratado anteriormente. Ahora se hace énfasis en la respuesta del pueblo laico a la gracia de Dios.

LEVÍTICO 17

Prohibido comer sangre

17 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ² «Habla a Aarón, a sus hijos y a todos los hijos de Israel, y diles: Esto es lo que ha mandado Jehová:

³ »Cualquier hombre de la casa de Israel que degüelle un buey o un cordero o una cabra, en el campamento o fuera de él, ⁴ y no lo lleve a la puerta del Tabernáculo de reunión para presentarlo como ofrenda a Jehová delante del Tabernáculo de Jehová, será culpado de la sangre derramada. Tal hombre derramó sangre y será por tanto eliminado de su pueblo, ⁵ a fin de que los hijos de Israel traigan sus sacrificios, los que sacrifican en medio del campo, que los traigan al sacerdote, ante Jehová, a la puerta del Tabernáculo de reunión, y así ofrezcan sus sacrificios de paz a Jehová. ⁶ El sacerdote esparcirá la sangre sobre el altar de Jehová a la puerta del Tabernáculo de reunión, y quemará la grasa como olor grato a Jehová. ⁷ Y nunca más sacrificarán sus sacrificios a los demonios, tras los cuales se han prostituido. Tendrán esto por estatuto perpetuo para sus generaciones.

“Habló Jehová a Moisés.” Ya hemos escuchado estas palabras introductorias varias veces. Ellas nos recuerdan nuevamente que lo que sigue no es legislación humana. Esta era la voluntad de Dios para su pueblo.

Los animales que se utilizaban para el sacrificio en el Tabernáculo (becerros, ovejas o machos cabríos) no se podían matar en cualquier parte, sino sólo en el Tabernáculo. La razón para que fuera así es que si el pueblo iba a matar animales a campo abierto, podrían tener la tentación de ofrecerlos a “los demonios”, es decir, a los ídolos paganos que adoraban los pueblos que los rodeaban. Dios no tolera la infidelidad; un ídólatra de esos debía ser cortado del pueblo de Dios.

Después de la toma de Canaán, esta ley se modificó un poco debido a que el pueblo vivía a lo largo de todo el territorio, muchas veces lejos del Tabernáculo. Note lo que se dice sobre esto en el Deuteronomio: “Si está lejos de ti el lugar que Jehová, tu Dios, escoja para poner allí su nombre, podrás matar de las vacas y de las ovejas que Jehová te haya dado, como te he mandado yo, y comerás en tus ciudades todo lo que desees” (Deuteronomio 12:21).

⁸»Les dirás también: Cualquier hombre de la casa de Israel, o de los extranjeros que habitan entre vosotros, que ofrezca holocausto o sacrificio ⁹ y no lo traiga a la puerta del Tabernáculo de reunión para ofrecerlo a Jehová, tal hombre será igualmente eliminado de su pueblo.

No sólo los sacrificios de paz, sino los holocaustos, y también otros sacrificios, se debían hacer únicamente en el Tabernáculo de reunión. La razón para esto muy bien puede haber sido la misma que se dio anteriormente, es decir, para evitar que les ofrecieran sacrificios a los ídolos. Sin embargo tal vez fue también para preservar la adoración conjunta del pueblo de Dios.

Estas leyes fueron tan obligatorias para los extranjeros que vivían en Israel como para los israelitas nativos. A los extraños también se les exigía guardar el sábado y el Día de la Expiación. Ellos tenían que abstenerse de la adoración pagana y de la blasfemia. Si se negaban a acatar alguna de esas leyes, estarían sujetos a los mismos castigos que los israelitas nativos. En pocas palabras, los extranjeros tenían que conformarse a las leyes de la sociedad israelita debido a que nada en Israel podía denigrar la adoración al Dios verdadero.

¹⁰»Si cualquier hombre de la casa de Israel, o de los extranjeros que habitan entre ellos, come alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que coma sangre, y la eliminaré de su pueblo, ¹¹ porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el

altar por vuestras almas, pues la misma sangre es la que hace expiación por la persona.

¹²»Por tanto, he dicho a los hijos de Israel: “Ninguna persona de vosotros comerá sangre, ni el extranjero que habita entre vosotros comerá sangre”.

La tercera prohibición que se hace en este capítulo prohibió el consumo de la sangre de animales. A menos que a usted le encanta las morcillas, eso probablemente no le parece una norma difícil de guardar. Sin embargo, en los tiempos del Antiguo Testamento, los paganos muchas veces comían sangre como una parte de sus rituales de adoración, para recibir sus poderes vivificadores. Para el pueblo de Israel la tentación de unirse a ellos era real.

La ley en contra de comer sangre se remontaba a los tiempos de Noé. Dios le dijo a Noé: “Pero, carne con su vida, que es su sangre, no comeréis” (Génesis 9:4). Aun el espiritualmente débil rey Saúl era consciente de la seriedad de esta ley. Cuando, después de matar a los filisteos, los exhaustos soldados israelitas mataron y devoraron animales del botín con la sangre todavía en ellos Saúl dijo: “El pueblo está pecando porque come carne con su sangre” (1 Samuel 14:33). A los extranjeros también les estaba prohibido comer sangre. Cualquier persona que quebrantara esta ley cometía un grave pecado. Como ocurría en el caso de sacrificar animales fuera del Tabernáculo de reunión, la persona que comiera sangre era cortada de su pueblo.

¿Por qué era esto un asunto tan grave? ¿Qué diferencia existía si una persona comía o no sangre? Se dan dos razones. Estaba prohibido comer sangre, primero porque “la vida de la carne en la sangre está”. La sangre representa visiblemente el don de la vida que Dios les da a todas sus criaturas. Cuando un animal pierde su sangre, muere. Podemos decir que la sangre le da vida. Por lo tanto, obviamente un propósito de esta ley era inspirar el respeto por toda la vida, tanto humana como animal, como es evidente en la cercana asociación que se encuentra en Génesis 9:4-7 entre la santidad de vida humana y no comer sangre.

La segunda razón para la existencia de la ley contra el consumo de sangre era que el Señor había dado la vida de los animales para hacer expiación por su pueblo en los sacrificios de sangre. La sangre de los animales se debía considerar como el sustituto de la vida del hombre que estaba dedicado a Dios por el pecado del hombre. Y la sangre de los animales también prefiguraba la obra sustituta de Cristo en quien “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1:7).

¹³ Cualquier hombre de los hijos de Israel, o de los extranjeros que habitan entre ellos, que cace un animal o un ave que sea de comer, derramará su sangre y la cubrirá con tierra, ¹⁴ porque la vida de toda carne es su sangre. Por eso he dicho a los hijos de Israel: “No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre, y cualquiera que la coma será eliminado”.

¹⁵»Cualquier persona, tanto de los naturales como de los extranjeros, que coma de un animal muerto o despedazado por una fiera, lavará sus vestidos y se lavará a sí misma con agua, y será impura hasta la noche: entonces quedará limpia. ¹⁶ Y si no los lava ni lava su cuerpo, cargará con su pecado».

Las reglas anteriores han tenido que ver con animales que se ofrecían en sacrificio en el Tabernáculo de reunión. Esos animales no se podían sacrificar fuera del Tabernáculo de reunión ni se podía comer su sangre. ¿Pero qué hay con respecto a los animales salvajes? ¿Se podían matar solamente en el Tabernáculo de reunión? ¿Se podía comer su sangre? ¿Qué pasaba si se encontraba un animal salvaje muerto? ¿Se podía comer?

Los animales salvajes no se podían ofrecer en sacrificio. Por lo tanto, no importaba dónde se mataban. Sin embargo, cuando se mataba un animal salvaje se tenía que tener cuidado de que su sangre fuera derramada, porque era tan sacrílego comer esa sangre

como lo era comer la sangre de animales domésticos utilizados en sacrificios.

Era concebible que una persona no pudiera saber si la sangre de un animal encontrado muerto, había salido de la carne. Por lo tanto, comer la carne de un animal encontrado en esas condiciones podía hacer impura a la persona que la comiera. El estar en contacto con animales muertos era por supuesto contaminante en sí mismo. Para librarse de la contaminación, el hombre que hubiera comido carne de un animal en esas condiciones tenía que lavar sus vestidos, bañarse con agua y permanecer impuro hasta la noche.

Un pensamiento que prevalece en este capítulo es que el pueblo de Dios debía adorarlo exclusivamente a él. Sin embargo, la historia del pueblo de Dios pronto llegó a ser un largo recuento de cómo se apartaron del Señor y fueron a dioses falsos. En la tierra prometida, adoraron a los dioses de los cananeos. “Sacrificaron a los demonios, y no a Dios; a dioses que no habían conocido, a nuevos dioses venidos de cerca, que no habían temido vuestros padres” (Deuteronomio 32:17).

Muchos años después, San Pablo les advirtió a los corintios que no participaran en la adoración a ídolos paganos, porque eso implicaba la adoración a demonios. “Aquello que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿O provocaremos a celos al Señor? ¿Somos acaso más fuertes que él?” (1 Corintios 10:20-22).

¿A qué ídolos estamos tentados a adorar hoy? ¿El dinero? ¿El placer? ¿Los lujos? Hoy las tentaciones a la idolatría pueden ser más sutiles de lo que fueron para los israelitas, y sin embargo son igualmente reales. Muchas cosas pueden impedirle a una persona estar totalmente comprometida con Cristo. Las advertencias de Levítico todavía tienen vigencia.

La prohibición de comer sangre tuvo especial interés en la iglesia cristiana primitiva. El primer concilio general de la iglesia,

que se celebró en Jerusalén, trató sobre cómo se podía recibir a los gentiles en la iglesia cristiana. Algunos insistieron en que los gentiles tenían que llegar a ser cristianos por vía del judaísmo, que se les exigiera la circuncisión y otros ritos del Antiguo Testamento. Muy pronto llegaron a comprender que no era así. A cambio, el concilio decidió escribir una carta a los creyentes gentiles, en la que decían: “Que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; si os guardáis de estas cosas, bien haréis” (Hechos 15:29). La inmoralidad sexual es claramente un pecado contra Dios. ¿Pero por qué el concilio sugeriría abstenerse de las otras cosas? ¿Con la venida de Cristo no perdieron esas cosas su fuerza y su significado? Sí, lo perdieron. El concilio no estaba sugiriendo que esas leyes fueran exigidas permanentemente. La preocupación era evitar ofender la sensibilidad judía. Pablo habla sobre esto en su carta a los Romanos: “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo; pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es. Pero si por causa de la comida tu hermano es entristecido, ya no andas conforme al amor. No hagas que por causa de tu comida se pierda a aquel por quien Cristo murió” (Romanos 14:14,15).

Los Testigos de Jehová insisten en que la prohibición divina de comer sangre está vigente hasta el día de hoy. Su publicación oficial, *El Atalaya*, establece: “La abstinencia de sangre permanece como la norma para los que adoran a Jehová en santidad” (*El Atalaya*, Febrero 15, 1984, p. 28). Lo que pasaron por alto los Testigos de Jehová es que las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento fueron cumplidas en Cristo.

Al pueblo del pacto de Dios se le exigía la santidad personal de muy diversas maneras. Quizás podamos acomodarnos mejor con algunas de esas manera que con otras. Sin embargo, para nosotros, los que vivimos una época que se caracteriza por la licencia sexual y por perversiones de todo tipo y clase, el próximo capítulo tiene un mensaje poderoso.

LEVÍTICO 18

En tiempos antiguos, el libertinaje sexual y la perversión eran unos fenómenos desenfrenados entre los egipcios y los cananeos. Los hijos de Israel se sintieron tentados a vivir como sus vecinos. Sin embargo, el Señor, en este capítulo, le advierte muchas veces a su pueblo para que no sea como ellos. Al contrario, se debían distinguir por seguir costumbres sexuales que dieran evidencia de su especial relación de pacto con el Señor.

Los pecados sexuales eran también una tentación para Israel por otras razones. Jesús dijo: “Porque del corazón salen los malos pensamientos... los adulterios, las fornicaciones...” (Mateo 15:19). Los corazones de los hebreos no eran diferentes de los de las otras personas, y ellos tuvieron también una tentación especial durante el viaje de cuarenta años en el desierto. Varias familias o varios parientes (incluyendo los suegros viudos que no se volvían a casar) a menudo vivían muy juntos, y naturalmente las relaciones sexuales ilícitas se podían convertir en una tentación especial, dadas las condiciones de hacinamiento en que vivían muchas personas.

El capítulo abre con una exhortación para evitar los pecados sexuales de los paganos. Después sigue una lista de uniones sexuales incestuosas, varias desviaciones sexuales cananeas que se debían evitar, y finalmente la advertencia respecto a las consecuencias por desobedecer estas leyes.

Relaciones sexuales ilícitas

18 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Habla a los hijos de Israel y diles:

»Yo soy Jehová, vuestro Dios.

³»No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual habitasteis.

»No haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco, ni andaréis en sus estatutos.

⁴»Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis, andando en ellos. Yo, Jehová, vuestro Dios.

⁵»Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, porque el hombre que los cumpla, gracias a ellos vivirá. Yo, Jehová.

“Yo soy Jehová, vuestro Dios” es una frase que vamos a escuchar con mucha frecuencia mientras continuamos en el estudio de Levítico. Usted se puede acordar de que la ha escuchado antes. El Señor dijo cuando daba las leyes relacionadas con animales limpios e inmundos: “Yo soy Jehová, vuestro Dios. Vosotros, por tanto os santificaréis y seréis santos, porque yo soy santo” (Levítico 11:44). Israel, como pueblo de Dios, se esperaba que fuera santo como Dios. Con esta misma frase fue que Dios se identificó cuando le reveló a Moisés el significado de su nombre. “Yo soy Jehová. Yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, os libraré de su servidumbre y os redimiré con brazo extendido y con gran justicia. Os tomaré como mi pueblo y seré vuestro Dios. Así sabréis que yo soy Jehová, vuestro Dios, que os sacó de debajo de las pesadas tareas de Egipto” (Éxodo 6:6,7). Por lo tanto, esta frase era un recordatorio de lo que Dios había hecho por Israel, y cómo los había escogido para ser su pueblo especial.

Ellos tenían la obligación de vivir en conformidad al amor de Dios. Dios le dijo a Israel antes de darles los Diez Mandamientos: “Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:1,2). Dios esperaba que ellos guardaran su ley, no como una obligación formal, sino como una respuesta amorosa y de gratitud por su gracia.

El pueblo de Dios no debía vivir como los egipcios ni como los cananeos. La inmoralidad sexual de esos pueblos se encuentra registrada tanto en la Escritura como en otras partes. Por ejemplo, en el Egipto antiguo, el pecado de incesto no era raro. Dentro de la familia real de Egipto, los hermanos y las hermanas se casaban entre sí para mantener en la familia el poder de gobernar. Los

cananeos de la ciudad de Sodoma practicaban la homosexualidad. Recuerde que los hombres de esa ciudad querían que Lot sacara a los dos hombres (en realidad dos ángeles) que estaban de visita en su casa, diciendo: “Para que los conozcamos” (Génesis 19:5). Ese es el origen de la palabra “sodomía”. La bestialidad era practicada entre los egipcios y los cananeos. En efecto, el faraón Ramsés II pretendía ser el fruto del Dios egipcio Ptah, que tomó la forma de un macho cabrío. Los habitantes de la tierra de Canaán practicaban el sacrificio de niños. Sí, los egipcios y los cananeos fueron culpables de algunas costumbres pecaminosas horribles.

Jehová le dijo a su pueblo: “Ni andaréis en sus estatutos... Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis”. Para apreciar los versículos que siguen, es importante entender lo que dicen estas frases en el hebreo original. “Mis ordenanzas pondréis por obra” quiere decir que el Señor es como un juez que ha dado sentencia determinando acerca de lo que se puede y no se puede hacer. “Mis estatutos guardaréis” significa que la vida es como una caminata, como un viaje, y hay sólo un camino adecuado para tomar. La palabra que se traduce como “estatutos” significa que Dios ha establecido un límite que nadie puede traspasar. Él es el Señor, él toma las decisiones, y él ha decidido exactamente cómo debe vivir el pueblo.

El camino para encontrar una vida feliz y realizada es obedecer las leyes de Dios. Cuando un intérprete de la ley le preguntó a Jesús qué tenía que hacer para heredar la vida eterna, Jesús hizo que el hombre diera un resumen de la ley de Dios y después le dijo: “Haz esto, y vivirás” (Lucas 10:28). Jesús le estaba proclamando la ley a este hombre para que viera su pecaminosidad y su necesidad del Salvador. Además, Jesús también quiso que el hombre se diera cuenta de que el verdadero significado de la vida sólo puede encontrarse viviendo de acuerdo con la voluntad de Dios.

No me mal interpreten; la Biblia no dice que las buenas obras nos llevan al cielo. Algunos de los que se oponían al apóstol Pablo afirmaban que el guardar la ley le permitía al hombre tener una

correcta relación con Dios, pero Pablo les contestó diciendo: “Y que por la ley nadie se justifica ante Dios es evidente, porque: ‘el justo por la fe vivirá’” (Gálatas 3:11). La ley le fue dada al pueblo de Israel, no como un obstáculo que ellos tuvieran que superar para ser salvos, sino como una oportunidad para mostrar su amor y gratitud al Señor, quien les había dado el perdón y la salvación. El guardar la ley es el fruto de la justificación en lugar de ser el medio para la justificación.

⁶»Ningún hombre se llegue a parienta próxima alguna para descubrir su desnudez. Yo, Jehová.

⁷»La desnudez de tu padre, o la desnudez de tu madre, no descubrirás; tu madre es, no descubrirás su desnudez.

⁸»La desnudez de la mujer de tu padre no descubrirás; es la desnudez de tu padre.

⁹»No descubrirás la desnudez de tu hermana, hija de tu padre o hija de tu madre, nacida en casa o nacida fuera.

¹⁰»La desnudez de la hija de tu hijo, o de la hija de tu hija, su desnudez no descubrirás, pues es tu propia desnudez.

¹¹»No descubrirás la desnudez de la hija de la mujer de tu padre, engendrada de tu padre, que es tu hermana.

¹²»La desnudez de la hermana de tu padre no descubrirás; es parienta de tu padre.

¹³»La desnudez de la hermana de tu madre no descubrirás, porque parienta de tu madre es.

¹⁴»La desnudez del hermano de tu padre no descubrirás; no te acercarás a su mujer; es mujer del hermano de tu padre.

¹⁵»La desnudez de tu nuera no descubrirás; mujer es de tu hijo: no descubrirás su desnudez.

¹⁶»La desnudez de la mujer de tu hermano no descubrirás: es la desnudez de tu hermano.

¹⁷»La desnudez de la mujer y de su hija no descubrirás, ni tomarás la hija de su hijo, ni la hija de su hija para descubrir su desnudez; son parientas, es maldad.

¹⁸»No tomarás una mujer juntamente con su hermana, haciéndola su rival y descubriendo su desnudez mientras la primera viva.

Estos versículos enumeran varias uniones sexuales incestuosas que debía evitar el pueblo del pacto de Dios. La sección comienza con el principio general, que subraya las leyes específicas que siguen, e implica que el único lugar apropiado para la relación sexual es el matrimonio.

¿Pero con quién se podía casar un israelita? Dios prohibió el matrimonio con no israelitas. “No emparentarás con ellas... Porque apartará de mí a tu hijo, que serviría a dioses ajenos” (Deuteronomio 7:3,4). Se estimulaba el matrimonio dentro de una tribu y se permitía el matrimonio entre primos, pero estaba prohibido el matrimonio entre personas más cercanas. En otras palabras, un hombre no se podía casar con alguien con quien tuviera una relación de primer o segundo orden. Un ejemplo de relación de primer orden sería madre o hermana, una relación de segundo orden tía o nieta. Un hombre tampoco se podía casar con la esposa de un pariente de sangre cercano, después de la muerte de ese pariente. Por el matrimonio, esa persona llegaba a ser una parte integral de la familia, de la misma manera que eran los hijos nacidos en la familia. El matrimonio hacía que la mujer fuera no sólo una nuera, sino también una hija de los padres de su esposo. Fue eso lo que Noemí le dijo a su nuera Rut: “*Hija* mía, ¿no debo buscarte un hogar para que te vaya bien?” (Rut 3:1) A un hombre le estaba prohibido casarse con una hermana de plena sangre (“hija de tu padre,” versículo 9), una hermana media (“hija de tu madre”), o una hermanastra (“la hija de la mujer de tu padre” versículo 11). Los dos principios básicos en todas estas leyes de Levítico 18 son que un hombre no se debía casar con una mujer que fuera parienta de sangre cercana, o que hubiera llegado a ser una pariente cercana por medio del matrimonio con un pariente cercano de sangre.

La ley de Dios no permitía la bigamia ni la poligamia (versículo 18), a pesar de los muchos ejemplos de eso que se

dieron entre los patriarcas y otros héroes de la fe. Sin embargo, sí era permitido algo comparable a la ley del levirato (Deuteronomio 25:5 en adelante), si moría la esposa de un hombre.

¹⁹»Tampoco te acercarás a la mujer para descubrir su desnudez mientras esté con su impureza menstrual.

²⁰»Además, no tendrás acto carnal con la mujer de tu prójimo, contaminándote con ella.

²¹»No darás un hijo tuyo para ofrecerlo por fuego a Moloc; no profanarás así el nombre de tu Dios. Yo, Jehová.

²²»No te acostarás con varón como con mujer; es abominación.

²³»Con ningún animal tendrás ayuntamiento, haciéndote impuro con él, ni mujer alguna se pondrá delante de animal para ayuntarse con él; es perversión.

Las relaciones incestuosas estaban prohibidas. Además, otros pecados comunes entre los cananeos también estaban expresamente prohibidos. Dentro de ellos estaban incluidos: el adulterio, el sacrificio de niños, la homosexualidad y la bestialidad. Tener relaciones sexuales con una mujer durante el tiempo de su período mensual sólo hacía que el hombre quedara ceremonialmente impuro (vea Levítico 15:19 en adelante), pero los otros actos mencionados en esta sección eran ofensas morales.

En el monte de Sinaí Dios le dijo a Israel: “No cometerás adulterio” (Éxodo 20:14). Los que cometían adulterio eran condenados a muerte (vea Levítico 20:10 y Deuteronomio 22:22). La ley contra el adulterio no fue una de las leyes que perdió su significado con la venida de Cristo, sino que fue y es una ley moral a la cual todas las personas de todos los tiempos están obligadas. Jesús dijo: “Cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera” (Mateo 19:9). En Romanos 13, Pablo dice que evitar el adulterio es parte de la permanente deuda de amor a Dios que tienen todas las personas. En relación con esto, escribe: “Andemos como de día,

honestamente; no en orgías... no en lujurias y libertinaje” (Romanos 13:13).

El sacrificio de niños a Moloc, era un pecado porque no sólo era un acto de idolatría, sino también de asesinato. Se menciona en esta sección porque la satisfacción sexual bajo la apariencia de ritos de la fertilidad era una parte de la adoración a ese ídolo pagano. Moloc era un ídolo adorado por los fenicios y por sus parientes cartagineses. Los amonitas, que vivían frente a Canaán, al otro lado del río Jordán, también adoraban a Moloc, y fue especialmente con ellos con quienes los israelitas entraron en contacto.

Hay evidencia arqueológica del antiguo sitio de Cartago que revela que la estatua de Moloc era hueca, de tal manera que se podía encender fuego por dentro y la víctima que se sacrificaba se colocaba en los brazos extendidos del ídolo para que pudiera ser recibida en el fuego. En el Antiguo Testamento se condenan muchas veces las ofrendas a Moloc. Por ejemplo, Dios dice mediante su profeta Jeremías: “Y edificaron lugares altos... para hacer pasar por el fuego a sus hijos y sus hijas, en honor de Moloc, lo cual no les mandé. ¡Nunca pensé que cometieran tal abominación para hacer pecar a Judá!” (Jeremías 32:35). El castigo para cualquiera que hiciese sacrificios a Moloc era la muerte (Levítico 20:2).

Se dice que los que hacen sacrificios a Moloc *profanan* el nombre de Dios. Profanar significa hacer impuro a algo. Por ejemplo, por la impureza ceremonial, el sumo sacerdote profanaría el Tabernáculo. Una persona profanaría las ofrendas sagradas al comerlas. Una persona que no cumpliera las leyes relacionadas con el sábado profanaría ese día. El nombre de Dios era profanado cuando una persona lo utilizaba jurando en falso. La profanación siempre implicaba hacer impuro algo que es santo. En efecto, el nombre de Dios sería profanado al hacer sacrificios a Moloc, porque los israelitas le darían a Dios una mala reputación entre los gentiles. Los gentiles se asombrarían pensando qué clase de Dios exigiría un sacrificio tan horrible.

La homosexualidad es otro pecado condenado a lo largo de toda la Escritura. Antes se hizo mención de la “sodomía” de la gente donde vivía Lot y su familia. El castigo de Dios para esa perversa ciudad fue fuego y azufre del cielo. En Levítico 20, vamos a ver que entre los israelitas el castigo para la homosexualidad era la muerte.

En el Nuevo Testamento aprendemos que el mandamiento que prohíbe la actividad homosexual no era simplemente una ordenanza ceremonial para el pueblo de Israel. En el primer capítulo de su epístola a los Romanos, el apóstol Pablo dice: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres” (Romanos 1:18). La homosexualidad está incluida en esa injusticia. “Aun sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. Del mismo modo también los hombres, dejando la relación natural con la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío” (Romanos 1:26,27). Preocupado por la peligrosa indiferencia de los cristianos de Corinto hacia el pecado, Pablo les advirtió: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engaños: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales... heredarán el reino de Dios” (1 Corintios 6:9,10). Dios no dice nada con respecto a que la homosexualidad sea un estilo de vida alternativo como a algunos hoy en día les gustaría pensar. Por el contrario, Dios lo condena como un pecado que merece su ira y su castigo eternos.

En este capítulo, a la homosexualidad se la llama “abominación”. Esa es una palabra fuerte. La palabra hebrea que se traduce de esta manera viene de otra palabra hebrea que significa literalmente odiar o aborrecer. Dios aborrece la homosexualidad.

Tener relaciones sexuales con un animal (bestialidad) es un pecado que se condena con palabras fuertes aquí y en otros lugares en la Escritura. Una de las leyes que dio Dios muy poco después

de dar los Diez Mandamientos dice: “Cualquiera que cohabite con bestia, morirá” (Éxodo 22:19). El mismo castigo se exige en Levítico 20:15,16. Después de que los israelitas se habían establecido en la tierra de Canaán, una de las maldiciones que debía pronunciar el pueblo reunido en el monte Ebal fue: “Maldito el que se ayunte con cualquier bestia” (Deuteronomio 27:21).

La bestialidad está señalada como una “perversión”, literalmente una confusión. La bestialidad destruye los límites que Dios ha establecido entre los hombres y los animales.

²⁴»En ninguna de estas cosas os haréis impuros, pues en todas estas cosas se han corrompido las naciones que yo expulso de delante de vosotros, ²⁵y también la tierra fue contaminada. Pero yo visité su maldad, y la tierra vomitó a sus habitantes. ²⁶Guardad, pues, vosotros mis estatutos y mis ordenanzas, y no hagáis ninguna de estas abominaciones, ni el natural ni el extranjero que habita entre vosotros ²⁷(porque todas estas abominaciones hicieron los hombres de aquella tierra que fueron antes de vosotros, y la tierra fue contaminada), ²⁸no sea que la tierra os vomite por haberla contaminado, como vomitó a la nación que la habitó antes que vosotros. ²⁹Cualquiera que haga alguna de todas estas abominaciones, las personas que las hagan, serán eliminadas de su pueblo. ³⁰Guardad, pues, mi ordenanza, y no sigáis ninguna de estas costumbres abominables que practicaron antes de vosotros, para que no os contaminéis en ellas. Yo, Jehová, vuestro Dios».

A los que en Israel habían adoptado las costumbres paganas de los cananitas, les esperaban grandes peligros. Aunque ellos eran el pueblo del pacto de Dios, él los iba a castigar de la misma manera que había castigado a los cananeos antes de ellos. Se personifica a la tierra diciendo que se ha molestado tanto con el pueblo por cometer hechos desvergonzados, que los vomita.

En este capítulo es ciertamente evidente la ira de Dios contra el pecado. Debido a que Dios odia el pecado, sus palabras golpean con terror el corazón del pecador. ¿Pesa mucho sobre usted la culpa del pecado, tal vez uno de los pecados que se han mencionado en este capítulo? “Ten ánimo... tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2). “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Dios odia el pecado, pero ama al pecador por causa del sacrificio de Jesús por el pecado.

“Yo, Jehová, vuestro Dios.” La obediencia de Israel a todas estas leyes, iba a ser su amorosa respuesta a Jehová, el Dios del pacto a quien ellos le debían su liberación de Egipto, su continua comunión con Dios y la seguridad de la salvación del pecado, la muerte y el infierno. Para que los israelitas permanecieran en esta especial relación del pacto con Dios, necesitaban ser y seguir siendo una nación santa, separada de las naciones paganas que la rodeaban. Había muchas maneras adicionales (algunas de las cuales nos pueden parecer muy extrañas) mediante las cuales Israel iba a demostrar su calidad de apartada. Aprenderemos de ellas en el capítulo siguiente.

LEVÍTICO 19

Israel debía poner en evidencia su relación con Dios, mediante la santidad personal, en especial en asuntos de comportamiento sexual. Los dos capítulos siguientes hablan de la necesidad de la santidad en todos los otros aspectos de la vida. A primera vista puede ser difícil ver alguna concordancia o razón para esa disposición. Sin embargo, la estructura queda muy clara en el momento en que nos damos cuenta de que las palabras: “Yo, Jehová, vuestro Dios”, marcan el final de un pensamiento. En efecto, estas palabras son una clave para entender todo el libro de Levítico. Como Dios es el Señor misericordioso que rescata y redime a su pueblo, ellos debían dar evidencia de su gratitud viviendo santamente.

Leyes diversas

19 **Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Habla a toda la congregación de los hijos de Israel y diles:**
»Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios.

El Señor le había dicho antes a su pueblo: “Yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo” (11:45). Este requisito para la continua comunión de Israel con Dios se aplica en el presente capítulo a un gran número de situaciones, la mayoría de las cuales tienen que ver con la exigencia de amor hacia los demás. Dios ordena (versículo 18): “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, y el meollo del asunto es el corazón: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón” (versículo 17).

Además, la santidad también se debía simbolizar por la integridad física, y por lo tanto los sacerdotes y los animales para el sacrificio no podían tener defectos físicos. Las mezclas (tales como emparejar diferentes clases de animales) y las desfiguraciones corporales (tales como los tatuajes), también

estaban prohibidas porque se consideraba que eran incompatibles con la santidad.

³»Cada uno temerá a su madre y a su padre.

»Mis sábados guardaréis. Yo, Jehová, vuestro Dios.

En Éxodo 20:12 Dios mandó: “Honra a tu padre y a tu madre”. La vida santa comienza en el hogar, con el respeto de los hijos a los padres. La palabra hebrea que se traduce como “temer” en el versículo 3 es la misma palabra que usa en el versículo 14 “tendrás temor de tu Dios” y en el versículo 32 “de tu Dios tendrás temor”. Tiene la idea de un temor solemne que se hace evidente por la obediencia amorosa. Es la palabra que se traduce como “temor” en el familiar proverbio: “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Proverbios 1:7). Los padres son la autoridad de Dios en el hogar; cuando el hijo aprende a honrarlos y a respetarlos, de la misma manera aprende a honrar y a respetar a Dios. Es por esa razón que guardar el sábado está tan estrechamente relacionado con respetar a los padres. Como obedecer a los padres estaba primero entre las responsabilidades humanas, así mismo guardar el sábado estaba de primero entre las responsabilidades espirituales.

⁴»No os volveréis a los ídolos, ni haréis para vosotros dioses de fundición. Yo, Jehová, vuestro Dios.

En el monte de Sinaí Dios le dijo a su pueblo: “No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra” (Éxodo 2:3,4). El primer mandamiento prohíbe la idolatría utilizando términos totalmente inclusivos. Es comprensible que la ira de Jehová ardiera al rojo vivo contra los israelitas que adoraron el becerro de oro en el desierto. Los israelitas sentían una gran atracción hacia la idolatría para evitar que los pueblos vecinos se burlaran de ellos y pensarán

que eran una nación extraña. Sin embargo, la idolatría le negaba a Dios la adoración exclusiva que se debía a su nombre. La palabra del idioma hebreo que se traduce como “ídolos” significa literalmente “nadas” o “débiles”. Es un término de burla que declara que los supuestos dioses no existen y por lo tanto no tienen ningún poder.

⁵»Cuando ofrezcáis un sacrificio de ofrenda de paz a Jehová, ofrecedlo de tal manera que él os acepte. ⁶ Será comido el día que lo ofrezcáis, o al día siguiente; y lo que quede para el tercer día, será quemado en el fuego. ⁷ Si se come al tercer día, será abominación; no será aceptado, ⁸ y el que lo coma cargará con su delito, por cuanto profanó el santo de Jehová. La tal persona será eliminada de su pueblo.

⁹»Cuando siegues la mies de tu tierra, no segarás hasta el último rincón de ella ni espigarás tu tierra segada. ¹⁰ No rebuscarás tu viña ni recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás. Yo, Jehová, vuestro Dios.

Un análisis de los sacrificios de paz se encuentra en el capítulo 7. Las instrucciones que se dieron ahí fueron mucho más complicadas y complejas, porque estaban destinadas principalmente para los sacerdotes que necesitaban estar plenamente familiarizados con los puntos más profundos de la ley. En el presente capítulo, las palabras están dirigidas al israelita promedio, cuyas preocupaciones principales eran saber: ¿cuándo podría comer de el sacrificio de paz?, ¿qué tenía que hacer con los sobrantes?, y ¿qué pasaría si desobedecía las leyes?

Las viudas, los huérfanos y los extranjeros que vivían en la tierra eran personas que raramente tenían tierra propia y por lo tanto tenían que ganarse el pan de cada día trabajando con sus manos. El trabajo, por lo menos el suficiente para vivir, era comúnmente difícil de conseguir. Por lo tanto se dieron leyes

especiales para ayudar a proveer lo básico para la vida de esas personas. Los segadores no debían segar hasta el último rincón de sus campos, ni debían recoger las espigas que iban quedando atrás mientras segaban. Eso se dejaba para los pobres, a quienes se les permitía recoger espigas en los campos. Recuerde que Rut recogió espigas en el campo de Booz para sustentarse a sí misma y su suegra Noemí (Rut 2).

Los israelitas no tenían copias personales de la Escritura, como las que tenemos nosotros. En esa época, la Biblia se les leía en público. Cuando los israelitas escuchaban la siguiente sección seguramente no podían evitar notar la repetición de ciertas palabras y frases que conducían al gran clímax sobre amar al prójimo como a ellos mismos. Las palabras “Yo, Jehová” se repiten cuatro veces (versículos 12,14,16,18), para recordarles constantemente que debían dedicar su vida a quién los había redimido. La palabra “prójimo” se repite cuatro veces (versículos 13,15,16,17). Las palabras “tu pueblo” se repiten dos veces (versículos 16,18). Finalmente, el amor a Jehová, que se hace evidente por el amor a los demás, llega a su clímax con las palabras “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, en el versículo 18.

¹¹»No robaréis, no mentiréis ni os engañaréis el uno al otro.
¹²»No juraréis en falso por mi nombre, profanando así el nombre de tu Dios. Yo, Jehová.

La ley de Dios nos exige que amemos a nuestro prójimo. Los mandamientos séptimo y octavo: “No hurtarás. No dirás contra tu prójimo falso testimonio” (Éxodo 20:15,16) se citan primero. Después se cita, el *segundo* mandamiento: “No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano” (Éxodo 20:7). ¿Por qué este orden particular? ¿Y por qué se mencionan estos mandamientos relacionándolos entre sí? La razón es que una persona que engaña a otras pretendiendo falsamente ser el dueño de una cierta propiedad, será realmente culpable de robar esa propiedad, y el

engañoso podía ser tentado a jurar delante de Dios que estaba diciendo la verdad.

¹³»No oprimirás a tu prójimo ni le robarás.

»No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana siguiente.

¹⁴»No maldecirás al sordo, ni delante del ciego pondrás tropiezo, sino que tendrás temor de tu Dios. Yo, Jehová.

Estos versículos prohíben principalmente el maltrato a los que no tienen la capacidad para defenderse en la corte.

Un empleado esperaba recibir su pago en la tarde después de que había contribuido con un día de trabajo. (Recuerde la parábola de Jesús en Mateo 20 de los obreros en la viña.) La demora en el pago les podía causar un gran problema a un hombre pobre y a su familia que necesitaban el pago para comprar la comida del día.

Es repugnante el cuadro de alguien que sonrío afablemente mientras le dirige palabras ofensivas a una persona que no puede oír. Es igualmente despreciable, la acción de alguien que halle placer demente en poner un obstáculo en el camino de una persona ciega para hacerla tropezar y caer.

Sin embargo, una persona puede quebrantar estas prohibiciones en formas menos obvias que maldecir abiertamente o poner obstáculos. No ayudar a los sordos y a los ciegos, es en efecto maldecirlos (literalmente, tratarlos como insignificantes) y hacerlos tropezar. Con estas prohibiciones, vienen a la mente las palabras que le dijo Dios a Moisés en la zarza ardiente: “¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, Jehová?” (Éxodo 4:11). Dios espera amor y preocupación por el pueblo discapacitado que él ha creado.

¹⁵»No cometerás injusticia en los juicios, ni favoreciendo al pobre ni complaciendo al grande: con justicia juzgarás a tu prójimo.

16»No andarás chismeando entre tu pueblo.

»No atentarás contra la vida de tu prójimo. Yo, Jehová.

Estos versículos tratan sobre la importancia de hacer justicia en las cortes. A primera vista puede ser difícil ver la relación entre los versículos 15 y 16, pero eso es debido a que pensamos en los procedimientos judiciales modernos de hoy. En el antiguo Israel, los ancianos de la aldea servían como jueces cuando se presentaba una queja de una persona contra otra. Todos los jueces, demandantes y acusados probablemente se conocían bien unos a otros por el contacto diario en la comunidad. Los sentimientos personales respecto a los demás fácilmente podían afectar los procesos judiciales. Sin embargo, los ancianos no debían tener favoritismos. Ellos no debían perdonar fácilmente a ciertas personas, sólo porque eran importantes en la aldea. Los que eran llamados para testificar tenían que ser veraces. Ellos no debían difundir chismes o, por enemistad personal, acusar injustamente a una persona de tal manera que recibiera la pena de muerte.

17»No aborrecerás a tu hermano en tu corazón.

»Reprenderás a tu prójimo, para que no participes de su pecado.

18»No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, Jehová.

Era mejor resolver el asunto privadamente que llevar a una persona a la corte. Eso quería decir, sobre todo, que no dejaran que surgiera el odio en su corazón. El apóstol Juan escribió siglos después: “El que dice que está en la luz y odia a su hermano, está todavía en tinieblas” (1 Juan 2:9) y “Todo aquel que odia a su hermano es homicida y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él” (1 Juan 3:15). Purificar el corazón de odio es el primer paso vital. Y el siguiente paso es hablar del asunto

abiertamente con el prójimo. Salomón habla de los buenos resultados de hacer eso en Proverbios: “Corrige al sabio, y te amará” (Proverbios 9:8). En lugar de quedarnos callados, Jesús nos anima a reprender a un hermano que haya pecado. “Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo estando tú y él solos” (Mateo 18:15). El apóstol Pablo dice lo mismo: “Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre” (Gálatas 6:1). De esa manera, una persona evitará participar en la culpa del prójimo ofensor, por ejemplo, permitiendo que el odio y la furia lo lleven a una acción pecaminosa.

Después de la advertencia de no vengarse o guardar rencor, viene la declaración que resume todo el capítulo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Las palabras hebreas que se traducen como “amarás” y “prójimo”, significan hacer todo tipo de bien a todas las personas. Eso es obviamente lo que Jesús tenía en mente cuando citó estas palabras para resumir la segunda tabla de la Ley (Mateo 22:39).

¹⁹»Mis estatutos guardarás.

»No harás ayuntar tu ganado con animales de otra especie.

»Tu campo no sembrarás con mezcla de semillas.

»No te pondrás vestidos con mezcla de hilos.

Dios prohibió la procreación mezclando animales y las mezclas de semillas y de vestidos, etc. ¿Por qué? Sin duda, esto fue para que los israelitas recodaran que tenían que ser diferentes de las naciones. Ellos eran el pueblo escogido de Dios, del cual vendría el Mesías. Dios le había dicho a su pueblo cuáles eran los animales apropiados para el sacrificio y para comer, y había prohibido casarse con personas de naciones paganas. Además, los había instruido respecto a qué condiciones resultaban en impureza. Hoy tal vez nos parezcan muy extrañas algunas de esas leyes, como las de prohibir mezclas. Sin embargo, todas fueron

importantes para recordarle a Israel su papel singular como el pueblo escogido de Dios.

20»Si un hombre se acuesta con una sierva desposada con otro, que no ha sido rescatada ni ha recibido la libertad, ambos serán castigados, pero no morirán, por cuanto ella no es libre. 21 Él ofrecerá a Jehová, a la puerta del Tabernáculo de reunión, un carnero como expiación por su culpa. 22 Con el carnero de la expiación lo reconciliará el sacerdote delante de Jehová, por el pecado que cometió, y se le perdonará el pecado que ha cometido.

Las jóvenes esclavas comúnmente provenían de tierras extranjeras. Eso puede explicar por qué se trata este tema después de las leyes que se refieren a las mezclas. Los israelitas no se debían casar, es decir, que no se debían mezclar, con los paganos. Sin embargo, aquí no se está hablando del matrimonio, sino del adulterio. La mujer estaba comprometida con otro hombre, probablemente uno que no era israelita. Si ella hubiera sido una persona libre y una víctima involuntaria, el culpable hubiera sido condenado a muerte. Sin embargo, en este caso se imponía un castigo diferente, el hombre tenía que llevar un carnero como ofrenda por la culpa. Ese era un sacrificio costoso. También, la palabra hebrea que se utiliza para “castigados” en el versículo 20 se puede referir a los daños considerables que el hombre tenía que pagar al comprometido de la esclava.

23»Cuando entréis en la tierra y plantéis toda clase de árboles frutales, consideraréis como incircunciso lo primero de su fruto. Tres años os será como incircunciso: su fruto no se comerá. 24 Al cuarto año, todo su fruto será consagrado en alabanzas a Jehová. 25 Pero al quinto año comeréis de su fruto, para que os haga crecer su fruto. Yo, Jehová, vuestro Dios.

Al israelita se le exigía dedicar parte de toda su vida y de su trabajo al servicio del Señor. Un día de cada siete, el sábado, le pertenecía al Señor. Los primeros frutos de una cosecha, más el diez por ciento de todo lo que un hombre producía, le pertenecían al Señor. El mismo principio se aplicaba a los animales y a los hijos. El primogénito, fuera de hombre o de animal, tenía que ser apartado para el Señor. Todo eso era para recordarles a los israelitas, que todo es una bendición del Señor. El rey David oró una vez, diciendo: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (1 Crónicas 29:14).

Los frutos de un árbol recién plantado no se podían comer durante los primeros tres años. La cosecha del cuarto año, cuando el árbol frutal había alcanzado su plena capacidad, se debía dedicar a Dios como las primicias. Solamente después de eso la gente podía comer del fruto.

La fidelidad en dar a Dios las primicias sería recompensada con cosechas abundantes en los años siguientes. Años después, el sabio rey Salomón escribió: “Honra a Jehová con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos; entonces tus graneros estarán colmados con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto” (Proverbios 3:9,10).

²⁶»No comeréis cosa alguna con sangre.

»No seréis agoreros ni adivinos.

²⁷»No haréis tonsura en vuestras cabezas ni dañareis la punta de vuestra barba.

²⁸»No haréis incisiones en vuestro cuerpo por un muerto, ni imprimiréis en vosotros señal alguna. Yo, Jehová.

Estos versículos detallan ciertas costumbres y prácticas paganas que los israelitas debían evitar porque eran el pueblo especial de Dios. Recuerde la razón que se dio en el capítulo 17 para no comer sangre: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por

vuestras almas, pues la misma sangre es la que hace expiación por la persona” (17:11). La práctica fue prohibida aquí porque era también una costumbre pagana.

Las naciones que estaban alrededor de Israel utilizaban regularmente la adivinación y la hechicería, para predecir el futuro. Echaban suertes con saetas; consultaban a los ídolos; examinaban el hígado de ciertos animales (Ezequiel 21:21). Todo eso le estaba prohibido a Israel. Dios les hacía conocer su voluntad por medio de los profetas o mediante el Urim y el Tumim (8:8). Y si Dios no hablaba, el pueblo simplemente tenía que vivir de acuerdo con su voluntad como había sido revelada previamente.

Los ritos paganos de luto utilizaron disfraces y cambios de apariencia como una manera de alejar los espíritus de los muertos. A los hijos de Israel, Dios no les prohibió el duelo, así como tampoco prohibió costumbres como rasgarse las vestiduras o raparse la cabeza para expresar pesar (Job 1:20). Lo que les estaba prohibido era toda relación con lo pagano.

²⁹»No contaminarás a tu hija prostituyéndola, para que no se prostituya la tierra y se llene de maldad.

³⁰»Mis sábados guardaréis, y por mi santuario tendréis reverencia. Yo, Jehová.

En los tiempos antiguos, las prostitutas del templo estaban comúnmente asociadas con el paganismo. Se pensaba que la prostitución era una manera de implorar la bendición de las diosas de la fertilidad sobre la tierra, para que produjera abundantemente. De hecho, es a esa costumbre que el profeta Ezequiel se refiere cuando dice que “han fornicado con sus ídolos” (Ezequiel 23:37). Los hijos de Israel no debían tener nada que ver con esa iniquidad. En cambio, debían adorar a Dios guardando el sábado y reverenciando el Tabernáculo, el lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo.

³¹»No os volváis a los encantadores ni a los adivinos; no los consultéis, contaminándoos con ellos. Yo, Jehová, vuestro Dios.

Un adivino era el que pretendía tener la capacidad de hacer contacto con los muertos. El rey Saúl fue a donde una mujer que hacía ese oficio en Endor para que ella hiciera venir el espíritu del difunto profeta Samuel. En esa ocasión, la mujer dijo que veía dioses que subían de la tierra (1 Samuel 28:13). La costumbre corriente para pretender conjurar a los espíritus era cavar un hueco en la tierra y colocar en él ofrendas para estimular a los espíritus para que aparecieran.

Un encantador era la persona a la que se creía capaz de adivinar el futuro, por medio de la magia negra o por la comunicación con los espíritus de los muertos. Al pueblo de Dios le estaba prohibido tener algo que ver con encantadores o adivinos. En efecto, esas personas tenían que ser apedreadas hasta que murieran (20:27).

³²»Delante de las canas te levantarás y honrarás el rostro del anciano. De tu Dios tendrás temor. Yo, Jehová.

El respeto a los ancianos es la voluntad de Dios para el pueblo en cualquier época. El dejar de hacer esto puede tener consecuencias desastrosas. El profeta Isaías dice que una nación que no les dé la debida reverencia a los ancianos que haya en medio de ella, está al borde de la destrucción (Isaías 3).

³³»Cuando el extranjero habite con vosotros en vuestra tierra, no lo oprimiréis. ³⁴Como a uno de vosotros trataréis al extranjero que habite entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo, porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto. Yo, Jehová, vuestro Dios.

El amor al prójimo también debía incluir a los prójimos que eran extranjeros. En efecto, los israelitas debían haber sido especialmente sensibles en eso, porque que ellos una vez habían sido extranjeros en la tierra de Egipto.

³⁵»No cometáis injusticia en los juicios, en medidas de tierra, ni en peso ni en otra medida. ³⁶Balanzas justas, pesas justas y medidas justas tendréis. Yo soy Jehová, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto.

³⁷»Guardad, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas, y ponedlos por obra. Yo, Jehová».

El Señor dice claramente a lo largo de toda la Ley y los Profetas que aborrece la deshonestidad. Por ejemplo, por medio de su profeta Amós, condena a los que achican la medida, suben el precio y falsean con engaño la balanza (Amós 8:5).

La efa probablemente podía equivaler a unos 22 litros; y un hin, alrededor de 3,7 litros. Ambas medidas se utilizaban para medir líquidos.

Es muy interesante que el pensamiento central de este capítulo se encuentre en el centro del capítulo, en el versículo 18: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Estas palabras compendian todas las leyes que se encuentran aquí. Si una persona ama a su prójimo, no le robará, ni le mentará, ni lo engañará. Si el amor gobierna su corazón, no maldecirá a su prójimo, ni le retendrá el salario, ni lo difamará, ni se vengará, ni le guardará rencor.

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” debe ser el centro de la vida del creyente también hoy en día. Estas palabras de Levítico se encuentran muchas veces en el Nuevo Testamento. Jesús las citó en el Sermón del Monte (Mateo 5:43), cuando le habló al joven rico (Mateo 19:19), y en la respuesta a la pregunta del intérprete de la ley (Mateo 22:39). El apóstol Pablo las citó cuando habló respecto al deber permanente que tenemos de amarnos los unos a los otros (Romanos 13:9) y cuando hablaba sobre la libertad

cristiana (Gálatas 4:14). Santiago se refirió a estas palabras como “la Ley suprema” (Santiago 2:8).

Es obvio que el amor al prójimo todavía es parte de la voluntad de Dios para con nosotros. Sin embargo, podemos preguntarnos cuáles de las leyes más específicas que se mencionan en el capítulo 19 se aplican todavía. Por ejemplo, dejar espigas en los campos para los espigadores probablemente no ayude a muchas personas hoy en día. Sin embargo, el verdadero propósito de esta ley era ayudar a los pobres, y esa todavía es la voluntad de Dios. En efecto, cualquier cosa de este capítulo que sea parte de la ley moral, como se resume en los Diez Mandamientos, aún aplica a nosotros hoy.

El capítulo 20 continúa la discusión acerca de las leyes para la santidad en la sociedad que comenzaron en el capítulo anterior. La mayoría de los temas de este capítulo han sido mencionados anteriormente, pero ahora se hace énfasis en las consecuencias de desobedecer las leyes. Por lo tanto, el capítulo 20 complementa y refuerza lo que se ha enfatizado en los capítulos anteriores.

Castigos por el pecado

20 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Dirás asimismo a los hijos de Israel:

»Cualquier hombre de los hijos de Israel, o de los extranjeros que habitan en Israel, que ofrezca alguno de sus hijos a Moloc, de seguro morirá: el pueblo de la tierra lo apedreará. ³Yo pondré mi rostro contra tal hombre, y lo eliminaré de su pueblo, por cuanto dio uno de sus hijos a Moloc, contaminando mi santuario y profanando mi santo nombre. ⁴Si el pueblo de la tierra cierra sus ojos respecto de aquel hombre que dio uno de sus hijos a Moloc, para no matarlo, ⁵entonces yo pondré mi rostro contra aquel hombre y contra su familia, y lo apartaré de su pueblo, junto con todos los que como él se prostituyan tras Moloc.

El Señor había mandado anteriormente: “No darás un hijo tuyo para ofrecerlo por fuego a Moloc” (18:21). Ahora aprendemos que los que cometían esos graves pecados debían ser apedreados hasta que murieran.

La muerte por lapidación también fue ordenada para los blasfemos, los adivinos, los quebrantadores del sábado, los idólatras, los hijos desobedientes y los adúlteros. En otras palabras, fue para todos los que violaran la santa relación con Dios o pasaran por alto la santidad del matrimonio y de la familia. En

Deuteronomio 17:7, la lapidación se describe como una manera por la cual el pueblo podía “apartar el mal” de ellos. También tenía el propósito de mostrar lo muy grave que eran ciertos pecados de tal manera que los demás no fueran tentados a cometerlos (Deuteronomio 13:11). Todas las personas de la comunidad, no sólo los ancianos y los jueces, tenían que participar en la lapidación. Esto también ayudaba para enfatizar para todos los israelitas que ese pecado particular era extremadamente grave, no sólo a los ojos de Dios, sino también a los ojos de toda la comunidad religiosa hebrea.

Un adorador de Moloc no solamente era apedreado, sino que también era cortado del pueblo. Era excomulgado de la comunidad de creyentes y, si muriera en un estado de impenitencia, sería cortada de Dios eternamente.

Si alguien le hacía sacrificios a Moloc, pudo haber sido muy fácil para otros cerrar los ojos o mirar a otro lado, especialmente si el ofensor era un amigo o pariente cercano. No es fácil enfrentar a los seres amados con sus pecados. Sin embargo, Jehová insistió en que la lealtad a él y a su voluntad debía tener prioridad sobre los lazos familiares y la amistad. Si una persona se negara a hacerlo, también sería cortada del pueblo como resultado.

De los que sacrifican a Moloc se dice que se prostituían a ellos mismos con este ídolo pagano. En la Escritura, la infidelidad a Jehová se compara muchas veces con la infidelidad sexual.

6»La persona que preste atención a encantadores o adivinos, para prostituirse detrás de ellos, yo pondré mi rostro contra la tal persona, y la eliminaré de su pueblo.

El encantador y el adivino profanaban el santo nombre de Dios, tratando de descubrir lo que Dios ha reservado como exclusiva prerrogativa de su revelación. Por lo tanto, esas personas le roban a Dios el honor que es exclusivamente de él. Eso explica la severidad del castigo.

⁷»Santificaos, pues, y sed santos, porque yo, Jehová, soy vuestro Dios. ⁸Guardad mis estatutos y ponedlos por obra. Yo soy Jehová, el que os santifico.

El Señor, que es absolutamente sin pecado, quería que su pueblo también odiara y evitara el pecado. Ese pueblo tenía que ser en todas formas y en todos los tiempos un pueblo santo a su servicio. La voluntad de Dios para su pueblo no ha cambiado.

⁹»Todo hombre que maldiga a su padre o a su madre, de cierto morirá, pues a su padre o a su madre maldijo: su sangre caerá sobre él.

Probablemente la muerte por lapidación era el castigo para la persona que maldijera a su padre o a su madre. Maldecir es completamente lo contrario de honrar. La palabra hebrea que se traduce como honrar significa literalmente hacer importante o glorioso. La palabra hebrea que se traduce como maldecir significa exactamente lo opuesto, es decir, no dar importancia. Los padres son los representantes de Dios; maldecirlos es equivalente a blasfemar y por lo tanto merece la pena de muerte. La sangre del que cometía esa ofensa era sobre su propia cabeza. Conociendo las consecuencias y habiendo aun así quebrantado la ley, no podía oponerse al castigo.

¹⁰»Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos.

¹¹»Cualquiera que se acueste con la mujer de su padre, la desnudez de su padre descubrió; ambos han de ser muertos: su sangre caerá sobre ellos.

¹²»Si alguien duerme con su nuera, ambos han de morir; cometieron grave perversión: su sangre caerá sobre ellos.

¹³»Si alguien se acuesta con otro hombre como se hace con

una mujer, abominación hicieron; ambos han de ser muertos: sobre ellos caerá su sangre.

¹⁴»El que tome como esposas a una mujer y a la madre de ella, comete vileza. Tanto él como ellas serán quemados, para que no haya tal vileza entre vosotros.

¹⁵»Cualquiera que tenga cópula con una bestia, ha de ser muerto. También mataréis a la bestia.

¹⁶»Si una mujer se acerca a algún animal para ayuntarse con él, a la mujer y al animal matarás; morirán indefectiblemente: su sangre caerá sobre ellos.

Estos pecados se enumeraron en 18:6-23; aquí se establecen los castigos. Los crímenes que eran castigados con la muerte incluían: el adulterio, el incesto, la homosexualidad y la bestialidad. Se necesitaba una advertencia especial contra esta última perversión, en los tiempos antiguos, cuando los pueblos que había alrededor Israel no estigmatizaban a algo que también sus dioses cometían con impunidad.

¹⁷»Si alguno toma a su hermana, hija de su padre o hija de su madre, y ve su desnudez, y ella ve la suya, es cosa execrable; por tanto serán muertos a ojos de los hijos de su pueblo; descubrió la desnudez de su hermana: cargará con su pecado.

¹⁸»Cualquiera que duerma con una mujer durante su menstruación y descubra su desnudez, su fuente descubrió, y ella descubrió la fuente de su sangre; ambos serán eliminados de su pueblo.

¹⁹»La desnudez de la hermana de tu madre o de la hermana de tu padre, no descubrirás, porque al descubrir la desnudez de su parienta, cargarán con su pecado.

²⁰»Cualquiera que duerma con la mujer del hermano de su padre, la desnudez del hermano de su padre descubrió; cargarán con su pecado: morirán sin hijos.

²¹»El que tome la mujer de su hermano, comete impureza; la desnudez de su hermano descubrió: no tendrán hijos.

No se establecen castigos humanos para estos crímenes, sino que se promete castigo divino. Dios eliminará a un hombre, que cohabite con su hermana, o tenga relaciones sexuales con una mujer durante su menstruación. El hombre que tenga relaciones sexuales con una tía, que es pariente sanguínea, será responsable delante de Dios. El castigo de no tener hijos (una gran calamidad en los tiempos bíblicos), se le imponía a un hombre que cohabitara con una tía de la esposa o con una cuñada. El contexto lleva a la conclusión de que esto simplemente puede ser otra manera de decirles a esas personas que iban a morir a manos de Dios. Tal vez él los iba a matar antes de que pudiera nacer un niño concebido bajo esas inicuas circunstancias.

²²»Guardad, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas, y ponedlos por obra, no sea que os vomite la tierra en la cual yo os introduzco para que habitéis en ella. ²³No andéis en las prácticas de las naciones que yo expulsaré de delante de vosotros, porque ellos hicieron todas estas cosas, y fueron para mí abominables. ²⁴Pero a vosotros os he dicho: “Vosotros poseeréis la tierra de ellos, y yo os la daré para que la poseáis por heredad, tierra que fluye leche y miel.”

»Yo soy Jehová, vuestro Dios, que os he apartado de los demás pueblos. ²⁵Por tanto, vosotros haréis distinción entre animal limpio e inmundo, y entre ave inmunda y limpia. No contaminéis vuestras personas con los animales, ni con las aves, ni con nada que se arrastra sobre la tierra, los cuales os he apartado por inmundos. ²⁶Habéis, pues, de serme santos, porque yo, Jehová, soy santo, y os he apartado de entre los pueblos para que seáis míos.

Si el pueblo de Dios sucumbía ante las tentaciones de la vida en Canaán, la tierra los iba a expulsar violentamente, así como los cananeos mismos estaban próximos a ser expulsados por los israelitas invasores. Los hijos de Israel habían sido separados de las naciones para ser el especial pueblo del pacto de Dios, y Dios quería que la adoración y la vida de todos en su pueblo reflejaran eso.

La muerte no estaba ordenada por no distinguir apropiadamente entre animales limpios e impuros, pero si Israel iba a ser el pueblo santo de Dios, tenía que ser diferente de los cananeos en este aspecto.

También hoy el pueblo de Dios debe ser santo en su manera de vivir. Tiene Debe existir una diferencia clara e identificable entre ellos y la gente del mundo. San Pedro escribe: “Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pedro 1:14,15). Los pecados prevalecientes del mundo incrédulo no se deben encontrar entre aquellos que Dios ha llamado a ser santos. La Palabra de Dios nos exhorta: “Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y libertinaje, no en contiendas y envidia. Al contrario, vestíos del Señor Jesucristo y no satisfagáis los deseos de la carne” (Romanos 13:13,14).

27 »El hombre o la mujer que consulten espíritus de muertos o se entreguen a la adivinación, han de morir; serán apedreados, y su sangre caerá sobre ellos».

El decreto inicial contra el ocultismo no especificaba que el castigo para ese pecado también se aplicaba a practicantes femeninas. Ahora se establece eso claramente. Como los médiums y los adivinos no realzaban la santidad de Dios, sino que llevaban al pueblo a la superstición y lo ponían bajo el poder de Satanás, debían ser muertos por lapidación.

Consultar a adivinos o médiums, aunque puede ser muy popular en nuestros días, es tan contrario a la voluntad de Dios hoy como lo fue en los tiempos bíblicos. ¿Significa eso que debemos buscarlos para matarlos a piedra? No, esa fue una ley del Antiguo Testamento. Sin embargo, sigue siendo parte de la voluntad de Dios que los evitemos y que advirtamos de ese peligro.

Los hebreos tenían que dar evidencia de que eran el pueblo de Dios, y los creyentes de hoy deben hacer lo mismo. Además, se exigían normas especialmente altas a los que estaban en el ministerio público, como lo vamos a ver muy pronto.

LEVÍTICO 21

Los que hoy han sido llamados al ministerio público deben ser ejemplo de vida santa, no solamente porque los miembros de la iglesia lo esperan, sino porque Dios lo manda. En los siguientes dos capítulos de Levítico, vamos a aprender que esta también era la voluntad de Dios para los ministros públicos en el Antiguo Testamento.

Los capítulos anteriores se han ocupado de la santidad de los israelitas en general. Los capítulos 21 y 22 hablan sobre los altos niveles de santidad que se les exigían a los sacerdotes de Israel. Así como la nación de Israel debía estar separada de las naciones que la rodeaban, también dentro de la nación de Israel los sacerdotes debían apartarse para desempeñar las funciones de adoración. Como ellos eran intermediarios entre el pueblo y Dios, necesitaban ser consagrados a Dios con requisitos personales especiales. Por ejemplo, muchos de los defectos que impedían que los animales fueran ofrecidos en sacrificio también impedían que los sacerdotes ofrecieran sacrificios.

Primero se dan leyes para los sacerdotes corrientes.

Leyes para los sacerdotes

21 Jehová dijo a Moisés: «Habla a los sacerdotes, hijos de Aarón, y diles que no se contaminen por un muerto en sus pueblos, ² a no ser por un pariente cercano, por su madre o por su padre, o por su hijo o por su hermano, ³ o por su hermana virgen, a él cercana, la cual no haya tenido marido; por ella puede contaminarse. ⁴ No se contaminará como cualquier hombre de su pueblo, haciéndose impuro.

Estamos acostumbrados a que los clérigos tengan mucha participación en los funerales, pero en el caso de Israel no era así.

El contacto con cadáveres, excepto los de familiares cercanos, les estaba completamente prohibido a los sacerdotes.

En esta lista de personas, no se menciona a la esposa del sacerdote. Dado que ella era “una sola carne” con él, se daba por sentado que el sacerdote se contaminaría por ella. La hermana soltera de un sacerdote era contada entre los parientes, por la misma razón, debido a que ella aún no había tenido una relación matrimonial con un esposo. Por otro lado, al sacerdote no le era permitido contaminarse por causa de los parientes de su esposa.

⁵»No harán tonsura en su cabeza, ni raerán la punta de su barba, ni en su carne harán incisiones. ⁶Santos serán para su Dios, y no profanarán el nombre de su Dios, porque ofrecen las ofrendas quemadas para Jehová y el pan de su Dios; por tanto, serán santos.

Estaban prohibidas las costumbres cananeas de luto por los muertos, las cuales incluían disfraces y cambios de apariencia que tenían el propósito de alejar de forma mágica los espíritus de los que habían muerto. La desfiguración del cuerpo en cualquier forma como signo de pesar, no era compatible con la santidad que se le exigía al pueblo de Dios. Como esto era muy importante para los laicos, por consiguiente, para los sacerdotes era especialmente importante.

Los paganos creían que en verdad estaban alimentando a sus dioses por medio de los sacrificios. Aquí ese no es el significado; estas palabras son más bien una manera viva de expresar la santidad del trabajo del sacerdote. Los sacerdotes le llevaban las ofrendas a Dios el Señor, y por lo tanto tenían que tener mucho cuidado con su apariencia personal externa.

⁷»Con una mujer ramera o infame no se casarán, ni con una mujer repudiada por su marido, porque el sacerdote está consagrado a su Dios. ⁸ Por tanto, lo santificarás, pues el

pan de tu Dios ofrece; santo será para ti, porque santo soy yo, Jehová, el que os santifico.

Como los sacerdotes eran consagrados al Señor, sus esposas tenían que ser mujeres de buena fama y reputación. A los sacerdotes de Israel les estaba prohibido casarse con mujeres que hubieran sido prostitutas. Tampoco les estaba permitido casarse con divorciadas, porque la reputación de una mujer divorciada podía haber sido afectada por el divorcio, sin importar que tan inocente pudiera haber sido ella. Al sumo sacerdote también le era prohibido casarse con una viuda, como vamos a ver más adelante.

⁹»La hija del sacerdote, si comienza a prostituirse, a su padre deshonra; quemada será al fuego.

Así como la personalidad y la reputación de una esposa, se podían reflejar en el esposo, también sucedía con un hijo. La prostitución relacionada con la adoración a ídolos paganos era bastante común en los tiempos bíblicos. Comprensiblemente, si la hija de un sacerdote llegaba a participar en eso, se convertía en una terrible desgracia para su padre. Para demostrar la extrema gravedad de este pecado, el castigo era la condenación a morir en la hoguera.

La importancia de la buena reputación de los miembros de la familia de un ministro llamado no se debe perder en la iglesia de hoy. El apóstol Pablo dice respecto a un ministro público del Nuevo Testamento, que tenga “hijos creyentes, que no estén acusados de disolución ni de rebeldía” (Tito 1:6).

Al sumo sacerdote se le imponían condiciones aun más estrictas, como lo revelan los siguientes versículos.

¹⁰»El sumo sacerdote entre sus hermanos, sobre cuya cabeza fue derramado el aceite de la unción, y que fue consagrado para llevar las vestiduras, no descubrirá su cabeza ni rasgará sus vestidos ¹¹ ni entrará donde haya

alguna persona muerta; ni por su padre ni por su madre se contaminará. ¹² No saldrá del santuario ni profanará el santuario de su Dios, porque tiene sobre él la consagración del aceite de la unción de su Dios. Yo, Jehová.

Así como Israel debía estar apartado de las naciones, los sacerdotes debían estar separados de la gente común de Israel. De entre los sacerdotes, uno debía estar separado como sumo sacerdote. De la persona que estuviera en ese oficio, se demandaba aun más limpieza ceremonial.

El papel especial del sumo sacerdote como mediador entre Dios e Israel se simbolizaba por medio del ungimiento con aceite y de las vestiduras ceremoniales (vea Levítico 8). Al sumo sacerdote, por sus responsabilidades especiales, no se le permitía descubrir su cabeza ni rasgar sus vestidos, como era la costumbre normal para indicar el pesar. Al hacer eso, ciertamente anularía su consagración.

La dedicación del sumo sacerdote a Dios tenía que ser tan completa que no podía participar ni aun en la sepultura de sus parientes más cercanos. El versículo 12 no quiere decir que el sumo sacerdote tenía que vivir en el Tabernáculo, sino que sus responsabilidades tenían prioridad sobre cualquier cosa relacionada con su vida personal. Una vez uno de los discípulos de Jesús quiso sepultar a su padre antes de seguir al Señor, y Jesús le dijo: “Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mateo 8:22). ¿Significa eso que cometemos un error si vamos a los funerales de nuestros seres queridos? No, de ninguna manera. Más bien, la Palabra de Dios nos está recalcando la clase de dedicación que se exige al pueblo de Dios, especialmente a los que están en el ministerio público.

¹³»Tomará por esposa a una mujer virgen. ¹⁴No tomará viuda, ni repudiada, ni infame ni ramera, sino que tomará de su pueblo una virgen por mujer, ¹⁵ para que no profane su

descendencia entre su pueblo, porque yo, Jehová, soy el que los santifico».

Como en el caso de los otros sacerdotes, al sumo sacerdote no se le permitía casarse con una divorciada ni con una prostituta. Además, el sumo sacerdote no se podía casar con una viuda. Solamente era apropiada una virgen de Israel. La razón para eso era que cualquier otra mujer, que no fuera una virgen, podía haber tenido antes un hijo que no era del linaje sacerdotal y que, sin embargo, iba a estar en la línea para ser sumo sacerdote. Eso no podía ocurrir.

Estas leyes sobre el matrimonio para el sumo sacerdote nos recuerdan a Cristo, el sumo sacerdote perfecto, y su santa novia, la iglesia. Es exactamente en esos términos que Pablo describe la obra de nuestro Salvador: “Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (Efesios 5:25-27). Usted y yo y todos los creyentes en Cristo somos esa novia santa, santificada por su sangre derramada por nosotros en la cruz. En una visión de las bodas celestiales, Juan escuchó a una gran multitud que decía con voz tan fuerte como el estruendo de muchas aguas: “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido q de lino fino, limpio y resplandeciente” (Apocalipsis 19:7,8).

¹⁶ Jehová habló a Moisés y le dijo: ¹⁷ «Habla a Aarón y dile: Ninguno de tus descendientes que tenga algún defecto se acercará, a lo largo de las generaciones, para ofrecer el pan de su Dios. ¹⁸ Ningún hombre en el cual haya defecto se acercará: sea ciego o cojo, mutilado o deforme; ¹⁹ que tenga quebradura de pie o rotura de mano, ²⁰ que sea jorobado o enano, o tenga una nube en el ojo, o sarna o erupción o

testículo magullado. ²¹ Ningún hombre de la descendencia del sacerdote Aarón, en el cual haya defecto, se acercará para ofrecer las ofrendas quemadas para Jehová. Hay defecto en él; no se acercará a ofrecer el pan de su Dios. ²² Del pan de su Dios, de lo muy santo y de las cosas santificadas podrá comer. ²³ Pero no se acercará tras el velo, ni se acercará al altar, por cuanto hay defecto en él; para que no profane mi santuario, porque yo, Jehová, soy el que los santifico».

²⁴ Así habló Moisés a Aarón y a sus hijos, y a todos los hijos de Israel.

Los animales para el sacrificio tenían que ser libres de defectos. A las personas que ofrecían los animales en sacrificio, se les exigía la perfección física. Aunque un sacerdote con un defecto no podía ofrecer sacrificios, sí se le permitía comer de ellos.

Estos requisitos especiales de los sacerdotes prefiguraban a Jesús, el sumo sacerdote perfecto. Hebreos 7:26 dice: “Tal sumo sacerdote [Jesús] nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos”.

Todos los que creen en él han llegado a ser sacerdotes delante de Dios, por la venida del perfecto sumo sacerdote y por su sacrificio por el pecado. Eso no significa que aún tengamos que obedecer las leyes ceremoniales de Levítico, las cuales tuvieron cumplimiento en Cristo. Sin embargo, esto sí quiere decir que los sacerdotes del Nuevo Testamento tienen la obligación de anunciar “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” y de abstenerse “de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:9,11).

Esto se aplica especialmente a los llamados a ser ministros públicos de Cristo. Pablo les dijo a los ancianos de la congregación en Éfeso: “Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos” (Hechos 20:28). Pablo le enseñó a Timoteo que el obispo debe ser “irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador...” (1 Timoteo 3:2 en adelante).



Aarón

En el capítulo 21, aprendimos que los defectos físicos le impedían ser sacerdote a un descendiente de Aarón, aunque esa persona tenía derecho a participar de la comida sacerdotal. Los versículos siguientes indican en qué circunstancias los sacerdotes no podían participar de la comida sacerdotal.

22 **Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Di a Aarón y a sus hijos que se abstengan de las cosas santas que los hijos de Israel me han dedicado, para que no profanen mi santo nombre. Yo, Jehová.**

³»Diles que todo hombre de vuestra descendencia, en todas vuestras generaciones, que se acerque a las cosas sagradas que los hijos de Israel consagran a Jehová, estando impuro, será eliminado de mi presencia. Yo, Jehová.

⁴»Cualquier hombre de la descendencia de Aarón que sea leproso o padezca flujo, no comerá de las cosas sagradas hasta que esté limpio.

»El que toque cualquier cosa de cadáveres, o el hombre que haya tenido derramamiento de semen, ⁵ o el hombre que haya tocado cualquier reptil, por el cual haya quedado impuro, o a un hombre que le haya hecho impuro con cualquier impureza suya; ⁶ la persona que toque estas cosas será impura hasta la noche, y no comerá de las cosas sagradas antes que haya lavado su cuerpo con agua.

⁷ Cuando el sol se ponga, quedará limpio, y después podrá comer las cosas sagradas, pues es su alimento. ⁸ No comerá animal muerto ni despedazado por las fieras, pues se contaminaría con ello. Yo, Jehová.

⁹»Guarden, pues, mi ordenanza, no sea que carguen con algún pecado cuando la profanen, y mueran a causa de ello. Yo soy Jehová, que los santifico.

Si un descendiente de Aarón estaba impuro, tenía que apartarse de las ofrendas sacrificiales del pueblo, porque eran ofrendas santas dedicadas al Señor. La impureza podía ser el resultado de enfermedades infecciosas de la piel, de flujos corporales o de haber estado en contacto con un cadáver. La impureza duraba hasta la noche (o en el caso de una enfermedad de la piel, hasta estar nuevamente limpio) y después el sacerdote tenía que bañarse completamente antes de que pudiera ser considerado nuevamente ritualmente santo. Cualquier sacerdote que tomara descuidada o frívolamente sus responsabilidades en el santuario cuando estaba impuro, debía ser eliminado del pueblo de Dios como castigo.

¹⁰»Ningún extraño comerá de las cosas sagradas. Ni el huésped del sacerdote ni el jornalero comerán cosas sagradas.

¹¹»Pero cuando el sacerdote compre algún esclavo por dinero, este podrá comer de ellas, así como también el nacido en su casa podrá comer de su alimento.

¹²»La hija del sacerdote, si se casa con un hombre que no es sacerdote, no comerá de la ofrenda de las cosas sagradas.

¹³ Pero si la hija del sacerdote queda viuda o es repudiada, no tiene prole y ha regresado a la casa de su padre, podrá comer del alimento de su padre como en su juventud; pero ningún extraño comerá de él.

¹⁴»El que involuntariamente coma de cosa sagrada, la restituirá al sacerdote con la cosa sagrada y le añadirá una quinta parte. ¹⁵No profanarán, pues, las cosas santas de los hijos de Israel, las cuales apartan para Jehová, ¹⁶pues les harían cargar la iniquidad del pecado, por comer esas cosas santas. Yo, Jehová, soy el que los santifico».

Dado que los sacerdotes no tenían tierra propia, su única fuente de ingreso eran las partes de los sacrificios destinadas a ellos y también los diezmos del pueblo. Las familias de los sacerdotes

también se podían beneficiar de esos sacrificios y de esos diezmos. Nos podemos preguntar: ¿A quiénes se consideraba miembros de la familia de un sacerdote? Estos versículos lo explican. Por supuesto se les daba a los miembros de la familia inmediata del sacerdote, pero a ningún extraño le era permitido comer de las ofrendas sagradas, a menos que antes hubiera sido hecho parte de la familia del sacerdote. No era suficiente simplemente visitarlo o trabajar para él por un tiempo. Sin embargo, los esclavos residentes y sus hijos, sí contaban como miembros de la familia del sacerdote. Si la hija de un sacerdote se casaba con laico, era descalificada para comer de lo que les pertenecía a los sacerdotes, a menos que enviudara o se divorciara y, no teniendo hijos, regresara a la casa de su padre.

Ningún laico podía comer de la comida santa, porque lo que había sido dedicado a Dios era totalmente de Dios. Si un extraño comía accidentalmente comida sacerdotal, se le exigía reponer la comida más el veinte por ciento, como en el caso de la ofrenda por la culpa.

Sacrificios inaceptables

¹⁷También habló Jehová a Moisés y le dijo: ¹⁸«Habla a Aarón y a sus hijos, y a todos los hijos de Israel, y diles: Cualquier hombre de la casa de Israel, o de los extranjeros en Israel, que presente su ofrenda en pago de sus votos o como ofrenda voluntaria presentada en holocausto a Jehová, ¹⁹para que sea aceptado deberá ofrecer un macho sin defecto de entre el ganado vacuno, de entre los corderos o de entre las cabras. ²⁰Ninguna cosa en que haya defecto ofreceréis, pues no os será aceptado.

²¹»Asimismo, cuando alguno ofrezca un sacrificio en ofrenda de paz a Jehová para cumplir un voto, o como ofrenda voluntaria, sea de vacas o de ovejas, para que sea aceptado será sin defecto. ²²No ofreceréis a Jehová un

animal ciego, perniquebrado, mutilado, verrugoso, sarnoso o roñoso, ni de ellos pondréis ofrenda quemada sobre el altar de Jehová. ²³ Podrás ofrecer como ofrenda voluntaria un buey o un carnero que tenga de más o de menos, pero en pago de un voto no será aceptado. ²⁴ No ofreceréis a Jehová un animal con testículos heridos o magullados, rasgados o cortados, ni en vuestra tierra lo ofreceréis. ²⁵ Ni de mano de extranjeros tomarás estos animales para ofrecerlos como alimento de vuestro Dios, porque su corrupción está en ellos; hay en ellos defecto, no se os aceptarán».

En Levítico 21:17-23, aprendimos que los defectos físicos descalificaban a los sacerdotes del servicio en el santuario. Aquí aprendemos que defectos similares en los animales hacían que no se pudieran utilizar en los sacrificios. La santidad exigía integridad, tanto en los sacerdotes como en los animales, para el sacrificio.

La única excepción era la ofrenda voluntaria, pero aun en ese caso no se debía ofrecer un animal con defectos genéticos. Algunos intérpretes han entendido que el versículo 24 condena la castración en todos los tiempos. Es cierto que a los hombres castrados no se les permitía adorar en Israel (Deuteronomio 23:1), pero no podemos exigirles las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento a los creyentes del Nuevo Testamento. Hoy, la castración para hacer daño o para impedir las bendiciones de Dios mediante hijos a los casados, sería contraria a la voluntad de Dios. Sin embargo, es completamente posible que una enfermedad pueda hacer necesario ese procedimiento. Con seguridad, una persona en esas condiciones no puede ser acusada de pecado, ni se le puede impedir su participación en los servicios de adoración pública.

²⁶ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²⁷ «El becerro o el cordero o la cabra, cuando nazca, siete días estará mamando de su madre, pero desde el octavo día en adelante será

aceptado como ofrenda de sacrificio que se quema para Jehová.

²⁸»No degollaréis en un mismo día una vaca o una oveja junto con su cría.

²⁹»Cuando ofrezcáis un sacrificio de acción de gracias a Jehová, lo sacrificaréis de manera que sea aceptable. ³⁰En el mismo día se comerá; no dejaréis de él para otro día. Yo, Jehová.

Dos factores diferentes de los defectos físicos hacían a un animal inadecuado para el sacrificio. Primero, no se podía sacrificar un animal hasta que tuviera por lo menos ocho días. La razón para esa norma pudo ser que corresponder probablemente a la edad en la que el niño era recibido en la relación del pacto con Dios por la circuncisión. Segundo, una hembra no se podía sacrificar en el mismo día que su hijo. Esto era semejante a otras restricciones tales como la ley que prohibía tomar un ave con sus huevos (Deuteronomio 22:6,7), la ley que prohibía guisar un cabrito en la leche de su madre (Éxodo 23:19), y la ley que prohibía la destrucción perversa de árboles (Deuteronomio 20:19,20). Obviamente, a Dios le agrada la conservación y el uso racional de sus bendiciones.

El animal tenía que comerse el mismo día que era sacrificado. Recuerde las leyes respecto a esto en 7:15-18 y 19:5,6.

³¹»Guardad, pues, mis mandamientos, y cumplidlos. Yo, Jehová.

³²»No profanéis mi santo nombre, para que yo sea santificado en medio de los hijos de Israel. Yo soy Jehová, que os santifico, ³³y os saqué de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Yo, Jehová».

“Yo Jehová que os santifico.” Esta es la sexta vez en estos dos capítulos que hemos escuchado estas palabras. Los israelitas

debían recordar permanentemente que era Jehová, su Dios Salvador, quien los había hecho su propiedad, quien los había liberado de la esclavitud en Egipto, y quien los iba a liberar de Satanás, del pecado y de la muerte, por los méritos del Salvador que vendría. Recordando estas bendiciones, la obediencia a los mandamientos del Señor sería alegre y voluntaria. El recuerdo constante de la maravillosa gracia y misericordia de Dios en Cristo, nos motiva a hacer su voluntad alegremente.

Dios les había dado a los suyos un lugar para adorarlo, y también había creado el sacerdocio para guiarlos en la adoración. Pero, *¿cuándo* debían adorarlo? Eso también era importante. En efecto, el Señor le dio a su pueblo algunas instrucciones, específicas y detalladas, respecto de cuáles eran los momentos adecuados para la adoración.

Si le preguntaran a usted el nombre de las fiestas más importantes del año eclesiástico cristiano, ¿cuáles mencionaría? ¿La Navidad?, ¿La Pascua de resurrección?, ¿Tal vez el Pentecostés o el día de la ascensión? ¿Cómo describiría la celebración de esas fiestas? ¿Mencionaría la bella música y la hermosa decoración? Tal vez describiría los servicios especiales que se llevan a cabo en muchas iglesias. Los hebreos también tenían varias fiestas, pero esas fiestas eran muy diferentes de nuestras fiestas cristianas en muchos aspectos.

Dios les había dado el Tabernáculo, un lugar donde él se podía reunir con su pueblo. Les había dado sacerdotes para que intercedieran por ellos. En este capítulo, Dios especifica los tiempos para congregarse, es decir, para las fiestas del calendario religioso de los israelitas. Era un calendario primordialmente para el pueblo laico, porque el énfasis está, como vamos a ver, en las asambleas sagradas y los días de descanso, más que en los detalles relacionados con los animales que se debían ofrecer en sacrificio.

En los capítulos anteriores aprendimos que las palabras, “Yo Jehová”, servían para recordarle constantemente a Israel que hiciera la voluntad de Jehová. Esas palabras se presentan nuevamente en este capítulo y dividen claramente el material por la mitad. La primera mitad del capítulo (los versículos 1-22) habla de las fiestas de primavera; la segunda mitad (los versículos 23-43), de las fiestas de otoño. Estas mitades están a su vez subdivididas por las palabras: “Estatuto perpetuo es por vuestras edades en dondequiera que habitéis”. Notará estas palabras en el versículo 14 a continuación de las instrucciones sobre la fiesta de las primicias, en el versículo 21 después de las instrucciones sobre la fiesta de las semanas, en el versículo 31 después de las palabras sobre el Día de la Expiación, y en el versículo 41 después de los detalles sobre la fiesta de los tabernáculos.

23 **Habló Jehová a Moisés y le dijo: ² «Habla a los hijos de Israel y diles: Las fiestas solemnes de Jehová, las cuales proclamaréis como santas convocaciones, serán éstas:**

La palabra que se traduce como “fiestas solemnes”, literalmente “las reuniones”, es la forma plural de la palabra que se utiliza en la expresión “Tabernáculo de reunión”. Así como Dios fijó un lugar donde su pueblo se podía reunir con él, de la misma manera estableció ocasiones especiales para estas reuniones.

Del uso de la expresión “santas convocaciones”, en este capítulo y en otras partes, aprendemos que se refiere a reuniones nacionales para la adoración pública, que incluían la ofrenda de sacrificios. Este capítulo da detalles sobre esas fiestas o convocaciones anuales, pero primero se les iban a dar instrucciones a los israelitas respecto a la fiesta semanal, el sábado.

El sábado

³»Seis días se trabajará, pero el séptimo día será de descanso, santa convocación; ningún trabajo haréis. Es el día de descanso dedicado a Jehová dondequiera que habitéis.

Guardar el sábado era principalmente lo que la palabra hebrea significa, a saber, descanso. El sábado era un rompimiento de la rutina diaria de trabajo y actividad. Era un tiempo para recordar la manera misericordiosa como Dios les había dado descanso a los israelitas de la esclavitud en Egipto y de todos sus enemigos. Además, era un tiempo para enseñarles sobre el descanso espiritual y eterno que les iba a dar el Mesías (Mateo 11:28,29).

Los días de descanso eran una parte integral de la adoración en el Antiguo Testamento. Todas las fiestas tenían días de descanso como parte de su celebración. Cada séptimo año era un año sabático, y después de cuarenta y nueve (siete veces siete) años era un año de jubileo, un año especial de descanso. El propósito

de esos frecuentes días de descanso era darles a los israelitas muchas oportunidades para pensar en lo que Dios había hecho por ellos.

Los hijos de Israel no podían hacer ningún trabajo el sábado. Ese descanso comprendía más que el de los días de descanso relacionadas con fiestas en las que sólo se prohibía el trabajo servil.

El carácter distintivo del día sábado era enfatizado con lo que se hacía ese día. Se sacrificaban dos corderos, mientras que en los otros días de la semana sólo se sacrificaba uno (Números 28:9,19). El sábado también era especial porque en ese día se presentaban a Dios una docena de tortas (24:5-9).

Siglos más tarde, cuando apareció la sinagoga, en el sábado se leía y estudiaba la ley. Y posteriormente los escribas inventaron otras maneras de guardar el sábado e impusieron esas cargas sobre el pueblo.

Algunos han sugerido que el domingo es la contraparte del Nuevo Testamento, al sábado del Antiguo Testamento. No lo es. La iglesia primitiva escogió el domingo como su día regular de adoración primeramente para conmemorar la resurrección de Cristo de entre los muertos. Dios no nos ha ordenado apartar el domingo ni ningún otro día de la semana como día de descanso y adoración. Tampoco nos ha impuesto restricciones similares a las del sábado del Antiguo Testamento. Debido a que Jesús, el Señor del sábado, ha cumplido todo lo que prefiguraba el sábado del Antiguo Testamento, el apóstol dice: “Nadie os critique en asuntos de... días de fiesta, luna nueva o sábados. Todo esto es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:16,17). Las leyes del Antiguo Testamento no se aplican al domingo, pero seguramente el domingo, y cualquier otro día que se acuerde en común para la adoración, hallará a los creyentes reunidos para la adoración y para escuchar la Palabra de Dios.

La pascua y los panes sin levadura

4»Éstas son las fiestas solemnes de Jehová, las reuniones santas que convocaréis en las fechas señaladas:

5»En el primer mes, el día catorce del mes, al atardecer, es la Pascua de Jehová.

6»A los quince días de este mes es la fiesta solemne de los Panes sin levadura en honor a Jehová; siete días comeréis panes sin levadura. 7 El primer día tendréis santa convocación; ningún trabajo de siervos haréis. 8 Durante siete días ofreceréis a Jehová ofrendas quemadas. El séptimo día será de santa convocación y ningún trabajo de siervo haréis».

La Pascua, junto con la fiesta de los panes sin levadura que duraba siete días, era la primera de las tres fiestas durante el curso del año, en las que se les exigía a todos los hombres de Israel que se presentaran delante de Jehová (Éxodo 23:14-17). Se celebraba el primer mes del año, Abib, (llamado posteriormente Nisán), correspondiente a nuestro marzo/abril (vea la ilustración 3 en la página 246). La Pascua era para celebrar la liberación de Israel de Egipto y recordaba que el ángel de la muerte, que hirió a los primogénitos de los egipcios, pasó de largo por las casas de los israelitas (Éxodo 12).

En su prisa por salir de Egipto, los israelitas no tuvieron tiempo para hornear pan leudado. El día siguiente a la Pascua era para recordar eso, y fue establecido como el comienzo de la fiesta de los panes sin levadura, que tenía una duración de siete días. Esta fiesta era un tiempo durante el cual le estaba prohibido al pueblo comer pan leudado. Los días primero y último, eran de descanso, en los que no se debía hacer trabajo *de siervo* (en el sábado corriente no se podían hacer ni siquiera las menores tareas hogareñas). También los días primero y séptimo, se hacía santa convocación. Cada día de la fiesta se ofrecían los sacrificios

apropiados (Números 28 y 29 describen el número y tipo de sacrificios exigidos cada día de la fiesta).

Lo que Jesús y sus discípulos comieron la noche que conocemos hoy como el Jueves Santo, fue la cena de la Pascua. Durante esa comida, Jesús, utilizando el pan sin levadura y el vino de la cena, instituyó el sacramento en el que nos ofrece su verdadero cuerpo y su verdadera sangre, dada y derramada en la cruz del Calvario.

En relación con la primera Pascua en Egipto, se untó la sangre de un cordero sin defecto en los dos postes y el dintel de las casas de los israelitas, para que el ángel de la muerte pasara de largo. Después, se asó por completo el cordero (no se quebró ninguno de sus huesos) y se comió con el pan sin levadura.

Cuando vieron que Jesús estaba muerto en la cruz, no le quebraron las piernas. El evangelista Juan enseña que, por esa razón, el cordero pascual prefiguraba a Cristo: “Estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: ‘No será quebrado hueso suyo’” (Juan 19:36, refiriéndose a Éxodo 12:46).

El apóstol Pablo se refiere a la fiesta de los panes sin levadura en relación con las instrucciones sobre cómo tratar al que era culpable del pecado de incesto en la congregación de Corinto. Él advierte que tolerar ese pecado tendrá efectos desastrosos sobre toda la congregación. Pablo dice, utilizando la levadura para simbolizar el pecado: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, como sois, sin levadura, porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:7,8).

Las primicias

⁹ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ¹⁰ «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os

doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla como primicia de los primeros frutos de vuestra siega. ¹¹ El sacerdote mecerá la gavilla delante de Jehová, para que seáis aceptados. El día siguiente al sábado la mecerá. ¹² Y el día que ofrezcáis la gavilla, sacrificaréis un cordero de un año, sin defecto, en holocausto a Jehová. ¹³ Su ofrenda será dos décimas de efa de flor de harina amasada con aceite, ofrenda que se quema con olor gratísimo para Jehová; y su libación será de vino, la cuarta parte de un hin. ¹⁴ No comeréis pan, ni grano tostado, ni espiga fresca, hasta este mismo día, hasta que hayáis ofrecido la ofrenda de vuestro Dios. Estatuto perpetuo os será por vuestras generaciones, dondequiera que habitéis.

Cuando los hijos de Israel llegaran a la tierra prometida, se iban a convertir en un pueblo agrícola. En ese tiempo se debería llevar y mecer delante de Jehová una gavilla del primer grano cosechado, como ofrenda de grano, reconociendo de ese modo que él es el único que le permite a la tierra dar las cosechas. Además, se debía llevar un holocausto y una libación. Aunque a la ofrenda de grano siempre la acompañaba una libación (Éxodo 29:38-42), para reconocer que todo lo necesario para la vida era dado por el Señor, esta es la primera vez que se menciona en Levítico.

Los escritores del Nuevo Testamento se refieren de varias maneras a la fiesta de las primicias. Pablo describe la fe que obra el Espíritu en los creyentes como una primicia que garantiza una cosecha futura: “Nosotros... que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8:23). Pablo se refiere a los patriarcas como las primicias de los judíos creyentes en su día: “Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas” (Romanos 11:16).

Pablo también describe a Cristo como las primicias de la resurrección de los muertos, diciendo: “Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que murieron es hecho” (1 Corintios 15:20). Santiago se refiere a los creyentes de su tiempo como las primicias de los que vendrán en el futuro, cuando dice: “[Dios], de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas”. (Santiago 1:18). Los santos que vio Juan en el cielo se describen como las primicias de los que siguen: “Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero” (Apocalipsis 14:4).

Fiesta de las semanas

¹⁵»Contaréis siete semanas cumplidas desde el día que sigue al sábado, desde el día en que ofrecisteis la gavilla de la ofrenda mecida. ¹⁶Hasta el día siguiente al séptimo sábado contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano a Jehová. ¹⁷De vuestras habitaciones llevaréis dos panes como ofrenda mecida, que serán de dos décimas de efa de flor de harina, cocidos con levadura, como primicias para Jehová. ¹⁸Junto con el pan ofreceréis siete corderos de un año, sin defecto, un becerro de la vacada y dos carneros: serán el holocausto para Jehová, además de su ofrenda y sus libaciones, ofrenda de olor grato que se quema a Jehová.

¹⁹»Ofreceréis además un macho cabrío como expiación, y dos corderos de un año en sacrificio de ofrenda de paz. ²⁰El sacerdote los presentará como ofrenda mecida delante de Jehová, con el pan de las primicias y los dos corderos; serán cosa consagrada a Jehová para el sacerdote.

²¹»En este mismo día convocaréis una reunión santa; ningún trabajo de siervos haréis. Estatuto perpetuo os será, dondequiera que habitéis, por vuestras generaciones.

²²»Cuando seguéis la mies de vuestra tierra, no segaréis

hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu siega; para el pobre y para el extranjero la dejarás. Yo, Jehová, vuestro Dios».

Cincuenta días después de la fiesta de las primicias, se debía celebrar una fiesta para señalar el final de la cosecha de granos. La Escritura se refiere a ella como la fiesta de las semanas (Éxodo 34:22) porque venía siete semanas completas después de la fiesta de las primicias. Su nombre en el Nuevo Testamento es Pentecostés (Hechos 2:1), una palabra que significa en griego “quincuagésimo”. Fue en este día, cincuenta días después de la pascua de resurrección, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos.

La fiesta de las semanas era un día de descanso, en el que todos los hombres de Israel se tenían que presentar de nuevo delante del Señor, y se debían ofrecer los sacrificios apropiados. Se incluían tortas en las ofrendas (la única ocasión durante el año en que se hacía esto). Esta fiesta de la cosecha de primavera también era diferente de las otras fiestas porque se hacían mucho más sacrificios. Esta fiesta se celebraba justamente después de que se había recogido la cosecha de grano; el pueblo tenía mucho por qué estar agradecido. También debían demostrar la gratitud, al permitirles a los pobres y a los extranjeros que había en esa tierra, recoger los granos que dejaban los segadores en los bordes del campo. Recuerde que Rut pudo proveer para ella y para su suegra Noemí, espigando en el campo de Booz.

La segunda mitad del capítulo, se ocupa de las fiestas que caían en el séptimo mes del año, que más tarde se conoció con el nombre de Tishrei, y que corresponde a nuestro septiembre/octubre (vea la ilustración 3 en la página 246). Este séptimo mes era considerado santo, de la misma manera que se consideraba santo el séptimo día de la semana. Era la época de la cosecha de las frutas, a continuación del verano seco y caliente. Se recogían las uvas y las aceitunas, y los israelitas esperaban las lluvias de otoño

que generalmente comenzaban en octubre y duraban hasta marzo. Por lo tanto, el séptimo mes marcaba el final de un año agrícola y el comienzo de uno nuevo. Era un tiempo para hacer inventario tanto material como espiritual. Las fiestas de ese mes eran por lo tanto más solemnes que las de la primavera. Como evidencia de esto, note que en ese mes se guardaban cuatro días de descanso adicionales, incluyendo el Día de la Expiación.

Fiesta de las trompetas

²³ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²⁴ «Habla a los hijos de Israel y diles: El primer día del séptimo mes tendréis día de descanso, una conmemoración al son de trompetas y una santa convocación. ²⁵ Ningún trabajo de siervos haréis, y presentaréis una ofrenda quemada a Jehová».

La fiesta de las trompetas, así llamada porque se tocaban las trompetas para reunir al pueblo, anunciaban el séptimo mes. Después de que Israel regresó de la cautividad en Babilonia, parte de las actividades de esa festividad era la lectura pública de las Escrituras. El día se destacaba por la celebración y el regocijo, debido a que era el comienzo oficial del año civil judío. En alguna forma nos recuerda las celebraciones modernas de año nuevo, que comúnmente se caracterizan por fiestas alegres y ruidosas.

El Día de la Expiación

²⁶ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²⁷ «A los diez días de este séptimo mes será el Día de la Expiación; tendréis santa convocación, afligiréis vuestras almas y presentaréis una ofrenda quemada a Jehová. ²⁸ Ningún trabajo haréis en este día, pues es Día de la Expiación, para reconciliaros delante de Jehová, vuestro Dios. ²⁹ Toda persona que no ayune en este día, será eliminada de su pueblo. ³⁰ Y cualquier persona

que haga algún trabajo en este día, yo haré perecer a la tal persona en medio de su pueblo.

³¹»Así pues, ningún trabajo haréis. Estatuto perpetuo os será por vuestras generaciones, dondequiera que habitéis.

³²Día de descanso será para vosotros, y ayunaréis, comenzando el día nueve del mes en la tarde; de tarde a tarde guardaréis vuestro descanso».

La segunda fiesta grande del séptimo mes, que se celebraba el décimo día, era el Día de la Expiación. En el capítulo 16, se consideró este día desde el punto de vista de los sacerdotes; aquí se examinan los deberes del pueblo laico. Primeramente se les exigía a las personas que se negaran a sí mismas, ayunando. La persona que no lo hiciera debería ser eliminada del pueblo de Dios. También, cualquiera que trabajara este día sería destruido por el Señor. Tal vez los castigos nos parezcan muy severos, pero así tenían que ser. Ese era un día solemne en el que el sumo sacerdote hacía expiación por los pecados cometidos durante todo el año anterior.

Fiesta de los tabernáculos

³³ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ³⁴«Habla a los hijos de Israel y diles: A los quince días de ese mes séptimo celebraréis durante siete días la fiesta solemne de los Tabernáculos en honor a Jehová. ³⁵El primer día habrá santa convocación; ningún trabajo de siervos haréis.

³⁶ Durante siete días presentaréis ofrenda quemada a Jehová. El octavo día tendréis santa convocación, y presentaréis ofrenda quemada a Jehová; es fiesta, ningún trabajo de siervos haréis.

³⁷»Éstas son las fiestas solemnes de Jehová, en las que convocaréis santas reuniones, para ofrecer ofrenda quemada a Jehová, holocausto y ofrenda, sacrificio y libaciones, cada cosa en su día, ³⁸ además de los sábados de Jehová, de

vuestros dones, de todos vuestros votos y de todas las ofrendas voluntarias que acostumbráis dar a Jehová.

³⁹»Pero a los quince días del séptimo mes, cuando hayáis recogido el fruto de la tierra, haréis fiesta a Jehová por siete días; el primer día será de descanso, y el octavo día será también día de descanso. ⁴⁰Tomaréis el primer día ramas con frutos de los mejores árboles, ramas de palmeras, ramas de árboles frondosos y sauces de los arroyos, y durante siete días os regocijaréis delante de Jehová, vuestro Dios. ⁴¹Le haréis fiesta a Jehová durante siete días cada año. Os será estatuto perpetuo por vuestras generaciones; en el séptimo mes la haréis. ⁴²En tabernáculos habitaréis siete días; todo natural de Israel habitará en tabernáculos, ⁴³para que sepan vuestros descendientes que en tabernáculos hice yo habitar a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo, Jehová, vuestro Dios».

⁴⁴Así habló Moisés a los hijos de Israel sobre las fiestas solemnes de Jehová.

Los israelitas pasaban de la solemnidad del Día de la Expiación, a la alegre fiesta de los tabernáculos, llamada así por el tipo de estructuras bajo los cuales iban a vivir durante la celebración, que duraba una semana. Estos “tabernáculos” o casetas construidas con ramas de árboles les iban a recordar a los israelitas su estancia en el desierto, cuando se estuvieron desplazando constantemente y no tuvieron casas permanentes donde vivir. Era una fiesta de acción de gracias por la guía y la protección de Dios en el desierto, y más tarde cuando estuvieran en la tierra prometida, por las cómodas casas y otras bendiciones de cada día. A veces es sólo cuando perdemos las bendiciones de cada día como casa (o comida, vestido, y salud), que verdaderamente comenzamos a apreciar lo que Dios nos da.

Leyes para vivir santamente; leyes para los sacerdotes; leyes para la adoración. Con tal abundancia de leyes y reglamentos, es fácil olvidar que el libro de Levítico está situado en un contexto

histórico. Sin embargo, un incidente que se narra en el capítulo siguiente es un testimonio sorprendente de que las leyes le fueron dadas al pueblo de Dios en un cierto tiempo y en un lugar específico.

Acabamos de aprender sobre las leyes que dio Dios para la celebración de las fiestas religiosas anuales. Y, por supuesto, la adoración era una actividad permanente en medio de los israelitas. Por lo tanto se incluyeron leyes sobre el lugar santo (vea la ilustración 1 en la página 244) para recordarle a los israelitas que a ellos se les exigía adorar a Dios apropiadamente, no sólo durante las fiestas sino en todo momento.

Aceite y pan en la presencia del Señor

24 **Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Manda a los hijos de Israel que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas machacadas, para hacer arder las lámparas continuamente. ³Fuera del velo del Testimonio, en el Tabernáculo de reunión, las dispondrá Aarón delante de Jehová desde la tarde hasta la mañana. Estatuto perpetuo os será por vuestras generaciones. ⁴Sobre el candelabro de oro puro dispondrá las lámparas, para que ardan siempre delante de Jehová.**

El lugar santo del Tabernáculo era oscuro, sin el candelero; no había ventanas en el Tabernáculo. Por lo tanto, el pueblo debía llevar al Tabernáculo aceite de olivas para que las lámparas del candelero (vea la ilustración 2 en la página 245) pudieran arder continuamente. Era responsabilidad diaria del sumo sacerdote llenar y arreglar esas lámparas, aunque las tareas eran compartidas con otros miembros del sacerdocio. El contexto implica que la llama continua de las lámparas le recordaba al pueblo de Israel que tenía que ser continuamente santo.

La llama perpetua de las lámparas nos recuerda que el cristiano debe dejar brillar la luz de la salvación de Cristo continuamente en su vida. Jesús dijo en el Sermón del Monte: “Así alumbre

vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). Pablo escribe a sus amigos en Éfeso: “En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (Efesios 5:8).

⁵»Tomarás flor de harina, y cocerás con ella doce tortas; cada torta será de dos décimas de efa. ⁶Y las pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa de oro puro delante de Jehová. ⁷Pondrás también sobre cada hilera incienso puro, y será para el pan como perfume, como ofrenda que se quema a Jehová. ⁸Cada sábado lo dispondrá sin falta delante de Jehová, en nombre de los hijos de Israel, como pacto perpetuo. ⁹Será, por derecho perpetuo, de Aarón y de sus hijos, los cuales lo comerán en lugar santo, porque es una cosa muy santa que les pertenece de las ofrendas que se queman a Jehová».

En el lugar santo se guardaban, además del candelero y del altar del incienso, los panes de la proposición (vea la ilustración 1 en la página 244). Los panes se colocaban sobre una pequeña mesa dorada (vea la ilustración 2 en la página 245). Sobre la mesa, junto a los panes, había varios platos pequeños. La mesa tenía un tamaño aproximado de 90 centímetros por 45 centímetros, por lo que las tortas grandes se tenían que colocar en dos montones de seis cada uno, o en fila, en dos hileras de seis cada una (la palabra hebrea puede tener el significado de hilera o montón). Las tortas aparentemente representaban las doce tribus de Israel. Si eso era así, sin duda el pan era puesto delante del Señor como una señal del pacto entre Dios e Israel. Se tenía que colocar incienso puro al lado del pan para representar el pan cuando posteriormente se quemara sobre el altar del holocausto. Las tortas se reemplazaban cada sábado. Las tortas se les daban a los sacerdotes, pero no las podían comer los miembros de la familia, y los sacerdotes podían comer el pan solamente en un lugar santo.

Jesús se refirió a esta sección de Levítico en una ocasión cuando contestó a las críticas de los fariseos. Él les había permitido a sus discípulos recoger y comer espigas en el día sábado. De acuerdo con la tradición de los fariseos, eso era lo mismo que cosechar, y por lo tanto era trabajar el sábado. Jesús les dijo a los fariseos que, cuando David tuvo hambre, fue a Ahimelec, sacerdote de Nob, y le pidió de los panes de la proposición, de los cuales después comieron él y sus hombres en sábado. El punto de Jesús fue que las leyes de los fariseos hacían perder todo el significado del sábado. Las leyes de Dios se dieron para el bienestar del hombre, y no para que el hombre se muriera de hambre simplemente porque era sábado.

Un blasfemo lapidado

¹⁰ En aquel tiempo, el hijo de una mujer israelita, pero de padre egipcio, salió entre los israelitas. Cuando el hijo de la israelita y un hombre de Israel riñeron en el campamento, ¹¹ el hijo de la mujer israelita blasfemó, y maldijo el Nombre. Entonces lo llevaron a Moisés (su madre se llamaba Selomit, hija de Dibri, de la tribu de Dan). ¹² Lo pusieron en la cárcel, hasta que les fuera declarado qué hacer por palabra de Jehová. ¹³ Y Jehová habló a Moisés, y le dijo: ¹⁴ «Saca al blasfemo fuera del campamento, y todos los que lo oyeron pongan sus manos sobre su cabeza, y apedréelo toda la congregación. ¹⁵ Y a los hijos de Israel hablarás así: Cualquiera que maldiga a su Dios cargará con su pecado. ¹⁶ El que blasfeme contra el nombre de Jehová ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará. Tanto el extranjero como el natural, si blasfema contra el Nombre, que muera.

¹⁷ »Asimismo el hombre que hiera de muerte a cualquier persona, sufrirá la muerte.

¹⁸ »El que hiera a algún animal habrá de restituirlo, animal por animal.

¹⁹»El que cause una lesión a su prójimo, según lo hizo, así le sea hecho: ²⁰rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente; según la lesión que le haya causado al otro, igual se hará con él.

²¹»El que hiera algún animal ha de restituirlo, pero el que hiera de muerte a un hombre, morirá.

²²»Un mismo estatuto tendréis para el extranjero y para el natural, porque yo soy Jehová, vuestro Dios.»

²³Entonces habló Moisés a los hijos de Israel, y ellos sacaron del campamento al blasfemo y lo apedrearon. Los hijos de Israel hicieron según Jehová había mandado a Moisés.

La naturaleza histórica de Levítico se revela por este incidente en el monte de Sinaí. El Señor le dio a su pueblo varias leyes de restitución debido a lo que había sucedido.

Un hombre, que era hijo de una mujer israelita y padre egipcio, riñó con un israelita. Durante la riña, el hombre blasfemó el nombre del Señor con una maldición. Como no había castigo específico para la blasfemia, el ofensor fue puesto en custodia hasta que se conociera la voluntad de Dios respecto al asunto. Cuando el Señor le habló a Moisés, le reveló que el castigo por esa blasfemia era la muerte por lapidación, fuera del campamento. Los que efectivamente habían oído la blasfemia debían poner las manos sobre la cabeza del hombre, tal vez para indicar que el castigo era correcto, pero tal vez también porque la blasfemia había traído culpa sobre quienes la oyeron, así como sobre el mismo blasfemo, y los oyentes tenían que liberarse de esa culpa transfiriéndola al blasfemo. Después, toda la congregación debía apedrear al ofensor, hasta que muriera.

Hay que aclarar un par de asuntos respecto de este incidente. Primero, el pecado que merecía la pena de muerte no era simplemente pronunciar el santo nombre de Yahveh, el Señor (así como creyeron comúnmente los judíos), sino que era pronunciar

el nombre de Jehová en una maldición. También hay que aclarar que no fue Moisés, ni ningún otro ser humano el que exigió la pena de muerte por ese pecado, sino que fue Dios mismo.

Los judíos en el tiempo de Jesús continuaron tomando muy en serio el castigo de Dios por el pecado de blasfemia. La razón por la que el Sanedrín encontró a Jesús digno de muerte fue que dijeron que él había blasfemado pretendiendo ser el Cristo, el Hijo de Dios (Mateo 26:65). También se dijo que Esteban, el primer mártir, era digno de muerte porque había blasfemado (Hechos 6:11).

El segundo mandamiento (Éxodo 20:7) prohíbe el pecado de pedir la maldición de Dios sobre alguien o pedirle a Dios que maldiga a alguien o a algo. ¡Sin embargo, con mucha frecuencia se quebranta este mandamiento de Dios! Sólo imagine lo que pasaría si todavía la gente fuera condenada a muerte por blasfemia. ¡Los gobiernos no serían capaces de construir suficientes cárceles para retener a todos los que estarían en turno para la ejecución! Puede que en las cortes humanas una persona ya no sea encontrada digna de muerte por ese pecado, pero las palabras de Dios siempre permanecen: “El alma que peque, ésa morirá” (Ezequiel 18:20). ¡El castigo por el pecado es la muerte eterna, también por el pecado de blasfemia!

Cuando Jehová le dijo a Moisés cual iba a ser el castigo por la blasfemia, también le dijo cómo se debían castigar otros pecados. En cada caso, el castigo estaba de acuerdo con el crimen. Como la vida humana es un don de Dios, sólo Dios puede tomar esa vida, y por lo tanto un asesino tenía que ser condenado a muerte. Sin embargo, si alguien mataba el animal de otra persona, debería perder un animal, es decir, que tenía que pagarse la compensación adecuada a la pérdida. ¿Significaba eso que alguien quien le hubiera causado la pérdida de un ojo a otra persona tenía que perder un ojo? No necesariamente. “Ojo por ojo” era más bien una fórmula que quería decir que se tenía que hacer el pago apropiado. Por ejemplo, si un esclavo perdía un ojo, se le daba la libertad.

También es importante notar que aquí se estaba definiendo la justicia pública. Al demandar la compensación, el pueblo no iba a tener disputas privadas.

En el Sermón del Monte, Jesús cita las palabras de Levítico 24 (Mateo 5:38), y después les dice a sus seguidores que vuelvan la otra mejilla cuando los ofendan. Si otra persona nos hiere, no tenemos el derecho o la responsabilidad de exigir compensación. En cambio, nosotros, como seguidores de Jesús, debemos perdonar y mostrar amor a los que nos hieren y nos ofenden. Dios no le da a ninguna persona el derecho de vengarse o desquitarse. El castigo por el crimen es sólo la responsabilidad de las instituciones del gobierno que Dios ha puesto sobre nosotros.

Dios estableció ciertos tiempos para que su pueblo lo adorara. Cada semana el pueblo tenía que guardar el sábado. Cada año, tenía que conmemorar ciertas fiestas. Pero eso no era todo; después de cierto número de años, también tenían que detenerse para adorar.

Parece que nos deleitamos cuando celebramos aniversarios. Los aniversarios de bodas de plata y de oro son acontecimientos importantes en la vida de las personas. Se consideran ocasiones significativas los aniversarios de veinticinco años, de cuarenta años y especialmente de los cincuenta años de trabajo de las personas en la iglesia. El aniversario de los cien años de una congregación o de un colegio es un evento muy emocionante. Aunque se tiene mucho cuidado para estar seguros de que Dios reciba toda la gloria en esas ocasiones, no siempre resulta de esa manera.

Dios le exigió a su pueblo del Antiguo Testamento que celebrara ciertos años glorificándolo a él por sus obras maravillosas. Cada séptimo y quincuagésimo año, eran eventos especiales en la vida del pueblo. Y es interesante observar que, debido a su naturaleza, era realmente difícil hacer que estas celebraciones no dieran gloria a Dios.

El año sabático

25 Jehová habló a Moisés en el monte de Sinaí y le dijo: ²«Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra guardará reposo para Jehová. ³Seis años sembrarás tu tierra, seis años podarás tu viña y recogerás sus frutos. ⁴Pero el séptimo año la tierra tendrá descanso, reposo para Jehová; no sembrarás tu tierra ni podarás tu viña. ⁵No segarás lo que de por sí nazca en tu tierra segada, y las uvas de tu viñedo no vendimiarás; año de reposo será para la tierra. ⁶Aun en descanso, la tierra te dará de comer a ti, a tu siervo, a tu sierva, a tu criado y al extranjero que habite contigo. ⁷También a tu animal y a la bestia que haya en tu tierra, servirán de alimento todos sus frutos.

Estas leyes que fueron dadas en el monte de Sinaí se proyectaban al tiempo en el que los israelitas iban a entrar en la tierra prometida. Cuando se establecieran allí, se le debía dar a la tierra un descanso sabático. Así como un hombre trabajaba seis días y descansaba cada séptimo día, de la misma manera la tierra iba a ser cultivada durante seis años y después se le permitiría estar sin cultivar durante el séptimo año. Durante ese año también los huertos y los viñedos, deberían permanecer sin cultivar.

El pueblo reconoció que dejar descansar la tierra durante un año era un regalo de Dios. En efecto, el año sabático destacaba el hecho de que Dios es el dador de todas las cosas. Aunque los israelitas podían ayudar en el proceso de crecimiento arando la tierra y plantando la semilla, era de Dios de quien venían todas las cosas. Por lo tanto, la tarea principal de los israelitas era glorificar a Dios, no concentrarse en acumular bienes materiales, o en una larga lista de logros impresionantes.

Esa es nuestra tarea principal. Una vez Jesús contó la historia de cierto hombre que tenía unas cosechas tan abundantes que decidió derribar sus graneros y edificar unos más grandes. Entonces se dijo: “Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate”. Pero esa misma noche, Dios le exigió su alma. Jesús terminó su parábola diciendo: “Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios” (Lucas 12:19-21).

El año del jubileo

⁸»Contarás siete semanas de años, siete veces siete años, de modo que los días de las siete semanas de años vendrán a sumar cuarenta y nueve años. ⁹Entonces harás tocar fuertemente la trompeta en el séptimo mes; el día diez del mes —el Día de la Expiación— haréis tocar la trompeta por toda vuestra tierra. ¹⁰Así santificaréis el año cincuenta y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus habitantes. Ese año os será de jubileo, y volveréis cada uno a vuestra

posesión, y cada cual volverá a su familia. ¹¹ El año cincuenta os será jubileo; no sembraréis, ni segaréis lo que nazca de por sí en la tierra, ni vendimiaréis sus viñedos, ¹² porque es el jubileo: santo será para vosotros. Del producto de la tierra comeréis.

Después de siete años sabáticos, el quincuagésimo año debía ser un año de jubileo. El término “jubileo” probablemente viene de la palabra hebrea para cuerno de carnero (*yobel*) que se utilizaba para anunciar el comienzo del año en el Día de la Expiación. De la misma manera que el año sabático, el año de jubileo debía ser santo al Señor, y en ese año no se debía cultivar la tierra. Lo llamaron “el año de la libertad” porque toda la tierra volvía a su dueño original, se dejaba en libertad a todos los esclavos.

El año del jubileo justo después de un año sabático significaba que la tierra quedaba sin cultivar durante dos años seguidos. Sin embargo, Dios prometió que la cosecha del sexto año sería tan bendita que produciría comida suficiente para los dos años.

El tema básico del año de jubileo era la libertad. En este año se les recordaba a los israelitas que habían sido esclavos en Egipto, y que Dios los había liberado con su omnipotente poder. Ellos eran libres, vivían en su propia tierra, que era un regalo de Dios.

Sin embargo, la libertad no era licencia. Ellos no tenían libertad para adorar a otros dioses. Tampoco eran libres para poner su corazón en lo que este mundo tiene para ofrecer. Sus corazones y mentes debían estar dedicados a Jehová, y debían reflejar especialmente el pacto, el solemne acuerdo, que Jehová había hecho con ellos.

Por medio del año de jubileo, Jehová reafirmaba claramente su propiedad de la tierra y hacía énfasis en la importancia de mantenerla santa. A su vez, las leyes del año del jubileo les recordaban a los israelitas que ellos debían confiar en el Dios que los había liberado. No tenemos certeza con respecto a si las leyes del año de jubileo se pusieron en práctica.

¹³»En este año de jubileo volveréis cada uno a vuestra posesión. ¹⁴ Cuando vendáis algo a vuestro prójimo o compréis de manos de vuestro prójimo, no engañe ninguno a su hermano. ¹⁵ Conforme al número de los años transcurridos después del jubileo comprarás de tu prójimo; conforme al número de los años de cosecha te venderá él a ti. ¹⁶ Cuanto mayor sea el número de los años, aumentarás el precio, y cuanto menor sea el número, disminuirás el precio, porque según el número de las cosechas te venderá él. ¹⁷»No engañe ninguno a su prójimo, sino temed a vuestro Dios, porque yo soy Jehová, vuestro Dios.

En el año del jubileo, se tenía que devolver la tierra a propietario original. Por esa razón, cuando los hijos de Israel llegaron a la tierra prometida, la tierra se distribuyó por tribus, y los que se establecieron en ella se consideraban a sí mismos como arrendatarios, en lugar de propietarios. Comprar propiedades realmente equivalía a tomarlas en arriendo hasta el próximo año de jubileo. Por lo tanto, el costo de la propiedad era proporcional a la cantidad de tiempo que quedaba en el ciclo de los cuarenta y nueve años.

¹⁸ Ejecutad, pues, mis estatutos y guardad mis ordenanzas; ponedlos por obra y habitaréis en la tierra seguros. ¹⁹ La tierra dará su fruto, comeréis hasta saciaros y habitaréis en ella con seguridad.

²⁰»Quizás os preguntéis: “¿Qué comeremos el séptimo año, ya que no hemos de sembrar ni hemos de recoger nuestros frutos?” ²¹ Yo os enviaré mi bendición el sexto año, y ella hará que haya fruto por tres años. ²² En el octavo año sembraréis, y comeréis del fruto añejo; hasta el año noveno, hasta que venga su fruto, comeréis del añejo.

²³»La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es, y vosotros como forasteros y extranjeros sois para

mí. ²⁴ Por tanto, en toda tierra de vuestra posesión otorgaréis derecho a rescatar la tierra.

A los que obedecían las leyes de Dios, se les prometían ricas bendiciones de paz y cosechas abundantes (vea 26:3,13). Sin embargo, el año sabático servía para probar de una manera severa la fe de Israel en esas promesas. Durante ese año, se le ordenaba al pueblo de Dios privarse de la cosecha de un año, confiando que Dios podía proveer suficiente para ellos. Claramente el año del jubileo era un tiempo que requería fe en las promesas de que Dios iba a proveer.

Los efectos sociales del jubileo eran significativos. Por sus condiciones, el jubileo exigía que no existieran divisiones bien marcadas de la sociedad entre clases, y que no existiera explotación de los pobres por lo ricos. Sin embargo, debido a la perversidad de la naturaleza humana pecaminosa, esto no siempre sucedió. Isaías, en el siglo octavo a.C. dijo: “¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden hacienda a hacienda hasta ocuparlo todo! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?” (Isaías 5:8).

El principio que subraya el jubileo se revela en el versículo 23: “La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es, y vosotros como forasteros y extranjeros sois para conmigo”. A cada tribu y a cada familia, se le iba a dar una cierta porción de tierra cuando llegaran a Canaán. Sin embargo, la tierra le pertenecía al Señor. Los miembros del pueblo se debían considerar a ellos mismos simplemente como forasteros, extranjeros que vivían en esa tierra solamente por la misericordia y el favor de Dios, que es el dueño de todo.

Es muy importante que nosotros recordemos que Dios es el dueño de todo. Solamente somos forasteros en la tierra donde vivimos, mayordomos de todas las posesiones que él nos ha confiado. Por lo tanto, debemos utilizar todo para su gloria.

²⁵»Si tu hermano empobrece y vende algo de su posesión, entonces su pariente más próximo vendrá y rescatará lo que su hermano haya vendido.

²⁶»Cuando el hombre no tenga quien rescate, y consigue lo suficiente para el rescate, ²⁷ entonces contará los años desde que vendió, y pagará lo que falta al hombre a quien vendió, y volverá a su posesión. ²⁸ Pero si no consigue lo suficiente para que se la devuelvan, lo que vendió estará en poder del que lo compró hasta el año del jubileo; y al jubileo quedará libre, y él volverá a su posesión.

²⁹»El hombre que venda una vivienda en una ciudad amurallada tendrá facultad de redimirla hasta el término de un año desde la venta; un año entero será el término para poderla redimir. ³⁰ Y si no es rescatada dentro de ese año, la casa que esté en la ciudad amurallada quedará para siempre en poder de aquel que la compró, y de sus descendientes; no quedará libre en el jubileo. ³¹ Pero las casas de las aldeas que no tienen muros alrededor serán estimadas como los terrenos del campo: podrán ser rescatadas y quedarán libres en el jubileo.

³²»Pero en cuanto a las ciudades de los levitas, estos podrán rescatar en cualquier tiempo las casas en las ciudades de su posesión. ³³ En el jubileo, el que haya comprado de los levitas saldrá de la casa vendida o de la ciudad de su posesión, por cuanto las casas de las ciudades de los levitas son la posesión de ellos entre los hijos de Israel. ³⁴ Pero la tierra del ejido de sus ciudades no se venderá, porque es posesión suya a perpetuidad.

Aunque la tierra le pertenecía a Dios, podían surgir situaciones en las que el residente tenía que deshacerse de su propiedad. No obstante, para que la propiedad no pasara a las manos de otros, era necesario que un familiar cercano la comprara. (Dado que era pariente cercano, Booz compró la tierra que estaba vendiendo

Noemí, la viuda de Elimelec.) Posteriormente si un hombre podía rescatar su propiedad, el costo se determinaba de acuerdo con el tiempo que la propiedad había estado bajo el control de alguna otra persona. Si una persona no tenía la posibilidad de rescatar su tierra, entonces tenía que esperar hasta el año del jubileo cuando regresaría a ella por ley.

Un propósito del jubileo era impedir que se explotara desenfrenadamente a los pobres. Si una persona incurría en una deuda que no podía pagar, se podía ver forzada a vender su tierra y hasta su libertad personal, convirtiéndose en esclava. Para impedir que una clase de terratenientes ricos explotara a los siervos desposeídos y a los esclavos, el jubileo exigía que la tierra revirtiera al dueño original y que a los esclavos se les diera la libertad. Por lo tanto, aproximadamente una vez en la vida de un hombre se borraba la pizarra. Todos tenían la oportunidad de comenzar de nuevo.

La ley del rescate del jubileo no se aplicaba a la propiedad en una ciudad amurallada. Si una propiedad dentro de una ciudad amurallada no era redimida dentro del año siguiente a la venta, le pertenecería para siempre al comprador. Las casas en las aldeas no amuralladas quedaban bajo las leyes que gobernaban el destino de las propiedades en general, ya que en ese caso las casas probablemente incluían alguna parte de tierra.

Otra excepción era la tierra que pertenecía a los descendientes de Leví. En el momento de establecerse en la tierra prometida, a los levitas les fueron asignadas cuarenta y ocho ciudades junto con la tierra asociada. Si alguna vez ellos tenían que vender algunas de sus tierras, tenían el derecho permanente de redimirlas. Sin esa garantía, los levitas se hubieran podido quedar sin ninguna de sus casas.

³⁵»Si tu hermano empobrece y recurre a ti, tú lo ampararás; como forastero y extranjero vivirá contigo. ³⁶No tomarás de él usura ni ganancia, sino tendrás temor de tu

Dios, y tu hermano vivirá contigo. ³⁷ **No le darás tu dinero a usura ni tus víveres a ganancia.** ³⁸ **Yo soy Jehová, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto para daros la tierra de Canaán y para ser vuestro Dios.**

Aquí se enfatiza la regla de oro de amar al prójimo como a uno mismo. Si alguno de sus hermanos empobrecía, los israelitas debían ayudarlo de la manera como hubieran ayudado a un extranjero o a un residente temporal. No debían tomar ventaja de los pobres cobrándoles intereses sobre un préstamo y vendiéndoles comida con ganancia. Ellos no debían apartarse de los que pasaban por tiempos difíciles, sino que más bien debían ayudarlos de todas las maneras posibles.

Así como los israelitas tenían que cuidar a sus hermanos y hermanas en la fe, también nosotros debemos cuidarlos. “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10). Note el énfasis en “hacer”. Las palabras amables son excelentes, pero por lo común no son suficientes. “Y alguno de vosotros les dice [a un hermano o hermano sin ropas y la comida diaria]: ‘Id en paz, calentaos y saciaos’, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?” (Santiago 2:16).

Obras de amor son esenciales. Y claro que nuestras obras siempre necesitan encontrar su motivación en el amor de Dios por nosotros. “Si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros” (1 Juan 4:11).

³⁹ **»Si tu hermano empobrece estando contigo, y se vende a ti, no lo harás servir como esclavo.** ⁴⁰ **Como criado, como extranjero estará contigo; hasta el año del jubileo te servirá.** ⁴¹ **Entonces saldrá libre de tu casa junto con sus hijos, volverá a su familia y regresará a la posesión de sus padres,** ⁴² **porque son mis siervos, los cuales saqué yo de la tierra de Egipto: no serán vendidos a manera de esclavos.** ⁴³ **No te**

enseñorearás de él con dureza, sino tendrás temor de tu Dios.

⁴⁴»Los esclavos y las esclavas que tengas serán de las gentes que están a vuestro alrededor; de ellos podréis comprar esclavos y esclavas. ⁴⁵También podréis comprar esclavos de entre los hijos y familiares de los forasteros que han nacido en vuestra tierra y viven en medio de vosotros, los cuales podrán ser de vuestra propiedad. ⁴⁶Los podréis dejar en herencia a vuestros hijos después de vosotros, como posesión hereditaria. Para siempre os serviréis de ellos, pero sobre vuestros hermanos, los hijos de Israel, no os enseñorearéis; nadie tratará a su hermano con dureza.

Como último recurso, un deudor podía venderse a sí mismo como esclavo. Sin embargo, todavía se le debía conceder dignidad como un hermano israelita y debía ser tratado como un criado, no como un esclavo. La persona que lo contrataba también era responsable de mantener a la familia cercana del hombre. Idealmente, uno de los parientes del hombre podía cancelar la deuda y liberarlo de la servidumbre. Si eso no era posible inmediatamente, el pariente podía reunir dinero y redimirlo un tiempo después. Una vez que había sido redimido de la esclavitud, el deudor nunca más podía ser vendido como esclavo. La razón para eso es que Dios había redimido a su pueblo de la esclavitud en Egipto para que se convirtieran en sus siervos. Por lo tanto, era inapropiado que un israelita fuera vendido como esclavo de por vida, especialmente a un extranjero. La ley del jubileo garantizaba que ningún israelita volvería a ser esclavo nuevamente. Por lo tanto, era la celebración de la redención que sacó a Israel de Egipto, para que ellos fueran pueblo de Dios.

Usted y yo por naturaleza fuimos esclavos del pecado, de Satanás y de la ley. “Pero... Dios envió a su Hijo... para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5). Ya no somos esclavos sino hijos hechos libres para una vida de servicio a Dios y a nuestros hermanos.

Pablo les dijo a los cristianos de Roma: “Libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (Romanos 6:18). Entonces, qué necio es permitir que nuevamente volvamos a ser esclavos del pecado.

⁴⁷»Si el forastero o el extranjero que está contigo se enriquece, y tu hermano que está junto a él empobrece y se vende al forastero o extranjero que está contigo, o a alguno de la familia del extranjero, ⁴⁸ después que se haya vendido podrá ser rescatado. Uno de sus hermanos lo rescatará, ⁴⁹ o su tío o el hijo de su tío lo rescatará, o un pariente cercano de su familia lo rescatará o, si sus medios alcanzan, él mismo se rescatará. ⁵⁰ Contará junto con el que lo compró, desde el año en que se vendió a él hasta el año del jubileo; y el precio de la venta ha de apreciarse conforme al número de los años, y se contará el tiempo que estuvo con él conforme al tiempo de un criado asalariado. ⁵¹ Si faltan aún muchos años, conforme a ellos devolverá para su rescate parte del dinero por el cual se vendió. ⁵² Y si queda poco tiempo hasta el año del jubileo, entonces hará un cálculo con él, y devolverá su rescate conforme a los años que falten. ⁵³ Como a un asalariado contratado anualmente se le tratará. No se enseñoreará sobre él con rigor ante tus ojos.

⁵⁴»Si no se rescata en esos años, en el año del jubileo quedará libre él junto con sus hijos, ⁵⁵ porque los hijos de Israel son mis siervos; son siervos míos, a quienes yo saqué de la tierra de Egipto. Yo, Jehová, vuestro Dios.

Se podía presentar una situación en la que un israelita se podía convertir en esclavo de una familia extranjera rica. Entonces, el precio de su redención se calculaba por el número de años hasta el jubileo, como si la persona lo hubiera contratado con una base anual para ese período. Fuera rescatado o no, el siervo hebreo debía ser tratado de una manera decente, porque todos los israelitas

le pertenecían al Señor, que los había redimido de la esclavitud en Egipto.

Es interesante considerar la clase de sociedad que las leyes de los años sabáticos y del jubileo estaban destinadas a crear para los israelitas. La división acentuada de clases por razones económicas era imposible, porque el año del jubileo impedía la acumulación de riqueza en manos de unos pocos. También era difícil crear una empresa de bienes raíces o un negocio monopolístico, debido a que cada israelita tenía el derecho a la tierra de su familia y a su libertad, y si los perdía los podía recuperar en el año del jubileo. No hay duda de que el jubileo también promovía la unidad familiar al mantener la tierra dentro de una familia particular.

El amor y el interés por los pobres y por los oprimidos eran partes vitales de las leyes del jubileo. Vemos el mismo interés por los pobres en la iglesia cristiana primitiva: “Así que no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el producto de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hechos 4:34,35). ¿Vemos en nuestra vida este mismo amor e interés?

El año del jubileo les recordaba a los hijos de Israel que ellos eran solamente extranjeros y peregrinos en este mundo, que la tierra le pertenecía al Señor, y que ellos eran simplemente forasteros en ella. Hoy es importante que recordemos que somos sólo extranjeros aquí en la tierra y que el cielo es nuestro verdadero hogar. Junto con Abraham esperamos “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10). Es necesario que nuestra vida revele dónde está nuestra verdadera ciudadanía. El apóstol Pedro les recuerda a sus lectores: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11).

Otra lección que podemos aprender de este capítulo es que, si ponemos la voluntad de Dios primero en nuestra vida, podemos

confiar en que él proveerá para todas nuestras necesidades. Nuestro Salvador nos amonesta: “Por tanto os digo: No os angustiéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación” (Mateo 6:25,33,34).

Este capítulo enseña otra bella verdad. Un cierto sábado en la sinagoga de Nazaret, Jesús se levantó y leyó las siguientes palabras del profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar las buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor” (Lucas 4:18,19). Cristo estaba diciendo que, de la misma manera que el año del jubileo traía libertad de la esclavitud al pueblo de Israel, así su venida trae libertad de la esclavitud del pecado y de Satanás. Por lo tanto, el año del jubileo no sólo miraba atrás al pasado, cuando Dios redimió a su pueblo de la esclavitud en Egipto, sino también adelante a la redención de toda la humanidad del pecado por Cristo.

“Yo Jehová vuestro Dios.” Jehová, que libró a su pueblo de la esclavitud en Egipto, tenía todo el derecho de reclamar la vida de cada uno de ellos y consecuentemente tenía todo el derecho de exigirles obediencia. Él quiso, desde el mismo comienzo, que ellos supieran que las recompensas por la obediencia iban a ser maravillosas, y que el castigo por la desobediencia iba a ser terrible. En el siguiente capítulo se divulgará qué tan terrible sería.

Es seguro que a todos los incrédulos les espera el castigo eterno cuando mueran. ¿Pero ya castiga Dios la incredulidad y la desobediencia en este mundo? El libro de Levítico lo responde muy claramente.

Levítico 26 es una serie de bendiciones para quienes guardan la ley de Dios y de maldiciones sobre quienes no la guardan. En este capítulo, hay tres grupos de bendiciones: el don que da Dios de la lluvia y las buenas cosechas (versículos 4,5); protección contra las bestias salvajes, los enemigos y las hambrunas (versículos 6-10); y el don de la presencia de Dios (versículos 11-13).

Las palabras introductorias dividen las maldiciones del capítulo 26 en cinco “si no me oís”. En los versículos 14-17, se describen maldiciones generales tales como enfermedad, hambre y derrota; en los versículos 18-20, sequía y cosechas pobres; en los versículos 21,22, bestias salvajes; en los versículos 23-26, guerra que lleva a plagas y hambruna; y en los versículos 27-39, guerra que lleva al canibalismo y al exilio.

El capítulo termina con la promesa que hace Dios de restauración.

Recompensa por la obediencia

26 «No haréis para vosotros ídolos ni escultura, ni os levantaréis estatua, ni pondréis en vuestra tierra piedra pintada para inclinaros ante ella, porque yo soy Jehová, vuestro Dios. ²Guardad mis sábados y reverenciad mi santuario. Yo, Jehová.

Jehová había hecho un pacto con su pueblo en el que ellos debían ser una nación santa que le fuera totalmente leal. No debían hacer ídolos, una palabra que significa cosas inexistentes.

Tampoco debían levantar imágenes, es decir representaciones para el culto a deidades, ni debían levantar piedras sagradas, columnas probablemente destinadas a indicar la presencia del dios cananeo Baal. En su tierra, no debían levantar piedras pintadas para inclinarse a ellas. Una piedra pintada contenía alguna imagen esculpida de una deidad cananea, tal como una que fue recientemente descubierta por arqueólogos, que representa a Baal lanzando rayos a la tierra.

En general, la mejor manera de evitar la idolatría y la influencia corrupta de la religión cananea era guardar estrictamente el sábado y participar fielmente en las reuniones en el santuario.

Los ídolos, las imágenes, las piedras sagradas y las piedras pintadas eran varias formas de idolatría que tentaban a los israelitas. Hoy también la idolatría puede tomar diversas formas. El dinero, los lujos y los placeres se pueden convertir fácilmente en ídolos. El remedio para evitar la idolatría sigue siendo la misma: poner a Dios primero adorándolo regularmente y reuniéndose con los hermanos creyentes.

³»Si andáis en mis preceptos y guardáis mis mandamientos, y los ponéis por obra, ⁴yo os enviaré las lluvias a su tiempo, y la tierra y el árbol del campo darán su fruto. ⁵Vuestra trilla alcanzará hasta la vendimia y la vendimia alcanzará hasta la siembra; comeréis vuestro pan hasta saciaros y habitaréis seguros en vuestra tierra.

La primera bendición por la obediencia iba a ser la lluvia y buenas cosechas. Para tener cosechas en Palestina, tenía que caer la lluvia en las épocas apropiadas. Como bendición por la obediencia, Jehová iba a hacer que eso sucediera, y la cosecha resultante iba a ser tan generosa que el pueblo tendría que seguir recogiendo las cosechas de grano durante todo el verano hasta que fuera el tiempo para la cosecha de fruta, que incluía aceitunas, uvas, higueras y granadas. A su turno, la cosecha de fruta iba a ser

tan abundante que continuaría hasta que fuera el tiempo para sembrar, al final del otoño o al comienzo del verano. En otras palabras, no iba a haber necesidad de preocuparse por tener comida suficiente y oportuna en cualquier momento durante el curso del año.

Se nos recuerda la promesa de Jesús: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas [lo que comeremos, lo que beberemos, lo que vestiremos] cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33). Si ponemos al Señor primero en nuestra vida, él promete que nos dará todo lo que necesitemos para nuestro cuerpo y nuestra vida. Es muy necio que nos preocupemos por si vamos a poder pagar las cuentas o por si nos va a llegar enfermedad o desastre. Si ponemos al Señor primero en la vida, tenemos su promesa de que nos ayudará y nos consolará con la seguridad de que no importa lo que pase, todas las cosas servirán a sus buenos propósitos para con nosotros.

⁶ Yo daré paz en la tierra y dormiréis sin que haya quien os espante; haré desaparecer de vuestra tierra las malas bestias y la espada no pasará por vuestro país. ⁷ Perseguiréis a vuestros enemigos, que caerán a espada delante de vosotros. ⁸ Cinco de vosotros perseguirán a cien y cien de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán a filo de espada delante de vosotros, ⁹ porque yo me volveré a vosotros, os haré crecer, os multiplicaré y afirmaré mi pacto con vosotros. ¹⁰ Comeréis lo añejo de mucho tiempo, y desecharéis lo añejo para guardar lo nuevo.

Era un consuelo maravilloso el tener la seguridad de que las cosechas iban a ser abundantes, pero en el caso de que un enemigo invadiera la tierra, esa promesa tendría un valor limitado. Por lo tanto, la siguiente bendición por la obediencia le daba al pueblo la seguridad de la paz, o, si sus enemigos atacaban, la seguridad de una victoria fácil.

Ni aun los animales salvajes le podrían hacer daño al fiel pueblo de Dios. En los tiempos bíblicos todavía había en Palestina leones salvajes y osos. Recuerde que Sansón mató un león joven utilizando sólo las manos. También recuerde que dos osos salieron del bosque y despedazaron a cuarenta y dos muchachos, que se burlaron del profeta Eliseo.

La mayor de todas las bendiciones iba a ser que la promesa que le fue hecha a Abraham se iba a cumplir. El pueblo iba a aumentar en número y de él iba a venir la Simiente, el que iba a ser el Salvador de toda la humanidad.

¹¹»Yo pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará. ¹²Andaré entre vosotros: seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. ¹³Yo soy Jehová, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto para que no fuerais sus siervos; rompí las coyundas de vuestro yugo y os he hecho andar con el rostro erguido.

Los israelitas merecían que Dios los abominara por sus pecados, pero en lugar de eso, les prometió que iba a estar con ellos. En efecto, él iba a poner su morada en medio de ellos. Acuérdesse de que el Tabernáculo fue destinado a ser el lugar donde Dios iba a habitar entre su pueblo. De esa manera, realmente Dios iba a andar entre su pueblo como lo había hecho con Adán y Eva en el huerto de Edén antes de la caída en pecado. Él iba a ser su Dios, y ellos iban a ser su pueblo. ¿Pero, podía Jehová hacer eso? ¿Podía él hacer todo lo demás que había prometido? Él había liberado a su pueblo de Egipto; eso lo garantizaba.

La seguridad de la presencia de Dios es una fuente constante de fortaleza y bendición para nosotros hoy también. Muy poco antes de su ascensión a los cielos, Jesús les prometió a los discípulos: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). Esta promesa de Jesús, quien “es el mismo, ayer, hoy y por los siglos” (Hebreos 13:8), es válida para

todos los creyentes hasta el fin del mundo. ¡Jesús está con nosotros dondequiera que estemos, y su victoria sobre el pecado, la muerte, y el diablo lo garantiza!

El libro de Ezequiel se refiere repetidamente a esta sección de Levítico. Jehová, hablando por medio de su profeta, dice que él pondrá un Pastor sobre su pueblo, su Siervo, David, para ser Príncipe en medio de ellos. Él dice que en ese tiempo quitará de la tierra las fieras para que habiten en los desiertos y duerman en los bosques con seguridad (Ezequiel 34:25; vea el versículo 6 arriba). Además dice que en esa nueva época: “Haré descender la lluvia en su tiempo: lluvias de bendición serán. El árbol del campo dará su fruto y la tierra dará su fruto. Estarán en su tierra con seguridad, y sabrán que yo soy Jehová, cuando rompa las coyundas de su yugo y los libre de mano de los que se sirven de ellos” (Ezequiel 34:26,27; vea los versículos 4,5,13 arriba). “No serán más por presa de las naciones ni las fieras del país las devorarán, sino que habitarán con seguridad y no habrá quien las espante” (Ezequiel 34:28; vea los versículos 7,8 arriba). El Señor dice que en el futuro: “Multiplicaré sobre vosotros hombres y ganado, y serán multiplicados y crecerán” (Ezequiel 36:11; vea el versículo 9 arriba). “Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ezequiel 36:28; vea los versículos 2, 11, 12 arriba). Por lo tanto, con las palabras de Levítico 26, Ezequiel describe la venida de Jesús y la paz que él trae: una paz espiritual ahora y una paz eterna en el cielo.

Castigo por la desobediencia

¹⁴»Pero si no me escucháis ni cumplís todos estos mandamientos, ¹⁵si despreciáis mis preceptos y vuestra alma menosprecia mis estatutos, si no ponéis en práctica todos mis mandamientos e invalidáis mi pacto, ¹⁶yo también haré con vosotros esto: enviaré sobre vosotros terror, extenuación y calentura, que consuman los ojos y atormenten el alma.

Sembraréis en vano vuestra semilla, pues vuestros enemigos la comerán. ¹⁷ Pondré mi rostro contra vosotros y seréis heridos delante de vuestros enemigos. Los que os aborrecen se enseñorearán de vosotros, y huiréis sin que haya quien os persiga.

¹⁸ »Si aun con estas cosas no me escucháis, yo volveré a castigaros siete veces más por vuestros pecados.

¹⁹ Quebrantaré la soberbia de vuestro orgullo, y haré vuestro cielo como hierro y vuestra tierra como bronce. ²⁰ Vuestra fuerza se consumirá en vano, porque vuestra tierra no producirá nada y los árboles del campo no darán su fruto.

El resto del capítulo detalla los castigos por la desobediencia. Es mucho más amplio y largo que la sección de bendiciones. Pero esto por sí tiene un propósito. Es fácil dar por sentado las bendiciones de Dios. Por lo tanto, es importante entender exactamente lo que sería la vida si Dios quitara sus bendiciones.

Los castigos sobre Israel incluyen terror repentino resultante de enfermedades. La extenuación podía haber incluido condiciones contagiosas e infecciosas tales como la cólera y la malaria, así como también varios tipos de cáncer. Las condiciones que se describen como calentura se pueden referir a un tipo de ceguera que también incluía debilidad que deteriora y finalmente conducía a la muerte.

La desobediencia también iba a resultar en la derrota de Israel en batalla y que fueran gobernados por enemigos, bajo quienes iban a vivir temerosos.

Israel sería castigado “siete veces más” un número que servía para recordarles que esos castigos les venían porque habían roto el pacto con Jehová. Ya hemos visto que el número siete se presenta una y otra vez en la religión de Israel: el sábado que ocurría cada siete días, la importancia del séptimo mes y el séptimo año, etc. Y no sólo es el Antiguo Testamento el que realza el significado de este número. Por ejemplo, el libro de Apocalipsis

describe una serie de grupos de siete juicios que vendrían sobre el mundo (Apocalipsis 5-16).

El rechazo a Jehová resultaría en el reemplazo de las lluvias oportunas por un cielo tan incommovible como el hierro, y por una tierra tan dura como el bronce, juicios que solamente les recordarían quién era el que los hacía prosperar.

²¹»Si continuáis oponiándoos a mí, y no me queréis oír, yo enviaré sobre vosotros siete veces más plagas por vuestros pecados. ²²Enviaré también contra vosotros fieras salvajes que os arrebaten vuestros hijos, destruyan vuestro ganado y os reduzcan en número, de modo que vuestros caminos queden desiertos.

“Si continuáis oponiándoos a mí” significa literalmente “si se portan obstinadamente conmigo”. Esta es una frase peculiar en este capítulo, y se presenta varias veces aquí.

El libro de Ezequiel también se refiere a esta sección. El Señor dice por medio de su profeta: “Enviaré, pues, sobre vosotros hambre y bestias feroces que te destruyan” (Ezequiel 5:17).

²³»Si con estas cosas no os corregís, sino que continuáis oponiándoos a mí, ²⁴yo también procederé en contra de vosotros, y os heriré aún siete veces por vuestros pecados. ²⁵Traeré sobre vosotros espada vengadora, en vindicación del pacto, y si buscáis refugio en vuestras ciudades, yo enviaré pestilencia entre vosotros y seréis entregados en manos del enemigo.

²⁶»Cuando yo os quebrante el sustento del pan, cocerán diez mujeres todo vuestro pan en un horno, y os lo devolverán tan bien medido que comeréis y no os saciaréis.

La guerra fue un castigo que sucedió una y otra vez en la historia del pueblo de Dios, por su incredulidad y desobediencia.

Por ejemplo, durante el período de los jueces, muchas veces Jehová permitió que vinieran conflictos sobre su pueblo por causa de su rechazo de él. Los entregó a invasores que los despojaron y los vendió a sus enemigos de alrededor. Cuando salieron a la guerra, los ejércitos de Israel fueron derrotados.

La guerra siguió siendo un castigo de Dios por la incredulidad en los tiempos del Nuevo Testamento. Respecto a la incrédula Jerusalén Jesús dijo: “Vendrán días sobre ti cuando tus enemigos te rodearán con cerca, te sitiarán y por todas partes te estrecharán; te derribarán a tierra y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación” (Lucas 19:43,44). A lo largo de toda la historia, Dios ha utilizado a naciones como agentes suyos para castigar a su pueblo infiel. Dios aún castiga la iniquidad y la incredulidad con guerra. ¡Con seguridad, la advertencia hoy sigue vigente para nosotros y para nuestro país!

Otro castigo divino contra la desobediencia iba a ser el hambre. Al cortar el suministro de comida iba a ser necesario racionar lo poco que quedara. Esta cantidad sería tan pequeña que se requería un solo horno para cocer el pan para diez familias.

²⁷ »Si aun con esto no me escucháis, sino que continuáis oponiéndoo a mí, ²⁸ yo procederé en contra de vosotros con ira, y os castigaré aun siete veces por vuestros pecados.

²⁹ Comeréis la carne de vuestros hijos y comeréis la carne de vuestras hijas. ³⁰ Destruiré vuestros lugares altos, derribaré vuestras imágenes, pondré vuestros cuerpos muertos sobre los cuerpos muertos de vuestros ídolos, y mi alma os abominará. ³¹ Dejaré desiertas vuestras ciudades, asolaré vuestros santuarios y no oleré la fragancia de vuestro suave perfume.

³² »Asolaré también la tierra, y se pasmarán por ello vuestros enemigos que en ella habiten. ³³ A vosotros os esparciré entre las naciones, y desenvainaré la espada en pos

de vosotros. Vuestra tierra quedará assolada y desiertas vuestras ciudades. ³⁴ Entonces la tierra gozará sus días de reposo durante todos los días que esté assolada, mientras vosotros estéis en la tierra de vuestros enemigos; la tierra descansará entonces y gozará sus días de reposo. ³⁵ Durante todo el tiempo que esté assolada, descansará por lo que no reposó en los días de reposo cuando habitabais en ella.

³⁶ »A los que queden de vosotros, les infundiré tal cobardía en sus corazones, en la tierra de sus enemigos, que el sonido de una hoja que se mueva los hará huir como se huye ante la espada, y caerán sin que nadie los persiga. ³⁷ Tropezarán los unos con los otros como si huyeran ante la espada, aunque nadie los persiga, y no podréis resistir en presencia de vuestros enemigos. ³⁸ Pereceréis entre las naciones, y la tierra de vuestros enemigos os consumirá. ³⁹ Y los que queden de vosotros, se consumirán en las tierras de vuestros enemigos por su iniquidad, y se consumirán junto con sus padres por la iniquidad de ellos.

Se enumeran, con terrible detalle, otros aspectos del castigo que llega con la guerra. Canibalismo, mortandad en grande, destrucción de ciudades y santuarios, cautividad. Todas esas cosas efectivamente sucedieron en el curso de la historia de Israel cuando desobedecieron al Señor. Y estas cosas no sólo se debían entender como tragedias que ocurrían naturalmente por causa de los horrores de la guerra. Más bien se debía reconocer como una anulación de todas las promesas que se le hicieron a Abraham en el pacto: que sus descendientes iba a ser una gran nación y que ellos iban a vivir en paz y prosperidad en la tierra de Canaán.

Cuando el desobediente pueblo de Dios fuera llevado en exilio, la tierra prometida se recuperaría de su negligencia de no guardar los años sabáticos. Dios se encargará de eso. En Israel, durante la cautividad no iba a quedar suficiente gente para cultivar la tierra, que así iba a tender su necesario descanso.

Terror infundado, confusión, derrota, languidecer en una tierra extraña, el castigo por sus pecados y por los pecados de sus padres. Todo esto caracterizó el exilio, que siglos más tarde efectivamente vino sobre los hijos de Israel por su desobediencia.

⁴⁰»Entonces confesarán su iniquidad y la iniquidad de sus padres, la rebeldía con que se rebelaron contra mí, y también porque se opusieron a mí. ⁴¹Por eso yo me enfrentaré a ellos y los haré entrar en la tierra de sus enemigos. Entonces se humillará su corazón incircunciso y reconocerán su pecado. ⁴²Y yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré, y haré memoria de la tierra. ⁴³Pero la tierra será abandonada por ellos y gozará sus días de reposo, mientras quede desierta a causa de ellos, y entonces se someterán al castigo de sus iniquidades, por cuanto menospreciaron mis ordenanzas y su alma desdeñó mis estatutos.

⁴⁴»Aun con todo esto, cuando ellos estén en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé, ni los abominaré hasta consumirlos, invalidando mi pacto con ellos, porque yo, Jehová, soy su Dios. ⁴⁵Antes me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las naciones para ser su Dios. Yo, Jehová».

⁴⁶Éstos son los estatutos, preceptos y leyes que estableció Jehová entre él y los hijos de Israel en el monte de Sinaí por medio de Moisés.

Dios no quiere que el pecador muera, sino que se arrepienta de sus malos caminos y viva. Por lo tanto, si su pueblo rebelde confesaba sus pecados, mostrando verdadero arrepentimiento y sincero deseo de cambiar su vida, Dios misericordiosamente se iba a acordar del pacto que hizo con Abraham. Un pueblo desobediente tendría que pagar por el pecado de rechazar las leyes

de Dios. Sin embargo, por su pacto de gracia, Dios no los iba a destruir completamente.

Dios se acordó de su pacto cuando envió a su Hijo para ser el Salvador de toda la humanidad. Zacarías, el padre de Juan el Bautista, se refiere a esto cuando profetizó: “Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David, su siervo... para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su santo pacto, del juramento que hizo a Abraham, nuestro padre” (Lucas 1:68,69,72,73). El escritor a los Hebreos dice: “Por eso, Cristo es mediador de un nuevo pacto, para que, interviniendo muerte para la remisión de los pecados cometidos bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (Hebreos 9:15).

Usted puede haber notado que el último versículo de este capítulo tiene el sonido de final. Este versículo efectivamente señala el fin del código de santidad, cuya descripción comenzó en el capítulo 17. El capítulo final de Levítico es un apéndice, y en un sentido sirve como final adecuado para el código de santidad, porque enseña que la santidad que Dios exige requiere la consagración total de la vida de la persona, su familia y sus posesiones para el servicio a Dios. Aquí hay un importante mensaje para los creyentes del Nuevo Testamento.

LEVÍTICO 27

¿Ha roto usted alguna vez una promesa? Con toda seguridad todos lo hemos hecho en una u otra oportunidad. Aunque esa infidelidad fue un pecado, las consecuencias externas pueden haber sido relativamente menores. Por ejemplo, probablemente no se nos exigió pagar una multa. Sin embargo, bajo el pacto sinaítico, los castigos por romper un voto eran bastante costosos.

El Antiguo Testamento registra varios casos de personas que le hicieron promesas a Dios, si a cambio él los rescataba. Jacob, huyendo de su hermano Esaú, le ofreció a Dios el diez por ciento de todos sus bienes si lo llevaba seguro a casa (Génesis 28:20). Desde el vientre del gran pez, el profeta Jonás hizo voto de ir a Nínive a predicar, si Jehová lo liberaba (Jonás 2:9). La estéril Ana hizo voto de que, si Jehová le daba un hijo, ella lo iba a dedicar a Dios (1 Samuel 1:11). Un hombre llamado Jefté hizo un voto necio diciendo que le ofrecería a Jehová la primera cosa que saliera de su casa cuando regresara victorioso de la batalla. ¡Su hija salió a encontrarlo! (Jueces 11:11-31).

Algunas veces se hacen los votos al calor del momento. Cuando pasa la crisis, el voto parece necio e innecesario, y la persona puede ser tentada a olvidarlo. Parte del propósito de Levítico 27 fue desestimular esa clase de votos imprudentes, al fijar un precio muy alto por liberarse de un voto e imponiendo castigos fuertes a los que cambiaran su decisión. Por ejemplo, si un hombre sustituía un animal por otro diferente del que había prometido, tenía que dar los dos animales, o si deseaba rescatar la propiedad que había ofrecido en voto, tenía que pagar el valor de la tierra más el veinte por ciento.

Las personas hacían votos en momentos de mucha presión, en los que necesitaban la ayuda de Dios, o como acción de gracias por las bendiciones recibidas, o simplemente por un sentimiento piadoso. Lo que constituía la sustancia del voto era el precio por el que podían ser redimidas las personas, los animales, las casas y la tierra.

Redención de lo que es del señor

27 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguien haga un voto especial a Jehová, según la estimación de las personas que se hayan de redimir, lo estimarás así: ³Al hombre de veinte años hasta sesenta, lo estimarás en cincuenta siclos de plata, según el siclo del santuario. ⁴Si es mujer, la estimarás en treinta siclos. ⁵Si tiene entre cinco y veinte años de edad, al hombre lo estimarás en veinte siclos, y a la mujer en diez siclos. ⁶Entre un mes y cinco años de edad, entonces estimarás al hombre en cinco siclos de plata, y a la mujer en tres siclos de plata. ⁷Pero si tiene sesenta años de edad o más, al hombre lo estimarás en quince siclos, y a la mujer en diez siclos. ⁸Pero si es muy pobre para pagar tu estimación, entonces será llevado ante el sacerdote, quien fijará el precio; conforme a la posibilidad del que hizo el voto, le fijará precio el sacerdote.

El voto básico era dedicarse uno mismo al servicio de Dios. Si se hubiera permitido eso, las personas hubieran trabajado como esclavos en el templo, pero ese trabajo estaba reservado solamente para los sacerdotes y los levitas. Por lo tanto, la gente tenía que pagar a los sacerdotes el precio que regía en el mercado de esclavos. Un varón esclavo adulto se vendía por 570 gramos de plata y las mujeres esclavas se valoraban en 342 gramos de plata, probablemente porque generalmente eran físicamente menos fuertes que los varones. El valor de los jóvenes y de los ancianos era aun inferior, ya que sus capacidades de trabajo eran menores. El hecho de que se incluyera a los niños, de ninguna manera indica que un hombre pudiera hacer voto a Dios ofreciendo tanto su familia como a él mismo.

Cuando consideramos que en los tiempos bíblicos el pago mensual promedio que se daba a un trabajador era

aproximadamente de 11,4 gramos de plata por mes, vemos lo altos que eran estos valores. Sin duda, la razón para esto era enseñarle al pueblo que hacer un voto era un asunto extremadamente serio, y para disuadirlos de hacer votos demasiado entusiastas e irreales. Sin embargo, si una persona no tenía para pagar la cantidad establecida, tenía que presentarse al sacerdote, quien entonces fijaría el valor de acuerdo con lo que la persona pudiera pagar.

⁹»Si se trata de un animal de los que se pueden ofrecer a Jehová, todo lo que de los tales se dé a Jehová será santo.

¹⁰No será cambiado ni trocado, bueno por malo, ni malo por bueno; y si se permuta un animal por otro, tanto él como su sustituto serán sagrados.

Un animal aceptable como ofrenda era uno que se consideraba limpio de acuerdo con las leyes descritas en la parte anterior de Levítico. Si se ofrecía un animal a Jehová, no se podía reemplazar por uno de calidad inferior, algo a lo cual podía ser tentada una persona que hubiera hecho un voto pensando que tal vez había sido muy generosa. Sin embargo, si hacía esa sustitución, tanto el animal original como el sustituto se convertían en propiedad de Jehová.

¹¹»Si se trata de algún animal inmundo, de los que no se pueden ofrecer a Jehová, entonces el animal será puesto delante del sacerdote, ¹²y el sacerdote lo valorará, sea bueno o sea malo; conforme a la estimación del sacerdote, así será. ¹³Y si lo quiere rescatar, añadirá a tu valuación la quinta parte.

A un israelita también se le permitía ofrecer animales inmundos al Señor. Aunque esos animales no se podían sacrificar, sí los podían utilizar los sacerdotes o los podían vender para tener una utilidad. Si el hombre que hacía el voto prefería quedarse con

el animal, lo podía redimir por el valor que estimara el sacerdote más el veinte por ciento de ese valor. Esto, junto con otras leyes, desestimulaba la consagración indiscriminada de animales considerados no utilizables porque eran defectuosos o inferiores de alguna otra manera.

¹⁴»Cuando alguien dedique su casa consagrándola a Jehová, la valorará el sacerdote, sea buena o sea mala; según la valore el sacerdote, así quedará. ¹⁵ Pero si el que dedicó su casa desea rescatarla, añadirá a tu valuación la quinta parte de su valor, y será suya.

Estos versículos son el comienzo de una nueva sección que trata no con personas y animales vivientes, sino con objetos inanimados tales como casas y tierra. Si esas cosas se dedicaban a Jehová, significaba que se convertían en propiedad de los sacerdotes, que podían disponer de ellas como les pareciera. Como en el caso de los animales, si la persona que dedicaba una casa deseaba permanecer en posesión de ella, tenía que pagar veinte por ciento por encima del precio estimado por el sacerdote. Las casas a que aquí se hace referencia tenían que haber estado dentro de una ciudad amurallada, que no estuviera asociada con un lote de terreno. Si estaba vinculado algún terreno, podía surgir un problema con las leyes del jubileo, que establecían que la tierra iba a revertir a su propietario original.

¹⁶»Si alguien dedica una parte de la tierra de su posesión a Jehová, tu estimación será conforme a su siembra: un homer de siembra de cebada se valorará en cincuenta siclos de plata. ¹⁷ Y si dedica su tierra desde el año del jubileo, conforme a tu estimación quedará. ¹⁸ Pero si después del jubileo dedica su tierra, entonces el sacerdote sacará la cuenta del dinero conforme a los años que queden hasta el año del jubileo, y se rebajará de tu estimación.

¹⁹»Si el que dedicó la tierra quiere redimirla, añadirá a tu estimación la quinta parte de su precio, y así volverá a ser suyo. ²⁰ Pero si él no rescata la tierra, y la tierra se vende a otro, no la rescatará más, ²¹ sino que cuando quede libre en el jubileo, la tierra será santa para Jehová, como tierra consagrada: será la posesión del sacerdote.

²²»Si alguien dedica a Jehová un terreno que compró y que no forma parte de la tierra de su herencia, ²³ entonces el sacerdote calculará con él la suma de tu estimación hasta el año del jubileo, y aquel día él pagará el precio señalado, como cosa consagrada a Jehová. ²⁴ En el año del jubileo volverá la tierra a aquel de quien él la compró, es decir, al verdadero heredero de la tierra.

²⁵»Todo lo que valores será conforme al ciclo del santuario; el ciclo tiene veinte geras.

El valor de la tierra dedicada a Jehová se calculaba en términos de la cantidad de semilla que se requería para sembrarla cada año, multiplicado por el número de años que quedaban hasta el siguiente año de jubileo. Si después el propietario decidía que deseaba rescatar la tierra, tenía que pagar una multa del veinte por ciento. Si la tierra se vendía después de haber sido dedicada al Señor, quedaba como propiedad del sacerdote el siguiente año de jubileo.

El ciclo del santuario era la norma aprobada para valorar, y aquí aprendemos que consistía en veinte óbolos. El ciclo no era una moneda, sino un cierto peso de metal. Se ha estimado que el óbolo pesaba aproximadamente 0,6 gramos de plata. Eso haría que el peso del ciclo promedio fuera 11,2 gramos de plata.

²⁶»Pero el primogénito de los animales, que por la primogenitura es de Jehová, nadie lo dedicará; sea buey u oveja, de Jehová es. ²⁷ Si se trata de un animal inmundo, lo rescatarán conforme a tu estimación, y añadirán sobre ella la

quinta parte de su precio; y si no lo rescatan, se venderá conforme a tu estimación.

El primogénito de los animales le pertenecía automáticamente a Jehová y no podía ser dedicado a él mediante voto. El primogénito de los animales inmundos se podía rescatar agregando el veinte por ciento a su valor.

²⁸»No se venderá ni se rescatará ninguna cosa consagrada que alguien haya dedicado a Jehová; de todo lo que tenga, ya sea hombres, animales o tierras de su posesión, todo lo consagrado será cosa santísima para Jehová. ²⁹Ninguna persona separada como anatema podrá ser rescatada; indefectiblemente ha de ser muerta.

Consagrar algo a Jehová era mucho más solemne que una dedicación ordinaria. Consagrar, es decir, condenar, era comúnmente el resultado de las instrucciones de Dios y por lo tanto era diferente de los actos de dedicación personal al servicio del Señor. Por ejemplo, los habitantes de Canaán, junto con sus propiedades, fueron condenados a la destrucción porque estaban bajo el juicio de Dios. La excomunión también podía ser dirigida contra los idólatras. Como sólo los líderes reconocidos tenían la autoridad para decretar la pena de muerte, es poco probable que los israelitas comunes hicieran ese tipo de votos.

³⁰»El diezmo de la tierra, tanto de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, es de Jehová: es cosa dedicada a Jehová. ³¹Si alguien quiere rescatar algo del diezmo, añadirá la quinta parte de su precio por ello.

³²»Todo diezmo de vacas o de ovejas, de todo lo que pasa bajo la vara, el diezmo será consagrado a Jehová. ³³No mirará si es bueno o malo, ni lo cambiará; y si lo cambia, tanto él como el que se dio a cambio serán cosas sagradas: no

podrán ser rescatados.»

³⁴Éstos son los mandamientos que ordenó Jehová a Moisés para los hijos de Israel en el monte de Sinaí.

El diez por ciento de todo lo producido se consideraba como propiedad de Jehová. Si llegaba a ser necesario o deseable rescatar el diezmo de una persona, nuevamente se pagaba una multa de veinte por ciento a los sacerdotes.

La vara a que se hace referencia aquí era un arma de defensa para protegerse de los animales salvajes. Sin embargo, el pastor también utilizaba su vara para contener las ovejas y las cabras detrás en la puerta de redil, mientras que inspeccionaba a cada una para ver si estaban heridas o tenían algún daño, cuando iban de pastar. También los animales recién nacidos se examinaban de esta manera para buscarles defectos. Cuando se encontraba que un animal era aceptable, pasaba por debajo de la vara del pastor, y el décimo de cada grupo de ellos automáticamente le pertenecía a Jehová. No se permitía la sustitución o la selección al azar de los animales. Si se hacía alguno de esos intentos, ambos animales se convertían en propiedad de Jehová.

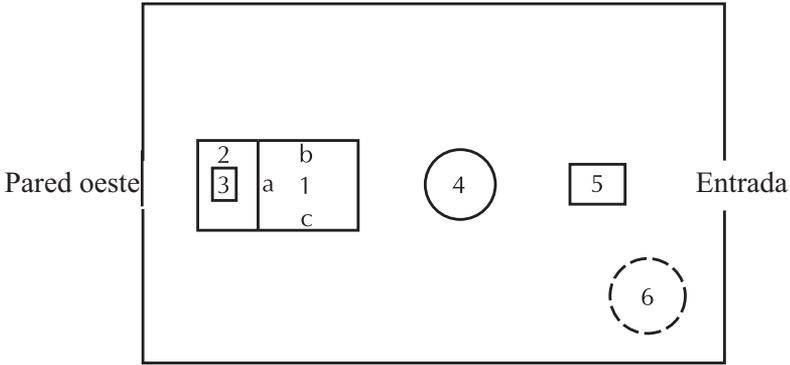
El versículo final nos recuerda que todo lo que antecede, es el mandamiento que Dios le dio a Moisés para su pueblo en el monte de Sinaí. Por lo tanto, el libro de Levítico no es un conjunto de leyes humanas, sino que es la voluntad de Dios revelada a su pueblo del Antiguo Testamento.

Aunque ya no hacemos votos como los que vimos en este capítulo, es importante darse cuenta de que cualquier promesa que se haga a Dios es un asunto solemne que se debe cumplir. Cuando un hombre y una mujer se prometen fidelidad mutua hasta la muerte, hacen un voto delante de Dios que no debe ser quebrantado. Cuando una persona hace voto de fidelidad al Señor el día de su confirmación, ese también es un asunto de la máxima seriedad. Cuando un testigo en una corte promete delante de Dios decir la verdad, eso es exactamente lo que debe hacer.

Como hemos aprendido en el estudio de este capítulo, al pueblo de Dios del Antiguo Testamento se le exigía devolverle a Jehová el diez por ciento de todas sus posesiones. ¿Exige hoy Dios el diez por ciento de todas nuestras posesiones? Hay quienes insisten en que sí. Se puede considerar el diezmo como una muy buena guía para dar, pero debemos recordar que ya no estamos obligados por las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento. Todas las leyes del Levítico tenían el propósito de mantener a Israel, el pueblo de Dios, apartado de las naciones, como el pueblo especial del que iba a venir el Salvador. Esas leyes eran “sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:17).

El Tabernáculo

Pared norte



Pared sur

1. El lugar santo
 - a. El altar del incienso
 - b. La mesa de los panes de la proposición
 - c. El candelero de oro
2. El lugar santísimo
3. El arca del pacto
4. La pila (lavatorio, fuente de las abluciones)
5. El altar del holocausto (de la ofrenda quemada)
6. Las cenizas (lugar probable)

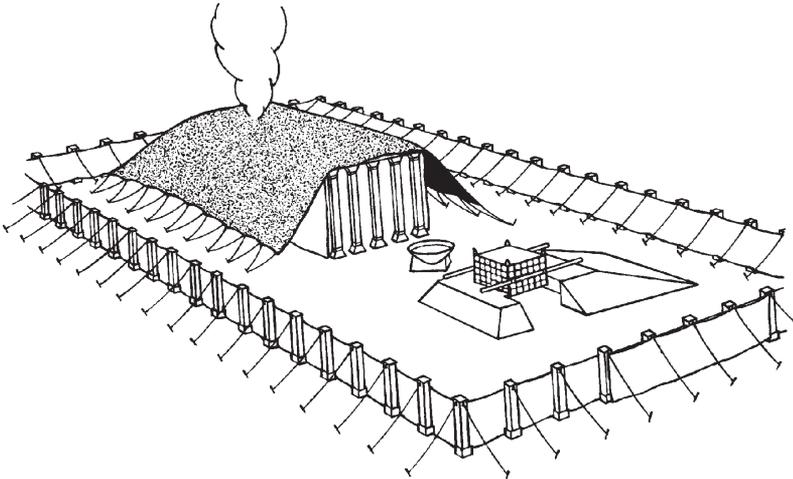
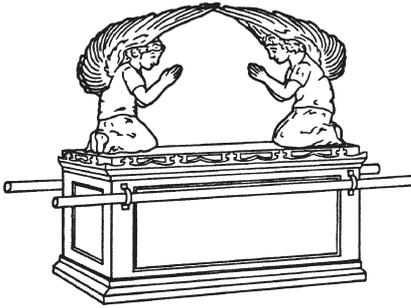


Ilustración 1

Muebles y enseres del Tabernáculo



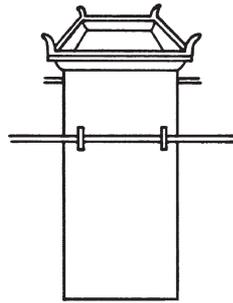
El arca del pacto



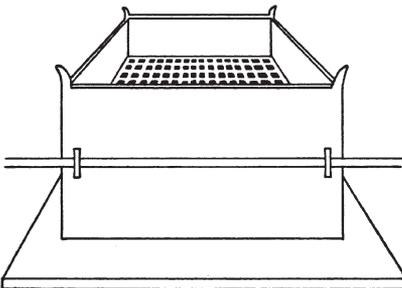
Mesa de los panes de la proposición



Pila (fuente de las abluciones)



Altar del incienso



El altar del holocausto (ofrenda quemada)



Candelero de oro

El año eclesiástico israelita

Mes	Nombre	Meses	Corresponde a las fiestas
1	AVIV (Nisán)	Marzo/Abril	Pascua, la fiesta de los panes sin levadura, ofrenda de primicias
2	IZAR (Ziu)	Abril/Mayo	Segunda pascua
3	SIVAN	Mayo/Junio	Pentecostés (fiesta de las semanas)
4	TAMMUZ	Junio/Julio	
5	AB	Julio/Agosto	
6	ELUL	Agosto/Septiembre	
7	TISHRI (Ethaním)	Septiembre/ Octubre	Fiesta de las trompetas, Día de la Expiación, fiesta de los tabernáculos
8	HESHVAN	Octubre/Noviembre	
9	QUISLEV	Noviembre/Diciembre	
10	TEBETH	Diciembre/Enero	
11	SHEBAT	Enero/Febrero	
12	ADAR	Febrero/Marzo	(Fiesta del Purim)

Ilustración 3

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1º TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2º TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Levítico es el tercer libro de Moisés el gran líder Dios. El libro está lleno de tipos y sombras de Cristo y de su obra de redención.

La lectura acerca de los sacrificios del Antiguo Testamento nos ayuda a entender el sacrificio de Cristo por los pecados del mundo, y la lectura acerca de la adoración en el Antiguo Testamento nos ayuda a entender mejor nuestra adoración.